

Alberto España

Una vida en Tánger

1910-1966

Revisión de Ramón Buenaventura

Prólogo

Puerta adelante

Me nacieron alas viajeras cuando aún era un niño. A los cuatro años estaba ya, con toda mi familia, sobre la cubierta de un buque, camino de Filipinas... No me digáis que a esa edad no se entera uno de nada. Haría falta ser tonto. Los niños tienen los ojos, los oídos, el olfato y hasta los labios como de cera. Un paisaje, una frase, un perfume, el sabor de un simple caramelo, al rozar esa cera deja en ella impresa su huella. Con el tiempo ésta se hará dura, imborrable. Por esta razón, yo, que he sido antes niño, no lo ignoro; y hoy, de viejo, soy cauto. Jamás enseño ni digo a un niño lo que debe ver ni decir. No lo hagáis vosotros —hombres frívolos o faltos de atención—, no lo hagáis nunca, porque es un crimen. Un crimen que el niño, cuando llegue a hombre, no os perdonará jamás, y del que Dios mismo, con ser todo Bondad, os pedirá cuentas un día...

En la cera virgen y muelle de mis sentidos quedaron grabadas para siempre las impresiones —incluso las más nimias— de aquel viaje a Filipinas. Port Said; el canal de Suez —una calle anegada por el agua, donde los atropellos no son frecuentes, porque quienes la atraviesan son muy corteses: se ceden a horas fijas el paso... Una calle donde no hay casas, pero sí aceras de arena blanda y dorada, por las que, al lento ritmo del barco, marchan unos hombres: corren envueltos en unas vestiduras exóticas y esperan de vuestra generosidad pan o naranjas. El Mar Rojo, ante el que os asombrará no hallar en sus aguas el tono sangriento que esperáis de este nombre, sino verdinegro y sucio. El mar Rojo, donde empieza el nuevo y sofocante equinoccio. Los niños duermen aquella noche sobre la cubierta. Recuerdo de uno que no lo hizo, por hallarse enfermo, y que al día siguiente amaneció muerto en su camarote... Con los ojos muy abiertos y los labios con-

traídos por unos *pucheros* de pena. Los restantes niños lo vimos tirar al agua, envuelto su cuerpecito en unos trozos de lona, con una bola de hierro a los pies. Qué ronco y qué profundo era el llanto de su madre... Aden, donde unos negritos con el pelo muy encrespado atraviesan a nado, de uno a otro lado, la quilla del barco, por unas monedas que luego guardan en la oquedad de una oreja... Colombo, una ancha bahía en cuyo ámbito hay esparcido y flotando un fuerte olor a canela... Singapur, chinos que con unas espuelas sobre los hombros van llenando de carbón el amplio vientre del buque. En el muelle de madera, muy negro, hay unos cochecitos tirados por hombres que, por todo indumento, llevan un sucio taparrabos y un aludo sombrero de paja. Alguna que otra vez cruzan ante el navío unos vagones cargados de carbón, arrastrados muy lentamente por una vieja locomotora con una chimenea abombada. Los hombres uncidos a sus carritos ven pasar silenciosos este extraño convoy y tosen, tosen continuamente, porque de tanto corretear durante el día se les suben los pulmones a la garganta. Después, al cabo de treinta y cinco días —los más felices de mi infancia: jugaba durante todo el día, merendando en los intervalos, gulusmeando a todas horas—, al fin Manila. Una hermosa y alegre bahía, hasta la que llega el río Passig, ya cansado, porque ha atravesado la ciudad de un extremo al otro... Las calles de Manila, con sus cuchitriles de zapateros chinos, que al sonar las doce del día se acuclillan sobre unos banquitos de madera que les sirven de asiento, y así, como monos, esperan los tazones de arroz, que devoran al compás prodigioso de unos palillos hábilmente manejados... Manila, con sus indias de andar perezoso y cadente, arrastrando las chinelas y lanzando a distancia por entre sus colmillos el jugo sanguinolento que les produce en la boca la «bonga» masticada entre unas hojas impregnadas de cal...

¿Veis cómo sí me enteré de todo? ¿Veis como sí me acuerdo, igual que si lo hubiera visto ayer mismo?... Lo que no podría sería reconocer esos lugares, si volviera a ellos, porque habrá cambiado tanto... Y aún recuerdo más. Recuerdo con asombrosa precisión los detalles, el regreso de Filipinas, después de varios años de estancia allí. El regreso a España por la costa occidental de Australia. Java, Sumatra. Horas enteras acodado en la borda del buque, intentando atravesar con los ojos aquella espesa y verde muralla de árboles que forma la cercana jungla, en cuyo interior yo presentía un mundo subyugante de infinitas clases de animales, con sus gritos, sus saltos, sus zarpazos y sus terribles picotazos, en la eterna y cotidiana disputa por el codiciado sustento... Y fue allí, entre las maravillosas islas verdes de la India Holandesa, donde aprendí a descomponer la palabra «orangután» para desentrañar mejor su significado: «orán» —que en javanés quiere decir «hombre»—, «gután» —que así llaman a la selva. Hombre de la selva... Esto me lo enseñó otro niño que embarcó con su familia en Manila y se quedaba ahora en Java, donde residía desde hacía unos años. No recuerdo bien —algo tenía que olvidar— si este niño era holandés o francés. Sólo supe después que se hizo médico y que adquirió fama y nombradía; pero no como médico, sino en una extraña actividad, bien lejana de su profesión. Lo llamaron más tarde el Doctor Goudron, porque fue el primero a quien se le ocurrió utilizar el alquitrán para suprimir el polvo de las carreteras. Ya veis qué sencillo, pero a nadie se le había ocurrido antes... ¿Que cómo supe todo esto? Porque el doctor Goudron y yo nos encontramos un día en un almuerzo del Rotary Club de Tánger, que se reunía en el Hotel Minzah. Habló de Java. Yo evoqué mi paso ante la bella isla... Hablando, cité al niño que venía de Manila... Y aquel niño era él. El mundo, tan grande y tan complejo —cuando ha de recorrerse paso a paso— resulta a veces, en el recuerdo, tan vulgar y limitado

como el patio de una casa de vecinos. Padres y hermanos, a poco de regresar de Filipinas, marchamos de nuevo hasta Puerto Rico... Desde entonces fui ya vilano sensible a todas las auras. Joven, y solo ya, un aire de insensato fracaso empujó el vilano... Y lo llevó a Buenos Aires, cuando aún la juventud no estaba lograda, cuando las fibrillas del vilano eran todavía sutiles y frágiles como cabellos. Y el vilano voló Pampa adelante, hasta recorrer casi todas aquellas repúblicas donde los nombres españoles, la arquitectura de las iglesias, el idioma y hasta las costumbres tenían todavía un acentuado sabor español... El vilano, ávido e insaciable, saltó luego a Londres y de allí a Constantinopla. El espacio entre ambas capitales fue cubierto, caprichosa y arbitrariamente, por otras: Berlín, Viena, Budapest, Nápoles, Sicilia, Venecia, Roma, Salónica... Hasta que una noche se posó en una de las más altas *chambres* del Hotel Cambon de París. Me lo dijeron al llegar. Había sido un día muy agitado y revuelto en París. Algunos franceses que no olvidaban el *affaire Dreyfus* se opusieron a que los restos de Zola ocuparan un lugar de honor en el Panteón...

Un viento desatado de fronda arrancó al vilano de París y lo empujó de nuevo a España. Llegó bastante quebrantado. Muchas de sus fibrillas se habían roto, y hay roturas que no pueden repararse tan fácil ni ainamente como uno quisiera. Necesitan tiempo. Tiempo y paz. El cansancio era intenso, porque aquel mundo que él había recorrido no era, ni con mucho, como aquel otro que, de niño, se le ofreciera propicio en el mapa. Con un dedo, presta y fácilmente, iba de un sitio a otro, tan solo con saltar sobre aquellos trocitos de colores que se le ofrecían en el mapa. Pero, cuando se ha de recorrer paso a paso, senda a senda, sobre el propio terreno, resulta ya muy áspero y duro. Los pies tropiezan con los guijos puntia-gudos del camino. Y cómo amargan las lágrimas que al brotar

de los ojos rozan los labios. Amargor de retama seca y retorcida.

Sin embargo, el tiempo es un cirujano infalible. Las fibrillas del vilano se estremecieron de nuevo al conjuro de otra aura:

¿Quieres ir a Tánger? Redactor Jefe de un diario que allí costea el Ministerio de Estado, para defender los intereses de España¹.

Tánger, Tánger... ¿Dónde había oído este nombre? Sí, fue una tarde en la Audiencia de Málaga, durante un proceso importante que me correspondió cronicar. El procesado se había casado en Tánger, en una iglesia que allí tenían los misioneros franciscanos españoles. El abogado defensor, con emotivos pormenores del ambiente tangerino, intentaba ganarse al jurado. Hablaba de calles estrechas y pinas por las que cruzaban unos hombres de razas diferentes y religiones opuestas. Describía, en encendidos tonos, costumbres antípodas, lugares exóticos. Se intuía, oyéndole, que habíase asomado al Espasa. Esto lo confirmé más tarde, cuando también me incliné ante el mismo pozo en busca de un anticipo a lo que habrían de ver mis propios ojos. Por cierto que éstos llevaron a Tánger una visión anticuada, patinada ya, muy distinta de la que luego vieron por sí mismos. Para que se fíe uno de los libros. No siempre la realidad marcha acorde con la leyenda. Pero había pormenores atrayentes, sobre todo una civilización distinta, un continente que me atraía por desconocido. Además, una presentida diversidad, diosa muy reiterada por los poetas de la época:

*Diversidad, diversidad...
Sirena de los mundos...*²

¹ No, no nos va a explicar por qué le ofrecen este cargo. *Nota del copista.*

² No logro localizar estos ¿ versos ? *Nota del copista.*

Iría a Tánger. De los dos caminos para llegar hasta allí, elegí el de Gibraltar, también nuevo para mí.

No vayas a Gibraltar. Es una vergüenza para un español entrar como extranjero en un trozo de tierra hispana.

Qué le iba a hacer. Me atraían, como siempre, la novedad y el exotismo de un lugar de España donde vivían unos hombres que no eran españoles. Sí, por supuesto, la mano pertenecía al mismo brazo, pero los dedos eran diferentes. Y, sin salir de España, entré en Gibraltar. Una calle de ciudad pequeña, limpia y ordenada, policías con uniformes ingleses, pero con acento andaluz. En el café, los camareros —¿qué va a ser?— no os ponen sobre la mesa el servicio que vais a utilizar. Os dejan la propia bandeja, y en ella el servicio completo. Un delantal blanco que les llega hasta el mismo doblez de los pantalones. La «rodila»³ blanca al hombro. Las palabras y los ademanes más cerca de La Línea que de la brumosa Albién. A lo largo de la calle Real, unos bazares como los que yo había visto en Por Said. Tartanitas con un toldo blanco, coquetón y pulido, arrastradas por un caballejo trotón que lleva en la cabeza un sombrerito de paja, con dos agujeros por los que pasan las enhiestas orejas... A ratos, en el ambiente hay vaharadas de tabaco Virginia, alternadas con otras de queso rancio y fuerte. Una alamedita sin álamos, de puro corte quinteriano. Al final, unos túneles que os hablan de misteriosos pasadizos, donde la imaginación coloca numerosos cañones. Y allá arriba, antes de llegar a la desnuda y rocosa cima, una jungla de juguete, donde un sargento, con una casaca roja y una pipa en los labios, tiene sobre los hombros un mono viejo y gruñón que os enseña los dientes. Ya sabéis cómo son los monos del Peñón de Gibraltar.

³ La palabra «rodila» no está en el Diccionario de la Lengua Española, ni en ningún otro que yo conozca. *Nota del copista.*

Para mí —luego, en la calle Real—, más monas, monísimas, las mujeres de Gibraltar. Unas féminas de tez y rostro morenos, ojos grandes, soñadores —terciopelo líquido—, que quieren ser, y acaso lo sean, inglesas, pero que parecen llevar en las venas sangre gitana. Paso y honor a la Venus Calpense.

Hay que marchar hacia Tánger. El buque de turno espera en el muelle. *Gebel Dersa*, rezan unas letras doradas en la proa. Es un antiguo navío movido a vapor. Allá abajo, su vieja máquina carraspea como un anciano catarroso que, al despertar, aclarase sus bronquios encharcados por el reposo nocturno. El *Dersa* se despeg⁴a trabajosamente del muelle, para adentrarse, poco a poco, en el Estrecho... Ya cabecea sobre sus aguas. El Estrecho dijérase un canal de mucho fondo en el que las aguas saltan y se atropellan, bravías y espumantes, como ganado en tropel, al pasar por una cañada. No hay guardias que regulen el paso. Los buques van y vienen en todas direcciones, como sin rumbo determinado, a impulsos del más alocado capricho. El tráfico no se rige por ordenanzas municipales, ni hay agentes que las impongan. Pero sí existe un código especial cuyo articulado conoce al dedillo cada conductor. ¡Ay del que en un cruce cualquiera se adelante o se atrase! Los delfines, juguetones y ágiles, se asoman de vez en cuando, sonríen con sus anchas bocas circulares, como si esperasen un accidente de tráfico en la frecuentada vía... Ya llega el *Dersa* a los Hileros. Los Hileros llaman los marinos al lugar en que se encuentran entrechocan las corrientes: la del Mediterráneo, que desciende suave, y la del Atlántico, que trae ímpetus y pujos de mar abierto. El choque es tan violento que diríase recalienta las aguas hasta hacerlas hervir con fuerza. Los navíos que fían en la potencia de sus

⁴ Aquí decía « despégase ». He suprimido todos los casos en que, según costumbre antigua, el pronombre reflexivo se coloca detrás del verbo. Hoy es manierismo irritante. *Nota del copista*.

máquinas hunden la proa, decididos, en esta efervescencia que se abre a su paso. El *Dersa*, viejo y por lo tanto cauteloso, la bordea para enrumbar poco a poco hacia la punta de Malabata. Malabata y su farito blanco, muy blanco, señala el comienzo de la bahía de Tánger.

¡Tánger! Una hermosa bahía inundada de luz, que se ofrece a los ojos espléndida y atrayente, como una mujer en sazón. Sus aguas reverberan en la jubilosa mañana otoñal: Octubre de 1910. Un ruido espantoso de cadenas pone terror y, a la vez, tranquilidad en el ánimo del viajero. Junto al buque el mar saluda hirviendo con una salva de espumas que se tragan ávidamente la pesada ancla. Ésta desaparece como un gigantesco anzuelo en la boca de un pez fabuloso. El barco queda inmóvil en el centro de la bahía. Allá, al fondo, dispersos grupos de casas blancas trepan a saltos hasta la ciudad en anfiteatro. Parecen aupadas por una ancha franja de árboles intensamente verdes. Ilumina el panorama un sol todavía radiante. Sus tibios raudales bajan de un cielo alto, azul, terso y transparente.

El viento hincha y encrespa las aguas, aun dentro de la bahía. El tamaño de las olas se agiganta a los ojos profanos, que se abren con espanto ante el supuesto peligro del desembarco. Una lancha que el miedo trueca en cáscara de nuez bailotea junto al buque en espera del pasaje. Desde la escalera del *Dersa* hay que saltar a esa lancha. En ella os reciben los brazos largos, membrudos y cordiales de un moro gigante que responde al remoquete áspero y cruel de «Caraburro». Un remoquete que él mismo ostenta como un blasón en la tarjeta que luego os entrega como recuerdo de sus servicios, y por si vuestra voluntad se ablanda. Una amplia sonrisa — larga como su misma cara de asno sufrido y paciente — imprime a su rostro un marcado tinte de bondadosa resignación... Pero a mi incisiva perspicacia no valen tretas. No hay tal Caraburro. Es Anteo, el propio Anteo redivivo, el que me

recibe jubiloso, como jubilosa es también su tumba —matizada de flores y de coquetos hotelitos—, que la leyenda sitúa en aquel monte frontero, que luego supe llaman El Charf...

Bajo el signo protector del legendario atlante, encarnado por el vulgo en Caraburro, llegamos, ola a ola, en nuestra lancha, hasta unos escalones de piedra húmedos y escurridizos que terminan en el muelle de madera donde Tánger recibe a los viajeros. Una mano se me tiende. Es la de Rui López, el director de *El Porvenir*, que me espera amable.

—¡Mi maleta! ¡Mi maleta! —reitero con la mortal angustia de quien cree haber pedido sus modestos pero indispensables trapitos.

Rui López sonrío al grito acongojado que se escapa de la garganta de casi todos los que llegaban. El equipaje se desembarcaba en otra lancha. Y los maleteros se daban prisa para llegar al muelle, colocarlo en la plataforma rodada que iba hasta la misma caseta de la aduana y dejar todo sobre el mostrador. Jamás se había extraviado ninguna maleta. La inspección aduanera fue somera, formularia. No había, por lo demás, trámite policiaco. Por todo pasaporte traía yo un simple carné de prensa, con el que había salido de Buenos Aires...

Mi amable acompañante me hace entrar en un laberinto de callejuelas tortuosas y sombrías. Reconocí al punto las calles «pinas y estrechas» evocadas por el abogado malagueño. Los nombres vinieron más tarde: Baño de Ducali, Uad Ahhardán, Nasiria, Del Huerco, y otras más que marcaron nuestro recorrido hasta desembocar en la Fuente Nueva, donde *El Porvenir* tenía su residencia.

Con la sensibilidad extrema de una película, quedaron impresas por siempre en la memoria las imágenes primeras. Túneles en los que unas sombras, extrañas a los ojos del recién llegado, sobrecogen el ánimo. Un borriquillo enano, que

lleva a cuestras una carga desproporcionada a su tamaño, nos obliga a refugiarnos, presurosos, en el portal de una casuca. Al fondo de ésta, un patio de paredes azulencas. En el patio, parloterías, unas mujeres trajinan sin prestar atención alguna a nuestra circunstancial presencia. Un vendedor de agua con un acharolado pellejo en bandolera y una campanilla de bronce cuyos sonidos os llenan de confusión y recelos alarmantes: os recordarán otras costumbres de carácter religioso. Otro vendedor que grita —claramente— con todas sus letras «Tomates, ay quí buinos yevo los tomates». Me siento un tanto anodado y perplejo. Aquí todo parece superpuesto y desorbitado. Hace unos momentos, Anteo disfrazado de Caraburro. Ahora, una cabeza extraña con un atuendo exótico os atruena los oídos con un pregón de limpia estirpe andaluza, en el que sólo los cambios de *e* en *i* denotan la extranjería. Mas no hay tiempo para tales reflexiones. Acomodo mi paso al de mi acompañante y abocamos, por fin, a la Fuente Nueva. En el centro hay una fuente a cuyo alrededor, con los pies descalzos, sobre un suelo encharcado, se alinean hombres, mujeres y niños. Todos gritan, se empujan, cambian gritos y maldiciones, porque todos quieren ser los primeros en colocar sus cacharros bajo el hético chorro que manda indiferente y sin excesos. Pero nada sorprende tanto como observar que aquellas terribles *fieras*, que daban la impresión de ir a destruirse mutuamente hace unos segundos, pasan ahora sin transición ninguna, del tono iracundo al otro corriente y familiar de la pregunta impregnada de afectuoso interés: «¿Mejor está tu hijo? Así el Dío lo conserve». Por lo menos, pienso yo, el rencor no halla cama holgada en este mesón.

Otro día fue el Zoco Chico, estupor y éxtasis de los ojos no habituados aún a la insistente promiscuidad de razas y atuendos. Calle de los Siaguin⁵ arriba se llega al Zoco Gran-

⁵ Siaguin, calle o sitio donde trabajan los plateros, o tienen sus talleres.

de, fanal en el que se refugian los ya casi postreros usos y tradiciones de un pueblo al que todos al mismo tiempo quieren civilizar a su gusto... y acaso en su provecho. Luego fue el Monte, con sus casitas que parecen enanitos vestidos de colores, corriendo en busca de la protección de los árboles, para librarse del sol y de la luz que amenazan cegarles. Más arriba, el *cafelito*, cara al Atlántico, donde el té prodigado en los vasos decorados derramaba su perfume a hierbabuena y a sándalo. Dulcedumbre de miel en los labios: olor a azahares que parece incrustarse en los sentidos. Sol, reverberaciones marinas y horizontes cortados a un lado y al otro. A la incierta luz del crepúsculo fugaz los ojos, cansados de mirar, se cierran de asombro. A lo lejos, pero al alcance de la vista, las costas de España.

Ya es noche cerrada cuando bajamos del Monte. Es tal la pequeñez del burro que llevamos entre las piernas, que temo aplastarlo de un momento a otro. El camino es angosto y, a veces, la exuberancia vegetal lo trueca en túnel verde y blanco. Los árboles, con sus alargadas sombras, inmersos en el hondo silencio, semejan monjes taciturnos que, escapados de un cuadro de Zurbarán, hubieran venido con nosotros, al Monte de Tánger, para gozar de sus maravillas. Del cielo azul sereno y terso se descuelga una estrella que parece caer y perderse en la inmensidad. Creería uno incluso estar percibiendo el sedoso crujir de su estela, cosiéndose al firmamento. Entre los informes arbustos de un jardín en sombras, brillan unas luces domésticas. A lo lejos tiemblan los focos del alumbrado urbano, jugando al escondite entre las casas, cu-

No era raro, entre los tangerinos hispanohablantes, que, dejándose engañar por el artículo en plural, la llamasen calle de los Siaguins. Sería correcto transliterar es-Siiághin, pero no fue costumbre en nuestros tiempos.
Nota del copista.

yos contornos se van perfilando a medida que nos acercamos a Tánger.

Ya han transcurrido unas semanas. Se ha hecho más íntimo y continuado el contacto con la vulgaridad de las tareas cotidianas, que han perdido totalmente el encanto de la novedad. El Zoco Chico ya es familiar. Es el «living» de la gran familia tangerina de la época. Es también salón de fiestas en cuyo ámbito adquieren categoría los faustos más memorables. Día a día van perfilándose ante mis ojos sus aristas. Adquiere mayor tono y vigor su conjunto. Algunos días, en el discurrir del tiempo, es más intenso el bullicio, a medida que crecen la confusión y el desorden, engendrados por los *enredadores* a sueldo: los correos —*raqás*⁶— que vienen del interior marroquí traen nuevas de la situación.

Los años fueron dándome veteranía en el ámbito de Tánger. El general Lyautey proseguía la táctica famosa de la mancha de aceite, con la que iba impregnando su zona. Un viento de fronda, truculento y feroz, soplaba hacia la nuestra. Son varios e ignotos los Eolos... Ignotos hasta cierto punto, porque en el Marruecos de aquella época todo era un misterio y todo tenía una explicación, sin embargo. Se llamaba hegemonía. Surge Abdelkrim. La herida española se abre de nuevo. Ahora más profunda y manando más sangre. Sale ésta a borbotones, sin que de momento haya medios rápidos de contenerla. Con la sangre quedan también en las ásperas tierras de Annual nombres preclaros que ya son gloriosos jalones de la Historia. La terrible herida se ha ido cerrando, porque el tiempo es cirujano infalible. Pero la incomprensión sigue. Sigue hasta que el general Primo de Rivera, con manotazo imprevisto, aparta de su lado a los parlamentarios que nunca

⁶ *Raqás*, plural *raqasa* : correos peatones. Es fama que para animarse a andar lanzaban un palo al frente, lo recogían, volvían a lanzarlo... *Nota del copista.*

tuvieron exacta visión del problema marrueco. Ellos fueron los que con su indecisión e incurable miopía trocaron en *chiffon de papier* la amplitud momentánea de un tratado por el cual Francia cedía a España, para su Protectorado, todo el territorio comprendido desde el río Lucus hasta el Sebú, incluida la ciudad de Fez. Ellos, los que trajeron el Barranco del Lobo, impidiendo el embarque de refuerzos militares en Málaga. Ellos, en fin, los que actuando siempre al dictado de ideologías exóticas y son horizontes, arruinaron los ímpetus castrenses⁷.

La retirada de Xáuen marcó el primer movimiento acertado y previsor del tigre que se encoge para el salto decisivo hasta Alhucemas. También fue aquella una nueva e intensa mancha de aceite que, agrandándose, lubricó definitivamente el conjunto de aquel mecanismo de ojos pluridimensionales.

Hechos, personas y personajes se han ido hundiendo en la sima brumosa de la Historia. La distancia ha menguado el vigor de sus perfiles. Sin embargo, todos aquellos acontecimientos —tan someramente aludidos en esta sinopsis nimia— fueron un día *la pesadilla en Marruecos*. En mi espíritu y en mi memoria dejaron huella profunda indecible. Siento el orgullo de haberme estremecido con la agitación de un periodo que tengo por el más turbulento y acaso el más intenso de la Historia de Marruecos. Una Historia en la que Tánger —he de repetirlo una vez más— ha tenido una participación indiscutible, digna de mejor recordación. Es pronto aún para enjuiciar. Pero no lo es para subrayar una participación que, incluso, alcanza el despertar de hoy. Una participación que si ahora no se quiere admitir como timbre honroso, tampoco puede aceptarse, cual se pretende, como un baldón que nos haga inclinar la frente.

⁷ No hará falta decir que esta versión de la guerra contra la República del Rif es la oficial del franquismo. *Nota del copista*.

Han transcurrido ya más de cincuenta años. Cincuenta años. Es cosa fácil de decir. Para ello bastan dos palabras. Otra cosa bien distinta es vivirlos. Vivirlos día a día, con toda la infinita gama de sus afanes, gratos o amargos, logrados o fallidos... Las propias experiencias son los únicos bienes adquiridos en ese tiempo. Los únicos, también, sobre cuya propiedad no ha de haber nunca discusión posible. Mientras la vida transcurría y los hombres se acosaban y los pueblos tejían su historia, en el crisol de mi vida se fueron fundiendo, heterogéneos y múltiples, los alientos del corazón. Tánger fue encontrándose, cada día más, en mis impulsos, al compás de sus latidos. Cada uno de éstos marcó diversas gradaciones vernáculas. En torno al tronco vital, trepando por él, se adhirieron como lianas los sentimientos. Surgió imperativa la sabia experiencia —más sabia por más viejo— del antiguo refrán castellano: no se es sólo de donde se nace, sino también de donde uno se hace. Yo me *hice* en Tánger...

Soy español. El patriotismo, la nacionalidad, es un sentimiento exquisito del que sólo pueden gozar quienes saben perseverar en él de por vida. Soy español... Mas también, nada lo estorba, me siento tangerino. A Tánger me ligán los lazos inmarcesibles del corazón. Tangerino, a pesar de la ominosa y sonrojante fama que sobre su nombre arrojaron los sucios contubernios del hampa internacional. El nombre pudo aparecer manchado por las salpicaduras que le llegaron del tremedal, pero no su espíritu. Su espíritu sigue radiante, porque está a más altura de la que los hombres alcanzan... Ellos hicieron lamentable que al llegar un tangerino a cualquier frontera tropezara con un grueso muro de recelos y preven- ciones, y hasta llegase a inspirar el deseo de someterle a una prudente desinfección de higiene moral.

Amo a Tánger no ya por lo que representa en mi vida, sino también por lo que yo he puesto en él de mí mismo, a lo largo de aquella; que es a la mujer —novia o esposa— cul-

minación de todas nuestras ilusiones y no se la quiere tanto por lo que en ella hay de gracia, de belleza o de ternura, como por lo que nosotros mismos hemos ido añadiendo en ella al correr de los años.

Sobre la puerta, que aún es firme valladar contra el fortuito y osado intruso, acaba de sonar un nuevo aldabonazo del tiempo. El tiempo que, al pasar, da fe de su presencia.... Setenta y cinco años. Es decir: cincuenta más que añadir a los que tenía aquella mañana de octubre, cuando al saltar de la escala del viejo Gebel Dersa me acogieron los brazos ciclópeos de Anteo (el dios que duerme en la bella colina del Charf), encarnados en aquellos otros —también poderosos, pero más cordiales, por ser humanos— de un moro a quien, durante su tránsito en la Tierra, todos dieron en llamar Caraburro.

Capítulo Primero

Aristas de la Historia

El historiador y el periodista

Desde aquella tarde, para mí inolvidable, del mes de octubre de 1910 en que recibí el bautismo entre los largos y ciclópeos brazos de mi amigo Caraburro, al depositarme por vez primera sobre el viejo muelle de madera de Tánger, el instinto periodístico me llevó a buscar en los entresijos de la Historia, proponiéndome hallar entre sus aristas los hechos acaecidos en Marruecos durante el periodo anterior inmediato a mi llegada.

La Historia, en sí misma, no tenía para mí otro interés que el meramente informativo, pero de los hechos me interesaban sus relieves. Busqué en la Historia no la fría expresión de los acontecimientos, sino sus ángulos más prominentes y aquellos pormenores que el historiador subestima y que no por triviales carecen de valor episódico. Es decir: lo que queda entre líneas, lo que da tono y relieve al conjunto, lo que, en suma, da calor de humanidad, que es, en fin de cuentas, lo que tiene vida en el recuerdo. Allá Valéry con su criterio de que la Historia es el producto más peligroso que ha elaborado la química del intelecto, porque lleva a los pueblos al delirio de grandeza o al de la persecución...

¿Quién puede medir —se pregunta André Maurois— el daño hecho por los americanos de buena fe en el Oriente Medio, y quién medirá el producido en ese mismo lugar por un Lawrence que creía saber todo lo relacionado con ese mundo? El mundo árabe de ayer no es el de hoy, como tampoco lo es el mundo occidental. La Historia, cabría concluir, es pues la ciencia de lo que no existe.

Entre la narración escueta, precisa, pero sin calor humano, de la Historia y sus perspectivas angulares o la agude-

za de sus aristas, mi intuición periodística optó siempre por lo segundo. A mi juicio, tales aristas, además de su poder agudo y penetrante, contienen la verdadera esencia de los hechos, con toda su periferia y, sobre todo, la de sus protagonistas; sus verdaderos sentimientos —amor, orgullo, vanidad o heroísmo—, diluidos a lo largo de los hechos en que intervinieron.

Queden, pues, para el historiador sesudo y meticulado las dimensiones de tiempo y lugar, el atuendo y el verbo de la época, que dieron relieve y trascendencia al momento...

El periodista se conforma con ese halo de luz o de gracia que parece nimbar al personaje, o bien la ingrátida filosofía que se desprende de esos actos. Ni siquiera ha de esclavizar su pluma a la rigurosa cronología de que tan celosa se muestra la Historia; porque, en el fondo, si lo que se relata es verídico y posee interés, humano, lo mismo da uno que otro día, uno que otro año, pues que el periodista no se dirige al investigador ni tiene aspiraciones didácticas... Me animaba, únicamente, el deseo de llenar, en mi mente al menos, el vacío existente entre mi llegada a Marruecos y los acontecimientos del periodo más cercano, para enlazarlos regularmente con lo que yo habría de vivir en lo sucesivo.

El historiador practica una ciencia. El periodista ejerce un arte. Un arte que no se aprende en ninguna escuela, por muy oportuna y eficiente que ésta sea. El ciclo escolar es indudable que dará mayor volumen cultural al periodista que a él se acoja, pero yo me atrevería a proclamar que de esa escuela no saldrá un solo periodista que ya no lo fuera, en potencia, antes de entrar en ella.

Marco dorado de una corte en decadencia.

Vivimos en el año 1893. Reinaba a la sazón en Marruecos Mulái Hasán, que veinte años antes —en 1873— había sido proclamado Sultán en Marrákech, cuna de los almorávides y

de los almohades, de los meridinas y, por último, de la dinastía alauí. No fue, sin embargo, esta ciudad la preferida como residencia habitual por los sultanes, que se inclinaron generalmente por Fez.

Tuve la oportunidad de conocer Marrákech con una amplitud y detenimiento que no me hubiera podido brindar la simple excursión turística. Ello fue con motivo del viaje realizado por el presidente francés Poincaré a mediados del año 1921. En su comitiva oficial figuré como único periodista español, en representación de *El Sol* de Madrid y de *La Vanguardia* de Barcelona. Claro es que no me refiero al Marrákech de El-Gueliz —barrio occidental de hoy, sino al de la Medina, donde palpitaban, latentes, las tradiciones. En ella puede advertirse el hondo contraste que existe entre el lujo inaudito de las épocas memorables y el espantoso abandono en que cayeron tales esplendores.

El palacio de El-Bedi —a la sazón en ruinas— fue, como dijo Le Gendre, el Louvre de Marruecos; de haberlo conocido Pierre Benoit antes de escribir su *La castellana del Líbano*, no habría tomado su título de este país, sino de El-Bedi. Marrákech es sin duda una esplendente joya del mundo islámico.

Contemplando, por ejemplo, El-Aguedal —parque reservado a los sultanes—, con sus vastos olivares, plantados en pentágonos, sus dorados naranjales, sus extensas avenidas, circundadas por árboles seculares, y los bellos estanques en cuyas tersas aguas se miran las vecinas cresterías del Atlas... Su Menara de ensueño, deleite de los ojos y placer del espíritu, el alma queda inmersa y penetrada de una paz y una honda dulcedumbre que no hallan comparación posible... Si Marrákech no tuviese otros muchos encantos, que la pluma no puede abarcar en una evocación aislada como la presente, bastarían las citas precedentes para proclamarla como la primera y más interesante ciudad de Marruecos. Se estremece uno al pensar que un día cualquiera, el El-Aguedal o en el propio y

bello pabellón de la Menara, sea instalado, para solaz de los turistas, un cafetín cuya fachada ostente los mercantiles eslóganes de la Coca Cola...

Olvidemos, de momento, aunque sea excesiva la amnesia al hablar de Marrákech, sus palacios de la Bahía y de Dar-el-Májsen: sus fontanas callejeras, su gigantesco palmeral; su portentosa Kutubía, hermana de nuestra Giralda... Todos los innúmeros encantos que hacen de esta ciudad la que mayores huellas deja en el espíritu... Pero no olvidemos, por lo que significa y encierra, el gran fanal, inmenso y sorprendente, de las tradiciones del pueblo, que constituye la plaza de Yema-El-Fna, refugio actual de las costumbres pintorescas y de las tradiciones, que tanto un mal entendido progreso como un urbanismo frío están barriendo de los restantes zocos marroquíes.

En la olla marroquí sirven el *tayín* europeo.

«Ce Maroc —comentaba Saint-Aulaire⁸— quelle opéra comique!... Sin embargo, el diplomático galo exageraba o, si se quiere, *subestimaba* la cuestión, como se dice ahora. Lo que sucedía en Marruecos a las postrimerías del siglo XIX no era una comedia jocosa, ni mucho menos un *vaudeville* de enredo picante. Era una verdadera tragedia. La tragedia de un país que unas cuantas Potencias europeas —so pretexto de civilizar— trataban de descomponer para repartírselo mejor. Una verdadera legión de aventureros bullía por el territorio marroquí, en busca de fáciles logros. En la enrevesada periferia de la Corte imperial revoloteaban los moscones de las finanzas, de los negocios o de la Banca. Una Banca constitui-

⁸ Se refiere a Auguste Félix Charles de Beaupoil Saint-Aulaire, conde de Saint-Aulaire, autor de un grueso volumen de memorias titulado *Confessions d'un vieux diplomate* (Flammarion, 1953).

da por delincuentes en libertad provisional. Todos iban a la caza de dignatarios ambiciosos o gobernantes de frágil voluntad, que se plegasen a sus áridas pretensiones. Una vez logradas éstas, serían ofrecidas a sus gobiernos respectivos, bien como medio de hacer olvidar a éstos un pasado personal tenebroso, bien con el designio de participar en los beneficios de una hegemonía política tan anhelada entonces. Todo ello al socaire de una diplomacia astuta, que obraba deliberadamente contra un país que no podía defenderse.

El *tayín* marroquí se cocía, como he dicho, en Marrákech. Allí afluían en fragoroso aluvión los inmigrantes, como buitres que habrían de disputarse los despojos. Asimismo llegaban, casi a diario, las embajadas extraordinarias cada una con su ambición más o menos encubierta, o su reclamación apremiante... Pero Mulái Hasán es hábil y paciente. Tiene probada resistencia. Sabe dejar para mañana — ese «mañana» que ha sido siempre de singular eficacia dilatoria para la diplomacia oriental—, sabe dejar para mañana, repito, lo que debería hacer hoy. Inglaterra presiona con tozudez sajona. Alemania, a fuerza de taconazos, que quieren ser cortesés, en su brusquedad teutona, pretende atemorizar con su poderío militar a un país inerme. El general Martínez Campos, en un tono que no admite réplica ni demora, reclama una indemnización por los asesinatos de españoles en el Rif. Italia, teatral, declama y gesticula. Mulái Hasán se siente acosado por todas partes. Desearía apartarse de ese ambiente que lo atosiga. Expresa su deseo de retirarse a Mequinez para orar ante la tumba de sus gloriosos antepasados. Es el pretexto oficial. El viaje sería largo y arriesgado, habría que atravesar territorios en donde aún no estaba plenamente reconocida su autoridad. Lo escoltaría una *harka* compuesta de 18.000 hombres armados. Lo acompañaría, asimismo, su fiel chambelán, Ba Ahmed, untuoso, ladino y penetrado de una grande y soterrada ambición.

Según algunos, Ba Ahamed, había nacido de los ocios de un viejo sultán y una negra frondosa y sensual, muy ducha en las intrigas y concupiscencias palatinas. La omnipotencia y señorío de Ba Ahamed empieza con su tutela sobre el sultán Abdelazís, durante la minoría de edad de éste, a quien él llevará al trono de la forma astuta que se verá más adelante.

Ba Ahamed tenía la astucia del zorro experimentado en cientos de correrías con el estómago vacío, y, de la serpiente, su cualidad reptante y escurridiza.

Quién era MacLean⁹

Yo, menos que nadie, podría afirmar o negar nada a este respecto. Alguien recuerda ciertas relaciones que unían al británico MacLean con el alemán Mohr. Otros traen a colación algunas... *coincidentes* anticipaciones de la política alemana en Marruecos por la misma fecha. Las afirmaciones más categóricas en tal sentido corresponden a un gran personaje marroquí: Si Madani El-Glaui, señor del Atlas, y una de las figuras de mayor relieve y eficaz intervención —eficaz para Francia— en la política exterior de este país en Marruecos. Si Madani El-Glaui —a quien sucedería luego su hermano Tzahami en la Bajalato de Marrákech y en la fidelidad a Francia—, en una entrevista que con él sostuvo un destacado colaborador del semanario parisino *Gringoire*, afirmó clara y terminantemente que en 1894 MacLean y Mohr, disfrazados con vestiduras marroquíes, lograron mezclarse con la nutrida comitiva de Mulái Hasán, cuando éste se detuvo en la alcazaba de Telust, sede solariega de la familia Glaui. MacLean y Mohr se pusieron de acuerdo. ¿Para qué?

Antes de que Mulái Hasán emprendiera su viaje a Mequinez, quiso Ahamed que dejase firmado un asunto que le interesaba sobremanera. Solapado y hábil como de costumbre,

⁹ **Sir Harry Aubrey de Vere Maclean** (1848-1920). Eduardo VII lo hizo Caballero de San Miguel y San Jorge cuando regresó de Marruecos a Gran Bretaña, tras largos años de servicio a los sultanes. *Nota del copista.*

no quiso presentar aisladamente este asunto para no despertar el recelo de su Señor. De ello resultó que la misión italiana se vio gratamente sorprendida con la autorización, que desde meses atrás venía persiguiendo inútilmente, para crear una fábrica de armas en Marruecos. Al propio tiempo, MacLean, el amigo de Ba Ahamed, obtenía el nombramiento de *caid* Instructor de las Tropas Marroquíes.

Y ¿quién era el nuevo *caid* MacLean?

MacLean era, sencillamente, un antiguo sargento de la guarnición de Gibraltar, que había desertado años antes¹⁰. Llegó a Tánger como tantos otros a los que trajo la aventura, unas veces, y otras la imperiosa necesidad de poner el Estrecho como barrera tras la que amparar un turbio pasado o un delito no purgado todavía.

A MacLean le urgía de inmediato el contacto con elementos que pudieran facilitarle el acceso hasta el mismo escenario de los acontecimientos. Este contacto no se adquiría entonces sino por el idioma español o por el árabe. Naturalmente, MacLean optó por el árabe. Aparte de que no le interesaba el trato con españoles, ya es sabido que en todo hijo de la Gran Bretaña hay, por lo general, en potencia, un enemigo de España.

A pesar de la repugnancia o torpeza —vaya usted a saber— que los ingleses sienten por los restantes idiomas del mundo, MacLean, más escocés que inglés y acuciado por la urgente necesidad de borrar sus huellas, aprendió el árabe en poco tiempo. Entonces abandonó Tánger y se internó en Marruecos. Lo que a un español —incluso mejor preparado— le habría costado tiempo y astucia, para el británico MacLean

¹⁰ No están nada claras ninguna de las dos afirmaciones que hace Alberto España aquí : Mac Lean era seguramente mucho más que sargento en el ejército británico, y en ninguna parte consta que desertara. *Nota del copista.*

fue, en verdad, cosa de poco tiempo. El ex sargento inglés no tardó en llegar hasta el mismo sultán, por intermedio de su lugarteniente Ba Ahamed. De este modo vistió el «súlham» (albornoz) de *caid*, y él lo aupó hasta otra investidura más, como se verá más adelante.

Antes de sus relaciones con Ba Ahamed, durante su estancia en Tánger, ¿era cierto que el antiguo desertor de Gibraltar había tenido determinados contactos con la Legación alemana en la ciudad del estrecho? ¿Después de nombrado *caid*? ¿Pudo MacLean desligarse de los supuestos compromisos contraídos en Tánger?

De todos modos, es lo cierto que desde 1893 Alemania había enviado hasta el interior del Sus emisarios encargados de provocar la asignación que convenía a sus planes.

Mulái Hasán en Teluet... Pantagruel estuvo allí.

Cuando Mulái Hasán consideró oportuno dar por terminada su estancia en Mequinez y decidió regresar a Marrákech, escoltado en la misma forma que a su ida, mandó un emisario a El-Glaui dándole cuenta de sus propósitos de detenerse en Telauet. El-Glaui recibió a su Señor con todos los honores que le correspondían. Y en esta recepción Si Madani El-Glaui, secundado por su hermano Tzahami y todos los miembros de la ancha y poderosa familia, desplegó ante su Señor toda la magnificencia y esplendor que fueron siempre característicos en la mencionada alcazaba.

Aún se recuerda, como suma de banquetes pantagruélicos, con toda la pompa y prodigalidad de un cuento de *Las mil y una noches*, el ofrecido a Hasán y a toda su comitiva: 3.500 pichones rellenos, 2.000 pollos al limón con aceitunas, 500 *mechuis* (asados) de cordero lechal, cuya carne cocida entre brasas, dorada en su exacto punto, tierna y jugosa, «no habría tenido tan divino sabor si el propio Al-láh en persona no hubiera puesto sus manos en la pasta...» 10.000 «bastilias»

de crujiente hojaldre, triunfo de la cocina maghrebí. En su elaboración se juntaron el hombre y el cielo.

Como remate a tan monumental banquete se vieron a lo ancho del extenso valle donde acampó la *harka* del sultán miles de cucuruchos, tejidos en rafia, bajo los cuales humeaban otros tantos lebrillos de alcuzcuz bien provistos de succulentos aditamentos. Sobre las cumbres y en las faldas de estas montañas de sémola se veían, en sustanciosos aquelarres, varias y bien cebadas gallinas, que eran nutritiva lava de una erupción en aquellos volcanes de granos.

Y no habrá por qué decir que la extensa gama de la repostería y la confitería marroquíes tuvo en este banquete una representación adecuada a la esplendidez que se derrochó aquel día.

Patético viaje de un cadáver real.

Mulái Hasán, que tenía bien abierto el apetito, después de su larga y pesada caminata, hizo cumplido honor a estos derroches culinarios. Tanto, que aquella misma noche, al filo de la madrugada, comenzó a sentir como si todos los pollos, los corderos y los pichones se hubieran puesto de acuerdo en su imperial estómago para alborotarse a un tiempo. Fue preciso despertar al chambelán Ba Ahamed. Apenas entró éste en la tienda real, se dio cuenta de que su Señor se moría sin remedio. Al punto adoptó las medidas necesarias para que nadie se percatase de lo que sucedía. Mulái Hasán había muerto, pero a su ambicioso lugarteniente no le convenía que el hecho se divulgase ante de que él tuviera todo preparado para que la sucesión no recayese en el hijo mayor, Sidi Mohammed, como quiere la tradición, sino en su hermano menor, Sidi Abdelazís, que contaba a la sazón catorce años y a quien el ladino visir proyectaba manejar más fácilmente. Abdelazís viajaba con su padre, pero Ba Ahamed le pidió que se adelantara y lo esperase cerca de Marrákech. El legítimo heredero, Sidi Mo-

ammed, residía a la sazón en Mequinez. Todo quedó, pues, en el campamento de Teluet, como si nada hubiera sucedido. Bu Ahamed se las arregló de forma que incluso pareció como si Mulái Hasán asistiera en persona a la gran *fantasía* que, ejecutada por varios centenares de jinetes, le ofreciera El-Glaui en guisa de despedida. El cadáver del Sultán, bien disimulado el rostro entre cojines, «presenció» desde su litera el magnífico espectáculo. Nadie pudo darse cuenta de la macabra comedia.

Al día siguiente, muy de mañana, se reanudó la marcha hacia Marrákech. El fúnebre recorrido se hizo bajo un sol abrasador, del mes de junio. La litera real iba a lomos de cuatro asnos. Por muy bien que Ba Ahamed lo dispusiera todo, no pudo impedir que las moscas, atraídas por el olor de la carne muerta —cuya descomposición aceleraba la enorme temperatura del día— revolotearan en torno a la litera. Algunas lograron entrar en ésta y cometer la irreverencia de posarse sobre la lívida faz del monarca, que de seguro estaría ya rindiendo cuentas a Dios de sus actos en la tierra.

Dos días con sus respectivas noches tardó la fúnebre caravana en llegar a una aldea de las inmediaciones de Marrákech, donde Abdelazís, siguiendo las instrucciones de Ba Ahamed, esperaba. Allí quedó instalado el *afrag* o campamento personal del monarca, separado de las tropas por una valla de tela. El diálogo entre el ladino Ba Ahamed y el joven Abdelazís, mantenido en voz muy baja, fue breve y concluyente:

—Si el Sultán muriera... —insinuó Ba Ahamed, antes de revelar la verdad.

—Cúmplase la voluntad de Dios —respondió Abdelazís con fingida compunción.

—Tu hermano Sidi Mohammed espera en Mequinez —siguió diciendo Ba Ahamed.

—En Mequinez hay prisiones de las que no es fácil salir...

—Pero nadie puede encerrar a un príncipe sin tener autoridad suficiente.

—Tú la tendrás como mi Gran Visir.

Ba Ahamed se asomó a la puerta de la tienda real y gritó:

—El sultán Mulái Hasán ha muerto.

El grito fue reiterado por miles de voces a lo ancho y a lo largo de todo el campamento.

La comedia había terminado.

Lo restante fue breve y sencillo. La comedia, tan hábilmente urdida por Ba Ahamed, entraba en la última fase. Faltaba algo esencial, como era la necesaria unanimidad por parte de los ulemas, para dar legitimidad a una sucesión que se salía de los moldes tradicionales. Pero Ba Ahamed no era hombre que pudiera dejar suelto un cabo de tal importancia: la misma noche en que el sultán sucumbiera a consecuencia de la algarabía promovida en su real estómago por los pollos y corderos de El-Gloui, se había deslizado, como una sombra, en la tienda de Lal-la Reika —la Sultana Madre— y de ella salió con una carta en la que Lal-la Reika afirmaba que la sucesión a favor de Abdelazís había sido la última voluntad expresada por Mulái Hasán... Creyeránlo o no así, los ulemas dieron por bueno este documento. La proclamación de Mulái Abdelazís se hizo con todos los honores.

Aquel mismo día, el legítimo sucesor, Sidi Mohammed, era encerrado una de las mazmorras de Mequinez. Allí, el desventurado Sidi Mohammed, parodiando a su colega calderoniano, podría lamentarse tan amarga como inútilmente:

*Ay mísero de mí, ay infelice:
Apurar, Cielos, pretendo,
Ya que me tratáis así,
¿Qué delito cometí
Contra vosotros, naciendo?*

La corte del «maboulisme¹¹».

Con la exaltación de Abdelazís al trono de Marruecos abrióse un singular periodo en el que dominó plenamente lo que los franceses denominan «maboulisme». Abdelazís resultó ser la más perfecta personificación de la frivolidad y el más desenfrenado esnobismo, bien explotado para sus fines por el taimado y ambicioso Gran Visir.

El inocente juego de las damas, que Ba Ahamed le había enseñado, aburría mortalmente al monarca por su simplicidad. Él anhelaba algo distinto. Platos de salsa más fuerte. Había oído hablar de ciertas novedades europeas, de las que se hallaba ansioso.

Entre el ladino Gran Visir y el fiel *caid* MacLean —que ya por entonces caminaba sobre terreno más firme — hubo un cambio de impresiones que culminó en un estudiado y maquiavélico plan. Pronto quedaron de acuerdo los dos compinches. El *caid* recordó que en cierta ocasión le preguntó él a Mulái Hasán por qué razón los marroquíes podían disponer de varias mujeres a un tiempo. El sultán, que era muy dado a la untuosa cortesía y que no carecía de ingenio, le respondió en un tono que lo mismo podía creerse ingenuo que irónico:

— Porque hacen falta cuatro mujeres de las nuestras para reunir los encantos que posee una sola inglesa.

Este recuerdo fue como una luminosa revelación para los dos respetables cortesanos. Pronto quedaron de acuerdo, si bien el inglés MacLean estaba más atento a la posibilidad de otras aspiraciones, más trascendentes para él, que dar ocasión a su Señor actual para tan encantadores escarceos femeninos.

¹¹ En *Petit Robert* encontramos «maboul», «sargento del ejército norteafricano», del árabe *al-mahbul*. No sé por dónde se llega el sentido de «hombre primitivo fascinado por la modernidad» que parece darle mi abuelo y que seguramente ocurriría entonces. En diversas páginas de internet aparece «maboulisme» con el sentido de «locura», «delirio». *Nota del copista.*

El plan quedó, sin embargo, perfilado. Hacía falta un ejecutor congruo y diligente. El propio *caid* MacLean sería el encargado de tan alta misión. Había, no obstante, cierto inconveniente para que el inglés pudiera ir a Londres en busca de los *juguetes* que necesitaba el Sultán: MacLean era desertor del ejército inglés. Pero la debilidad que Ba Ahamed sentía por su amigo no lo cegaba hasta el punto de no hallarse al corriente de ciertos servicios que el *caid*, al socaire de su cargo, venía prestando secretamente al gobierno inglés, acaso como medio para borrar de la memoria de éste el recuerdo de su pasada hazaña calpense. Una pequeña insinuación en tal sentido bastó para que el *caid* comprendiese que todo disimulo sería inútil. Y a Londres marchó nuestro ex sargento, en cumplimiento de la altísima misión que se le había encomendado.

De Londres llega un barco cargado de...

El sabroso capítulo de nuestro siempre aleccionador *Don Quijote* es bien conocido de sus lectores. Cervantes nos habló en él de los grandes y trascendentales servicios que no deben faltar nunca en una república bien organizada. En el Marruecos de aquella época, que, en fin de cuentas, era una verdadera «república» —dando al vocablo todo su sentido vulgar de gárrulo desbarajuste—, no habían de faltar ciertamente. El experto sargento anduvo de Picadilly a Soho, sin olvidar Shearing Cross, recorriendo todos los lugares en los que hallar cuanto pudiera satisfacer todos los caprichos de su Señor. Y con todos ellos reunió un singular cargamento que desembarcó cierto día en el puerto de Tánger. De Tánger salió luego este cargamento repartido sobre las gibas de varios camellos que, en caravana oficial, partieron una madrugada con dirección a Marrákech.

En los primeros camellos se repartieron hasta veinte bicicletas de los más recientes modelos de la industria británica;

un centenar de despertadores, cuyos timbres tenían un sonido alegre y cristalino, y varias docenas de fonógrafos, de aquellos de manivela, a la que bastaba dar unas vueltas para que el aparato emitiera tiernos y armónicos gangueos. El sonido se expandía al exterior por medio de unas largas bocinas, rematadas en una especie de fabulosa corola, que era como una bella floración pintada de azul.

La carga más preciada y sorprendente, la que el honorable *caid* MacLean había seleccionado con más amor y más cariño, era la del último camello. Consistía en cuatro lindas y complacientes jóvenes inglesas, con los ojos muy azules, los labios rezumantes de promesas y los cabellos más dorados que los mismísimos rayos del sol.

Cuentan los más viejos de Marrákech que el sultán Abdelazís, deslumbrado por tales presentes, mostró su exultante admiración dando gritos y saltos de júbilo, igual que un niño alborozado por aquellas maravillas nunca vistas en el Sus. Dando rienda suelta a su imaginación oriental, Abdelazís comparaba las bocinas de los fonógrafos con flores del paraíso; las bicicletas, con estrellas gemelas de un firmamento ideal; y los despertadores, con cascabeles del cielo. En cuanto a las bellas y blondas inglesitas, eran para el Sultán páginas en blanco del gran libro del amor, que él se proponía, por supuesto, llenar con las más cálidas expresiones de su temperamento africano y juvenil. Pero aún había más. El inefable y precavido Ba Ahamed no se había descuidado durante el tiempo que el *caid* MacLean permaneciera en Londres. Había hecho venir de París al ingeniero Veyre, con un portentoso cargamento: 50 aparatos Kodak que, en sus sensibles placas, habrían de perpetuar el momento en que el Sultán recibiera los presentes traídos por el aguerrido ex sargento de la guarnición de Gibraltar.

El esnobismo de Abdelazís fue creciendo con el tiempo. A medida que el niño se hacía hombre, iban aumentando sus

caprichos y sus ansias por los nuevos inventos de que iba teniendo noticia. La nube de buhoneros de todas clases y del más alto coturno invadía la corte. Se le ofrecían los más extraños artilugios y objetos más absurdos. Abdelazís se encaprichaba con todo lo que veía, caprichos que, por otra parte, los cortesanos eran los primeros en fomentar. Y como el monarca no tenía la menor noción de su utilidad ni de sus aplicaciones, los encargaba en cantidades desorbitadas y desconcertantes. Desde ocho o diez globos Montgolfier hasta mil aisladores de cristal para las patas de los pianos, llegaban de continuo a Marrákech caravanas de camellos con las cargas más insospechadas. Entre las cosas que aparecieron en los sótanos de palacio, después de la abdicación de Abdelazís, se cuentan dos trenes completos de pequeño tamaño, con sendas locomotoras, que llegaron pieza a pieza, dentro de dos cajones, a lomos de camellos; varios kilómetros de rieles con sus traviesas correspondientes; veinte o treinta juegos de bastones de golf; centenares de raquetas y pelotas de tenis, amén de otros innumerables objetos de diversas clases, no sólo para colmar los ocios de un rey, sino de un pueblo entero.

Ha empezado un nuevo siglo.

Había empezado un nuevo siglo, en el que tantas y tan singulares cosas conocería la humanidad. Una humanidad de la que, naturalmente, también formaba parte Marruecos, preciada caja de inesperadas sorpresas. Al solapado Ba Ahamed había sucedido el Menebhi, nuevo Gran Visir de la que aún continuaba siendo corte del «maboulisme». Las estrellas gemelas de Abdelazís proseguían su desenfrenada carrera por los anchos patios de Dar El-Májsen. Sonaban los cascabeles del cielo a horas imprevistas, en las fastuosas cámaras palatinas. Gangueaban día y noche los fonógrafos. Y hasta es posible que los Kodak parisinos recogiesen alguna de las históricas frases o actitudes que al Sultán inspiraban las rubias hijas

de la Gran Bretaña, seleccionadas en Londres por el leal exsargento.

Mientras tanto, el *Májsen* se esforzaba inútilmente por mantener la tradición de su política exterior. El *caid* MacLean continuaba con todo ahínco la instrucción de los soldados que constituirían el futuro ejército de Marruecos. Procuraría inculcar a los reclutas los principios inmarcesibles de la inquebrantable disciplina castrense y la perenne lealtad que se debe a la bandera jurada, como a él le habían enseñado en el ejército inglés. Y en los largos intervalos de ocio que le permitía su importante cargo el ex sargento inglés forraba sus puños con los mullidos guantes de boxear para iniciar al monarca en los secretos de este británico deporte. Era, en verdad, un curioso espectáculo ver de qué forma tan poco reverente los puños del inglés hacían medir el ring al Príncipe de los Creyentes, que por entonces regía los destinos del Imperio de Marruecos.

Un nuevo personaje en el tinglado.

Hacía ya algunos años que en el tinglado de la triste farsa urdida por las Potencias en Marruecos había aparecido un nuevo personaje que pronto adquirió relieve y decidida influencia cerca de los gobernantes de la época. Faltos de voluntad o energía, sucumbían éstos a la soterrada labor. Se llamaba este personaje Walter Harris, y fue corresponsal del gran rotativo londinense *The Times*.

Mister Harris no vino a Marruecos como tal corresponsal, por la sencilla razón de que entonces no era periodista ni lo había sido antes. Sus relaciones con *The Times* fueron posteriores. Harris llegó a Marruecos en calidad de agente destacado de una importante firma comercial inglesa, que vio en Marruecos la posibilidad de ensanchar el mercado del que los alemanes se iban adueñando de un modo alarmante. Harris, que era inteligente y sagaz, comprendió pronto que necesita-

ba poseer el árabe como vínculo principal a imprescindible para la mayor eficacia de sus actividades. Cuando lo aprendió, lo mismo que lo había hecho MacLean, se internó en Marruecos. Su gran perspicacia lo penetró sin tardar de cuanto ocurría a la sazón en el país. Comprendió al punto que debía orientarse en otra forma. Un inglés — sobre todo en aquella época — no necesita, por lo general, ser profesional en ningún oficio o menester. Le basta con ser inglés. Miel sobre hojuelas si a la eventual fortuna de haber nacido en las brumosas islas se suman otras cualidades. Harris ofreció entonces sus servicios informativos a *The Times*. Éste, a la vista de las circunstancias, aceptó la oportunidad. Lo demás se comprende fácilmente. Inglés, y corresponsal de un diario de tal importancia, Harris halló abiertas muchas puertas. Su influencia fue ensanchándose por momentos. Adquirió una indudable nombradía y no escaso provecho personal, que administró con proverbial flema británica.

Harris no fue, como afirmaron algunos periódicos españoles, enemigo sistemático de España y, por consiguiente, de la política de nuestro país en Marruecos. En realidad, creo que lo que le ocurrió a Harris fue que se permitió el lujo de *ignorar* a España como Potencia con derechos históricos en Marruecos. Harris —principalmente después de que Inglaterra y Francia resolvieran el incidente de Fasheda — se inclinó decididamente del lado de la política francesa en Marruecos, intuyendo, tal vez, la amplitud y preponderancia que ésta habría de alcanzar más adelante. Por lo demás, conviene no olvidar que Harris, además de ser inglés, era hombre no exento de debilidades y flaquezas.

Tampoco comparto el juicio de los *observadores* de aquella época, para quienes Harris, en el periodo del «maboulisme» de Abdelazís, resultara con su aparición en Marrákech un regalo tan funesto como los que le trajera de Londres su compatriota MacLean. Se basan los opinantes en que, durante

la estancia del *caid* en Londres, Harris se dio buena maña para obtener del *Májsen* ciertas reformas que a la larga habrían de favorecer el predominio y la extensión de la hegemonía francesa, contra la cual había laborado siempre Mac-Lean. Al regresar éste de Londres y percatarse de la labor de su compatriota, así como la sombra que éste podía hacerle, no respiró tranquilo hasta que logró que Harris tuviera que abandonar Marrákech.

Aristas sueltas.

No es papel que incumba al periodista seguir paso a paso los acontecimientos que intensificaron la convulsión en que se debatía Marruecos. La política europea, tan ardidamente secundada por aventureros e intrigantes de toda laya, no se daba reposo en su labor destructiva y de completo desconcierto.

El periodista se contenta con ir recogiendo alguna de las aristas más agudas de los distintos periodos. Ellas tienen la suficiente penetración para dibujar ambientes revueltos de la época.

En 1895 Abdelazís envió a España una embajada presidida por el anciano Sidi Brisa, al que en Madrid abofeteó un general vesánico... Pese al lamentable incidente, se logró concluir un tratado entre España y Marruecos. El trato causó un pésimo efecto en las restantes Potencias. Como de costumbre, cualquier avance de la política española en Marruecos era recibido como un escopetazo por los demás gobiernos interesados. El gran patrimonio espiritual de España, su ascendiente innegable en el país, tanto como sus precedentes históricos, contribuían en gran parte a encontrar a nuestro favor mayores facilidades que nadie para entendernos con los sultanes. Ello habría sido de excelente resultado para nuestro desenvolvimiento, de haber ido acompañado, por parte de nuestros gobernantes y políticos en general, de una más clara

y certera visión del futuro. No ignoraban las demás Potencias aquéllas y éstas circunstancias. Con todo, sentíanse inquietas siempre que España lograba avanzar un paso o simplemente colocarse en condiciones de poderlo dar. No cejaban, pues, hasta anularlo. Incluso los más antípodas en sus ambiciones y procedimientos, como Alemania y Francia, se unían al punto para que los propósitos de España no prosperasen en modo alguno. La misma Inglaterra, que ya alardeaba de generosa con Francia, para que ésta no la estorbase en Egipto, aparecía siempre unida a los franceses y, por consiguiente, lejana de España.

Todo ello trajo como obligada consecuencia —a la que contribuyó en no pequeña parte nuestro desastre colonial del 98, elaborado pacientemente por los Estados Unidos— el hecho de que a la hora de ocupar un sitio en el *inmueble marroquí* ni siquiera en la cocina o el desván habían de dejarnos en paz. Se nos regatearon no ya dependencias de mayor amplitud y comodidad, sino los menudos y míseros utensilios domésticos como la escoba o el recogedor de la basura para mantener con decoro nuestro sitio.

España no podía enviar a ningún puerto un Duchaila¹² o un Panther¹³, ni nos era posible ceder una parte del Congo... francés a Alemania, como se hizo más tarde, en 1911. Ya lo dijo en términos no por diplomáticos menos explícitos el famoso Patenôtre¹⁴: los españoles saben muy bien que por sus medios y aptitudes no se hallan a la altura de sus derechos históricos y geográficos.

La hoguera se fue extendiendo. El país ardía en una pura llama a la que se arrojaba todo lo que pudiera contribuir a su mayor incremento. La autoridad del *Májsen* era ya un mito en

¹² Quizá se refiera al vicealmirante Duchaila, de la marina napoleónica, muerto en el sitio de Alejandría. *Nota del copista.*

¹³ Puede referirse a un barco de la armada alemana. *Nota del copista.*

¹⁴ Jules Patenôtre (1845-1925), diplomático francés. *Nota del copista.*

muchas regiones. La intriga y la ambición, dándose la mano, triunfaban en todas partes... Cerca de Rabat, un destacamento imperial fue diezmado por los insurgentes.

En 1899, Alemania, celosa de lo que ella estimaba como una expansión francesa y española, abre oficinas postales en Tánger, Casablanca, Rabat y Mazagán.

España las tuvo en casi todas las poblaciones de alguna importancia. Cuando se estableció el protectorado, Francia, generosamente, ofreció suprimir las suyas en nuestra Zona (Tetuán, Arcila y Larache), a cambio de que nosotros hiciéramos lo mismo en Casablanca, Rabat, Marrákech, Fez, Safi, Mazagán, Mogador y Agadir. Inglaterra mantuvo las suyas hasta los últimos años en Casablanca, Rabat, Tetuán, Larache, Arcila y Alcazarquivir. A través de estas oficinas postales británicas, desde Tánger, circulaba toda clase de correspondencia, objetos certificados y hasta giros postales, que hacían inútil cualquier medida de índole fiscal o gubernativa que pudiera adoptarse en nuestra zona del protectorado.

Del mismo modo, los súbditos o protegidos ingleses gozaron en ambas zonas del privilegio inabordable de las Capitulaciones consulares, que impedían a las autoridades locales ejercer sobre ellos ninguna acción que no fuera antes sancionada por su representante consular. En Marruecos —podría repetir con mayor razón ahora el Cardenal Laviserie—, el peligro no está en Marruecos.

La apoteosis de un desertor

En 1901, con motivo de la coronación del rey Eduardo VII de Inglaterra, el sultán Abdelazís envió a su Gran Visir, Sid Mehdi El-Menebhi, a Londres, para que asistiera en su representación a las ceremonias oficiales. En la comitiva del Ministro figuraba también —no habría faltado otra cosa— el *caid* MacLean... Y en tan memorable ocasión el gobierno británico, a quien el ex sargento de Gibraltar había prestado ya ciertos servicios —desde unas filas bien distintas de las

que él desertara— lo premió con el título de Barón... De este modo, tan inesperado como apoteósico, quedó borrado del pasado de MacLean el ominoso estigma. En lo sucesivo, el ex sargento MacLean se transformaría en el Honorable Barón Sir Harry MacLean¹⁵.

El Intelligence Service es el Jordán purificador en cuyas aguas pueden lavar los ingleses sus pasadas culpas, aun las más gruesas. Las aguas de este Jordán redentor no van a desembocar al mar como hacen todos los ríos del mundo, sino que vierten en el Almirantazgo. De ahí van al Támesis —que acaso por ello tiene tan turbio el color— y corren por su británico cauce como si no hubiera pasado absolutamente nada. Con toda la arrogante prestancia con que los hijos de la Gran Bretaña recorren el resto del mundo, como si visitasen uno cualquiera de sus dominios. Sin tales recursos, de qué le habría servido al corsario Drake su estúpido alarde de «haya o no guerra entre Inglaterra y España, contra los españoles siempre». Drake no pudo olvidar jamás que fueron navíos españoles los que destruyeron su *Judith*, vehículo de sus vulgares y rapaces piraterías... Sin la bienhechora esponja del Intelligence Service, el desertor de la guarnición calpense no habría obtenido nunca su honrosa baronía. Tal oportunidad no se nos ofrece a los demás mortales.

Nosotros exigimos a don Gonzalo Fernández de Córdoba que rindiese cuentas hasta del último maravedí que gastara en las batallas sostenidas para mayor gloria y provecho de España. Joaquín Costa, con tozudez muy baturra e incomprensión muy española, no cesó de pedir que fuese encerrada en el arca la espada del Cid.

El secuestro de Perdicaris¹⁶

En 1904, los Estados Unidos pasaban ya por ser el país más rico del mundo. A la sazón estaban representados en Tánger por un simple Vicecónsul. En realidad, no necesitaba más, porque éste, con Perdicaris y media docena de protegidos, eran todos los americanos que había en Marruecos. Sin embargo, la realidad era que estaban representados con más

¹⁵ Véase la nota 9.

¹⁶ **Ion Hanford Perdicaris** (1840-1925). *Nota del copista.*

esplendor y mayor boato que las restantes Potencias. Merced a las ricas americanas casadas con miembros del Cuerpo Diplomático. El oro americano era un poderoso y atrayente señuelo para títulos europeos sin fortuna, así como para diplomáticos impacientes y ambiciosos. En Tánger, estas americanas, incluso las casadas con simples secretarios, detentaban el record de la elegancia y de los más ostentosos lujos. Ellas eran las únicas que circulaban por la ciudad en sillas de mano, para lo que necesitaban sostener un equipo de *camalos* a sueldo. Mientras tanto, las restantes *bachadoras*, más importantes —como las de Inglaterra, Francia y España— tenían que contentarse con una mula, la que más, o un simple borriquillo atalajado con una jamuga de cuero.

Pero la potente escuadra que durante el secuestro de Perdicaris iluminaba la ciudad con sus proyectores hizo más propaganda de los Estados Unidos en Tánger que sus deslumbrantes mujeres. Ion Perdicaris, aunque de origen griego, se había nacionalizado en los EE. UU. cuando llegó como emigrante a Nueva York. Tras varios años de trabajar en diversos oficios, con sus ahorros adquirió unos terrenos pantanosos que tuvieron la fortuna de hallarse situados precisamente en el sector de lo que había de ser el Gran Nueva York del futuro. El resto lo deducirá cualquiera.

La venta de estos terrenos lo convirtió en multimillonario. Fue entonces cuando Perdicaris decidió venir a Tánger, donde se instaló y vivió como un Nabab¹⁷.

Era de elevada estatura y apuesto continente. Vestía con gran elegancia y se tocaba siempre con un sombrero de los llamados de media copa. Casó con Mrs. Verley, viuda de nacionalidad inglesa, que tenía un hijo, ya casi un hombre,

¹⁷ Los datos que se dan son incorrectos. Fue el padre de Ion, Gregory Perdicaris, quien llegó de Grecia a los Estados Unidos y casó con una ricahembra de Carolina del Sur. *Nota del copista.*

cuando el matrimonio llegó a Tánger¹⁸. Durante el invierno, el matrimonio Perdicaris vivía en la ciudad —mejor dicho en lo que entonces eran las afueras—, donde se había hecho construir una magnífica residencia, que denominó El-Minzah, que en árabe quiere decir ‘mirador’.

El-Minzah de entonces, tras las transformaciones consiguientes, es hoy un lujoso hotel moderno, con fachada de típico estilo español, gran patio andaluz y una espléndida terraza con vistas al mar. Para el verano poseía Perdicaris otra suntuosa propiedad en el Monte, con vistas al Atlántico. Por entre los altos y viejos pinos de esta finca se ven, y casi se tocan con las manos, las costas de España. Todavía recuerdan los más viejos de la ciudad las deslumbrantes fiestas y mundanas recepciones de Perdicaris: en una de éstas actuó en obsequio de los invitados el famoso violinista polaco Paderewski¹⁹, maravilloso intérprete de su genial paisano Chopin... Durante la noche del 18 al 19 de mayo de 1904 se presentaron en la finca del Monte, armados convenientemente, unos sicarios de El-Raisuli, con orden de conducir a Perdicaris y a su hijastro hasta el Zinatz, lugar abrupto y escarpado donde aquél tenía su escondite.

El-Raisuli o Raisuni era un sherif o jerife que a la sazón gozaba de innegable prestigio y fuerza. Su ambición despertó al socaire de las turbulencias de la época, que favorecían la descomposición del Imperio y la carencia de autoridad. El-Raisuli aspiraba al bajalato de Tánger. No halló, al parecer,

¹⁸ **Ellen Varley** abandonó a su marido por Perdicaris. Tenía dos hijos y dos hijas. *Nota del copista.*

¹⁹ **Ignacy Jan Paderewski** (1860-1941). Pianista célebre y, tras la Gran Guerra, Primer Ministro y Ministro de Asuntos Exteriores de la República de Polonia. *Nota del copista.*

otro medio para satisfacer su deseo de venganza y ambición que el secuestro de este personaje norteamericano.

El revuelo y los comentarios que el hecho despertara fueron extraordinarios: la osadía de haberlo realizado dentro de la misma ciudad de Tánger denotaba tal ausencia de autoridad y, a la vez, tal despreocupación, que se dio pábulo a suposiciones carentes de fundamento, como se demostró más tarde. Para algunos, el secuestro no era sino una de aquellas comedias que se urdían en las chancillerías, con vistas a la obtención de un determinado propósito. A ello contribuyó en gran parte el trato humano, inconcebible entonces, dado en un primer momento a los prisioneros. Se les permitió llevar al Zinatx camas, vajillas, ropas y cuanto desearon, para su mayor comodidad, amén de la comida que desde Tánger se les remitía por los hombres de El-Raisuli que venían a buscarla. Éstos entraban y salían libremente de la ciudad sin que nadie osara interponerse.

La misma noche del secuestro, El-Raisuli dio a conocer sus condiciones para liberar a los prisioneros. La primera exigencia era la retirada de la Mehal-la, que al mando del *bacha*²⁰ de Tánger mantenía la vigilancia de los alrededores de la ciudad. Hasta que no se cumpliera esta primera condición, no daría a conocer sus exigencias definitivas.

La gestión conjunta del Ministro de Inglaterra y el Cónsul de los EE. UU. dio como resultado la retirada de tal Mehal-la. Tras lo cual El-Raisuli dio a conocer sus condiciones, que eran las siguientes:

—Regreso a Fez de la Mehal-la que ejercía la vigilancia en los alrededores de Tánger.

²⁰ El *bacha* venía a ser quien gobernaba la provincia en nombre del sultán. La palabra ha dado *bajá* en castellano, porque nos llegó por mediación del francés, pero los europeos de Marruecos decíamos *bacha*. *Nota del copista.*

—Destitución del *bacha* de Tánger.

—Encarcelamiento de varios personajes que habían actuado en otros tiempos contra él y sus partidarios.

—Entrega a El-Raisuli de una indemnización de 350.000 pta. hasaníes, impuestas a la familia del *bacha* Abdesadak, cuyos bienes debían venderse en pública subasta hasta la concurrencia de dicha suma.

—Autonomía de dos aduares o aldeas de la región de Tánger, que debían quedar libres de impuestos y colocadas bajo la sola autoridad de El-Raisuli.

Quien exige, además, que los representantes de Inglaterra y de los EE. UU. le garanticen la aceptación de estas condiciones.

Todas las gestiones hechas cerca de El-Raisuli por mediación del Sherif de Uazán fueron inútiles. El-Raisuli declaró que, por el contrario, aumentaría sus exigencias, y que si se tardaba en aceptarlas dispondría de la vida de sus cautivos.

Las condiciones exigidas no sólo eran materialmente inaceptables, sino que significaban, además, el derrumbamiento del orden público, con la destitución de los funcionarios fieles al *Májsen*, y la recompensa de una banda de malhechores, con la atribución a su cabecilla de una especie de *petit fief* —por el feudo— de los aduares aludidos. Los gobiernos británico y americano se limitaron a significar al *Májsen* que si los cautivos no eran liberados en seguida lo harían responsable de ello. El día 6 de junio el *Májsen* resolvió aceptar las siguientes condiciones:

—Destitución del *bacha*.

—Entrega del rescate pedido.

—Retirada de la Mehal-la.

—Libertad de ciertos detenidos en la cárcel de Tánger.

—Nombramiento de El-Raisuli como gobernador de los aduares cuya autonomía solicitaba.

—Promesa de poner en libertad, en cuanto recuperaran la suya Perdicaris y su hijastro, a los rebeldes que habían sido hechos prisioneros durante el ataque a Tetuán.

—Promesa de encarcelar, bajo las mismas condiciones, a todos aquellos cuya detención solicitaba El-Raisuli.

El Ministro de Francia en Tánger, Monsieur Taillandier, aprovechaba la ocasión para aconsejar a su gobierno que considerase la urgencia de la seguridad pública de Tánger, que según él era cosa de «una simple operación de policía local», para lo cual propone aumentar los poderes y la responsabilidad del *bacha*, así como introducir en la policía y guarnición de Tánger un cierto número de elementos argelinos, escogidos entre los mejores (es decir los más adictos a Francia). Cada cual a lo suyo.

Por otra parte, el Ministro francés comunica a su gobierno que El-Raisuli se ha encolerizado por haber tenido que renunciar a las garantías extranjeras que había solicitado y a falta de las cuales se venían abajo las ilusiones que él se había forjado. De ahí su deseo de completar estas ventajas con el posible secuestro de otras personalidades, entre las cuales parece haber mencionado al cónsul de Inglaterra.

Se impone, pues —insistía el Ministro francés cerca de su gobierno—, más que nunca, prestar atención a la seguridad de Tánger. Acabo de recibir —añadía Taillandier— una carta de Ben Solimán, ministro de Asuntos Exteriores del sultán, en la que, en principio, acepta nuestro concurso, que podrá *crecer progresivamente*. Por otra parte, el sultán, convencido de la prudencia de nuestros consejos, ha decidido reforzar la guarnición de Tánger, proveyéndola de varias piezas de artillería y confiando al teniente francés Sedire la instrucción de los artilleros.

Como se ve claramente, el secuestro de Perdicaris fue bastante provechoso para la hegemonía francesa.

Mientras tanto, los buques de la escuadra americana surtos en nuestra bahía seguían iluminando con sus reflectores los más lejanos horizontes de la ciudad, acaso con la ilusión de que sus haces luminosos llegasen hasta las anfractuosidades del Zinatz, infundiendo algún pavor en el ánimo de su *aguilucho*. Pero a este pajarraco no le asustaban tales fantasías.

Al fin, y el día 24 de junio, fueron puestos en libertad Perdicaris y su hijastro. Se les trajo hasta Aain Dalia, cerca de Tánger, escoltados por soldados de El-Raisuli. Venían en una cómoda litera, cuyas andas se apoyaban en dos mulas, una delante y otra detrás.

Flotando queda aún en mi curiosidad periodística cuál habrá sido el paradero de este armatoste histórico, cuya fotografía conservo en mi modesto archivo²¹. Un año después, en abril de 1905, El-Raisuli es nombrado gobernador del *fahs* de Tánger, con lo que la jurisdicción del *bacha* tangerino queda reducida, de hecho, al interior de la ciudad. El hermano del nuevo *caid*, que es, según parece, su jalifa o lugarteniente, hace justicia en el zoco, a pocos pasos de Tánger. Francia busca apoyo en el *bacha* de Tánger para los protegidos franceses establecidos fuera de las murallas, pero aquél renuncia a continuar ocupándose de ellos, so pretexto de que han cesado de estar bajo su jurisdicción. Nadie se pone de acuerdo sobre los motivos que han podido inducir al *Májsen* a encarregar del restablecimiento del orden a aquel a quien todavía ayer denominaban «el ilustre bandido».

Sea como fuera —escribe a su gobierno el conde de Chérissey, Encargado de Negocios de la Legación de Francia en Tánger—, el mismo hombre que el verano anterior secues-

²¹ Lo no mucho que queda del archivo fotográfico de Alberto España está en poder de este humilde copista, que habría incluido esa foto aquí si la hubiese localizado. *Nota del copista*.

trara a Perdicaris y su hijastro es el designado para mantener el orden en las afueras de Tánger y en las barriadas donde se encuentra la mayor parte de las legaciones y residencias habitadas por los europeos.

Los bigotes del káiser se asoman a Malabata

El reloj del tiempo continuó su marcha lenta, pero inexorable. Abdelazís sigue viviendo su vida. Su hermano Mulái Hafid, alentado por los *sonantes* resultados del viaje hecho a Berlín por su emisario el libanés, llama ya con fuertes alda-bonazos a la puerta del trono de su hermano. El-Rogui, después de haber lanzado sus feroces huestes contra los cristianos franceses de Marrákech —a los que salvó El-Glaui— sigue imponiendo su salvaje autoridad sobre las *kabilas*²² inermes. Francia instala el cable Tánger-Orán. La prensa alemana, con Mohr a la cabeza, preconiza —ya abiertamente— el reparto de Marruecos. Con arreglo a este reparto, Francia extendería su actuación hasta el río Muluya, el Atlas y el Draa. A España se le atribuiría el reino de Fez, desde el río Lucus al Sebú (aunque luego se quedó en el Lucus y todos los peñascales más áridos). Alemania se instalaría en toda la línea atlántica, extendiéndose hasta Marrákech. Inglaterra ya había quedado libre en Egipto para que Francia lo estuviera en Marruecos. Acudían los capitales alemanes. El grupo Mannesmann²³ creaba en Casablanca un gran establecimiento bancario, para explotar la situación, por supuesto. En Berlín se ha habido constituido el Marokko Gesalcht.

²² *Kabila* es la palabra que utilizábamos en Marruecos para designar las localidades o grupos de localidades (*aduares*) en que vivían marroquíes pertenecientes a una misma tribu. Sus habitantes eran *kabileños*. Por razones que no conocemos, era frecuente entre los españoles decir *kábila*. *Nota del copista.*

²³ Mannesmann AG : compañía alemana fundada en 1890. *N. del copista.*

Y como por pura casualidad, el día 1 de mayo de 1905 asoman por Malabata los enhiestos y petulantes bigotes del Káiser, que desembarca en Tánger. ¿Quién lo recibe en el Zoco Grande de Tánger, a las puertas de la Legación Alemana? El *caid* MacLean en persona. El Káiser se dirige a los jefes militares y a los delegados jerifianos que rodean al *caid* MacLean. Con voz campanuda, que intenta hacer solemne, sujetando con la mano del bracito tarado un sablecito enano, le dice al barón:

—Lleve usted mi fraternal saludo al sultán *independiente*...

Claro es que para Guillermo II el sultán independiente no era otro que Mulái Hafid... Porque en el Marruecos turbulento y caótico que las Potencias iban creando a su propia conveniencia fue posible que reinasen al mismo tiempo dos sultanes: uno, Mulái Hafid, proclamado en Marrákech por una Junta de Notables, que decía encarnar las tradiciones del pueblo y que actuaba bajo instigación alemana. Otro, Mulái Abdelazís, que, encastillado en Rabat, era sostenido en su agonía por los franceses.

El duelo se despide en Algeciras

Algeciras fue el lugar donde la presidencia del duelo de Marruecos acordó, como en los entierros, despedirse. En el fondo, la conferencia de Algeciras no fue sino una liza más en la lucha sostenida entre Inglaterra y Alemania por la hegemonía de Marruecos; o, si se quiere, las *buenas formas* diplomáticas con que se invitaba a Marruecos a dejarse desmembrar, sonriente y sin protestas. Algo así como esas preces religiosas con que se prepara el ánimo de los enfermos desahuciados a bien morir.

Por lo demás, ya es sabido que cuando la política internacional no logra ponerse de acuerdo, se acude al procedimiento de las conferencias. No es que de éstas surja tampoco el

anhelado acuerdo —anhelado cuando de veras se busca—, pero si un aplazamiento de la cuestión debatida o su complicación, de forma que, parodiando al Tenorio, pueda repetirse aquello de «Imposible lo habéis dejado / para vos y para mí».

Pese a todas las gestiones que realizó Alemania en tal sentido, lo cierto es que no consiguió que la Conferencia se celebrase en Tánger y no en Algeciras, como era propósito de las restantes Potencias. Las razones con que éstas impugnaron tal pretensión teutona eran obvias. No parecía lógico, ni tampoco natural, que una conferencia en la que se había de decidir la suerte de Marruecos se celebrase en Tánger, ciudad de ese mismo país, por muy capital diplomática que se la considerase. Por otra parte, el fracaso con que Alemania hizo naufragar las medidas policiacas que para la seguridad de Tánger había acordado Francia con el sultán abonaba también la elección de Algeciras, como medida de precaución respecto de El-Raisuli: el *aperitivo* Perdicaris podría servir para excitar de nuevo el estómago del *aguilucho* de Zinatz, ante la presencia en Tánger de numerosas y diversas personalidades de varios países. Decididamente, se optó por Algeciras sin otra apelación.

Todos saben lo que allí pasó y cuáles y de qué índole fueron los acuerdos adoptados. Yo me limito a recoger aquí ciertos aspectos —aristas sueltas, al cabo— que no merecieron, naturalmente, la sesuda atención de los historiadores²⁴.

Algeciras, sólo habituada a ver en sus calles el diario desfilar de los vulgares viajeros que de mañana se dirigían al muelle para tomar la lancha que los llevase al vapor de Ceuta o de Tánger, quedó sorprendida por la inusitada presencia de

²⁴ La Conferencia de Algeciras se celebró entre el 16 de enero y el 7 de abril de 1906. En el Acta de 7 de abril, Alemania, España, Francia y Gran Bretaña pactan la sumisión de Marruecos a un régimen de Protectorado, cuya puesta en práctica se deja a Francia y España. *Nota del copista*.

aquellos personajes encopetados que cruzaban la Plaza Alta para dirigirse al ayuntamiento, donde se celebraban las reuniones. Eran señorones de todos los países del mundo. Algunos venían a España por primera vez. Otros, alardeando de castizos, hasta se atizaban algún *Sánchez* que otro para irse entonando, antes de acudir a la conferencia. Había *hasta moros*, pues para algunos algecireños, y pese a la proximidad de Marruecos, los moros eran personajes de un país imaginario, tan lejano como la luna. Algo así como si Marruecos no estuviera frente a España, sino a su espalda.

Aparte de que no se trata aquí de hacer la crónica facilona de aquel acontecimiento, tiendo con mi evocación a destacar otros aspectos que, en cierto modo, constituían las preocupaciones de la época. Además de la de Inglaterra, las dos delegaciones que habrían de luchar con más tesón, y frente a frente, serían las de Francia y Alemania. En la primera figuraban elementos de gran competencia en la materia, que, además, contaban con el asesoramiento de personas que habían sido actores de primera fila en la comedia representada en Marruecos.

La delegación alemana tenía a su frente al embajador en Madrid, Herr Rodowitz, que sabía, sí, que Marruecos se hallaba precisamente allí, al otro lado de aquel estrecho, que, por fortuna lo separaba de un país en donde le habían dicho que la gente salía a la calle en babuchas y eructaba sin recato en la misma mesa, como prueba de agradecimiento al anfitrión por la comida ofrecida. El señor Rodowitz tenía la babucha como prenda reaccionaria, que no permite andar al ritmo europeo, y consideraba el eructo como una exteriorización inoportuna y grosera de las flaquezas físicas, que debe reservarse para lugares íntimos.

Era, como bien se supone por lo anotado, hombre de una cortesía tan resbaladiza que uno temería, al estrechar su mano, que ésta se le deslizaría por la manga hasta el mismo

codo. No hay duda de que, como figura decorativa, Rodowitz desempeñaba su papel a las mil maravillas. Eminencia gris de esta delegación teutona era el conde de Tattenbach, que si no poseía una vasta experiencia en cuestiones marroquíes de fondo, había desempeñado papel activo en varias de las intrigas, farsas o comedietas que se desarrollaron en torno a la corte de Marruecos. Sobre todo, había saboreado el aromático té en diversas ocasiones.

La más renombrada de éstas fue la que en su maravilloso palacio le ofreciera en cierta ocasión Ba Ahamed, aquel Gran Visir que tuteló la minoría de edad del sultán Abdelazís. Aunque, según algunos, no vino al mundo bajo techumbre palatina, Ba Ahamed tenía modales de Señor. Su rostro estaba enmarcado por una bien cuidada barba blanca. Llevaba siempre un alto turbante y vestía con sobria elegancia. Un viejo fino, voluptuoso y letrado: con sus invitados —mucho más si éstos eran diplomáticos— no hablaba nunca de cosas serias, sino que *mariposeaba* en tono irónico y displicente. Para librarse de cualquier acoso político se escurría diligente hacia los incitantes jardines de Eros, de los que regresaba, como obsequio a su interlocutor, con una o dos *rosas*, que si no exhalaban mucho perfume, tenían bastante colorido y suavidad en los tonos, pues era en estas materias experto y delicado, aunque no gustaba de la pimienta demasiado fuerte, ni menos aún de la salacidad senil. Nadie como él para descubrir al absorto oyente las sutiles diferencias existentes entre una mujer negra y otra blanca, con indudable ventaja para la primera.

Ba Ahamed —decía Saint-Aulaire— profesaba ese arte esencialmente marroquí consistente en creer que el mejor medio de conservar hasta la muerte sus altas funciones era no ejercerlas demasiado. En verdad que no estoy muy de acuerdo con el fino diplomático galo en lo que se refiere a la paternidad marroquí que él atribuye a la práctica de esta creencia.

En mis varias correrías por el ancho mundo he podido comprobar que lo mismo podría ser española que italiana que francesa. Aunque yo, por las *chinas* que me han tocado en suerte, insistiría en que han sido bastantes los *bahamedes* españoles con que he tropezado en estos mundos de Dios.

Ba Ahamed reservaba a los invitados unos divanes bajos y anchos —verdaderos muebles de serrallo—, cargados de un sinfín de muelles cojines bordados que cada cual podía distribuir a su albedrío, bien para el sueño, bien para la contemplación silenciosa.

Porque en Marruecos, al contrario de lo que acontece en Europa, por ejemplo, la cortesía del anfitrión no está en sostener viva la conversación para que no decaiga, sino en alargar los silencios de modo que pueda oír mejor las fuentes correr, percibir con más claridad el canto de las aguas vivas y escuchar los bisbiseos de la arboleda, movida por la brisa que se perfumó al rozar los naranjales en flor.

El embajador alemán, conde de Tattenbach, fue recibido por Ba Ahamed con toda su fina cortesía y gran señorío. Hizo que le sirviesen varios vasos de té a los que había ordenado cargasen sus servidores de algunos comprimidos —*pastillas de serrallo*— bien saturados de menta y ámbar, que es, como su sabe, un afrodisíaco potente y costoso. El viejo conde no hallaba ocasión propicia para abordar el tema que traía en cartera. Cada vez que se volvía a su intérprete para que tradujera lo que deseaba decir, Ba Ahamed hacía una disimulada seña y un servidor se acercaba con un nuevo vaso de delicioso brebaje. Ya tarde, el conde hizo ademán de marcharse. Ba Ahamed recurrió entonces al intérprete y, con la más exquisita de sus sonrisas, en tono insinuante, dijo: «Dile a tu señor que esta noche no se aburrirá la *bachadora*».

El conde, al oír la alusión a la *bachadora*, quiso saber lo que había dicho de ella el Gran Visir. El intérprete —qué había de hacer, el pobre hombre— tradujo sin vacilar: «Dice

Su Excelencia el Gran Visir que desea testimoniarle sus saludos a la Señora Embajadora...» El embajador, reblandecido por tanta amabilidad, se levantó hecho un verdadero mar de confusiones y, a la manera teutona de la época, resquebrajó sus charolados zapatos a fuerza de taconazos.

Diplomacia y sagacidad innatas

En mi larga vida diplomática —decía Regnault, refiriéndose a Ben Ahamed Solimán— no he conocido un representante de un Estado casi reducido a la mendicidad que tratase a los financieros internacionales como si se hallase situado en la cumbre de una situación firme y despejada.

Fino de formas físicas, suave en los movimientos, sosegado en el hablar, Ben Solimán, pese al tinte medio negro de su piel, parecía, más que representante de un gobierno africano, un cardenal de la corte del Rey Sol. Miraba con agudeza penetrante de águila. Sonreía con ironía y templanza que rezumaban señorío y distinción. No perdían nunca la serenidad. Jamás se sentía sobrecogido por una sorpresa que le hiciera vacilar. Y cuando uno lo creyera más embarazado para dar una respuesta, siempre encontraba la frase justa, la referencia exacta y la justificación más natural para un aplazamiento de la solución.

Era ducho en el difícil arte de nadar y guardar la ropa. Jamás daba una contestación categórica sin haberla colocado, durante toda una noche, bajo la misma almohada donde reposaba su cabeza. Y lo más sorprendente de él, lo que más seducía a sus interlocutores, era el hecho de que supiera nimbar sus negativas de un halo especial de esperanza en el mañana que suavizaba la expresión. Porque nadie como él sabía adornar el mañana de tantas promesas cautivadoras y alentadoras.

Uno de los más renombrados financieros de la época, que vino a Marruecos con el propósito de obtener determinadas concesiones de interés político y comercial para su nación,

pensó que sus posibilidades de éxito serían mayores poniendo de relieve las pésimas comunicaciones del país, su carencia de albergues y todos los inconvenientes con que había tropezado para llegar hasta él. Cuando el financiero terminó la exposición de sus vicisitudes, el Ministro le contestó con la mayor tranquilidad y parsimonia: «No supondrá que me cuenta nada nuevo. Hace ya algunos siglos que nosotros recorreremos el país y llegamos adonde queremos llegar. Voy a darle un consejo: no hay más imitar al burro, que llega al final de un viaje, se revuelca en el polvo y olvida así todas las fatigas del camino».

No nos dicen ni la Historia ni la Leyenda si el financiero en cuestión puso o no puso en práctica el consejo, ni tampoco si llegó a captar la moraleja que se desprendía del mismo; pero sí es sabido que, pasando todo por alto y atento principalmente a la finalidad que allí lo había llevado, comenzó una amplia disertación encomiástica en torno al potencial económico que él representaba. Ben Solimán, siempre seguro de sí mismo, suave y sonriente, le interrumpió para decirle: «Quien ha tejido su albornoz lo conoce bastante mejor que quien lo quiere comprar».

Era en verdad muy difícil para un europeo que no conociera bien la aguda perspicacia de este pueblo, aparentemente aletargado por el sopor de varios siglos de inactividad, comprender sus reacciones. Principalmente, sorprendía al recién llegado la rapidez con que, ante una novedad cualquiera, sabe replegarse y sonreír con suficiencia para no dar a entender jamás que le es desconocido aquello que ve u oye por vez primera.

En tales circunstancias, se comprenderá bien la facilidad con que Ben Solimán solía permanecer sereno y firme ante las acometidas de los que a él acudían en busca de concesiones o acuerdos que significasen un aumento de la hegemonía

pretendida, en aquel periodo durante el cual Marruecos se veía constantemente acosado por diplomáticos e intrigantes.

Grandeza y miseria de Er-Roghi

El «maboulisme» de Abdelazís duró casi un quinquenio. Durante él, la persistente y decisiva influencia que en el débil ánimo del monarca ejerciera el *caid* MacLean —amén de las presiones que sobre los gobernantes de su época practicase el corresponsal del *Times*, Walter Harris— dio a Inglaterra una extensa y decisiva influencia en Marruecos. Ello hizo que Alemania no descansara un ponto hasta lograr que Mulái Hafid, alentado y financiado por ella, derrocara a su hermano, contra el cual venía predicando la guerra santa, o *yihad*. El triunfo de Hafid exacerbó aún más el ánimo de Er-Roghi, que se consideraba con mayores derechos para reinar en Marruecos.

Yilali ben Dris Es-Serhuni es el verdadero nombre de Er-Roghi. Sus hazañas, desde el asalto a Marrákech, le han dado fama, añadiendo prosélitos a su causa. Es valiente como un jabato y de una ferocidad que pone espanto en el ánimo. Sus reacciones son implacables, y hartos bien las conocen los hombres que lo siguen. Su paso por lugares donde él sabe que se le odia ha quedado siempre marcado con hondas huellas de pavorosa tragedia. Por ello, quizá, si al principio halló franca y decidida acogida, más tarde disminuyeron las simpatías y sólo quedó el temor.

Mulái Hafid no se amilana. Sabe que le vencerá al cabo, porque vivimos tiempos en que de nada sirve la fuerza aislada si no la acompañan otros medios más eficaces y expeditivos. Ya no es posible prolongar en Marruecos una situación de interinidad, por muy fiera que ésta sea, si se ejercita de modo inconexo como le ocurría al feroz pretendiente. Los campos, un tiempo propicios para estas actitudes rebeldes, se iban estrechando por momentos. Mulái Hafid esperaba que su

rival, Es-Serhuni, pese a toda su valentía y audacia, caería al fin en sus manos. Y bien que se lo agradecerían aquellas hermosas fieras que le habían traído recientemente. Porque él no se conformaba, como su hermano Abdelazís, con fonógrafos, bicicletas y despertadores.

Sin embargo, las arriesgadas hazañas de Er-Roghi, casi a las mismas puertas de la capital de su imperio, levantaban en su amor propio de sultán grandes ronchas, que le escocían y amargaban. Se organizó una poderosa *harka* de 60.000 hombres bien armados, que se lanzó pronto a la caza del rebelde. Mulái Hafid quiere que se lo lleven vivo o muerto. Si lo primero, encerrado en una jaula. Si muerto, su cabeza, bien salada para que dure más tiempo, al extremo de una pica, que será paseada por todos los zocos del imperio, como castigo que sirviera de ejemplo a otros posibles pretendientes.

Cuanto más mermaba Er-Roghi la autoridad y el prestigio de Hafid, mayores eran la saña e impiedad que Er-Roghi desplegaba con los que tenían la desdicha de caer bajo su férula. Lo primero que Hafid hizo al ocupar el trono fue ordenar un auto de fe con todas las bicicletas, fonógrafos, despertadores y demás artilugios de este jaez acumulados en Palacio por su hermano. Con todo aquel *bric-à-brac* del «maboulisme» fueron quemados también —aunque no ardieran— una pequeña locomotora con dos vagonetas metálicas, amén de dos automóviles que en piezas sueltas fueron llevados a lomos de camellos desde Tánger. Por último, también fueron arrojados a las llamas, sin saber lo que eran, centenares de cohetes para fuegos artificiales, que al hacer explosión provocaron el pánico más espantoso.

No tuvo Hafid ni un asomo de piedad para su hermano Sidi Mohamed —a quien una efímera libertad sacó de las mazmorras de Mequinez— cuando el desventurado preso se postró a los pies del monarca en demanda de perdón y no un lugar junto al trono. Por el contrario, Hafid se valió de ello

como vivo testimonio de una pretendida rebeldía, que justificase su nuevo encierro. A los restantes prisioneros los mandó quemar vivos y otros fueron atados a las bocas de unos cañones, que luego se dispararon para regocijo del populacho... Al fin llegó, de modo fortuito e inesperado, el día en que le llevaron la deseada jaula; que para Hafid fue como oxígeno que reanimara el prestigio y la autoridad que se le iban menguando. Llegó la jaula, con el rebelde dentro. Una jaula construida con toscos maderos y de tan baja techumbre que el prisionero había de permanecer dentro de ella acucillado día y noche. La jaula en que el feroz jabato sería paseado por los mismos lugares donde había sido recibido días antes como sultán legítimo. Las mismas gargantas que lo habían aclamado hasta enronquecer serían caños abiertos de feroces denuestos y despreciables salivazos... Que así gira la veleta de los sentimientos del pueblo, según la fuerza y dirección con que los vientos soplan.

Con un gesto montaraz, ya sin uñas, llegó el mísero Bu Hamara hasta el propio sultán. Hafid lo recibe *con todos sus honores* y hace que aproximen la jaula hasta que el preso puede oír claramente los rugidos de las fieras cuyas zarpas le tenían reservadas. El mísero jabato sabe que no ha de haber piedad para su imperdonable osadía de haber levantado los ojos hasta el trono. La carne —vil materia, al cabo— acaso flaqueara ante la mortal espera. Pero su espíritu no se doblega, porque sabe que todo será ya lo mismo. Que no hay más que un Dios en las alturas, aunque sean muchos los sultanes que reinan efímeramente en la tierra. Y cuando la fementida jaula llega nuevamente hasta Hafid, después de un ominoso recorrido por las calles de Fez, entre sus barrotes lleva una espesa y temblorosa cortina de escupitajos, que en despectiva ofrenda le tejieron al paso por las calles de la capital. Aún no se abate la fiera, sin embargo. En su jaula hasta el último instante, cargado de grillos sus pies, en aquella humillante pos-

tura en cuclillas, el rebelde no flaqueó ni un momento, dando pruebas de una energía feroz, inquebrantable. Murió, al cabo, aunque no entre las garras de las fieras, que sólo le destrozaron un brazo. Murió insultando horriblemente a su vencedor y maldiciéndolo en nombre de Al-lah. A los desgraciados que había formado parte de la fanfarria de Er-Roghi ordenó Hafid que se les castigase por donde más habían pecado: por la boca y por las manos. Aquélla les fue desgarrada hasta las orejas, para mejor extraerles los dientes y la lengua. Los miembros les fueron cortados en diagonal: la mano izquierda y el pie derecho, inversamente. Para contener la hemorragia y evitar que muriesen antes de sufrir por completo el tormento, los muñones sanguinolentos fueron introducidos en cera hirviente que los sellase como con lacre... Al-lah es grande y sabidor... Sólo Él es infalible y eterno... Algunos años después, también Mulái Hafid sucumbió a la persistente intriga europea, que no había terminado por completo. El sultán, un día fuerte, *independiente*, que diría el Káiser en Tánger, después de un sonrojante protocolo con Francia, abandonó su trono para recorrer el triste camino del exilio. Durante éste, derrochó sin freno todo el caudal con que fue dorada su abdicación.

También Hafid —ya sin recursos— tuvo, lo mismo que el montaraz rebelde, su correspondiente jaula, en aquella estrecha islita parisina donde acabó sus días, roído el espíritu por la tristeza y la nostalgia de un pasado esplendoroso. Las armoniosas y sonoras casidas de su numen poético se trocaron en débil y pobre epitalamio de sus bodas con la muerte.

Una escuadra rusa en Tánger

En las postrimerías de 1904 —concretamente, una mañana del mes de noviembre— llegó a Tánger la escuadra rusa del Báltico. Procedía de Libau, donde se había concentrado a toda prisa como consecuencia de la derrota sufrida en aguas

del Estrecho de Corea por los buques rusos reunidos en Port Arthur, al declararse la guerra ruso-japonesa el día 6 de febrero de aquel mismo año. La salida hecha por dichos buques fue fatal. El acorazado *Zarevitch* —buque insignia de la dispersa escuadra— quedó inutilizado apenas iniciado el combate. La moral de los marinos rusos se vino abajo con este hecho. Sólo algunos buques lograron refugiarse de nuevo en Port Arthur²⁵. Esta plaza quedó estrechamente cercada, por mar, por los buques del almirante Togo y, por tierra, por la infantería, en la que destacaban equipos de voluntarios suicidas. Se lanzaban éstos contra las murallas llevando sus mochilas cargadas de dinamita. Al hacer explosión, sucumbían los menudos soldados, pero dejaban abiertas grandes brechas que al fin sirvieron para entrar en la plaza. Ésta era defendida heroicamente por el general Soessel.

Al rendirse éste, un consejo de guerra celebrado en San Petersburgo estimó que podía haberse mantenido más tiempo aún y lo condenó a muerte. Más tarde fue indultado por el Zar.

Para atenuar en el ánimo del pueblo ruso los efectos del primer desastre naval, se había preparado esta escuadra del Báltico que llegaba a Tánger. Desde un principio se observó falta de preparación y de disciplina en sus tripulantes. Fueron varios y muy significativos los incidentes que esta escuadra tuvo durante el viaje. Algunos de sus buques se cañonearon, equivocadamente, entre sí. Por último, en el mar del Norte, cerca de Hill, los buques rusos dispararon contra unos pesqueros ingleses. Varios fueron hundidos, pereciendo sus tripulantes. La protesta inglesa fue inmediata y vigorosa. Hasta llegó a creerse inminente una guerra entre Inglaterra y Rusia.

²⁵ Los datos históricos no ajustan bien. La capitulación de Port Arthur se produce el 2 de enero de 1905, de modo que esta flota «tangerina» es anterior, o vino más tarde. *Nota del copista.*

Al fin se apaciguaron los ánimos con las amplias explicaciones dadas por el Zar.

A poco de llegar la escuadra a Tánger fue desembarcado el cadáver de uno de los tripulantes, muerto a consecuencia de las heridas sufridas en los tiroteos habidos durante el accidentado trayecto. Del *Borodin*, buque insignia, bajó un pope para officiar en la ceremonia de inhumación. Ésta se llevó a cabo en el cementerio, que aún subsiste, aunque no se usa, de la actual calle tangerina de Josafat²⁶. Todavía, entre la maleza que cubre ya casi todas las tumbas, he visto yo la cruz de los tres travesaños paralelos y desiguales con otro más en diagonal con que el rito ruso marca el lugar donde reposan sus muertos. Después de la ceremonia en el cementerio, y siguiendo la costumbre rusa, se celebró una comida a bordo del *Borodin*. A esta fúnebre comida fueron invitados los miembros del cuerpo diplomático y autoridades de Tánger.

Según las referencias de uno de los diplomáticos que asistieron, en el ágape hubo superabundancia de vinos y carencia absoluta de compostura. A los postres se brindó por las próximas victorias (¿?) sobre la escuadra de Japón.

Se distribuyeron luego, a modo de figuras de cotillón, unas grandes cabezas de cartón, en guisa de carátulas, simulando cabezas de asnos, de cerdos, camellos y otros animales, con las que desfilaron los comensales y el almirante, a presencia de la tripulación. Ésta tuvo oportunidad de admirar y

²⁶ Me informa Ricardo García Lloret, de la página **Historia de Tánger** (Facebook) : «Ese cementerio estaba dentro del recinto de la Mendubía, en la parte trasera de los jardines y pegando a la calle Josafat. Lamentablemente cuando derribaron el muro lateral de la calle Italia y el de la calle Josafat para hacer el gran jardín público existente en la actualidad, arrasaron el cementerio, quedando solo unas pocas tumbas. entre otras, la del doctor Cenarro y algunas de personas alemanas (hay que recordar que la Mendubía fue la Legación Alemana en su día)». *Nota del copista.*

comentar el excesivo tamaño de las orejas de asno que lucía el propio almirante.

Meses después se supo en el mundo que la victoria no coronó ciertamente esta mascarada. Cuando las desconsoladoras noticias de la cruel derrota²⁷ llegaron a Tánger, es posible que algunos ojos femeninos se humedecieran, apenados y nostálgicos, al recuerdo de aquellos marinos que pasearon por nuestras calles su juventud y su alegría. Y que acaso deslizaran en los oídos de alguna mujer promesas, incomprensibles, por supuesto, pero que, como flores de un rosal ideal, perfumaran algún imaginario idilio.

El pueblo aún no tenía sed

Perdió Abdelazís su trono y vino a refugiarse a su palacio del Monte de Tánger. Lo que para él era signo evidente de decadencia, lo fue para otros de alborear una fortuna. Porque desde la aduana de Tánger al palacio del Monte hubo que trasladar una infinidad de muebles y objetos de diversa índole que con él llegaron. El traslado se hizo en unos camiones que por entonces sólo poseía un español, llamado José Llodra... En el tinglado de la farsa marrueca prosiguieron desarrollándose otras varias escenas, no ya como fragmentos de una farsa grotesca, sino marcados con todo el dramatismo que en ellos ponía la sangre derramada. Surgió la tragedia de Marrákech como flor roja de la primavera de 1907.

De esta tragedia fue víctima propiciatoria el doctor Mauchamps, un médico francés que tenía establecido allí un dispensario en el que se curaban muchos enfermos indígenas que a él acudían diariamente. El doctor Mauchamps realizaba sin disputa una labor eficiente. Era la suya una captación por el bien, de mucha mayor eficacia que una ocupación militar.

²⁷ Seguramente se refiere a la batalla naval de Tsushima (27-28 de mayo de 1905), catastrófica para los rusos. *Nota del copista.*

Sobre todo más suave, menos violenta. Pero la *competencia* era intensa y, además, implacable. Un agente alemán había propalado la especie de que el doctor Mauchamps, por medio de unas inyecciones, realizaba experiencias que, a la larga, originaban la muerte o la invalidez de los enfermos. Además, aquel palo que sobresalía en la azotea no era un asta de bandera, como parecía, sino un poste de telégrafo aéreo para comunicar con su gobierno. El rumor creció. A la puerta del dispensario se fueron agrupando hombres en actitud alarmante. El doctor Mauchamps quiso calmarlos y salió para prometerles que quitaría el mástil de la azotea. No le dio tiempo a convencerlos. El infeliz cayó con el cuerpo trucidado a gumiazos. Sus asesinos rociaron el cuerpo con petróleo y se disponían a quemarlo. Lo impidió el *bacha*, que llegó oportunamente. Los amotinados se contentaron con saquear el dispensario, destruyendo una labor meritoria y benefactora. El mismo día, un profesor de la Sorbona que había instalado en la azotea de su casa un aparato para determinar las calorías del sol se libró por verdadero milagro de correr la misma suerte que el médico. Pocos días antes, en Fez, la muchedumbre había intentado linchar a un joven turista francés que pretendió fotografiar a un grupo de vendedores del zoco. En una calle de la misma capital había aparecido el cadáver de un joven teniente, hermano del doctor Verdon (¿?). El cuerpo del joven oficial apareció —desventrado y horriblemente mutilado— como si lo hubieran querido castigar por una supuesta aventura amorosa con una bella mujer de aquella misma calle. Las circunstancias parecían bien ajenas a la exacerbación de aquellos días, pero revelaban un síntoma indudable de rebeldía. También era cierto que los hechos, más que de la concurrencia de una actitud indómita, eran el resultado de las luchas entre los mismos europeos, en aras de una empecatada hegemonía.

Con todo, Ben Solimán, con su fina intuición y expresivo grafismo, había condensado su opinión en la resistencia de un pueblo a aceptar novedades que no apetecía.

No es cosa fácil —decía el sutil ministro de Asuntos Exteriores— hacer beber a un asno que no tiene sed.

Penetración pacífica

No siempre la competencia entre las naciones europeas que proyectaban dividirse Marruecos, aunque fuera a trozos, llegó a teñir con sangre sus actividades. Incluso en el ejercicio apacible de una profesión científica, realizada con verdadero sacerdocio, se dieron casos pintorescos y regocijados de distinta índole. Eran éstos provocados, simplemente, por la facilidad con que se obtenían inusitados privilegios, ora sirviendo a la concupiscencia de encumbrados personajes, ora al capricho de aquellos otros que por afán de fomentar un esnobismo mal entendido o una mayor y más rápida adaptación a las corrientes progresistas de entonces, ofrecían hermosas y complacientes mujeres europeas o cualquier artilugio mecánico que fuera pasmo de aquel tiempo, en un ambiente cerrado todavía a su propagación habitual.

El ejemplo de MacLean, en connivencia con Ba Ahamed, para sojuzgar la voluntad de Abdelazís, fue seguido después en varias ocasiones, y aun continuadamente, por muchos de los aventureros que recorrían el país. Aunque no en este plano de logro servil, y sí sencillamente llevado de un sano humorismo en el ejercicio sano, recto y honrado de su profesión, viene a la memoria el recuerdo de aquel mensaje que el doctor Jeffrey envió al ministro de su país en Tánger. El doctor Jeffrey anunciaba en este mensaje a su Legación que días antes había sido llamado por Su Majestad el sultán para que colocase en su sitio sendos supositorios a dos de sus negras preferidas, que se hallaban enfermas. Y el donoso galeno terminaba el mensaje a su ministro con estas inefables pala-

bras: «No me ha sido posible otra cosa en el terreno de la penetración pacífica que a todos nos incumbe en Marruecos».

Pólvora y sangre en Casablanca

Las primeras noticias que yo tuve de los sangrientos sucesos acaecidos en Casablanca a fines de julio de 1907 las conocí cuando cruzaba frente a Tierra de Fuego, a bordo del *Villa del Mar*, que me llevaba desde Valparaíso de regreso a Buenos Aires, a través del fragoroso estrecho de Magallanes. Las leí en el gran rotativo bonaerense *La Nación*, del que más tarde —imaginado y oscuro designio del destino— fui Delegado en Marruecos.

No es que ya me interesasen, en modo alguno, la vida y los avatares de Marruecos. El magno espacio a que, por entonces, se hallaba mi atención de tales nortes era tan grande como la distancia que me separaba físicamente del país africano. Pero el gran diario argentino, que había comprado en Bahía Blanca, destacaba la noticia de tal forma, en su primera plana, que el alarde tipográfico de sus titulares hirió mi retina y fijó luego mi atención en los dramáticos y cruentos pormenores de aquel suceso.

Tres años después desembarcaba yo en Tánger.

El populacho, excitado, según se dijo, por agentes alemanes, la noche del 30 al 31 de julio de 1907 asesinó a nueve obreros del puerto de Casablanca: tres franceses, cinco españoles y un italiano²⁸. Sus cadáveres fueron arrojados al mar. Hubo también numerosos heridos europeos. En la mezquita se proclamó la guerra santa contra el *rumí*. El *bacha*, cómplice impotente, nada hizo para restablecer el orden. Los extranjeros, que no pudieron refugiarse en los buques anclados en el

²⁸ Según fuentes más fiables, 3 españoles, 7 franceses y 2 italianos. Los datos, de todas formas, son confusos : fueron días muy revueltos. *Nota del copista*.

puerto, fueron invitados por sus consulados respectivos a no salir de sus casas. Otros consiguieron hallar asilo en los edificios de estos consulados. Fueron días de intenso dramatismo, que aún no han podido olvidar quienes los vivieron. Las tribus de la región entraron en Casablanca con el decidido propósito de arrasarla a sangre y a fuego. Los agentes de Mannemann —al decir de los franceses— habían propalado la especie de que el sultán tenían vendido el país a los franceses, quienes, después de adueñarse de la aduana y del puerto, construían un ferrocarril para invadir con sus tropas todo Marruecos. Los soldados del *bacha* se unieron a los revoltosos, y comenzó el saqueo de la ciudad.

Del buque de guerra español que se hallaba de estación en aquel puerto bajó un destacamento de Infantería de Marina que, tras diversas refriegas en las calles, logró llegar hasta nuestro Consulado, donde organizó la resistencia e irradió, más tarde, la eficaz protección que hubo de prestar a todos. Esta protección no fue más tarde lo suficientemente reconocida, ni menos agradecida.

A Tánger llegaron corresponsales de todos los más importantes diarios del mundo. El Zoco Chico era un hervidero hasta el que de continuo llegaban los correos especiales que traían las últimas noticias. Últimas, claro está, en el momento en que el *raqás* salía del lugar del drama. Ni el telégrafo —la radio era todavía casi un misterio— ni otros medios de comunicación tenían nada que hacer entonces. Hubo, no obstante, quienes se permitieron el lujo de poner en vuelo unas palomas mensajeras, que no llegaron, tal vez porque sirvieron de alimento a los habitantes de algún aduar del trayecto. Las ventanas de todas las legaciones de Tánger permanecían iluminadas hasta que aparecía el sol del nuevo día. Era un constante entrar y salir de informadores a sueldo, que también pretendían ser portadores de las *últimas noticias*.

El día 8 de agosto los cruceros franceses *Du Chayla* y *Gallilés*²⁹ bombardearon los focos más intensos de la revolución en Casablanca. Al propio tiempo, del último barco mencionado saltó a tierra un destacamento armado que se hizo fuerte en el consulado de Francia. Por su parte, las tropas españolas, acampadas ya en el centro de la ciudad, contribuyeron al restablecimiento del orden.

Al fin se supo en Tánger que el general Drude entró con sus tropas en Casablanca, donde el orden había quedado restablecido por completo. La sangre corrió en abundancia. Empezaba el castigo de los culpables.

Lo había dicho Ben Solimán en cierta ocasión, y allá él con la responsabilidad de sus asertos: «El marroquí es un guerrero; el argelino un hombre; el tunecino una mujer; el egipcio un eunuco».

Cenit y ocaso de El-Glaui

En los altos riscos donde se alza la alcazaba de Teulet y en el bajalato de Marrákech, Sidi Tzahami El-Glaui había sucedido a su hermano El-Madani, como señor absoluto del Sus. La fidelidad de esta familia hacia Francia siguió siendo inquebrantable. Desde el bajalato de Marrákech El-Glaui presta a Francia inestimables servicios, con una lealtad entusiasta y ferviente, bien ajena al desastre final que los vaivenes del tiempo y las veleidades de la política internacional le tenían reservado.

Sin la ancha influencia y el decisivo poderío de El-Glaui, la decantada «mancha de aceite» del mariscal Lyautey acaso no hubiera detenido por mucho tiempo el avance de los rebeldes ante las murallas rojas de Marrákech.

²⁹ *Galilée*. Era un crucero fondeado en el puerto de Tánger. También cubrió la operación el *Forbin*, otro crucero. *Nota del copista*.

El Águila, cuando era poderosa y caudal, cuando volaba con toda la pujanza de su alto poderío, se mantuvo fiel a Francia, incluso en los días en que ésta, desconcertada ya por los acontecimientos que desbordaron todas sus prudentes previsiones, llevó al tinglado marroquí aquella malhadada farsa de Bu Aarafa. El-Glaui no desertó de su puesto como un sargento cualquiera. Se mantuvo fiel a sus primeros afectos y a las simpatías que nunca se alabearon... Con Francia hasta el final.

Y sin embargo... No hubo una sola revista francesa que ahorrara al fiel amigo de todos los tiempos el dolor y la vergüenza de aquella sonrojante fotografía en la que el viejo y corvo pico del Águila, temido hasta entonces, apareció humillado ante las augustas babuchas de Mohamed V, cuando éste regresó triunfante de su destierro de Madagascar en 1958.

Pasado y presente del ayer

A pesar del fácil triunfo obtenido por Hafid sobre las tropas que escoltaban a su hermano Abdelazís, en su viaje a Marrákech, no fue muy extensa su supervivencia en el trono. Casi podría decirse que este mismo triunfo marcó su propia decadencia, viéndose abandonado por los mismos que un tiempo lo alentaron y lo sostuvieron.

Con la abdicación de Hafid casi podía decirse que quedaba cerrado el ciclo que enlaza el pasado y el presente de ayer, para dar paso a una nueva vida que ante mí se abría interrogante en Tánger.

La ciudad se me ofrecía como una fruta lozana y madura, de sabor desconocido. Llegaba a ella un tanto cansado, quizá porque el camino había sido largo y penoso. Pero traía el ánimo juvenil y esperanzado. El paladar no estaba cerrado a nuevos sabores. Ante mis ojos surgía el encanto de un panorama nuevo que, por lo pronto, me atraía y subyugaba, con el encanto de lo inesperado.

Capítulo Segundo

Los guerrilleros de la paz

Los años corren

Con el correr de los años nacieron nuevos afanes. Fue necesario incorporarse al ritmo de la época. Vinieron nuevas actividades que jalaron el camino de mi vida. Tánger era ya centro de la atracción europea. De aquí irradiaban hacia todo el mundo, con un eco portentoso, las noticias relacionadas con los estremecimientos del país. Se iba creando la estructura de un Tánger que había de ser escaparate internacional abierto a todos los horizontes del mundo. Una nube de aventureros cayó sobre la ciudad y desde aquí se extendió a todo Marruecos. Ellos socavaban la autoridad del trono, debilitando su influencia hartamente mermada ya por el feudalismo marabútico o político de los caídas. Aceptaban estas intrigas y de ellas aprovechaban lo que les era útil para acrecentar su hegemonía sobre un país que se intentaba descomponer. Allí donde era conveniente se hincaba, con la posible firmeza, el mástil de una bandera que, al socaire de sus pliegues, amparaba, si no la propiedad absoluta de un terreno, cuando menos el derecho a permanecer en él todo el tiempo que fuera posible. Cuando una calma esporádica parecía indicar la extinción momentánea de una hoguera, al punto se alumbraba otra para que continuasen los resplandores trágicos...

Tánger, capital diplomática de un imperio en revuelta, iba ensanchando su participación en la historia de Marruecos. A Tánger llegaban periodistas de todas partes. Aquí establecían su cuartel general. Y de aquí irradiaban noticias y comentarios que, si no expresaban la verdadera situación del país, por lo menos procuraban acomodarse a las aspiraciones de cada una de las Potencias en juego. Los agentes alemanes se dedicaban, en su mayor parte, a la adquisición de terrenos —

tuvieran o no yacimientos mineros— sobre los que reclamar mañana un derecho. El caos era imponente. Y, como siempre ocurre, el sainete junto a la tragedia. Aquellos pintorescos correspondientes que se presentaban en el Zoco Chico tocados con un enorme salacot, ataviados con sus *breeches* de montar, las correspondientes polainas y la inevitable fusta, constituían un grupo muy peregrino. Aunque no salían de la periferia zocochiquesca, venían preparados como para llegar al mismo corazón del África tenebrosa o en llamas, títulos que dependían de la fantasía más o menos fecunda de cada uno.

Nunca podré olvidar a aquel «enviado especial» de *El Heraldo de Madrid*, que, además del consiguiente atuendo, traía consigo la fama de consumado arabista por el hecho de haber traducido unas casidas... del francés al español. Porque de árabe, ni el *álif*. Algunos años antes había pasado también por Tánger el que luego fue gran escritor y novelista don Pío Baroja³⁰. Vino como redactor de *El Globo*. Sus crónicas tenían ya el sello característico de su prosa fuerte, rotunda, matizada de observaciones agudas y de hondo contenido. Y para ello no necesitó salacot ni *breeches*, ni tampoco *leggings*. Una simple maletita con unos modestos trapitos, como él decía, pero con ojos perspicaces, acuciosos, que se asomaban a todos los rincones y atrapaban al instante el detalle singular o el contraste interesante. Por ese mismo Zoco Chico vi más tarde —y acompañé en ocasiones— a Leopoldo Romeo, a Ruiz Albéniz y a aquel famoso Leopoldo Bejarano, de *El Liberal*, inquieto, travieso, rebosante de gracia y simpatía. Su ingenio supo mantener en constante regocijo a moros, judíos y cristiano una noche memorable en La Imperial. Representando a *La Vanguardia* de Barcelona vino primero Alfredo Opíos, que suplía la agilidad necesaria al periodista con sus atisbos profundos y acertados de historiador inteligente y sagaz.

³⁰ En 1903. *Nota del copista*.

Después vino también Emilio Calvet o Clavet —no recuerdo exactamente—, cronista admirable, que supo llevar a sus lectores con su prosa galana todo el color de las escenas pintorescas vistas en Tánger. Pasó asimismo por el Zoco Chico, en representación de *Las Provincias* de Valencia, Eduardo López Chávarri, músico, formidable pianista, que hizo grata e inolvidable una tarde entera a los que, en el casino de Tánger, pudimos oírle interpretar, de memoria, a los mejores y más grandes compositores, con Wagner a la cabeza... Y otros muchos más, españoles y extranjeros, cuyos nombres yacen perdidos entre las brumas de la vieja y ya destartalada memoria.

Durante todo este periodo agitado y turbulento, mi vida transcurrió precipitada, tumultuosa, agobiada por una actividad obsesionante, a la que me forzaba la rapidez con que se iban sucediendo los acontecimientos. Era precisa, con todo, una atención reflexiva y cautelosa, que evitara errores o tropiezos en los que resultaba fácil incurrir. El infundio era plato corriente en el menú informativo de cada día.

La conferencia de Algeciras no había sido, en realidad, más que el prólogo de la comedia que se iba preparando. La conferencia en cuestión sólo sirvió para «legalizar» un reparto a base de intercambios y cesiones que empezaron en Fashoda y quisieron terminar con el trompetazo dado en Agadir por el crucero alemán Panther.

Transcurrieron unos años más. A las tareas periodísticas que absorbían mi tiempo casi por entero vino a añadirse una nueva preocupación de índole distinta. Tenía ésta un aspecto comercial que no encajaba en el marco de mis aficiones. Me asaltaba el temor de fracasar, por tanto. Los hermanos Roda poseían en Tánger un establecimiento de papelería y objetos de escritorio, sucursal del que tenían abierto en Tetuán. Al frente de esta sucursal se hallaba un funcionario del correo español que, en realidad, carecía de tiempo y representación

social. Insistieron los Roda en que yo quedara el frente. Eduardo, el hermano con quien tuve más frecuente trato, vino a Tánger expresamente para reiterarme el ofrecimiento. Al fin acepté, pero con la condición de ir transformando el local en librería, o por lo menos de irle dando más importancia a la actividad librera, que a mí me parecía más en armonía con mis inclinaciones. Así lo hice. Más tarde amplié la librería con la prensa. En poco tiempo logré tener en mis manos todos los diarios y revistas de mayor importancia que por entonces se publicaban en España. Más que el beneficio en sí, la principal ventaja estribaba en que los periódicos engendran constante renovación de público factible de convertirse en comprador. Por lo demás, si se recuerda que los diarios se vendían entonces a 5 y luego a 15 céntimos, será suficiente para que se comprenda que el esfuerzo y la atención que requiere la venta de prensa no se hallan compensados, en modo alguno, con el beneficio que deja. El trabajo era abrumador, pero el esfuerzo material quedaba compensado por la satisfacción de ver que se consolidaban los propósitos. En otro viaje, mi amigo Eduardo Roda me propuso que me quedara en propiedad con el establecimiento. Fueron tan amplias y asequibles las condiciones y, por otra parte, habían sido tan lisonjeros los resultados anteriores, que hube de aceptar sin más titubeos. Heme aquí, pues, dueño de una librería que, aunque me absorbía muchas de las horas del día, logré situar en lugar prominente. Mucho esfuerzo personal, una gran constancia y tesón, hicieron el resto. El resto fue que logré hacer de la mía la primera y mejor librería española de Tánger. Aún me pregunto cómo se pudo hacer este milagro, dadas las adversas circunstancias de ambiente y de población. Porque milagro fue no ya la pervivencia, durante más de treinta años, de una librería española en Tánger, donde, por la índole de la colonia y lo heterogéneo de la población, se leía poco y, por consiguiente, se vendía menos. En aquellos años

en que yo tenía todo mi entusiasmo en pro de la mayor difusión de la prensa y los libros españoles en Tánger, resultaba sonrojante y desconsoladora la indiferencia de los que precisamente debían constituir el sector más cultivado de nuestra colonia. Cuando hace unos años publiqué *La pequeña historia de Tánger*, un diplomático, ya jubilado, me escribió desde Madrid felicitándome. Textualmente decía en su carta: «Mucho me agradecería leer esta obra, por lo que espero impaciencia me regale un ejemplar *debidamente dedicado*».

La corriente quiebra su curso

El río de mi vida se deslizaba apacible y tranquilo por sus normales cauces. De improviso surgió el desnivel, y las aguas tumultuosas y espumantes se precipitaron en el vacío. El salto me estremeció por inesperado. Un amigo, Armario, me escribía desde Larache con inquietantes noticias sobre el estado de salud de mi hermano. Convendría que yo fuera a verlo, me advertía el amigo. Mi hermano era el benjamín de la familia. Tenía veinticuatro años. Salió de la Academia de Toledo con la mínima edad exigida para Segundo Teniente. Para ascender luego a Primera, fue destinado a Larache. Durante una marcha militar, le cayó encima una persistente lluvia que lo caló hasta los huesos. Con la imprevisión propia de la edad, no prestó atención al hecho. A los dos días fue hospitalizado con una aguda bronconeumonía.

Era de un carácter expansivo y alegre. Su optimismo le abría todos los caminos que conducen a la simpatía. Acaso no pensó jamás en que la resistencia humana tiene un límite. Él vivió muy de prisa. Ávidamente. Sin creer que esa misma avidez, el intenso ahínco que ponía en vivir, podría llevarlo más pronto a la meta insospechada.

Armario se dio cuenta de la gravedad de su estado y también de las circunstancias que lo rodeaban en aquel fermentado hospital donde, por lo visto, sus servidores también vivían

con demasiada prisa, sin tiempo ni para atender a los enfermos que en él iban entrando.

Miguel Armario era director, redactor, tipógrafo, minervista y hasta repartidor de *El Porvenir*. Su verdadero oficio fue siempre el de tipógrafo. Como tal había trabajado algunos años en la imprenta de *El Diario de Cádiz*. Un buen día, la barra del Lucus le hizo la merced de dejarlo pasar y desembarcó en el muelle de Larache. Con él lo hicieron también su mujer y sus dos hijos, el mayor de seis años. Algo tenía que hacer el hombre para dar de comer a la familia. Y se *hizo* periodista, que era, después de la suya propia, la profesión con la que había tenido antes más contacto. A él le pareció que esta proximidad le había enseñado algo. Fundó *El Popular*, un periodiquín de cuatro páginas que, con el tiempo, fueron creciendo de tamaño, igual que sus hijos. El bagaje cultural de director era tan menguado como su bolsillo. Pero Armario tenía coraje y una buena dosis de alegre decisión, que lindaba con la osadía. También tenía hambre, qué caramba, y de alguna manera había de calmarla.

El desparpajo y la alegre despreocupación con que nuestro hombre hizo frente a la situación, amás del enorme desenfado con que abordaba en su periódico los temas locales que le salían al paso, cayeron en gracia. Y ya lo dice el refrán: «más vale caer en gracia que ser gracioso». Armario logró fama de tener *cosas, cosas*, y un hombre que las tiene, y que logra que éstas hallen eco, encuentra despejado el camino de su vida.

De Tánger a Larache no había entonces otra comunicación que la marítima. Tal viaje no se hacía en una sola trinqueta, como dicen los marinos, sino con bastantes dificultades. Unas veces el levante hacía ardua la llegada hasta cabo Espartel. Otras, la barra del Lucus no estaba en condiciones de ser atravesada, sencillamente. Más de una barcaza cargada de quintos que habían llegado de Cádiz a bordo de un trans-

porte militar quedó en un dos por tres con la quilla al aire. Sobre la hirviente espuma que se enredaba entre los peñascos del canal flotaban los restos de la barcaza y entre ellos bailaban unos cuantos gorritos militares, mudos y dolorosos testimonios del naufragio.

Tres vaporcitos, como juguetes, realizaban un servicio más o menos regular entre Tánger y Larache. Dos de ellos — el *Miguelito* y el *Quetzal*— arbolaban bandera española. El tercero —*Gebel Tarik*— pertenecía a la casa Bland, de Gibraltar. Los tres eran valientes y marineros. Estaban mandados por sendos marinos para quienes ni la costa ni la famosa barra del Lucus guardaban secretos. A pesar de ello, el viajero, al embarcar en Tánger para Larache, no sabía nunca cuándo llegaría, y menos aún cuándo regresaría. Porque todo se hallaba supeditado a los caprichos y veleidades de la empecatada y temible barra.

A las once y media de la noche embarqué en el *Gebel Tarik*, que se disponía a zarpar para Larache. Al amanecer del día siguiente el navío se hallaba ante Larache. Pero su barra dijo que no. Y ante ello nos pasamos dando tumbos toda la mañana, a la espera de una oportunidad favorable. Al anochecer, el capitán del *Gebel Tarik*, ante la inseguridad del tiempo, decidió regresar a Tánger. Mas tampoco pudimos pasar de cabo Espartel, porque el levante soplaba con toda intensidad. El barco buscó refugio en una de las calas del cabo. Allí se hallaba también a su amparo el acorazado español *Pelayo*. La rotura de la cadena de un ancla lo había obligado a salir de Tánger, corriéndose hasta el mencionado cabo. Gracias al *Pelayo* pudimos conseguir unos cuantos panes con los que aplacar nuestro estómago. En el *Gebel Tarik* no había más provisiones que las correspondientes a su tripulación. Para los pasajeros, café y refrescos. Con ellos nos habíamos «alimentado» desde la noche anterior.

Tuvimos suerte y mejoró el tiempo. A las cuatro de la tarde del siguiente llegamos de nuevo a Larache. La población tuvo oportunidad de presenciar nuestro paso espectacular de la barra. En el muelle fue acogido el atraque con una cerrada salva de aplausos dedicada al valiente capitán.

Entre la masa regocijada por el feliz arribo ignoro si se hallaría también el fiel perro que reconoció a Ulises al regreso de su famosa odisea. Pero allí estaba Armario, *mi distinguido compañero en la Prensa*. Con él corrí hasta el viejo y fermentido edificio del Hospital Militar.

—Está bien malito, el pobre —dijo Armario, aludiendo a mi hermano.

En la puerta del hospital no encontramos a nadie que pudiera impedirnos la entrada. Pero Armario conocía el camino. Subimos unas escaleras y atravesamos oscuros corredores. La misma desolación. Idéntico abandono. Por lo visto, después de la consulta médica y reglamentaria de la mañana se iniciaba la desbandada general de los sanitarios que hacían el servicio. No había religiosas que cuidaran de éste. Llegamos por fin a un cuarto con dos camas separadas por un viejo y mugriento biombo. En una de las camas había muerto durante la noche anterior otro oficial compañero de mi hermano. Por la mañana trasladaron el cadáver al depósito del hospital. La cama del muerto estaba aún sin rehacer, con las sábanas revueltas. Bajo la cama veíase una escupidera sucia y unas zapatillas que pertenecieron al muerto. Al otro lado del biombo, la cama de mi hermano. Estaba éste sentado entre dos almohadas sin funda. Respiraba con dificultad. Por un alto y estrecho ventanuco entraba un rayo de sol a cuyos reflejos se perseguían las moscas. El sol daba a mi hermano en la espalda. En una mano tenía un trozo de papel con el que pretendía obtener un poco de aire y espantarse las moscas. Éstas saltaban de su cuello a la mesilla de noche, donde había tres vasos de leche, los tres sin consumir. Se intuía que habían sido de-

jados allí a una hora determinada, pero sin preocuparse de que el enfermo tomara o no ese alimento. Sobre la capa blanca y espesa de la leche se ahogaban dos o tres moscas. Un orinal desportillado y lleno hasta el borde esperaba que una mano quisiera retirarlo algún día. El abandono era manifiesto. Si así estaban atendidos los oficiales, cabía preguntarse cómo lo estarían los soldados.

Al verme entrar, mi hermano me tendió los débiles brazos. Jadeante, se abrazó a mí con la misma ansiedad de un náufrago.

—Sá... ca... me... —exclamó con una voz opaca y ya sin matiz alguno.

—Sí —le dije—, te sacaré de aquí.

Pronto comprendí, sin embargo, que ya sería tarde.

Rugué a Armario que me esperase allí y corrí a la Comandancia General. Yo había conocido al general Barrera en Alcazarquivir, cuando aún era coronel y andaba en gestiones cerca de El-Raisuli, acompañado por el cónsul Zugasti. Pasamos entonces la noche en el mismo barracón que hacía las veces de hotel. Era una noche infernal del mes de agosto. El barracón tenía la techumbre de zinc. Mientras cenábamos, las velas se doblaban, reblandecidas por el calor.

—No es posible —me dijo el general Barrera cuando le referí el abandono en que había encontrado a mi hermano en el hospital—. Conozco a su director, el coronel Del Buey, y es un médico celoso de su deber. Ahora mismo lo llamaré para informarme. Vaya de nuevo junto a su hermano —agregó cariñosa y afectuosamente— que yo le prometo que se le atenderá como es debido.

Cuando llegué al Hospital Militar se había producido un cambio notabilísimo. El tiempo que yo permanecí con el general Barrera había sido suficiente, por lo visto, para que la noticia de mi paso cundiera rápidamente. Sospecho que du-

rante mi ausencia Armario haría lo necesario, telefoneando a quien correspondiera.

En la puerta del hospital ya había dos ordenanzas, que me saludaron con mucha oficiosidad y ceremonia. Arriba, en el cuarto de mi hermano, la transformación había sido completo, extraordinaria. Ya no estaban sobre la mesilla de noche los tres vasos de leche con moscas. Todo parecía limpio y orden. Quedé asombrado, no tanto por el cambio como por la rapidez con que se había producido. Apenas entré y me senté junto a la cama de mi hermano, se presentó un sanitario que traía todo lo necesario para aplicar al enfermo unas ventosas escarificadas. Se las aplicaron en el desmedrado pecho, que ascendía y bajaba respirando con dificultad. Las míseras costillas se le señalaban profundamente. La inevitable comparación entre su estado y la evidente pobreza de aquel remedio me hicieron sonreír con amarga tristeza. No digo que mi hermano se hubiese salvado, pero tengo derecho a pensar, a la vista de lo que yo había encontrado, que mejor atendido quizá hubiese podido salir adelante.

Entre mis manos tenía yo una de las suyas, temblorosa, quemante por la fiebre que le abrasaba todo el cuerpo. Me miraba triste y angustiosamente con aquellos ojos que tanta luz y alegría habían irradiado en otro tiempo. Ya era casi de noche cuando entró el capellán del hospital. Se acercó a mi hermano y lo saludó con familiaridad y afecto, dándole unos golpecitos en el hombro. Momentos después, con un tono casi indiferente y rutinario, que a mí me sonó frío y cruel, le dijo:

—Ya sabes, Ricardo, cuando te sientas morir no olvides decir «Jesús mío...»

Yo miré al sacerdote, no sé si con enojo o con espanto. No he podido olvidar la escena, aunque sí explicármela: *ab assuetis non fit passio*, que dicen los latinos. Mi hermano

buscó mis ojos con los suyos y, asiéndose a mis manos, me preguntó acongojado en un supremo esfuerzo:

—¿Pero es que voy a morir? ¿Pero es que voy a morir? Si aún no tengo veinticinco años...

Poco después de medianoche su cabeza cayó pesadamente sobre las almohadas, en las que ahora resaltaba la blancura de sus fundas limpias. Con el rostro entre las manos, me derrumbé a mi vez, sobre su pobre cuerpo. Mis sollozos se unieron a los estertores de quien ya estaba más cerca del mundo sin retorno.

Con las primeras luces lívidas y vacilantes del amanecer partió para siempre mi hermano, a pesar de que él no creyó jamás que podía morir a su edad.

Para convencernos mejor de ellos, fue por lo que resonó quizá en el triste ámbito del cementerio larachense aquella descarga de fusilería, póstumo honor de un piquete de soldados a un oficial español cuando sus restos cayeron para siempre en la sepultura.

Por Tánger y para Tánger

Poco antes de terminar la guerra del 14, a mediados del 18, vino a Tánger un francés de muy despierto ingenio y bastante buscavidas. Me lo recomendó la casa Tasso, que poseía en Barcelona unos magníficos talleres tipográficos montados con maquinaria moderna. El francés se llamaba Monsieur Laurencic. De cada una de las capitales de España que recorría iba haciendo una especie de portafolio ilustrado, editado a todo lujo y con gran número de fotograbados. En el fondo, una publicación comercial, pero muy artística y espléndidamente editada. Con los anuncios alternaban artículos y reportajes literarios dedicados a exaltar las bellezas y lugares artísticos de la ciudad.

Monsieur Laurencic era hombre que ya había rebasado los sesenta. Se teñía el pelo de un color que pretendía ser ne-

gro, pero que tiraba a rojo y que al sol reflejaba todos los colores del arco iris. En sus correrías por la geografía de España halló una valencianita excesivamente bella y peligrosamente joven, que lo acompañaba como secretaria o algo más allegado. Pero como el francés le triplicaba la edad, la fogosa valenciana poníalo en ridículo con frecuencia y con una despreocupación que asombraba a todos, menos a Monsieur Laurencic. Éste se rendía a la realidad con bastante mansedumbre y sin ninguno de estos desplantes calderonianos tan corrientes —según él decía— en los maridos españoles. Por lo demás, Monsieur Laurencic era de los que estiman que no vale la pena ser propietario de un buen vino y de excelente *bouquet* si no se comparte con alguien que lo sepa apreciar.

Se proponía Monsieur Laurencic publicar también un portafolio que comprendiera todo Marruecos, incluido Tánger. Lo convencí de que Tánger debía hacerse aparte, aunque para ello hubiera que trabajar de firme. Me brindé a ello y tuve que vencer su escepticismo, por los muchos gastos que la edición suponía. Al fin se convenció cuando vio el resultado de los primeros tanteos realizados por mí. El texto de este portafolio iría en inglés, en francés y en español. Y buscaría la cooperación económica de los gobiernos interesados, para destacar la labor realizada por los mismos en Tánger. En esta ancha tarea me ayudó bastante Monsieur Bertrand, vicecónsul de Francia, con el que me unía una buena amistad y a quien el proyecto le pareció excelente. Monsieur Laurencic dejó en nuestras manos el asunto y regresó a Barcelona para preparar la edición. Regresó sin la secretaria. Semanas antes, la bella valenciana había marchado de excursión a Marrakech, acompañada de un ingeniero noruego que deseaba enseñarle las bellezas del Atlas... y sus estribaciones. La hija del Turia había logrado sorber al noruego los septentrionales sesos.

El portafolio sobre Tánger obtuvo un éxito completo. Dicho sea sin jactancia, no se ha vuelto a publicar sobre Tánger nada más completo ni tan amplio y lujoso, dentro de los medios de la época. Además de la corriente, se hizo una tirada especial de lujo, en cartóné, que se vendió nada menos que a CINCO pesetas el ejemplar, precio exorbitante a la sazón.

Años más tarde, en 1925, el diario *El Sol* de Madrid me encomendó también otro número especial dedicado a Tánger, si no tan lujoso, ni en varios idiomas como el de Monsieur Laurencic, sí muy completo y de gran eficacia en el aspecto turístico.

Tragedia en el hogar. Supervivencia.

Y cuando ya el buque estaba en plena marcha y completamente enrumbado, sobrevino la tragedia. Fue en los comienzos del año 1930. Habían pasado veinte desde mi llegada a Tánger. Imprevisiblemente, con la brusquedad y violencia de un mazazo en pleno cerebro, la madre de mis hijos murió a consecuencia de un enfriamiento contraído en el Seminario Rabínico, donde daba clases de español. Dos días después los pulmones quedaron totalmente hepatizados. Y como la penicilina era todavía un misterio, la muerte halló libre el acceso a mi hogar. La víctima tenía cuarenta años. Yo, cuatro más.

Había que sobrevivir, sin embargo. El mundo no detiene su marcha ante nada. Me quedaban tres hijos —un varón y dos hembras— que no se hallaban aún en condiciones de hacer frente a la vida por sí mismos. Hice un recuento mental de las posibilidades a mi alcance. Contaba con las correspondencias fijas de *El Sol* y de *La Vanguardia*. *La Nación* de Buenos Aires acababa de nombrarme subdelegado en Marruecos, dependiendo de la delegación de Madrid. Al frente de ésta se hallaba a la sazón Julio Álvarez del Vayo. *La Defensa* de Málaga y *La Voz de Galicia* de La Coruña me dejaban también un pequeño ingreso por sendas colaboraciones quincena-

les. Luego estaban los grupos para la información diaria de batalla. Estaban constituidos así: *ABC* y *El Debate* —este último fundó luego la Agencia Logos—; *El Sol* y *La Voz* —futura Agencia Febus— y *Libertad* con *Informaciones*. Es decir: los más importantes de España. No sorprenda a nadie esta mezcolanza de periódicos unidos, a pesar de sus opuestas ideologías. Esta unión era sólo informativa. Cada periódico utilizaba luego las noticias recibidas, dándoles el matiz que les pareciera oportuno. Por mi parte, no sentí jamás inclinación política de ninguna clase. Era español, pura y simplemente español. Y en mis informes sólo tenía presente aquello que conviniera a los intereses de España en Marruecos. Y en los artículos de colaboración no seguí nunca otra norma que la puramente nacional o literaria.

A la sazón me hallaba yo al frente del diario local *Heraldo de Marruecos*, que habían fundado Manuel Ortega y Pichardos. Así, de una vez sea dicho. Porque «Orteguita» o «Letriya» —él todo lo resolvía firmando una letrilla— era un jerezano que si no poseía pródigos viñedos que le permitieran vivir de sus caldos, tenía en cambio, y por la gracia de Dios, una imaginación desbordante y desbordada, un poder de fascinación... y varias cosas más que bien merecen capítulo aparte.

Ortega y sus proyectos

Sobre las inquietas aguas del torrente internacional tangerino hemos visto moverse y relucir, como pulidas gotas de aceite, los personajes y tipos más curiosos e interesantes que jamás pudieron admirarse, con idéntica profusión, en las restantes ciudades de la extensa geografía del mundo. Los más extraños y complicados; los más absurdos, ora aislados, ya en singulares grupos, que han desfilado por los lejanos continentes en que se divide la Tierra.

Desde el fino y sutil diplomático —gran señor del más rancio abolengo luso—, elegante y mundano como un Cardenal trasplantado, que rodó una noche de locura sin freno hasta los extremos barrios de Shanghai, para caer en los brazos de una vulgar bailarina inglesa, a la que hizo su esposa y trocó en enjoyada dama de esplendentes salones; desde este singular personaje que descendió tan hondo en busca del amor conyugal, sin perder nunca su señorío, hasta el mísero limpiabotas español que, en sus deliquios alcohólicos, lloró sobre nuestros pies a la sola evocación de Fermín Salvacochea, mezcla de anarquista y franciscano, porque repartía entre los pobres todo cuanto poseía, cruzaron por el meridiano de Tánger, dejando aquí bien marcada la impronta de sus paradojas. Aquí vivieron más o menos tiempo, desplegando todo el prodigio de sus rarezas y habilidades. Pero es curioso que no lograran, en ningún caso, crear prosélitos: porque los tangerinos se mantuvieron siempre fuera del cauce por el que ellos corrieron, viéndolos sobrenadar y pasar entre las aguas del azar o la mentira. Ellos hicieron posible la mentira de Tánger, la mentira flotante que no logró, sin embargo, ocultar el fondo de la verdad defendida por los otros.

Unas de esas bolitas de aceite, relucientes e inquietas, fue Manuel L. Ortega.

Una vieja Marioni plana que utilizó un tiempo Castrovido para tirar *El País*; unas toneladas de plomo tipográfico, producto de una liquidación de Richard Gans, y unos chibaletes que le prestó un amigo local, bastaronle a Ortega para fundar en Tánger *El Heraldo de Marruecos*. Lo demás lo fue supliendo con su frondosa fantasía y aquel enorme poder de fascinación que tenía para rendir las voluntades ajenas.

En Marruecos, principalmente entre los hebreos sefardíes, gozaba Ortega de bastante nombradía, y aun diré que de prestigio, desde que, al socaire de la fama adquirida por el doctor Pulido, publicó un libro titulado *Los hebreos de Marruecos*.

Como era inteligente, Ortega procuraba siempre aparecer ligado al doctor Pulido —tan admirado y querido por todos los sefardíes— y aun es posible que en algunas ocasiones pareciera que era Pulido quien recibía la sombra de Ortega, y no éste de aquél, como ocurrió en realidad.

Los famosos caldos de Jerez no llenaron su estómago —ésta es la verdad—, pero sí se le subieron al cerebro sus vapores, de tal forma que cuando el viento era favorable Ortega desplegaba todo el velamen de su fantasía proyectista y ya no había para su velero mar bastante que supliera su ímpetu. Y no diré que Ortega fuera un pícaro. Sólo puedo asegurar que ni el propia Lazarillo de Tormes, ni el Bachiller Trapaza, ni siquiera el Soldado Píndaro, hubieran podido enseñarle al jerezano nada que de antemano él no supiera.

Éste era nuestro hombre. Éste era Ortega, el que un día llegó a Tánger y tropezó conmigo para la idea de fundar un GRAN DIARIO ESPAÑOL. Habría de tener 8 y hasta 12 páginas. La sirena jerezana traía ya sus cánticos bien ensayados. Cantó insinuante en mis oídos. Cantó, si bien dejando escapar algunos gallos —que mi oído percibió con bastante claridad— hasta que logró convencerme. Contraté aquí el personal tipográfico a base de lo mejorcito que había entonces en plaza. Como Regente, elegí a Direitinho, un portugués inteligente, aunque de espíritu un tanto inquieto. Direitinho dominaba nuestro idioma y además escribía encendidos artículos en los periódicos obreros.

Aparece *El Herald*

Salió por fin a la calle el primer número de *El Herald*, con sus doce páginas. Dada su presentación, desconocida en la prensa tangerina, tuvo un éxito local indudable. Fuerza es reconocer que todo lo que Ortega planeaba alcanzaba un éxito inicial deslumbrante.

Según pude intuir más tarde, acaso no fueran muy ajenos a los primeros gastos de *El Herald* los hermanos Bauer, representantes del banquero Rothschild en España. Lo intuí porque antes de la publicación del primer número, montadas ya la imprenta y la redacción, vino a visitarnos uno de los hermanos —Ignacio— que se preciaba de intelectual y a quien, para su ingreso en la Academia de la Historia, se decía que la ayuda de Ortega le había servido de mucho. En realidad, todos estos pormenores que se desenvuelven entre bastidores, y que constituyen la burda y eterna traza de todas las farsas humanas, no llegan a todos los espectadores y no alteran por consiguiente el conjunto de lo que va apareciendo en el tinglado.

Vino a Tánger, como digo, Ignacio Bauer. Visitó nuestra instalación: abajo, los talleres; arriba, la redacción y administración. El periódico llevaría una sección en francés, de cuyo cometido encargué a Rutilly, viejo y competente periodista de esta nacionalidad. Ortega me había recomendado días antes, y con mucho encarecimiento, que no diese yo al visitante información alguna sobre nuestra instalación. Él mismo se encargaría de este menester. Hasta más tarde no me di exacta cuenta del verdadero alcance de su recomendación. Al llegar a una dependencia en la que se habían montado unos cuantos chibales con el material necesario para las cabeceras y los titulares, Ignacio Bauer preguntó el destino de aquella sección separada de lo general. Ortega, con una seriedad y un énfasis que le hubiera envidiado el propio duque de Osuna cuando presentó sus credenciales al Zar de todas las Rusias, y con el aire de no dar importancia ni a Sevilla ni al Guadalquivir respondió: «Esta es la sección dedicada a la edición de libros, de la que ya le hablé».

Ni más ni menos. Me quedé mudo de estupor y de asombro. El gran proyecto de la CIAP bullía ya por lo visto en el

osado cerebro creador del jerezano. La *salida* de nuestro orondo director no había sido lanzada a tontas y locas.

La vida del nuevo diario se fue desenvolviendo si no al mismo ritmo de páginas e ímpetus de los primeros números, con bastante normalidad. Los temas con que mantener vivo el interés de los lectores no escaseaban. Se había implantado ya el Estatuto de Tánger. La Asamblea Legislativa comenzó sus sesiones en el edificio de la Mendubía, instalado en la antigua Legación Alemana que secuestró el *Májsen* al estallar la primera guerra europea. El tribunal empezaba a funcionar con su carácter internacional. En suma, todos los organismos de nueva creación estatutaria daban materia suficiente para calmar la avidez informativa. De Madrid recibíamos una extensa información telegráfica que nos mandaba una agencia. El magnífico y sensacional vuelo de Ramón Franco a Buenos Aires nos proporcionó tema amplio, que duró algunas semanas.

Ortega, entre tanto, fundaba otro diario, gemelo de *El Herald*, en Ceuta: *El Mediterráneo*. En este proyecto *complicó* al ingeniero de las Obras del Puerto de dicha plaza, que gozaba de gran prestigio... y buen capital. El espíritu creador del jerezano continuaba en plena fiebre... funambulesca.

Todo, en fin, se desenvolvía normalmente, aunque el trabajo era para mí abrumador. Con las primeras luces del amanecer me retiraba a descansar. A las diez de la mañana estaba ya en la librería, atento a las preocupaciones de ésta. Fue entonces cuando Jacobo Bentata —que compartía conmigo las tareas de *El Herald*— me habló de Santos Fernández: un periodista que había hecho el servicio militar en Larache y que, una vez licenciado, permanecía allí arrastrando una lamentable vida bohemia. Era inteligentísimo y poseía un bagaje cultural muy extenso. Trajimos a Santos Fernández, que se hizo muy pronto popular en Tánger, donde continuó su vida desordenada de bohemio incorregible, aunque admirado por

su indiscutible calidad intelectual. Fue en verdad terrible pena que en Madrid, más tarde, hallara tan trágico fin durante la cruenta guerra civil española. Santos Fernández hubiera sido una estrella señera en el firmamento periodístico español.

El Heraldo sigue su camino

Siguió su camino, sí, hasta que una noche de sábado subió Direitinho a mi despacho para comunicarme que los obreros se negaban a continuar el trabajo, porque no se les había abonado el jornal de aquella semana. Tormenta tenebrosa de ayer; ligera nubecilla en el horizonte de hoy.

Con la promesa de telegrafiar a Ortega, logré que se reanudase el trabajo aquella noche. El domingo apareció *El Heraldo* como de costumbre. Poco antes de retirarnos a descansar llegó la contestación de Ortega. Contundente, como era su costumbre: «Giraré telégrafo lunes». Y, como era de esperar, el lunes no llegó el anunciado giro. Pero sí se recibió otro telegrama concebido en los siguientes términos: «Todo arreglado. Salgo para ésa». Y aquí se nos presentó sonriente, con su cara ancha de fraile motilón o de mamoncete satisfecho: con sus gruesos labios sensuales, por entre los cuales rebrillaba el oro de su prótesis de nuevo rico. Menos mal que traía algunas pesetas, que sabe Dios cómo y dónde habría conseguido.

—¿Qué creían *ezoz mizerablez*? —me decía luego, muy altivo, en la redacción.

Porque para Ortega eran *mizerablez* todos aquellos que le exigían el pago de sus servicios y no fiaban en sus promesas.

—Esos *mizerablez*, como usted los llama —hube de responderle—, lo que quieren, sencillamente, es cobrar los jornales que se les deben... Y aquí, amigo Ortega, no hay un céntimo.

A lo que el jerezano, escurriéndose por la tangente, según costumbre, replicó con el mayor desenfado:

—Aquí, amigo Alberto, lo que no hay es *disciplina*.

Y se quedó tan fresco.

El duelo Ortega-Guahnish

No por mucho tiempo, ciertamente, pues yo sujeté su piñeta con otro asunto que había pendiente. Guahnish, para terminar de montar la imprenta, nos había prestado unos chibales y, como es natural, reclamaba el pago de este material o su devolución.

La cara de Ortega se transformó al instante. Se quitó las gafas y, mientras limpiaba parsimoniosamente sus cristales, dijo:

—A *eze*... A *eze* también quiero decirle cuatro *coza*, *mu bien dicha*. Y a *eze* ahora mismo... Acompañeme.

Fuimos a la imprenta de Guahnish. Nos recibió este con mucha sonrisa y aquel gesto de nobleza y bondad, tan suyo.

—No *pue ze*, Guerni —se le atragantaba el apellido, que naufragaba en aquel mar de letras, revuelto con su gorda lengua de andaluz cerrado—... Yo no *pueo conzentí* que *uzté* me trate como *m'a tratao en zu última* carta...

Guahnish, con aquella firmeza y consistencia de tanque, lento pero insoslayable, alargó la mano hasta un archivador en el que conservaba copia de las cartas cruzadas sobre el enojoso asunto. Y argumentó de un modo contundente:

—Con tal y tal fecha me escribió usted de este modo... Yo le respondí así. Por último, en esta carta —y se la pasaba ante los ojos, obligándolo a retrepase en su asiento—, en esta carta llega usted a amenazarme... Y hasta aquí hemos llegado, amigo Ortega. Porque ni usted, ni a Palafox, ni al propio Baba que se levantara de su tumba, me asustan cuando tengo razón. Estoy dispuesto a que nos citemos donde usted

quiera, esta misma noche, para dirimir esto a puñetazos, si fuera preciso.

Ortega, que no esperaba la andanada y que había ido perdiendo el color a medida que crecía la entereza del contrario, quedó unos segundos como arrugado en su asiento. Poco a poco sacó del bolsillo posterior del pantalón un frasquito que se pasó varias veces ante las narices. Luego, con los ojos en blanco, quedó inerte y como desmayado, la boca entreabierta como un pelele.

Guahnish, que es un carácter firme y entero, pero de una infinita bondad, sufrió in increíble transformación. Alarmado ante la actitud desmadejada de Ortega, fue corriendo hacia adentro, de donde trajo un vaso de agua que contenía, sin duda, un cordial, y, obligándolo a beber, le dijo con el mayor afecto:

—Beba, hombre, beba. Beba y no haga caso de lo que le he dicho. Vayan al diablo los chibaletes. No me perdonaría nunca haber sido causa del quebranto de su salud. Quédese con los chibaletes y no haya más entre nosotros.

Cuando salimos de la imprenta de Guahnish, repuesto ya de su fingido o real soponcio, Ortega, con un cinismo imponderable, me decía:

—¿Ha visto usted? Ya está rezuerta la cuestión de los chibaletes.

Y con un gesto teatral y retador añadió:

—A mí...

Por aquella vez, aunque no era posible predecir hasta cuándo, también quedó resuelto el asunto crematístico de *El Heraldito*, con una parte de su personal. Porque no eran sólo los obreros quienes no cobraban en su día. Los demás — excepción hecha de Santos Fernández, que era el único privilegiado, porque debía anticipos al periódico— íbamos cobrando de cuando en cuando lo que se nos adeudaba.

Luna de miel con Olga

En otra ocasión —y perdóneseme la reiteración, que es indispensable al trazado exacto de tan peregrino personaje— me telefoneó una mañana desde el hotel Minzah para decirme que se encontraba en Tánger, donde pasaría una semana. Fui a verlo. Lo encontré acompañado de una americanita, menuda y dengosa, que me hizo el honor de tenderme una manita lánguida. Me la tendió y la dejó en la mía, como si me la otorgara para siempre. Se llamaba Olga y acababa de publicar una obra en dos tomos acerca de su paisano Bolívar. Yo creo que el libro se lo editó por su cuenta el propio Ortega, para obtener, como premio, esta improvisada luna de miel que venían a pasar en Tánger. La americanita sólo se alimentaba de almendras crudas y trocitos de queso de *gruyère*... Era monina, pero de una sosería y displicencia estomagantes. Todas las mañanas iba a la playa, enfundado su cuerpecito en un ajustadísimo Jantzen que le había comprado aquí el jerezano. No era lo malo que ella se bañase, sino que Ortega tenía que acompañarla a la playa, también con sus mondongos bien encerrados dentro de un bañador, y mientras ella daba grititos ante cada ola que la envolvía, nuestro orondo amigo tenía que pasear por la arena con el perrito de la americana en sus brazos. Las consecuencias no se hicieron esperar. Ortega pescó un espantoso muermo que lo obligó a no asomar más sus narices por tan peligrosos lugares. Uno de estos días de asueto, durante la ausencia playera de su Olga, como yo bromea un poco sobre ésta, me dijo, revolviendo entre los labios sus ceceos:

—Es tonta. Tonta *perdía*. Ya lo sé. Pero me distrae y me hace olvidar un poco todas las preocupaciones y disgustos que me dan los *mizerablez*. Lo que temo es que de tanto comer queso *gruyère* se le está agujereando el cerebro.

Intermedio aéreo

Una noche, cuando más enfrascado me hallaba en el trabajo nocturno de *El Herald*o, recibí un telegrama que alteró bastante mis nervios. Ortiz de Echagüe, delegado de *La Nación* de Buenos Aires en París, me daba instrucciones para mi urgente traslado a Cabo Juby. Dos aviadores uruguayos — Larrea y Borges—, que realizaban un rallye desde Montevideo a París, se habían visto obligados a aterrizar en pleno desierto, cerca de aquella posición española. Nuestras autoridades comunicaban que los dos aviadores estaban con vida, pero secuestrados por tribus insumisas de aquella región desértica. Sin embargo, se esperaba que serían entregados pronto a las autoridades españolas de Cabo Juby. Era, pues, necesario —agregaba Ortiz de Echagüe— que me trasladara con urgencia a Cabo Juby para entrevistarme con los dos nautas uruguayos. Un aparato de las líneas Latecœur vendría desde Toulouse a Tánger para recogerme.

El rallye de Larrea y Borges —reciente aún el triunfo de Ramón Franco— sólo tenía una importancia circunstancial, pero *La Nación* de Buenos Aires quería ofrendar al público uruguayo las primicias de una información que tanto interesaba al citado país. La sucursal del Banco de Bilbao en Tánger me entregaría 6.000 duros que yo debía llevar a los citados aviadores por la exclusiva de sus impresiones. Esta entrega, claro es, pertenecía al secreto del sumario. Es decir: debería quedar entre bastidores sin aparecer en escena. También se me entregaría otra cantidad prudencial para atender los gastos de mi desplazamiento. Ah: y quedaba hecho un seguro de vida a favor de mi familia.

Yo jamás había subido a un avión. Y aunque no me tranquilizara gran cosa la existencia de aquel seguro de vida, ¿cómo renunciar a un servicio de tal naturaleza y en tales circunstancias? También el periodismo es un sacerdocio. No había otro remedio que aceptar. Me fui aquella madrugada a

la cama con la esperanza de que, mientras tanto, los aviadores hubieran sido rescatados ya, haciéndose innecesario mi viaje. Pero sí, sí.

A las seis de la mañana, el teléfono de mi casa repiqueteó con una insistencia que no podía soslayar. El Latecœur estaba ya en el aeródromo y me esperaba para emprender el vuelo. Bastará recordar, para explicar todos mis recelos, que eran unos aparatos donde sólo cabían el piloto y el pasajero, embutidos en unos agujeros y dejando casi medio busto al aire. Para proteger la cabeza me había sido necesario comprar un magnífico casco de cuero, que me daría, indudablemente,



un aire inconfundible de intrépido argonauta, con un valor y una serenidad que, en verdad, me estaban haciendo muchísima falta.

En el aeródromo tangerino me esperaba algo que no imaginaba siquiera. Me esperaba una señora francesa con la pretensión de que le cediera un sitio en el aparato para trasladarse a Casablanca, donde el marido se hallaba enfermo muy gravemente. El avión viene a mi disposición, respondí, pero es el piloto quien debe resolver, en calidad de técnico, si ello es o no es posible. El piloto no opuso inconveniente. Podríamos acoplarnos los dos en el reducido espacio, colocando un asiento supletorio. Así se hizo con una caja de madera de las que sirven para el embalaje de las latas de gasolina o de petróleo. Cedí mi asiento a la señora, y me acomodé en la caja, con la mejor buena voluntad y no escasos esfuerzos, para que las piernas hallaran acoplamiento adecuado y lográramos estibarnos en aquel agujero.

El motor nos ensordeció por completo. El aparato se elevó y ¿quién dijo miedo? Fue pánico. Sentí que el corazón y unas cuantas vísceras más se desplazaban de su sitio para subir a la garganta, que se me apretó con tales huéspedes allí

agazapados. Creí ingenuamente que aquel fenómeno sería cosa natural en tales trances, pero algo me decía que todo aquel revuelo interior de mis órganos más importantes no presagiaba nada bueno.

A la media hora de vuelo la señora que me acompañaba empezó a mostrarse inquieta. Se le demudó el semblante, que adquirió una palidez cadavérica. Abría mucho los ojos y sus labios se cerraban con fuerza, como si intentara oponerse a algo que pugnaba por salir. De pronto le sobrevino como un estertor supremo. Afortunadamente yo había adivinado a tiempo su congoja y en el hueco de mis manos, tendidas a la altura de su boca, quedó bien recogido lo que de otro modo habría ido a parar, sin remedio, a mis propias piernas.

Fue suerte también, de mi parte, que al sacar las manos al aire la fuerza de éste no dejara en aquéllas traza alguna de lo que habían recibido. Y allí las dejé como prendas de colada, al sol y al viento, hasta que al aparato aterrizó, al fin, en Casablanca.

Una vez en tierra, poco a poco, observé, no sin cierto regocijo, que el corazón, los riñones y hasta el páncreas abandonaban mi garganta para reintegrarse a sus respectivos alojamientos fisiológicos. Sólo las manos no lograron recuperar su primitivo estado hasta que el agua de un grifo las dejó como nuevas.

Fue preciso, con todo, reanudar el vuelo hasta Agadir, desde donde daríamos el salto definitivo a Cabo Juby. No es cosa de relatar aquí la travesía del aparato sobre las arenas del desierto. A cada instante me parecía que aquellos estremecimientos del feble avión y el ruido a entrechocar de latas que salía de las entrañas de su motor terminarían en un soberbio picado sobre aquel mar dorado y ardiente que semejaba atraernos con mayor fuerza cuanto más avanzábamos. De los arenales sin límite ascendía una oleada caliente, abrumadora, que amenazaba asfixiarnos. La hélice del Latecœur no daba

vueltas en el aire, sino que parecía hendir una masa espesa y cálida que, al partirse, nos enviaba paletadas de fuego.

Aunque yo no lo creía entonces, todo llega al cabo... Incluso al Cabo Juby, tan alejado del mundo. Y ¿qué era Cabo Juby en aquella época? Lo que acaso siga siendo hoy: un *fondak* surgiendo como un náufrago entre un mar de arenas, con un gran patio cuadrado en el centro. Un poco más allá, el rudimentario aeródromo donde hacían noche los aparatos de la Latecœur —ariscados, intrépidos, verdaderos y heroicos pioneros— que fueron construyendo en el aire la ruta de América.

De aquel *fondak* perdido en el desierto —donde también otros héroes españoles soportaban una vida de infierno— yo no guardo otra impresión que la de sus infinitas arenas. Arena en la comida, arena en el agua; dormíase con los labios, las narices y los ojos llenos de arena³¹.

A poco de nuestra llegada a Cabo Juby, unos beduinos trajeron a Larrea y Borges. España había tenido que pagar 10.000 duros en plata por su rescate. Pero ese detalle, que también pertenecía al secreto del sumario, quedaría entre los bastidores de la consiguiente comedia.

Los aviadores, emocionados aún por la aventura, aceptaron el regalo que hube de entregarles en nombre de *La Nación* de Buenos Aires. El gran rotativo argentino obtuvo el éxito informativo que se había propuesto.

— Nous rentrons? —me preguntó el piloto que me había traído.

Yo, que no deseaba volver a sentir dentro de mi cuerpo aquella zarabanda de las vísceras, respondí:

—Va usted a «rentrar» solo, porque yo me voy con los aviadores a bordo del *Bonifaz* (puesto a su disposición por el

³¹ Cabo Juby era centro de operaciones de un equipo de pilotos franceses encabezado por Antoine de Saint-Exupéry. *Nota del copista.*

gobierno español para llevarlos hasta Canarias). Desde allí, en un barco de la Trasmediterránea, regresaría a Casablanca y luego, por tierra, me reintegraría a Tánger.

El dorado sueño del jerezano

Después de numerosos tanteos en negocios de diversa índole, que tenían un feliz alumbramiento pero un triste final, Ortega logró al cabo de los hermanos Bauer lo que tanto tiempo venía buscando: la realización de su proyecto cumbre. La CIAP, Compañía IberoAmericana de Publicaciones. La sigla se hizo pronto famosa. Era un proyecto que Ortega acariciaba desde su más remota juventud. No he de enumerar aquí los muchos y sabrosos pormenores que se sucedieron durante el nacimiento, infancia y efímera pujanza juvenil de la CIAP.

La CIAP pasó a mejor vida. Sobre su cadáver podría colocarse otra sigla más perdurable y eterna con que la Humanidad viene señalando desde hace siglos el tránsito de los mortales por este mundo: RIP.

De todo aquel tinglado de Ortega, que terminó con unos carritos abarrotados de libros a dos pesetas, sólo me queda en la memoria un nombre grato: Agustín Aguilar Tejera, doctor en Derecho, licenciado en Filosofía y Letras, que, en plena juventud —35 años— cayó entre las redes del jerezano acaso por vulgares necesidades del estómago. Poseía Aguilar un cerebro privilegiado, una cultura portentosa, que se derramaba estérilmente, anónimamente, en los breves prólogos de aquellos tomitos de la Colección Cervantes a la que, por hallarse libre de los derechos de autor, dedicaba la CIAP sus preferencias a última hora. No he vuelto a saber nada más del admirado Aguilar. La vida no debió de ser agradable ni fácil para un hombre que tanto y tanto merecía por su talento.

Por mi parte, también hube yo de salir de *El Herald*o, si no precisamente en un carrito, como los libros de la CIAP, sí

con unas cuantas «letriyas» en el bolsillo: las que me firmó Ortega como pago de los sueldos que dejó de abonarme... *El Heraldo*, en Tánger, y *El Mediterráneo*, en Ceuta, eran ya dos navíos al garete. Todavía caminaron algún tiempo. *El Mediterráneo* fue el primero en sucumbir, estrellándose, a falta de un faro «protector» que lo orientase. *El Heraldo*, cayendo aquí y levantándose allá, continuó algún tiempo más su derrotero. Mudó en varias ocasiones de capitán, hasta que varó cerca del Lucus y allí quedó, sin que pudiera aprovecharse ni siquiera para el desguace.

Los nuevos rumbos

Apareció por entonces en Madrid, con gran alarde de páginas gráficas y a todo tren informativo, el diario *Ahora*, dirigido por don Luis Montiel, su propietario, y con Manuel Chaves Nogales de redactor jefe. Por mi iniciativa vino éste a Tánger semanas antes de que empezara a publicarse el nuevo diario. Chaves se mostró encantado, aunque bastante apenado por la situación que le expliqué, en que se hallaban los españoles de Tánger a raíz de la implantación del Estatuto. Me encomendó el estudio de esta cuestión, en cinco o seis grandes reportajes, con muchas fotografías. Se publicarían a partir del primer número de *Ahora*. Le mandé seis. Montiel me escribió para expresarme su agrado. También Sánchez-Ocaña, desde la revista *Estampa* —de la misma empresa— me encargó varios trabajos. Conservo de *Ahora* atenciones que no he de olvidar fácilmente.

Al hacer hoy estas evocaciones que van surgiendo sin esfuerzo, he de recordar también que *Ahora* fue el primer diario de España que empezó a publicar la fotografía de la Lista Oficial de la Lotería. De ahí la seguridad con que, antes de su aparición, anunciaba que respondería de cualquier error que en esta lista suya pudiera aparecer.

Toda esta labor periodística, continuada, extensa y tenaz, no se consigna aquí por un alarde estúpido de vanidad, sino pura y simplemente para explicar lo que con ella perseguía, y que no era otra cosa que la de buscar un medio de abstracción que apartase de mí el recuerdo obsesionante de la íntima tragedia que había conmovido mi hogar. Pero aún había resquicios por donde la tristeza se me entraba hasta el corazón. Se me ocurrió entonces iniciar en *El Sol* una serie de artículos en los que expondría las causas por las cuales nuestra colonia en Tánger había perdido toda la influencia adquirida. Esta colonia, que había sido la primera a la hora de las aportaciones, en todos los aspectos de la vida local y de su progreso: la primera escuela, las primeras luces que alumbraron las calles y los hogares de la ciudad, los primeros teléfonos, el primer avión que cruzó su cielo, la primera institución benéfica y tantas otras primicias que no por ser de orden manual o vulgares tienen en la vida cotidiana de un pueblo menos trascendencia. Y con el título general de «Cómo se desorganiza una colonia», empecé una serie de artículos en el citado diario madrileño.

En los reportajes gráficos publicados en *Ahora*, por no permitirlo la índole de aquellos trabajos, no había analizado a fondo la situación de los españoles de Tánger dentro del régimen estatutario. Pretendía hacerlo en *El Sol* y, a la vez que estudiaba las posibles y propias causas por las que se iba a la desorganización de nuestra colonia, tres veces mayor —era preciso insistir en ello— que el total de las restantes. Con el Estatuto se nos había «igualado» legalmente. Ya no nos sería posible utilizar la abrumadora razón del número para reivindicar un derecho atropellado o reparar una dolorosa injusticia. Con el Estatuto se nos «ataba corto», sólo a los españoles, obligándonos a aceptar el imperativo galo de *quia nominor leo*, contra el que no podíamos alzarnos, porque para tener

razón nos faltaban los barcos y los cañones, que son los que se imponen en el mundo.

El Estatuto... El Estatuto era un engendro en cuya gestación no había intervenido ningún tangerino. Era como un traje confeccionado a ojo de buen cubero, o unos zapatos estrechos. No, nadie sentíase cómodo con el traje, ni era posible dar un paso con tal calzado. Pero, en cambio, sí se habían tomado bien todas las medidas para que los derechos fuesen aparentemente iguales, cualquiera que resultase la aportación prestada o la representación que ostentase. Y, ya veremos cómo, la sedicente igualdad —que se esgrimía como prueba de aspiración ecuaníme— también fue escamoteada hábilmente por medio de una operación aritmética en que se agregaron varios ceros. Unos que al principio, aisladamente, no tenían valor alguno, pero que luego, colocados a la derecha de cada unidad, acrecentaban la suma a favor del operante.

El estatuto y los españoles

La situación de los españoles en Tánger, dentro del Estatuto, era por más peregrina.

El Administrador Jefe, francés durante el primer periodo de seis años. Esto no quería significar que el sustituto habría de ser español, pues se deja a la Asamblea Legislativa en libertad de elegir, en su día, a otro cualquiera *que no fuera de la nacionalidad del saliente*. (Ya se preparaba el terreno para que el sucesor del francés pudiera no ser español.) Y, efectivamente, llegada la hora, tras una serie de maniobras tan descaradas como burdas, la Asamblea prorrogaría por dos años más los poderes del Administrador francés. Surgió la segunda guerra mundial. Y todo varió en consecuencia.

Administradores Adjuntos eran un español, para los Servicios de Higiene y de Beneficencia, otro inglés, para los de Hacienda, y luego se eligió un italiano para los de Justicia.

En la Gendarmería, el jefe era un comandante español y el adjunto un capitán francés. Oficiales españoles y franceses, con sus clases correspondientes, para un total de 250 hombres. Pero cuando la Gendarmería se presentaba, para cualquier asunto, en las cabilas del hinterland de Tánger, ya habían resuelto lo conveniente los soldados del Mendub, que actuaban en nombre del sultán. Es decir que en la práctica la famosa Gendarmería mandada por un comandante español quedaba reducida al honor de escoltar al Mendub los viernes, cuando se dirigía a la mezquita para rezar sus oraciones.

En la Policía, el predominio francés se destacaba vigorosamente. Sólo en la dirección —atribuida, naturalmente, a un jefe no español— los cargos se distribuían así: franceses, 20; españoles, 15; marroquíes, 11; italianos, 4; belgas, 1. En los demás sectores de índole general, todo marchaba por el estilo o peor.

De los 9 Inspectores-Jefe, uno inglés y dos españoles. El resto, hasta seis, de nacionalidad francesa. En cuanto a los inspectores corrientes, de los 38 que existían, 18 franceses, 1 italiano, 8 marroquíes y 11 españoles. Si se tiene en cuenta que los inspectores marroquíes eran elegidos entre individuos absolutamente afectos a Francia, fácilmente se deducirá que de 38 puestos los franceses disponían de 26.

Pero no se crea por esto que tales hechos aparecían como arbitrariedades o irritantes injusticias. Cuando no era la interpretación de un artículo estatutario, dejada al aire, era el precedente de lo que se hacía en la Zona Francesa. Porque justo es reconocer que los franceses no obraban ni daban un solo paso *a ver qué pasa* —ese *a ver qué pasa* tan español—, sino que adelantaban el pie cuando ya tenían preparada para él una buena base de cemento armado como plataforma.

En la Aduana, con el Jefe francés había un Interventor español. Pero este último no podía sustituir al primero ni aun

en caso de ausencia o enfermedad. Agreguemos que todos los Vistas eran franceses.

En la Administración General, el caos alcanzaba un grado superlativo. Aunque, eso sí, todo muy correcto y muy legal. En los puestos importantes, jefes franceses, y al frente de la mayor parte de las secciones si no había un francés, tampoco se encontraba un español. ¿Fue esto lo que se firmó en París? Supongo que no, por lo menos en la letra. Pero el hecho es que así resultó en la práctica.

Deliberadamente he dejado para lo último la composición de este organismo. En él existían 4 delegados franceses, 4 españoles, 3 italianos, 3 británicos, 1 americano, 1 holandés, 1 belga y 1 portugués. Italianos y británicos, con una colonia mínima, figuraban con una representación que, proporcionalmente, resultaba mayor que la nuestra. Los restantes representantes no europeos se distribuían así: 6 musulmanes designados por el Mendub y 3 israelíes que elegía la misma autoridad de una lista de nueve presentada por la comunidad Israelita, y que debía aprobar el sultán.

En la práctica, y a la hora de votar en cualquier asunto de importancia, Francia, además de los cuatro votos suyos, contaba con los seis de los musulmanes y los tres de los israelitas. A este grupo, por su obligada docilidad y franca inclinación, se le llamó humorísticamente, desde el principio, la cabila de los Beni Oui-Oui.

Por último, en *El Sol* llamaba yo la atención hacia aquel Contrieur o Interventor de la Autoridad Jerifiana, representada en Tánger por el Mendub, y que sustituía a éste en todas sus decisiones. Tal cargo, que no figuraba para nada en ningún artículo del Estatuto, lo desempeñaba un francés que no tenía puesto determinado en ninguna ceremonia oficial. Al principio, se manifestó discretamente entre bastidores. Pero más tarde actuaba ya con el mayor descaro y sin ningún recato. El precedente de una actuación análoga en la Zona Fran-

cesa quedó sentado en Tánger de manera definitiva y permanente.

En esta situación, que aun podría aderezarse con otros pormenores tan sabrosos como edificantes, la colonia española de Tánger, la más numerosa y laborera, quedó en el Estatuto a merced de todos los vientos circunstanciales, que soplaban ya con bastante ímpetu.

Pero de los ingresos de la Administración Internacional la mayor parte procedía de los españoles de Tánger y de la península, que dejaban al comercio tangerino enormes beneficios.

Capítulo Tercero

La sonrisa de Temis

Al levantar la cortina

Durante el periodo estatutario se empleaban indistintamente en las diversas dependencias de la Administración Internacional de Tánger los tres idiomas oficiales: árabe, español y francés. Naturalmente, esto no ofrecía dificultad alguna en tanto se empleasen los idiomas aisladamente. Es decir: entre individuos de la nacionalidad respectiva. La dificultad nacía, como es de presumir, del uso entre las distintas naciones. Nadie ignora que es preciso conocer bien a fondo un idioma extraño para captar ciertos matices o giros que se prestan fácilmente a confusiones, no sencillas de aclarar con el simple empleo de un diccionario.

La densidad de la colonia española y el hecho de que por la modestia de la mayoría de sus elementos fueran pocos, o menos numerosos, los españoles que poseyeran otro idioma que el propio, dada lugar a situaciones que en la mayoría de los casos de no tenían otras consecuencias que las de una regocijante comicidad.

El principal anecdotario de esta índole, lo enriquecía, de consuno, el Tribunal Mixto, principalmente cuando eran jueces de nacionalidad británica los que debían juzgar a encartados españoles, a través de un intérprete oficial que, por lo común, no era tampoco español. Todos conocen la honda diferencia que existe entre la mentalidad anglosajona y la nuestra en particular.

Desde el punto de vista oficial, todos los magistrados, fueran de la nacionalidad que fueran, estaban obligados a conocer, cuando menos, dos de los tres idiomas en uso. En la práctica, era lo cierto que algunos jueces sólo tenían muy ligeras nociones del idioma extraño al suyo. Esto se observaba más destacadamente en los ingleses, pues bien conocida es

la resistencia que éstos oponen al aprendizaje de otro idioma que el propio. Unas nociones de francés, a lo sumo, pero de español, de sus expresiones aisladas, y menos aun de sus costumbres... Como si se tratase de una colonia antípoda.

Era, por consiguiente, bastante raro el juicio en el que, interviniendo un juez inglés y un procesado español, no se originase un sainete más o menos hilarante.

De este anecdotario, tan extenso como jocoso, entresaco algunos recuerdos distintos de los que ya relaté en mi *Pequeña historia de Tánger*.

El diccionario no lo explica todo

El Tribunal Mixto de Tánger envió en cierta ocasión a la Jefatura de Policía de Larache una providencia que, en el argot jurídico francés, se conoce con el nombre de «providence de renvoi».

El jefe de policía de Larache —español, naturalmente— desconocía la verdadera significación de la palabreja. No se arredró por ello. Poseía un buen diccionario, que creyó que lo sacaría fácilmente del apuro. En efecto, devolvió al Tribunal de Tánger la providencia en cuestión, con un oficio redactado en los siguientes términos:

«Tengo el honor de devolver a ese Tribunal, debidamente cumplimentada, la providencia de eructo recibida para ser tramitada por esta Jefatura...».

Oh, los viajes

En el ámbito de la curia tangerina, Madame Clariss gozaba de una anchísima y bien ganada popularidad. Madame Clariss se había casado cuatro veces, divorciándose otras tantas. Ello quiere decir que poseían una documentada experiencia acerca de lo que un hombre puede aportar al matrimonio, así como de sus reacciones sentimentales. Una extensa y variada gama en todos los órdenes.

De esa situación cuadruplicada de su estado social se derivaban, naturalmente, complejidades sin cuento que la obligaban a estar presente casi a diario en la sala de pasos perdidos del Tribunal. Asimismo, Madame Clariss era además muy ducha en los misterios de la nigromancia y no conocía rival en el arte de adivinar el porvenir ajeno por medio de las cartas. Había recorrido más de medio mundo en el ejercicio de estas actividades, sin contar, por supuesto, los viajes de sus cuatro lunas de miel. Por todo ello, para Madame Clariss, una persona que hubiera viajado mucho tenía ganada su más profunda y admirativa estimación.

Ya se ha dicho que su contacto con la Justicia era muy frecuente. La complejidad de su vida y sus especiales actividades enmarañaban su existencia con una serie casi continua de pleitos, que absorbían una gran parte de su tiempo. Resultaba muy raro el día en que no se la viera recorriendo, uno por uno, los despachos de los diversos Secretarios del Tribunal. Éstos se echaban a temblar cada vez que trasponía las puertas respectivas. Los abrumaba, no ya con preguntas, pero también con sugerencias relacionas con los asuntos que tenía *sub judice*. Los magistrados, por su parte, rehuían su trato.

Sin embargo, un día, el fiscal español, don Francisco Villarejo, no pudo escabullirse a tiempo y se vio obligado a recibirla. Don Francisco Villarejo, malagueño de pura cepa, era capaz de aguantar cualquier «disco», pero tenía la virtud de *matizarlo* todo, por su parte, con gran zumba y socarronería, y su miajita de sal perchelera.

Madame Clariss dio suelta a su lengua. Expuso al fiscal el asunto que le interesaba, desde el ángulo de su propia conveniencia. Don Francisco fingía una atención que maldito si sentía. Lo apremiaba el tiempo, porque tenía que marchar, como todos los días, a Tetuán, en cuya Audiencia duplicaba su cargo. De ahí que tuviera que estar yendo y viniendo diariamente. No obstante oír a Madame Clariss con aire distraí-

do, de vez en cuando interrumpía a su interlocutora para solicitar alguna aclaración que, en el fondo, le importaba un bledo.

Una nueva observación, hecha con su habitual sorna por el fiscal, hizo exclamar a Madame Clariss, muy ufana

— Ah, señor fiscal, ya se ve que es usted un hombre que ha viajado mucho.

A lo que el malagueño, pensando en sus diarios desplazamientos a Tetuán, para regresar al día siguiente, respondió en tono inefable:

—No sabe usted, señora, lo que yo viajo...

Los vuelos de Kanoui

En la Sala de lo Civil se vio aquella mañana un asunto en el que figuraba, como demandado, el conocido y travieso corredor de terrenos Monsieur Kanoui. En realidad, su calidad de propietario surgía de los hechos de una manera muy *especial*. Los testigos afirmaban que en el terreno que se litigaba nunca vieron a otra persona que al demandado. La *mulkia* del *adul* también sostenía esta propiedad. Pero el caso es que el *otro* propietario afirmaba que no había tenido jamás la intención de vender aquel terreno... Por lo demás, lo cierto es que la escena se había repetido varias veces en distintos terrenos. El ingenio y la habilidad de su amigo abogado, Maître Saurin, hacía el resto. Ello no impedía que, en cierta ocasión, en que se hablaba de Kanoui, Saurin dijera con toda despreocupación:

La femme s'évanouit.

La fleur s'épanouit.

La canaille c'est Kanoui.

En el Colegio de Abogados se comentaban con tal motivo, aquel día, las *travesuras* de Kanoui. Alguien, derivando la

conversación, aludió a la admirable conducta del sobrino de Kanoui durante la guerra.

—Parece que era un piloto muy notable de la aviación francesa —recordó quien tenía motivos para saberlo.

—*Oui* —confirmó otro—. *Il a volé bien de kilomètres.*

—*Oh* —apostilló Saurin—. *Son oncle n'a pas piloté d'avions, mais il a volé plus de kilomètres que son neveu.*

(Como es sabido, en francés «volar» y «robar» se escriben y pronuncian del mismo modo.)

Una aclaración importante

Actuaba como fiscal el señor Villarejo. En el banquillo, un español acusado de embriaguez y escándalo público, con la agravante de nocturnidad. Presidía un magistrado inglés. Éste solicita del intérprete que le vaya traduciendo la declaración del procesado.

—Nos reunimos unos cuantos españoles para oír cantar a un célebre cantaor español que estaba aquí de paso para Casablanca. La reunión fue en El Canto Escuchao, un establecimiento de bebidas —aclara el intérprete—. Nos bebimos unas botellas de vino. Lo que pasa... Uno de los amigos y yo discutimos sobre la calidad del cante... Nos calentamos demasiado... Vino la policía... Y aquí estoy.

El Presidente siguió con la mayor atención estas declaraciones, consteladas, como es natural, de frases típicas y giros gitanos, hartos desconcertantes para un extranjero, máxime si éste es inglés. El sentido de algunas palabras, aun traducidas, le resultaba más indescifrable que los jeroglíficos egipcios que había visto en las tumbas de los faraones, durante su estancia en El Cairo.

Para el fiscal era una gran distracción ver los esfuerzos del presidente para desentrañar lo sucedido en aquel bar, del que hasta el título le resultaba extraño: El Canto Escuchao. De pronto se oye la voz del señor Villarejo para solicitar del

presidente su venia, al objeto de hacer una aclaración que estimaba muy importante. Obtenida la autorización presidencial, el fiscal malagueño, dirigiéndose al encartado y dando a su pregunta un aire solemne y de extraordinaria trascendencia, le preguntó:

—¿Puede decir el procesado si allí se cantaba *cante grande* o *cante chico*?

—Grande, señó —respondió aquél, como si la duda le pareciera absurda.

El fiscal, como si de aquella respuesta dependiera la tranquilidad de su conciencia, y toda la clave del juicio, respondió a su vez:

—Ah. Nada más, señor Presidente.

Una misión cultural

El chispeante gracejo y la donosura de los informes de Saurin, cuando se hallaba en vena, eran proverbiales en el Tribunal. Muchos iban allí sólo para oírle.

En cierta ocasión defendió a un joven israelita de la vecina plaza de Larache, que había venido a Tánger para ultimar un negocio. El resultado del negocio fue afortunado para el joven comerciante que comparecía ante el tribunal. En vista de aquel resultado afortunado, nuestro hombre decidió echar una canita al aire. Para ello fue en busca de una amiguita, con la cual recorrió en automóvil el Monte, las Grutas de Hércules, la Cabaña del Tío Tom... Almorzaron en este restaurante, junto a la playa, cara al Atlántico, en cuyas aguas se bañaron. Por la tarde, gran merienda en Madame Porte, y terminaron el día en una *boîte* de tronío. Lo que se dice un día completo. Baile, champán... Y bronca. La amiguita resultó con unas lesiones que le produjo el larachense. Intervino la policía. La muchacha tardó en curar varios días.

Defiende al procesado Maître Saurin. Éste comprende al punto que para un asunto *especial* como aquel su defensa

tenía que ser también *especial*... Empieza solicitando del Tribunal que el juicio se celebre a puerta cerrada. El Tribunal no encuentra justificada la petición, que es lo que se proponía el abogado. Comenzó su informe con un exordio de pronunciado lirismo, en el que puso de relieve lo difícil y arriesgado que es distinguir en un hecho cualquiera la pureza y el fondo moral de las intenciones...

—En resumen —alega el ingenioso abogado—, ¿de qué se acusa a mi defendido? Él ha realizado una verdadera misión cultural y, en cierto modo, saludable e higiénica desde todos los puntos de vista. Ha procurado una distracción a la muchacha durante todo el día. La ha sacado de su habitual y poco recomendable ambiente diario. La ha hecho respirar aires puros y hasta yodados, junto al mar. Ha deleitado su espíritu llevándola al cine, donde acaso viera una película de inefable tesis moral. Ha atendido a su estómago en un buen restaurante y, por último, ha terminado la jornada con la gimnasia de un vals o de un movido charlestón.

»Y ¿qué ha pasado después? Los vapores del champán tal vez dieran al joven que hoy se me confía un ímpetu mayor que el de costumbre, acrecentado por el ambiente estival. Los brazos se movieron con demasiada rapidez. Hasta concedo que con alguna violencia. Poca cosa, en verdad. Unas lesiones sin gravedad, pero que (la suerte no siempre favorece a los que ceden con buena intención) necesitaron de algunos días de cama para curar. Y por todo ello se exige ahora a mi defendido no sólo una sanción penal, sino otra pecuniaria por daños y perjuicios. No lo comprendo. Me parece una monstruosidad. No puedo admitir —continuó Saurin, entre las mal contenidas risas del público y los esfuerzos de los magistrados para disimular su regocijo—, no puedo comprender que en apoyo de esa indemnización que se solicita alegue el señor fiscal que la demandante estuvo varios días en cama y, por lo tanto, impedida de realizar su trabajo diario. Y yo digo, seño-

res del Tribunal, digo y sostengo que, aparte de que mi defendido realizó con ella una misión cultural e higiénica, sería necesario demostrar aquí que la permanencia en cama de una mujer sea inconveniente para que ésta pueda seguir ganándose la vida.

Gesto incomprensido

Ocupa la presidencia un magistrado inglés. El procesado es español. El Presidente ruega al intérprete que pregunte al procesado los motivos que tuvo par agredir a su vecino el día de autos.

—Porque me hizo un corte de manga que me causó mucho daño.

El intérprete titubea unos segundos y abre desmesuradamente los ojos. No encuentra la traducción exacta. Al cabo, y como Dios le da a entender, balbucea una explicación, que no convence al Presidente. Éste, imperturbable, vuelve a decir al intérprete:

—Pregúntele qué arma empleó su vecino y si fueron una o dos las mangas que le cortó, así como dónde recibió el daño, pues nada consta en el sumario.

Interviene el fiscal —de nacionalidad española—, tratando de ocultar la risa, que le rebrinca en los ojos. Aclara al Presidente que no se trata de una agresión propiamente dicha, sino de un gesto... tal vez incomprensido.

El Presidente quiere conocer este gesto y ordena al ujier de la sala que se lo haga, para poder enjuiciar.

—Es una orden —insiste el Presidente.

Obedece el ujier, poniendo en la acción un calor y un dinamismo acaso excesivos. El Presidente enrojece hasta la raíz de los cabellos. Se inclina sobre la mesa y finge consultar el expediente a la vez que clama en tono apagado:

—Sentence à huitaine.

No es lo mismo, pero...

Durante la aplicación del Estatuto, cuando españoles y franceses discutían si los perros que ladraban eran galgos o podencos, vinieron los italianos y entre las varias ventajas que obtuvieron a costa de España figuró el cargo de Administrador de Justicia. Lo ocupó el Signore Marcheggiano, fascista *enragé*, por supuesto. En la solapa una insignia así de grande, hasta que Badoglio tuvo la humorada de plantear el trágico cisma que marcó el comienzo de la desbandada... En los húmedos recovecos del alcantarillado tangerino es posible que aún queden restos de algunas de las muchas insignias arrancadas precipitadamente de conspicuas solapas.

El Signore Marcheggiano era hombre de suaves maneras, ademanes muy comedidos y palabras melifluas. De todo él emanaba un penetrante perfume que si para algunos olfatos resultaba agradable, para otros, en cambio, «no olía bien». El caso es que unos decíaN que sí y otros que tal vez... Vaya usted a saber.

El flamante Administrador de Justicia tuvo que realizar un viaje a Bélgica en función de su cargo. Esto quería decir a la sazón que la pródiga Caja de la Administración Internacional corrió con todos los gastos de este viaje. A su regreso, il Signore Marcheggiano se mostraba encantado. Una tarde, hablando en el Tribunal Mixto con varios de sus magistrados y refiriéndose a las catedrales visitadas, ponderó el Signore Marcheggiano su esplendor y magnificencia:

—Surtout —agregó el Administrador de Justicia—, j'ai été ravi des organes belges...

Claro está que sus oyentes no abrigaron la menor duda de que el Signore Marcheggiano quería decir «orgues» y no «organes». Sin embargo, no faltaría algún malicioso que murmurase in pectore: «Vaya usted a saber».

Capítulo Cuarto

Antecedentes y consecuencias

El contenido de una campana

En el orden internacional no existía entonces para España nada que contribuyera a destacar su personalidad tanto como Marruecos. Y de Marruecos, Tánger. Sin temor a pecar de exagerado, podríamos decir que Tánger era base fundamental para España de su prestigio internacional. Y, sin embargo, no era en Tánger donde los gobiernos españoles actuaron hasta entonces con la intensidad y, sobre todo, con la perseverancia que demandaba nuestra preponderancia espiritual aquí.

Se acercaba la fecha en la que terminaba la vida legal del Estatuto de Tánger. Era indispensable que para entonces supiera España lo que quería y lo que podía en Tánger. Y para ello nada como presentar el balance de lo que habíamos perdido aquí y de lo que, por el contrario, ganaron quienes ni por asomo tenían nuestros derechos. Desde el «Tánger o nada» de Primo de Rivera —trompetazo que quiso ser sensacional y no pasó de mero alarde— hasta la situación en que España se hallaba en Tánger, recorrimos toda la gama de los desaciertos y los sinsabores. Toda una dolorosa etapa que nosotros mismos provocamos con nuestra empecatada indiferencia y nuestra falta de atención, que no de capacidad.

Por los españoles velaba en Tánger... La Providencia, cuando no se dormía, que solía hacerlo con bastante frecuencia. El defecto no estaba en nuestras autoridades, sino en el pie forzado del régimen dentro del cual se desenvolvían. Y también —¿por qué no decirlo?— en los gobiernos que, faltos de una pauta determinada y de continuidad en la acción, mal podían señalar orientaciones.

Y en la disputa vinieron los italianos. Llegaron los italianos y para una colonia de 300 personas escasas obtuvieron un Administrador Adjunto, un juez en el Tribunal Mixto, un

inspector de policía, diversos funcionarios más, de categoría, amén de otros varios puestos que eran desempeñados por españoles y que al vacar pasaron sus manos. Es decir que, en proporción, Italia con sus 300 súbditos en Tánger disponía en el régimen estatutario de mucha mayor preponderancia que la de España con una colonia infinitamente superior.

Una Administración que gasta dinero ajeno

Según el Estatuto, por los intereses tangerinos en general velaba la Administración Internacional de la Zona. De derecho, así era. Pero, de hecho, una tal Administración lo mismo podía residir en Hong Kong que en Vladivostok. Porque sin duda que no había sido creada para administrar los intereses de Tánger, sino para administrar el dinero que le proporcionaban los demás. Quiero decir para distribuirlo de forma que todas sus atenciones —que no tenían nada que ver con las de Tánger— quedasen bien cubiertas.

Y se daba el caso peregrino de que algunos de sus funcionarios, que cobraban indemnización de alojamiento, vivieran en casas de su propiedad, adquiridas con el importe de estas gratificaciones, sin que por ello dejaran de seguir percibiéndolas. Lo natural habría sido que la Administración construyera un grupo de casas para alojar a estos funcionarios. Por el contrario, eran los funcionarios quienes construían las casas y cobraban de la Administración el importe de su alquiler, en una cantidad que nadie llegaría a pagarles.

España y los sefardíes

Se ha hablado mucho de los españoles paladines de la causa hebrea. Por el contrario, se ha ignorado a los hebreos paladines de la causa española. Hubo en esto algo más que ingratitud: una dolorosa incomprensión. El contraste entre nuestra actitud y la política de recompensa a los amigos y

represalias contra los rivales —seguida por otros países en Tánger— resultaba evidente.

España no comprendió en su día que esos dos millones de sefardíes que aún quedan dispersos por el mundo constituyeron siempre una parte integrante de la Hispanidad y un elemento activísimo de nuestra peculiar cultura hispánica. Como ha dicho Américo Castro, los sefardíes representan el máximo ímpetu centrífugo y dissociativo del núcleo hispánico. Esta fuerza, más que ninguna otra, ha logrado llevar hasta los más apartados rincones del mundo el habla española y, con ella, el alma de los españoles.

Mientras los judíos sefardíes —escribía Unamuno— conserven el habla española y en ella recen a su Dios; mientras viertan al español sus sentires y sus añoranzas, España será para ellos su patria.

¿Supo España obtener algún provecho en Marruecos de este gran patrimonio espiritual cuando le era tan necesario? En el judío de Marruecos tuvimos los españoles nuestro mejor aliado. ¿Qué importaba que en su cerebro, donde los pensamientos germinan y se desarrollan en español, plasmasen ideas en otro idioma? ¿Qué representaba la banalidad de una conversación social o de una transacción comercial en idiomas extranjeros, si del corazón a los labios la corriente era española? ¿Qué pueden valer todas las superficialidades de la vida mundana si en español oyen hablar a sus madres desde niños y en español se expresan cuando aman, cuando lloran y cuando odian? Era éste un patrimonio espiritual envidiable, pero que podía desaparecer un día en fuerza de ignorarlo.

Al terminar el curso en las escuelas de la Comunidad Hebrea de Tánger, se celebraba todos los años con gran brillantez el reparto de premios a los alumnos del seminario Rabínico y de los centros primarios sostenidos por la colonia israelita. Al acto concurrían los representantes de las distintas Potencias, además de las autoridades locales y personalidades

de todas las colonias radicadas en Tánger. Por lo que hace a la Presidencia, la venía sustentando el Ministro de Francia, sin interrupción, desde hacía bastantes años. Parecía lógica semejante pauta, toda vez que la enseñanza en las instituciones aludidas era casi exclusivamente francesa.

Así seguía todo, por la fuerza de la costumbre, sin que la Junta de Gobierno de la Comunidad Hebrea interviniera apenas, hasta que, después de unos años, la renovación de los elementos directivos trajo una transformación importante y para nosotros muy simpática. Algunos jóvenes de criterio absolutamente independiente y amantes de la cultura española, que formaban parte del nuevo comité, fueron orientando los programas escolares en un sentido más tangerino, dando cabida a la enseñanza hispana. Coincidiendo con este cambio de actitud llegaron aquí seis maestros nacionales que nuestro gobierno ponía a disposición de la comunidad hebrea. Y así empezó a sonar en las aulas de las Escuelas Israelíes la lengua de Cervantes, que nunca había dejado de oírse en el patio del recreo. Ya un año antes, nuestro gobierno había destinado al Seminario Rabínico a una maestra que pronto difundió entre la juventud intelectual judía el respeto y el amor a nuestra cultura³².

A partir de entonces, en el reparto de los premios a que se ha aludido, se llegó, con transiciones de distinta índole, a que el representante del sultán fuera quien ocupara la presidencia. Implantóse también la costumbre de invitar y sentar en lugar preferente al Ministro de España. Al propio tiempo se estableció la costumbre de leer en español el discurso en que la Junta de Gobierno de la comunidad exponía la labor realizada

³² Alberto España se refiere a su primera mujer, mi abuela Laura Martínez Vacas, que murió en 1930 a consecuencia de una pulmonía contraída durante su última clase en el Seminario Rabínico. *Nota del copista.*

durante el curso escolar y los proyectos de mejora para el porvenir.

Más tarde volvió a leerse en francés el discurso habitual, y el Ministro de Francia recuperó la Presidencia. Todo ello por una falta de continuidad en la política española.

Tales eran los aspectos de la vida española en Tánger que yo venía recogiendo en la serie de artículos que con mi firma aparecían en las columnas de *El Sol* de Madrid. No me guiaba en ello otra finalidad que la defensa de los intereses de España en Tánger.

Se alborota el gallinero

Y se publicó un nuevo artículo de esta serie. Apareció en *El Sol* del día 7 de octubre de 1939. Llegó a Tánger el día 8. Como estaba próxima la celebración de la Fiesta de la Raza, se había nombrado una comisión de la que yo era secretario. Celebrábamos aquella tarde una reunión en la que yo había de dar cuenta de las gestiones que se me habían encomendado para que García Sanchiz viniera como mantenedor del acto que se celebraría la noche del 12 en el Teatro Cervantes. Sanchiz y yo nos conocíamos desde hacía bastantes años. Mucho antes de que emprendiese su «españolero» por América.

Cuando se daba cuenta de todo ello a la comisión reunida, asomó a la puerta del salón Luis Villalba. Llevaba un ejemplar de *El Sol* en la mano. Desde la puerta hizo señas a García Cuenca —el veterinario adjunto al laboratorio español de análisis, que se hallaba sentado junto a mí— para que saliera. Cuenca regresó a su sitio con el periódico ya doblado por la página donde aparecía mi artículo. Lo leyó con atención. Al terminar, fosco el gesto, me dijo:

—¿Tú has escrito esto?

—Si tiene mi firma, no hay duda —le respondí en el mismo tono.

Se levantó. Fue hacia la percha donde tenía el sombrero. Se lo encasquetó con ímpetu... Fuese... Y no es posible agregar que no hubo nada... Porque la verdad es que en el gallinero había caído una gruesa piedra, que levantó tremenda y escandalosa algarabía.

Han pasado ya más de treinta años. Vuelvo a leer hoy aquel artículo, cuando las pasiones se enfriaron con el tiempo. Las aguas, revueltas un día, se posaron serenas y tranquilas en el fondo del lago de mi vida honrada y sin desvíos inconfesables. Por mucho que mis cansados ojos escudriñan entre las líneas de ese escrito, sigo sin encontrar motivo real, ni mucho menos aparente, para explicarme el revuelo que se produjo en el gallinero doméstico.

No lo había, ni tampoco en el párrafo en que pedía el «maligno» autor del artículo que se construyera un hospital con todos los elementos necesarios, tan echados de menos en el viejo, donde se habían dado lamentables casos denunciados por los mismos que en ellos habían intervenido. Pedía también que nuestro consulado hiciera un escrupuloso y severo padrón de los españoles realmente necesitados, y se les proveyese de una tarjeta acreditativa de su situación económica, para que el titular pudiera tener derecho a las consultas médicas y a las medicinas que necesitara durante su enfermedad. Sin necesidad de que el recetario de estas medicinas estuviera en manos de los propios médicos.

En realidad yo no había tropezado con la Iglesia, como decía nuestro inmortal Hidalgo, pero sí con la enorme, dura y terrible peña de los intereses creados. Con todo, no hallaba explicación sensata que justificase aquella manifestación, tan ridícula como injusta, que se proyectaba por unos elementos sin la menor solvencia moral, pero, por lo mismo, hábilmente manejados. No hallaba entonces otra explicación lógica que la que sigo hallando hoy, después de tantos años, de que con tal manifestación no se pretendía protestar contra lo que yo

había dicho en el artículo, sino contra lo que pudiera decir en artículos sucesivos.

Y como en la famosa obra benaventana, al punto se armó el tinglado de la farsa. No saltó en él un Crispín que exaltara entre los bobos las excelencias y cualidades del sedicente Leandro. Ni siquiera estuvo ausente el Señor Pantalón, que nada entendía de sutilezas y que reclamaba a gritos el dinero que había dado para la hoja en que se pedía la protesta. Sólo faltó, y ello se explica perfectamente entre tanto cieno, aquella dulce Silvia, tan pura y sencilla, que nunca sintiera en su rostro otro beso que el de la *luz de las estrellas*. Y, como era natural en un sitio como Tánger, donde toda mezcolanza tiene su asiento, no faltaron tampoco aquellos malditos con que Zorrilla matizara y diera visos de real algarabía a cierta escena de su famosa obra.

El tinglado de la farsa

El día anterior a aquel en que se celebrara la manifestación, que yo intuía, cuando venía de mi casa hacia la redacción de *El Heraldo* me encontré de manos a boca con el doctor Amieva, director del Hospital Español. Lo abordé resuelta y rectamente, como ha sido siempre mi costumbre en tales casos:

—Me aseguran —le dije— que esta tarde se repartirá una hoja en la que se pide una manifestación para *desagraviarle*. Como usted sabe leer, habría podido comprobar que ni le aludo ni comento en mi artículo su gestión en el Hospital Español.

—No sé nada de esa hoja —titubeó, evasivo, rehuendo la mirada escrutadora de mis ojos—. Yo...

Cuando nos separamos, me asomé a la puerta de la tiendecita que en la misma calle tenía Luis Villalba. Desde el umbral le pregunté con zumba:

—Y qué ¿cómo va esa manifestación?

Quedó desconcertado unos segundos. Cuando se repuso, intentó una sonrisa entre sus balbuceos:

—Yo... Verá, don Alberto... Bueno, el artículo, el articulo se las trae.

—Pero ¿usted lo ha leído? —le interrumpí, agresivo.

—No, no he tenido tiempo, pero...

Le volví la espalda con marcado desprecio. Seguí mi camino hacia el periódico. Allí encontré algunas cartas de amigos que me alentaban. Todo hacía presentir claramente que la farsa estaba ya preparada y que el tinglado quedaría pronto armado.

En efecto, aquella misma tarde apareció en el grotesco tablado el primer personaje. Era un menudo y ruin trompeta de una murga barata, que actuaba en un infecto garito de la Fuente Nueva. Alguna que otra vez dejaba a un lado su instrumento y lo trocaba por otro que él llamaba pluma pero que, en realidad, no era sino ruin ganzúa que, en forma de periodiquín esporádico, con ribetes de menguado sable, esgrimía contra los tahúres para que le dieran los cinco durillos —era su tarifa— que aplacaran su estómago. El seudoperiodista y trompeta firmaba sus babas con el menguado remoquete de *Martingala*. No podía él desaprovechar la ocasión que se le presentaba entonces. Martingala escribió, o lo ayudaron a escribir, una hoja que se repartió aquella misma tarde. En ella hacía referencia a mi artículo. Reproducía de éste los párrafos que podían equivocar a los ignaros o bien a los que, como el pobre Villalba, no lo hubieran leído, limitándose a escuchar la referencia que quisieran darles. Pero lo más peregrino era que terminaba la hoja, dirigida al «pueblo español honrado», instándole a que se manifestase para pedir, precisamente, todo lo que yo solicitaba en mi artículo. Amén de proclamar el prestigio del doctor Amieva, que no había puesto en duda nadie.

La misma tarde en que apareció la hoja de Martingala salió al tinglado el segundo personaje, bien que no como parte del elenco actuante, sino en concepto de colaborador especial. Éste no era otro que Santos Fernández, desde las columnas de *El Porvenir*. Porque Santos Fernández, a quien yo había sacado de su estéril bohemia larachense, ya no estaba a mi lado en *El Herald*o. Por una puerilidad de niño terco e indisciplinado, se marchó de *El Herald*o a *El Porvenir*. No se enemistó conmigo y me cabe la satisfacción de haber contribuido, meses más tarde, a su ingreso en *El Debate* de Madrid. Pero Santos Fernández era suficientemente inteligente como para no actuar de la forma grotesca de un Martingala. Cabe afirmar, también, que la suya en la farsa era una intervención innecesaria, que nunca hubiera esperado yo de un antiguo compañero. Pero era apasionado y un tanto impulsivo. Sin embargo, no me atacaba, ni mucho menos: por el contrario, «era preciso reconocer» que en el artículo de *El Sol* —no me nombraba a mí— existía un «espíritu constructivo» indiscutible, «si bien» importaba reconocer que las personas que prestaban en Tánger los servicios de la Beneficencia Española gozaban de un prestigio profesional fuera de toda duda (el equívoco seguía en juego). Y, por último, estimaba que no debía celebrarse la manifestación, «aunque» ya no fuera tarea fácil la de contener los impulsos de un pueblo excitado, con razón o sin razón para ello... Por mucha que fuera la habilidad del periodista, quedaba bien a las claras su *piadosa* intención. No siempre la grandeza de espíritu está en proporción al talento en algunas personas. Y Santos Fernández no quería reconocer que su salida de *El Herald*o había sido una terquedad suya y no una intromisión mía. Así lo reconoció más tarde.

Los malditos en la calle

Pese a la sensatez y solvencia de las personas que opinaron en contra, se celebró la manifestación. Los «malditos» gritaron en lo lindo, pero como las «consignas» tuvieron que darse con mucha precipitación —antes de que se enfriasen los ánimos del «honrado pueblo español de Tánger», como decía Martingala en su papelito—, los primeros gritos causaron el asombro de propios y extraños: ¡Muera España!, decían aquellos pobres reclutados, lo cual extrañaba en bocas que se decían españolas. Fue necesario rectificar a toda prisa: ¡Muera Alberto España! ¡Viva el doctor Amieva, padre de los pobres! Siempre se ha dicho, no sin razón, que de lo sublime a lo ridículo sólo hay un paso. Aunque fuerza es reconocer que en tal ocasión no fue preciso dar ese paso imaginario, porque la realidad habíalo dado ya de antemano.

Aquella noche, el «Padre de los pobres», acompañado de su esposa, que, por derecho de consorte, supongo, actuaría de «madre», recorría la populosa calle de Sevilla, cuna de toda la pobretería local, para recibir el aura popular que mi artículo, en defensa de todos aquellos borregos, le había proporcionado.

A la misma hora, en el Kursaal francés —concurridísimo aquella noche— cenábamos a su mesa, invitados por el Ministro de España —don Manuel Aguirre de Cárcer— Federico García Sanchiz y aquel a quien los gritos de los manifestantes por la tarde habían deseado la muerte.

Pocos días después se comentaba en el Zoco Chico la circunstancia de que el Señor Pantalón tuviera que salir de nuevo a escena reclamando el dinero de la impresión de la hoja, que Martingala se había gastado alegremente.

¡Qué otra cosa podía esperarse de semejante truhán!

El Día de la Raza

Pasó la tormenta. Sus truenos habían repercutido en mi cerebro, con el fragor de los cristales rotos que se clavaron en mi espíritu. Llegó el Día de la Raza. La colonia española, unida por el férvido patriotismo de siempre, se disponía a dar a la solemnidad del día toda la brillantez que merecía. A mediodía se celebraría en Villa Harris un banquete popular que presidiría el Ministro. Por la noche, en el teatro Cervantes, un acto oficial en el que García Sanchiz haría uso de la palabra, para exaltar las glorias de la Hispanidad.

Estábamos todos sentados ya en nuestros respectivos lugares. En la mesa presidencial, el Ministro tenía a su derecha a García Sanchiz, y al lado de éste me hallaba yo, como secretario de la Comisión Organizadora. Los camareros se disponían a comenzar el servicio cuando apareció en escena el doctor Amieva. Hubo un momento de honda expectación, que se acusó claramente. El Ministro se agitó inquieto en su asiento. Correspondiendo a las señas que le hicieron algunos amigos, el doctor Amieva se dirigió a ocupar un sitio entre ellos. En este momento, alguien —creo que Fernando Domingo— gritó inoportunamente:

—¡Viva el doctor Amieva!

A este vítor, que descompuso un tanto la integridad diplomática de nuestro representante, respondió otro que partió de un grupo en el que se destacaba Pepe Quero:

—¡Viva Alberto España!

Trágame, tierra, dije en voz queda a García Sanchiz, que por debajo de la mesa me oprimía una mano, dándome ánimos. Fueron unos segundos de enorme embarazo. Onofre Zapata, al paio, con una rápida seña, dio orden a los camareros para que empezaran a servir. El rumor de los platos y el buen apetito de los comensales, que acaso temieron una interrupción imprevista del ágape, conjuraron prontamente el nublado. El almuerzo se deslizó, alegre y cordial, bajo el sol

rutilante y radioso del patriotismo que a todos animaba. Y así continuó, hasta que...

Hasta que se levantó a hablar García Sanchiz. Resonó como un estruendo una cerrada salva de aplausos. Era la primera vez que se le iba a oír en Tánger. Desde que yo lo conociera habían transcurrido varios años. Durante ellos, el admirable charlista *españoleó* con éxito por toda la América hispana. Su brillante oratoria y el tono original de sus charlas le habían creado grande y merecida nombradía.

Cuando empezó a hablar sentí de nuevo deseo de que a mis pies se abriera una fosa. Al mismo tiempo me asaltaban irresistibles impulsos de esconder mi rostro entre las manos. Sanchiz, con una de las suyas en mi hombro, evocó los años, ya lejanos, de la amistad que nos unía... En suma, una especie de emoliente estímulo y enternecedor aliento al amigo, en los momentos que él presentía amargos. Luego, Sanchiz continuó en aquella forma subyugadora que él sabía, dando a los que lo escuchaban, arrugados, un bello anticipo de lo que sería la oración de la noche en Cervantes.

Horas después del banquete Aguirre de Cárcer me rogaba que subiera a la Legación, pues deseaba hablarme. Tras de algunos diplomáticos rodeos, me expresó sus deseos de que, en evitación de que pudiera repetirse en el teatro la desagradable escena acaecida por la mañana en Villa Harris, no asistiera yo aquella noche a la fiesta, renunciando asimismo a hacer la presentación de Sanchiz, como figuraba en el programa, dado mi carácter de secretario de la Comisión Organizadora. Renuncié en el acto y sin el menor esfuerzo a mi intervención, pero no acepté mi ausencia del teatro. Habría sido una cobardía por mi parte. Así lo estimó él, y se limitó a rogarme la mayor discreción... Y no hubo más de aquella entrevista, que, al conocerse, fue interpretada por algunos de los del tinglado como el preludio de mi próxima e irremisible expulsión de Tánger.

En el viejo jardín florecen los rosales

Vinieron nuevos afanes. El tiempo, con su acción sedante, cicatrizó las heridas del espíritu. En el viejo jardín familiar, sobre la misma tierra que parecía estéril para siempre, florecieron, con trepidante ufanía, nuevos rosales que me alegraron y embriagaron con sus perfumes la senda por donde había de caminar mi vida. A la noche oscura del alma sucedió el vivo y tembloroso resplandor de una aurora que me trajo mañanas esplendentes, encalmados atardeceres y un crepúsculo tranquilo, sereno y continuado, que es la felicidad de un oca-so ya no temido.

Como un eco reiterado de antiguas lecturas, reviven en la memoria las profundas palabras de nuestro gran pensador Vives, tantos años en exilio voluntario, pero cargado de dulces nostalgias: «Los solos bienes del alma son, entre otros, la solícita compañía de una mujer abnegada, los amigos, la fortuna, la fortaleza y la templanza...» Al contrario de lo que llorara el poeta galo en sus versos, el corazón aún latía dentro de mi pecho: no había sido destrozado por las garras de las fieras que lo asaltaron en el camino.

El hogar se fue rehaciendo, como sólo se puede rehacer un hogar: por el amor y el noble ahínco de una mujer que marque pauta certera en los hijos y sepa irradiar una paz serena, honda y renovada sobre el íntimo ámbito que ensombreció la desventura. Unas manos delicadas, pero firmes, abrieron de par en par las ventanas medio entornadas. El sol entró a raudales por ellas y derramó el halago caricioso y tibio de su hálito. Porque sin ese terreno ciclo de rotación cósmica, sin ese tránsito de la noche al día, del llanto a la sonrisa, la vida de los hombres quedaría para siempre trunca-da ante una adversidad cualquiera, deshecha como por un cataclismo irreparable. Ante los ojos, hasta allí indecisos por el espasmo del imprevisto dolor, se abrió el sendero de la paz, que es la felicidad para los que acaso por haber amado mu-

cho, de prisa y a la intemperie, saben dar exacto valor a la tranquilidad de un refugio.

El trabajo diario, la actividad constante a que me obligaban la parvedad de otros medios, hicieron el resto. Las aguas impetuosas del río de mi vida, tras el salto imprevisto de un desnivel de su curso, hallaron de nuevo el apacible y anhelado cauce tranquilo.

Mañana en el Zoco Chico

Mediaba la primavera de 1931. Una tarde, desde el balcón del casino español, que miraba al Zoco Chico, y en la grata compañía de mi amigo Manolo Cortés —primer intérprete de la Legación de España—, asistí a un espectáculo inusitado. Vimos salir a la terraza del telégrafo español al telegrafista, Pepe Barrientos, que, con un bulto bajo el brazo, corría alborozado hacia el pretil en que apoyaba el asta de la bandera. Llegado allí, sacó el bulto, que no era ni más ni menos que una bandera republicana. Presurosamente, la prendió del mástil, donde quedó flaneando. Hecho esto, Barrientos, con un brazo en alto y voz que quiso hacer prepotente y solemne, gritó: ¡Viva la República española! Después, haciendo uso de un grueso martillo que a prevención llevaba, la emprendió a golpes con el escudo real, que, en modesto yeso, se destacaba sobre la fachada del telégrafo español. El martillo de Barrientos golpeaba con reiterada saña contra el menguado escudo, y no cejó hasta que de éste no quedó la más leve traza, como si se hubiera tratado de un estigma bochornoso y sonrojante. Terminada su heroica tarea, Barrientos volvió a levantar su brazo y gritar ¡Viva la República española!

Efectivamente, en España se había implantado el régimen republicano. Y aunque el acontecimiento venía ya intuyéndose de los hechos que se iban sucediendo en la metrópoli hispana, no sin cierta emoción se recibió la noticia en Tánger, lo

mismo entre los españoles que en el ámbito de los extranjeros.

Después, los mismos telegrafistas completaron las noticias: el rey Alfonso XIII se disponía a salir de España, y más tarde lo haría toda la familia real. Por fortuna, no corrió la sangre. Todo sucedió de una manera suave y encalmada, con la misma apacible tranquilidad con que, llegado el momento, se cambia por otra la camisa que uno lleva puesta.

Tánger o, por mejor decir, los españoles de Tánger, acogieron también el cambio con serenidad y buen ánimo. No hubo, en verdad, desbordado entusiasmo, ni menos estridencias de ninguna clase. Lejos de la patria, a excepción de esos exaltados que no faltan en parte alguna, los españoles residentes en Tánger no dieron nunca a sus actos ningún matiz político, pues las rondas de la política se detuvieron siempre al otro lado del Estrecho. Aquí no hubo más que españoles en el puro y estricto sentido de la palabra. Y en el Jefe del Estado no se vio jamás al representante de un partido cualquiera, sino al de la patria amada. Por estas razones, aparte de la *hazaña* de Barrientos y el entusiasmo ostentoso de algunos de sus compañeros, y de otros elementos que ya bullían desde unos meses antes, y que exteriorizaron alegre y aparatosamente su republicanismo trepidante, todos los demás acogieron con respeto y mesura la transformación acaecida en la patria. Que en asuntos de política y religión Tánger siempre ha sido escuela de cortesía, en la que se educaron sus habitantes.

A partir de ese hecho trascendental de la historia de España preciso es confesar que la colonia española de Tánger, siempre tan compenetrada y unida ante cualquier llamamiento patriótico, viniera de quien viniese, empezó a disgregarse en grupitos, no antipatriotas —que eso no hay que imaginarlo siquiera—, pero sí con un matiz distinto y una distinta apreciación en la manera de sentir su patriotismo. Distingos que

sin poder tildarse de condenables marcaban aquí una escisión que nunca se había exteriorizado.

Las noticias de España

Y sobrevino, como es natural, una intensa avidez general por las noticias que se recibían de España. No sólo entre nuestros propios compatriotas, sino asimismo entre los extranjeros que completaban la heterogénea población de Tánger. Una avidez que no lograban saciar las incompletas emisiones de las radios, ni menos aun otras, de oído a oído, que han tenido siempre como sede pintoresca el Zoco Chico tangerino.

En su consecuencia, toda esa insaciable avidez se concentró, viva y pujante, en los diarios españoles de todos los matices que llegaban por las tardes en el vapor de Algeciras. Ello me obligó a consagrar a la librería —donde se recibía la totalidad de esos diarios— una dedicación más asidua y prolongada. Aunque, precavidamente, había solicitado por telégrafo un aumento de ejemplares de los más destacados, los restantes lo hicieron también por su cuenta.

No es posible imaginar la avalancha de público que sobrevino en la Librería a la hora del Correo. En nada estuvo que del establecimiento no quedaran sanos ni los ornamentos de su artesanado. Las vitrinas interiores quedaron sin un cristal sano, pues la aglomeración de esa tarde fue tal que los que entraban no dejaban salir a los que ya estaban en el interior. Fue preciso telefonear a la comisaría cercana para que enviasen algunos agentes. Vinieron éstos y, no sin enormes esfuerzos, lograron poner orden en aquel tumulto. Para evitar su repetición, al día siguiente no se permitió a nadie la entrada en la librería. Desde un mostrador improvisado, que daba a la calle, se atendía al público. Sin embargo, los agentes cuidaban del orden en el exterior. Tal precaución se mantuvo durante varias semanas.

En el Zoco Chico, a la salida del correo español —donde un capataz hacía la distribución a los vendedores callejeros—, el público rodeaba a los vendedores y entorpecía su tarea. Ello hacía que los muchachos, en lugar de desembocar al Zoco Chico, huyeran por las calles aledañas y ganaran los barrios extremos de la ciudad, donde también eran asaltados. Y para que no pueda pensarse que estos pormenores son deliberadamente desorbitados, bastará decir que diariamente se recibían en la librería de seis a ocho mil ejemplares. De ellos, unos miles se reexpedían a la zona francesa en el tren de la noche. Por imperativos de la ley de la oferta y la demanda, algunos vendedores recibían una peseta de gratificación de aquellos lectores que no querían quedarse sin su ejemplar favorito. Los que no aceptaban estas horcas caudinas, impuestas por los «periodistas» de la calle, acudían a la librería, donde jamás se alteraba el precio facial ni de la prensa ni de los libros de España. Hago esta aclaración porque en cierta ocasión el ministro de España, que entonces era el conde de Casas Rojas, me escribió una carta en tono de amistosa queja sobre la conducta de estos vendedores, que él estimaba «faltos de ética», opinando que yo estaba obligado a evitarlo. No era cosa de responderle por escrito, y fui a verle.

El conde de Casas Rojas era un diplomático inteligente y muy perspicaz, que había sabido, a pesar de su título pontificio, adaptarse a las corrientes democráticas que imperaban entonces. Lo primero que hizo fue advertir a todos los que le daban el título —que, por otra parte, había sido abolido, como todos, por la República— que él se llamaba simplemente José Rojas Moreno y que por este, nombre, a defecto de su cargo, le gustaba oírse llamar. Por lo demás, era hombre muy amable y de una gran capacidad para el trabajo, si bien se le tachaba aquel su prurito de descender, para informarse de los hechos, a planos personales que no estaban muy acordes con el nivel de su cargo. A esto lo llamaba él «información direc-

ta», y fue causa de varios y peregrinos incidentes de los que no hay por qué hacer mención aquí.

Hablamos, y aun bromeamos un poco, acerca de la cuestión de los vendedores de periódicos. Le hice saber que yo no podía evitar tales abusos, porque no dependían de mí, sino del capataz que les daba a vender los periódicos. Por lo demás —le dije en broma—, no podía extrañar tal conducta en unos chicos del arroyo, pues no era cosa de que yo me trajera a Tánger, para tales menesteres, al duque de Alba, como ejemplo de ética y corrección.

Como es de suponer, no todos los compradores de periódicos se daban cuenta de que era imposible atenderles siempre. El día en que, por cualquier circunstancia, se agotaban los ejemplares del diario favorito, algunos se indignaban, y hasta hubo quien escribió a la Administración respectiva afirmando que el corresponsal en Tánger —si se trataba, por ejemplo, de un diario de derechas— retenía bajo el mostrador de su establecimiento los ejemplares de aquella ideología, para que se vendieran antes los de la contraria. Aparte del capital que yo hubiera necesitado para hacer política de esa forma, lo peregrino era que también las empresas de periódicos de izquierda me transmitían iguales quejas y en el mismo sentido, que les habían enviado sus habituales lectores y correligionarios. Es decir que si retenía los de la derecha y los de la izquierda, resultaba que no ponía ningún diario a la venta, en opinión de mis acusadores.

Doy aquí estos pormenores, en cierto modo pueriles, porque no fueron tan inocentes cuando sobrevino más tarde lo que sobrevino y, desatadas todas las pasiones, en un trágico vendaval, se esgrimieron en mi contra, como argumentos convincentes para catalogarme en el bando que a los fáciles informadores les pareció oportuno.

A río revuelto...

Aprovechando la situación, cada vez más confusa y revuelta, los agitadores locales utilizaban la influencia que les había otorgado el régimen imperante para sumarse adeptos en los distintos grupos creados. Ya no había paz ni siquiera entre los elementos de un mismo grupito. A los republicanos de derecha se les opusieron los de la extrema derecha. En el campo de las izquierdas se crearon de igual modo otras subdivisiones, que en la propia España suponían un enorme desbarajuste, dentro del que nadie lograba entenderse, en un ambiente tan reducido como el de Tánger engendraban un verdadero y terrible caos. El Casino Español, que no había sido más que español, sin otros matices, fue declarado «fascista». Sus salones se consideraban «infectos». Se fundó entonces el Círculo Republicano. Pero, al poco tiempo, al sobrevenir la ruptura entre Lerroux y Martínez Barrios, ya surgieron entre los mismos socios del nuevo centro hondas diferencias que dieron al traste con la preconizada armonía de los republicanos. Y, de no haber estallado el Movimiento iniciado por los militares de Marruecos, es muy probable, por no decir seguro, que al Círculo Republicano se hubiera opuesto otro con una clasificación esencial más avanzada. Porque lo cierto es que eran muchos los papanatas que no se hallaban contentos con la elección primigenia de partido, ante el temor de quedar a la zaga en aquella carrera contra el reloj y aquel afán de situarse en las primeras filas del extremismo, para no pasar como fascistas y poder obtener el puesto a que creían tener derecho.

Capítulo Quinto

Farsas y farsantes

Un banquete muy sonado

Así las cosas, un día, a los hermanos Plácido y Vicente Álvarez Buylla —cónsules que por su indiscutible abolengo republicano habían obtenido una situación puntera dentro del régimen imperante— se les ofreció un banquete, no recuerdo con qué motivo. Un banquete más de los que en aquella época se organizaban con cualquier pretexto, máxime tratándose de dos personas que gozaban de influencia y a quienes, según algunos, convenía halagar y tener contentas. El acto se celebraría en el restaurante que los hermanos Fuentes poseían en el Zoco Chico.

Salvo unos cuantos desalmados, que existen en todos los meridianos del mundo, los restantes españoles que residían en Tánger eran personas que en el forzado o voluntario exilio a que las circunstancias los habían obligado amaban y añoraban la patria ausente, sin preocuparse de una política que les resbalaba en su lejanía. Esto era así antes de que los politicastros vinieran a emponzoñar el ambiente local con sus manejos.

Se celebró el banquete en cuestión. A él asistieron, además de los amigos particulares de los hermanos Buylla, otros muchos, de esos que sin idea preconcebida ulterior siguen el camino de los que van delante, sin excluir, por supuesto, a los que siempre proceden mirando al mañana. Tampoco dejaron de concurrir los que, por razones de convivencia social —más tenidas en cuenta en las poblaciones reducidas— se creyeron obligados moralmente, por no querer, tampoco, que se señalara su ausencia. Por último concurrió, sin obligación alguna, es cierto —pues que su cargo de Alto Comisario lo eximía de tal obligación—, don Luciano López Ferrer, que, acaso por pertenecer también a la carrera diplomática, creyó

realizar con ello un acto de compañerismo inexcusable. En realidad, Tánger, con su carácter internacional, se hallaba fuera de su jurisdicción como Alto Comisario de España en Marruecos, y más bien resultaba inoportuna su presencia oficial en esta ciudad. Y digo oficial, porque los hermanos Buylla, reconociéndolo así, le cedieron la presidencia en la mesa. El hecho es que el Alto Comisario, sin desposeerse de las preeminencias del cargo, asistió al banquete. Los hermanos Buylla, no tanto por elemental higiene como por remedar lo que diz que hiciera Pilatos, se lavaron las manos antes de colocar al bueno de don Luciano en aquel lugar donde había de ser literalmente crucificado, escarnecido y vilipendiado.

Don Luciano López Ferrer se sentó a la mesa muy satisfecho al parecer, por la deferencia que hacia su persona se había tenido, cediéndole la presidencia del acto.

Todo parecía prometer un tranquilo y sustancioso yantar, para el que los hermanos Fuentes habían dedicado las mejores intenciones de su arte culinario. Los estómagos, convenientemente excitados con los copazos que precedieron el ágape, se prepararon a quedar satisfechos.

El Tío Pepe se arranca por peteneras

Pero el hombre propone... Y si no fue Dios quien dispuso —porque para divinidad le faltaban al personaje calidades y virtudes que nunca podría atesorar—, a la hora que ha dado en llamarse «de los brindis» el telegrafista Barrientos se levantó... ¿Para hablar? Sería mucho eufemismo. Se levantó para vomitar —dicho sea ahora sin ningún eufemismo— las más atroces enormidades que se pueden proferir contra un hombre que, a las muchas canas que ya nevaban su cabeza, unía el cargo de Alto Comisario de España en Marruecos.

Ya he dicho que Barrientos tuvo, en mala hora para él, una participación episódica de matiz republicano, cuando hizo ondear en el Zoco Chico la primera bandera del nuevo

régimen proclamado en España. ¿Era un terrible demagogo, capaz de merendarse a un cura con sotana y todo? Nada de eso. Una buena persona, en el fondo, como era la mayoría de aquellos que, vistos o juzgados desde la acera contraria, parecían furibundos *robespierres*, capaces de no dejar una mitra en su sitio. Barrientos, a lo sumo, se mareó un poquitín con su *hazaña* de la bandera. No es que esperase que lo premiaran con la Dirección General de Comunicaciones, pero acaso llegó a soñar con otro puesto más en consonancia con su modestia... Porque, en realidad, Barrientos era un hombre modesto y sin poseer todavía un colmillo lo bastante retorcido como para saber tirar la piedra y esconder la mano.

Dígase lo que se quiera, el Tío Pepe no es un caldo creado por una bodega jerezana sólo para regalo de los buenos catadores, sino también un vino que infunde valor a los timoratos carentes del brío necesario en determinadas ocasiones. El Tío Pepe, jaleador, bullanguero y arriesgado, cogió a Barrientos por los hombros, lo puso en pie y hasta lo estiró un poquito para que pareciera más alto. Hecho esto, lo lanzó en calidad de tomate blanducho contra la ancha y bondadosa faz de don Luciano López Ferrer, que presidía el banquete.

Y no quieran ustedes saber los estragos del tomate. Mas en esto no se hallan muy acordes las referencias que han quedado del hecho para la historia. Tengo para mí —si conocería yo a Barrientos—, tengo para mí que no fue el mismo Barrientos quien se lanzó como un can rabioso contra el paciente don Luciano, colgándole una cumplida camisa fascista que le hubiera venido holgada al propio Mussolini. Estoy seguro de que fue el mismísimo Tío Pepe quien, destocándose el aludo y flamenco sombrero cordobés, lo trocó por un gorro frigio, más rojo que un pimiento morrón. Levantó los brazos, como aparece en los anuncios que han popularizado su figura, y se arrancó por peteneras. Unas peteneras rabiosamente republicanas. No sonaron éstas en los oídos de todos los asis-

tentes a aquel acto solemne con el eco alegre y repiqueteante de unas castañuelas, sino con el aire tétrico y sombrío de un tañido funerario: doblaban a muerto por el prestigio del Excelentísimo Señor Alto Comisario de la España Republicana en Marruecos.

Los estridentes jipíos lanzados por el Tío Pepe contra la espantada faz de don Luciano no son para descritos aquí. El pobre hombre —que de tal tenía ya el aspecto— no sabía adónde ni a quién mirar al oír aquellos eructos vinosos que le atufaban las narices. Sus ojos —empañados por la blandería senil— se dirigían a uno u otro lado, a medida que el desgarrado Tío Pepe iba pasando todas las culpas de su rosario republicano y sus procacidades de jaquetón que se sabe bien guardado. Miró también don Luciano a los Buylla, en busca de un apoyo que, en su tribulación angustiosa y apocada, olvidó que tenía en su mano, como máxima autoridad de los españoles en Marruecos. Sus ojos tropezaron con el muro impasible y frío de los hermanos Buylla, principalmente de Plácido, el mayor de los dos, que, como cónsul general de España en Tánger era subordinado de don Luciano, pero no movió un solo músculo en su rostro. Por fin, como ni los brazos ni los labios del Tío Pepe cesaron de agitarse, don Luciano tuvo un rasgo de tardía dignidad y abandonó su asiento de la mesa para dirigirse a un saloncito inmediato. Allí tuvo la candidez de esperar que se le dieran explicaciones y satisfacciones que pudo haber exigido, dado su cargo.

El momento fue de una expectación enorme. Los hermanos Buylla continuaron imperturbables en sus respectivos asientos. Vicente, que, al cabo, era más humano, hizo un ligero movimiento para levantarse. Una mirada de su hermano, fría y buida como un puñal, lo clavó de nuevo en el asiento. Fue Pepe Fuentes —acaso movido por la posible repercusión de aquel campanazo en su restaurante— quien se prestó a actuar de mediador. Logró que el Alto Comisario volviera de

nuevo a su sitio. Aunque, en realidad, no fue ya el Alto Comisario quien lo hizo, sino un pelele falto de toda autoridad y prestigio.

Y en un ambiente de funeral continuó el banquete. El silencio era tan grande y tan denso, que sólo se oía el rumor de los cubiertos, nerviosamente manejados por los comensales, cuyos ojos no se atrevían a levantar de sus platos, temiendo encontrarse con los del vecino. Poco a poco fue reanimándose el conjunto. Comenzaron unos bisbiseos que sonaban de oído a oído: rumores apagados, temerosos y débiles, que eran como balidos de ovejas acogidas al blando refugio de un mismo redil.

El banquete terminó, pues, aunque no como el trágico rosario de la aurora, sino con un desfile de caras alargadas y forzadas sonrisas de despedida. En la mente de todos se repetía la misma frase temática en torno a la maltrecha autoridad del Alto Comisario:

—Pobre don Luciano...

El paraíso de Tánger

Pasaron unos años más. La vida en Tánger era agradable y feliz. El encanto de su cosmopolitismo, la plena libertad —no el libertinaje con que se nos calumniaba desde fuera, tan injusta como sañudamente—, las facilidades que para el comercio en general se nos daban, el poder negociar ampliamente con toda clase de moneda y países, la exigüidad de los impuestos y, sobre todo, la ausencia de toda fiscalización en las contabilidades de las empresas, constituían otros tantos atractivos para el capital del mundo entero.

El movimiento turístico iba, asimismo, *in crescendo*. No se limitaba al feble turismo organizado por las agencias de viajes, sino al otro, más trascendente y remunerador. Nuestro incomparable Monte se poblaba de hotelitos y residencias coquetonas en las que se instalaban definitivamente funciona-

rios ingleses procedentes de la India, que, encantados por el clima, decidían pasar en Tánger lo que les restaba de su jubilación oficial.

Con todo, el turismo más denso y permanente lo proporcionaba España, por naturales razones de vecindad. Era un ir y venir casi diario de españoles en desahogada posición económica, que venían a Tánger por varios días y aun semanas: dejaban aquí un innegable provecho, aunque acaso por frecuente se estimase menos, como cosa de la cual se dispone sin esfuerzo. Los viajeros españoles adquirirían aquí todas aquellas cosas que aún no encontraban en España. Y las señoras sentíanse desvanecer ante la variedad de artículos que se exponían en los escaparates de las tiendas locales.

En abril de 1936 —pocos meses antes de encenderse en España la guerra civil— se celebró en Tánger un Congreso Rotario. El club local se hallaba adscrito al distrito español, por lo que fueron españoles quienes asistieron a este acto. No serían menos de un centenar, sin contar las respectivas señoras. Cada uno debía abonar aquí de tres a cuatro mil pesetas, para cubrir los gastos de las fiestas organizadas. Si se añade a esta suma la que cada cual trajera para sus atenciones particulares, una sencilla operación aritmética bastará para darse cuenta del beneficio que con ello dejaron en la ciudad. A pesar de todo esto, los organismos oficiales sólo se desvivían en atenciones para con los turistas de otros países, que desembarcaban unas horas y se marchaban sin haber hecho apenas otras compras en la localidad que las de unas docenas de postales o algunos feces con que se enmascaraban para dirigirse *a pie* hacia el barco que los había traído. Es triste condición humana la de no justipreciar el bien que se obtiene sin esfuerzo, hasta que no se ha perdido para siempre.

La información directa

Nunca logré explicarme entonces —aunque sí se me alcanza ahora, después de varios años— las razones, que presupongo *diplomáticas* en las cuales fundamentaba su prurito por la «información directa» que practicaba al pie de la letra, durante el régimen republicano de España, aquel diplomático inteligente y dinámico que se llamaba don José Rojas Moreno. La República, como es sabido, había abolido de un plumazo los títulos nobiliarios. El señor Rojas era, aunque por merced pontificia, conde de Casa Rojas. Y parecía tan ecuánime este diplomático, que a la sazón representaba a la España republicana en Tánger, en calidad de Cónsul General, parecía tan ecuánime, digo, o lo fingía tan a las mil maravillas, que se jactaba de prescindir de este título.

Toda la clara inteligencia y fina sensibilidad de alicantino cultivado, con otras más cualidades excelentes que adornaban a este diplomático, no fueron parte para emanciparlo del lamentable error en que incurriera en Tánger, durante aquel periodo de agitaciones sociales que perturbaron el ambiente de nuestra ciudad, al exagerar, como lo hizo, el tinte democrático de sus actuaciones. Todo ello sin congruos imperativos y con cierta imprudente despreocupación. Una despreocupación harto reiterada y que carecía del matiz y la sencilla campechanía que él creía poner en su actitud.

En ocasiones era penoso verlo descender a planos personales de «información directa», que no sólo no eran indispensables para hallarse al corriente de lo que deseara saber, sino que minimizaban de forma muy sensible la preeminencia que, por su cargo, estaba obligado a conservar.

Tal norma de conducta lo llevó asimismo a saltarse a la torera —para decirlo más gráficamente— ciertas fórmulas sociales de las que podía evadirse como hombre sin quebrantos ni murmuraciones, pero no como representante en el extranjero de un país tan pagado de sus tradiciones. Tan osten-

tosa actitud lo puso en ciertos trances de los que en verdad podía haberse librado sin menoscabo para su comodidad y conveniencias particulares.

En resumen, y dicho sea en tono más de sincera lamentación que de crítica maliciosa, se dejó ganar, en algunas de sus actuaciones, por un prurito de incongruente demagogia que habría parecido pueril de haberse desarrollado en un terreno menos peligroso y destacado, y no en circunstancias tan cruciales como aquellas que Tánger vivía a la sazón.

Lo cierto fue que el conde de Casa Rojas, que por sus antecedentes normales era nauta de un globo cuyo gas la impulsaba hacia arriba, cargó su nave con un lastre circunstancial y mal sopesado, que lo hizo descender demasiado a ras de tierra. Con ello estimaba, erróneamente, por supuesto, que se aproximaría más al ambiente imperante.

Psique singular de aquellos tiempos, que tantos valores trastocaron y tan buenos juicios perturbaron.

Acaso por este *je m'en fiche pas mal* de que hacía gala nuestro ministro sería por lo que, en las recepciones oficiales o en las frecuentes fiestas que se celebraban en nuestra legación, las máximas atenciones o incluso la primera danza — como en un baile de execrable corte — los reservaba para la modesta *compañera* del Director de *Democracia*, semanario obrero que aparecía en Tánger rezumando UHP por todos sus corondeles. La humilde y sencilla señora casi se desvanecía de orgullo al verse entre los brazos, acogedores y lubricantes, de todo un Ministro de España, que, aunque con un *ex* circunstancial, era nada menos que conde.

Tánger pierde una virginidad

Sobre la ciudad de Tánger, donde la paz y el sosiego habían reinado de consuno, descargó una recia oleada de conflictos sociales, provocados por los diversos agitadores que de España vinieron con tales propósitos. En España, la situa-

ción se hacía cada vez más turbulenta y confusa. Los obreros, cuando carecían de justas reivindicaciones que reclamar, las inventaban con el mayor desenfado. A una huelga revuelta sucedió otra. Toda la actividad productiva del país se hallaba paralizada.

Las chispas de tal hoguera saltaron hasta Tánger, donde el número de obreros españoles alcanzaba una proporción bastante considerable. La primera huelga fue para reclamar la jornada de ocho horas. La petición era justa, porque habían sido muy frecuentes los abusos de algunos patronos. Los agitadores aprovecharon la ocasión que se les presentaba para crear el clima conveniente, no con fines reivindicativos, sino de índole revolucionaria. [... Falta algo.] cia, la brusca desfloración. En el Cervantes, en el Alcázar, y aun al aire libre, porque no había ley que lo prohibiera, se sucedían casi a diario los mítines. En ellos, los oradores, duchos en el latiguillo que enardece fácilmente a los ingenuos, encendían el ánimo de los oyentes de tal modo que, al salir de allí, se hubieran lanzado con toda violencia y ardimiento contra cualquier objetivo.

Como los que así alborotaban eran, en su gran mayoría, españoles, nuestro Ministro —llevado de sus impulsos democráticos y también de aquel afán de la «información directa»— acudía a todos estos actos con la misma asiduidad y juvenil entusiasmo con que pudiera asistir a una buena corrida de toros o a un interesante partido de fútbol, aunque los obreros --oh ingratitud humana-- no siempre agradecieran ni acogieran con buenos ojos su presencia. Algunas veces, cuando el mitin se celebraba en el Teatro Cervantes —propiedad del Estado español— acudía asimismo al palco de la Legación la señora Ministra, que en tales días solía democratizar un poco su indumento para armonizarlo con una coquetona y detonante corbatita roja, acompañada de unos zapatos del mismo color para hacer juego.

La policía internacional, en virtud, sin duda, de órdenes superiores, asistía a todos estos actos con marcada pasividad. Su única consigna —que cumplía, eso sí, a rajatabla— era la de evitar que los obreros musulmanes entraran o se mezclasen de algún modo en tales manifestaciones obreras. Por su parte, el Administrador de la Zona, máxima autoridad de la misma en el orden civil, era responsable directo de la tranquilidad pública. Pero sentíase obligado con la ayuda que, sin obligación ninguna, le venía prestando el representante de España. Quizá pensara Monsieur Lefur, egoístamente, que mientras el Ministro de España continuase «dando la cara» en tales cuestiones, allá él se las compusiera. Llegado el momento, siempre estaría la autoridad en su mano, aunque las perturbaciones que se venían produciendo ya no tenían el carácter de discusiones entre los miembros de una misma familia, regentada por el Cónsul General del país respectivo. En resumen, hábil dejación en uno o importuna intervención en otro. El hecho es que la cuestión se iba complicando y adquiría ya muy graves caracteres.

Un convenio que explica muchas cosas

En Tánger todo era misterio y todo tenía, sin embargo, una explicación: política. En el fondo de esta actitud levantisca de los obreros españoles había latente otra cuestión que aclaraba muchos aspectos de la situación.

Se aproximaba la fecha en que con arreglo al convenio estatutario firmado en París debía cesar el Administrador de nacionalidad francesa. Preveía este convenio no que el nuevo Administrador fuera español, como lógicamente podía esperarse de la importancia numérica de nuestra colonia y de otras muchas razones, sino de una *nacionalidad distinta a la del saliente*. La elección sería hecha por la Asamblea Legislativa, en cuya composición disponía Francia, directa e indirectamente, de mayor número de votos que España.

Con fecha 31 de noviembre de 1935, entre los gobiernos de la República Española y de la República Francesa, este último presidido por Monsieur Laval, se firmó un acuerdo sobre el régimen internacional de Tánger. En este acuerdo se obtuvieron algunas mejoras que daban a España una participación más adecuada y justa en el mencionado régimen. Entre otras, promesa de apoyo, por parte de Francia, para que el nuevo Administrador Principal fuera español durante doce años.

Desde que se iniciaron las conversaciones para el convenio del Estatuto de Tánger, Francia no desaprovechó ocasión alguna de atentar contra la integridad del Vicariato Apostólico de Marruecos. Comprendía éste todo el Imperio marroquí bajo el régimen eclesiástico de un solo Vicario de nacionalidad española. En 1923 se llevó a cabo la primera desmembración, con la forzada aprobación de España, al crearse lo que se denominó Vicariato de Rabat. A pesar de todo, el Vicariato continuó denominándose «de Marruecos», y comprendía la Zona española y la de Tánger, en contraposición con el Vicariato de Rabat, confiado a los franceses. Éstos, cada vez que se referían al Vicariato Apostólico de Marruecos lo denominaban «de Tetuán», intentando con ello dar a entender la existencia independiente del Vicariato de Tánger.

Como prueba de tales propósitos, con fecha siete de febrero de 1924 Monsieur Poincaré, Ministro de Negocios de Francia, entregó a nuestro embajador Quiñónez de León una carta que textualmente decía así:

En aplicación del Convenio de 12 de diciembre de 1923, queda acordado, Art. II: El Gobierno de la República no hace objeción a admitir, durante todo el periodo de doce años, previsto en el artículo 55 del Convenio, que un Prelado español conserve en Tánger el privilegio que ejerce actualmente Monseñor Cervera, y que continuará ejerciendo mientras viva. *Sin embargo*, una o varias parroquias francesas, según las necesidades, serán independientes de los párrocos o religiosos

españoles, y no dependerán de Monseñor Cervera o de su sucesor más que desde el punto de vista eclesiástico. Sólo a la expiración del periodo previsto más arriba los dos gobiernos de Francia y España solicitarán a la Santa Sede confíe la administración religiosa de Tánger al Administrador Apostólico, *que será alternativamente francés y español*.

Claramente quedaba dibujado en los subrayados de esta carta la tendencia francesa a separar hábilmente del resto del Vicariato Apostólico la Zona de Tánger, que, con arreglo a todos sus derechos históricos, debía seguir perteneciendo a España.

Claro es que todas las habilidades de la diplomacia francesa en este asunto del Vicariato carecerían de eficacia en tanto no tuvieran la oportuna conformidad de la Santa Sede. De aquí que en el nuevo Acuerdo de 1935 Francia volviera a las andadas y supeditara las reformas concedidas en el Estatuto a favor de España a la cuestión del Vicariato de Marruecos, dividiéndolo en tres, para lo cual «España se unirá a Francia solicitándolo a la Santa Sede».

Todo ello sin tener en cuenta que el Derecho canónico no puede admitir la constitución de parroquias que tengan carácter de *personales* o *familiares*, por razones de *idiomas* o *nacionalidades*, pues ello equivaldría a que cada una de las colonias católicas de Tánger pudiera alegar el mismo derecho a establecer parroquias independientes. Y vinieron los italianos y también construyeron su iglesia aparte.

El peligro principal de todos estos zarpazos que Francia daba a los derechos históricos de España en Marruecos, cada vez que se prestaba a colaborar con nosotros, estuvo siempre en la continuidad de su política. La acción española, por el contrario, sólo se hallaba latente en tanto subsistía el gobierno que la había iniciado.

Volviendo al acuerdo comentado, se otorgaba un miembro más musulmán, que sería elegido por España, para la Asamblea Legislativa, y un Director Adjunto en la Aduana de

Tánger. Tales pequeñísimas mejoras no eran, realmente, sino justas reivindicaciones que se desprendían, como un fruto en plena sazón, de un Estatuto elaborado a toda presión y firmado por España no diré que por sorpresa o ignorancia, sino porque las circunstancias no le dieron otra opción.

No hay que decir que el *Partido Chovinista* francés no dio su asenso a este acuerdo y se propuso anularlo o, cuando menos, hacerlo inoperante en la práctica. Para ello desencadenó una serie de maniobras aprovechando la ventajosa posición que había logrado a nuestra costa en Marruecos. Inconscientemente, los obreros españoles —que componían la mayor parte de la población obrera— favorecieron estos propósitos, al crear el ambiente oportuno con sus agitaciones.

Desde hacía varios años se ventilaba entre los obreros de Tánger la implantación de la jornada de ocho horas. La España republicana aprobaba este proyecto, en razón de que favorecía a la población obrera española. A trancas y barrancas, lograron los delegados españoles de la Asamblea que ésta presentase la oportuna Ley.

Empezó para Tánger un periodo de intranquilidad social que dio origen a perturbaciones casi diarias. Todas las maniobras puestas en juego al socaire de esta situación no tuvieron otra finalidad que la de deducir la consecuencia de que mal podría confiársele el Gobierno de Tánger a quien no sabía ejercer su autoridad sobre su propia colonia.

Los obreros españoles, que aumentaban en número y se sentían cada vez más exaltados, aprendieron el camino del consulado de España. Y allí se presentaban, cada dos por tres, con el más fútil motivo. *El pueblo tiene sus inalienables derechos*, que diría don José Rojas Moreno. Nuestro Ministro los recibía, prodigaba sus lubricantes sonrisas y se mantenía firme en su pauta de aparecer como amigo hasta como un compañero más, siempre dispuesto a complacerlos.

Un documento revolucionario

Lo leyó el administrador de forma espectacular en la Asamblea. El documento estaba redactado, naturalmente, en español, y contenía una excesiva cantidad de faltas de ortografía, tan inadecuadamente repartidas, que al punto podía advertirse en el hecho mucha mayor malicia que ignorancia.

Podría reproducirlo íntegramente porque lo conservo en mi archivo, pero su contextura es tan grosera y va tan descaradamente al objetivo perseguido, que muy pronto se advierte lo burdo de la trama.

Con el documento se perseguían dos finalidades: poner al descubierto la nacionalidad española de su autor y *emocionar* a la Asamblea para que aprobase, con carácter de urgencia, las leyes especiales que dieran al Administrador poderes también especiales para actuar con diligencia cuando fuere necesario. El bosque legislativo tangerino carecía todavía de la frondosidad conveniente para una actuación en determinados casos. Una vez obtenidos estos poderes, la Policía, a las órdenes del Administrador, empezó a actuar. Y vino el registro del local de la Asociación Obrera y el hallazgo (¿?) fortuito de todos esos documentos comprometedores que son tan frecuentes en esta clase de registros. Como es de rigor, también se efectuaron algunas detenciones que produjeron la natural indignación de los obreros. Que es lo que se pretendía conseguir.

Al asalto de la legación

Y la Legación de España fue asaltada —seamos sinceros— con una perfecta organización. Nuestros obreros estaban ya tan habituados a entrar en ella, como dice el refrán, como Pedro por su casa, que nadie les estorbó el paso. Y pobre del que lo hubiera intentado en aquella ocasión.

Se les dijo que el Ministro se hallaba ausente, en Tetuán, pero que se le telegrafiaría en el acto para que regresase con

toda urgencia. Los obreros se dispersaron por los jardines, husmearon por todas partes, dudando de la ausencia del Ministro. Algunos iniciaron un movimiento hacia la residencia particular del Cónsul, situada al fondo de los jardines.

—¡A la casa! —gritaron—. ¡A ellos!

En este punto y hora salió de la residencia del Ministro, al encuentro de los obreros, el fiscal español del Tribunal Mixto. Los obreros lo acogieron con una hostilidad que no auguraba nada bueno.

—Queremos la libertad de los detenidos —gritaron a una los obreros que recibían al fiscal. Éste se mostró alarmado. Alguien, apoyando el cañón de una pistola a su espalda, lo obligó a marchar hacia las oficinas de la Chancillería.

—Al teléfono —se oyen desaforados gritos—. Que ordene la libertad de los detenidos. Ahora mismo.

El fiscal no podía dar esa orden. En el hecho había intervenido un juez especial, que era el único que podía ordenar esa libertad. Si acaso, podía intervenir en la libertad de otro detenido que lo fuera en virtud de un exhorto recibido de España.

Por fortuna, llegó el Ministro en su automóvil, procedente de Tetuán. El señor Rojas bajó del auto sonriente, aunque visiblemente nervioso. Su amable sonrisa, su acogedora campechanía democrática de costumbre no le sirvieron de gran cosa. Los obreros no estaban para «filigranas diplomáticas», como dijo uno de los que salieron a su encuentro. Era preciso resolver con urgencia. Precisamente allí estaba el fiscal del Tribunal Mixto y todo podría resolverse sobre la marcha.

Los hechos se van aclarando

¿Cuáles fueron las consecuencias de estos acontecimientos? Mejor que lo que yo pueda decir a este respecto quedará explicado con el documento que se reproduce a continuación. Se trata de un escrito que los Delegados españoles de la

Asamblea Legislativa firmaron y enviaron al representante de España con fecha 3 de junio de 1936. Ya era Ministro don José Prieto del Río.

Dice así este documento:

Excelentísimo Señor:

Los Delegados españoles de la Asamblea Legislativa Internacional de la Zona de Tánger, apenas terminada la sesión del día 3 del corriente mes, informamos a V.E. sobre nuestra intervención y actitud en los debates. Hemos de hacer, por tanto, una nueva exposición, pero acontecimientos posteriores nos mueven a aclarar la causa —no decimos la razón— que nos forzó a incurrir en la evidente contradicción que supone el haber defendido, como V.E. sabe que lo hicimos, al Fiscal español sr. Franqueira y haber votado sin embargo la moción de censura sobre la actuación de este funcionario.

V.E. se ha servido comunicarme, por conducto del Vicepresidente español de la Asamblea, la instrucción telegráfica del Gobierno de la República, recibida por ese Consulado General, momentos antes de comenzar la sesión. Deseaba el Gobierno que ninguna actitud ni intervención nuestra pudiera dar pretexto u ocasión para que dejase de votarse aquella tarde la Ley referente a la jornada de trabajo.

Ante una mayoría abiertamente hostil, decidida a no votar la Ley y a suspender toda deliberación del organismo legislativo, mientras no estimase garantizado el orden público, logramos, sin embargo, ante todo, que de la moción desapareciesen las censuras que no iban dirigidas a funcionarios de la Administración de la Zona.

Propusimos luego que del acuerdo de suspensión *sine die* de las sesiones se exceptuase la votación de la ley de ocho horas, que al Gobierno español interesaba principalmente y que todos hemos defendido.

Pero a eso ya no se avino la Asamblea, sino con la condición de que previamente votásemos, sin más enmiendas, la moción de censura. Planteado así el dilema, hubimos de transigir, atentos a las instrucciones del Gobierno y al derecho de los obreros, aun a costa de aparecer como votantes de una censura a la que en nuestras intervenciones nos habíamos opuesto enérgicamente.

Teníamos, por lo demás, la confianza de que tal moción no prosperaría en definitiva donde la labor de V.E. ...descubriendo una maniobra, de la que la moción de censura no es sino una fase, ha triunfado ya cuando menos en parte muy importante [*Sic.*]

Entendemos que, como Delegados en la Asamblea, a nadie — aparte V.E.— debemos explicación de nuestros votos, pero creemos que a quien así apareció censurado por nosotros puede interesarle esta aclaración.

Y sometemos a la decisión de V.E. la oportunidad de trasladar al Fiscal español, don Ramón Franqueira, el contenido de esta oposición.

Firmado: J. Palma, Joaquín Sanz Astolfi, Adolfo Fesser, J. Ben-tata.

Motín en el Estrecho

Unos días después, por orden del Mendub, que, como se sabe, representaba en Tánger la autoridad del sultán, fue decretada la expulsión de los sujetos que más se significaron en la oleada social que habíamos padecido. La Policía condujo a los expulsados hasta el muelle, para embarcarlos en el vapor que hacía el viaje a Algeciras. Cuando el buque se hallaba en medio del Estrecho, los expulsados se amotinaron, intentando imponerse al capitán. Éste, auxiliado por la tripulación, logró dominar el conflicto. Por radio comunicó lo sucedido al Comandante de Marina de Algeciras, pidiendo las oportunas instrucciones respecto del atraque. Se dio aviso a Ceuta y de allí salió un buque de guerra al encuentro del vapor correo de Tánger. Llegado éste a Algeciras, se le ordenó que permaneciese anclado en medio de la bahía hasta que los revoltosos fueran conducidos a tierra y entregados a las autoridades competentes. De este modo tragicómico terminó al fin aquel periodo, francamente revolucionario, que sufrimos en Tánger unas semanas antes de que el ejército español de Marruecos se rebelase contra la insostenible situación a que los movimientos sociales y manejos políticos habían llevado a España...

El fichero de Paxot

Apenas una semana antes de que estallase la guerra en España tuve que hacer un viaje a Málaga para dejar a mi hija Mavy en el colegio de las Teresianas de aquella ciudad.

En Málaga reinaba, cuando llegué, el caos más espantoso. Una de las infinitas huelgas que allí se venían sucediendo desde el advenimiento de la República tenía paralizada por completo la vida de la bella ciudad. Los comercios estaban cerrados y la paralización de los medios de transporte era absoluta. Nada más triste y más desolador que una ciudad bonita y alegre por naturaleza con todo su dinamismo habitual en pleno colapso. Varios mozalbetes, con brazaletes en los que se destacaban con letras rojas las siglas UHP y UGT recorrían las calles cuidando de que el paro se cumpliera a rajatabla.

Dejé a mi hija en el Colegio e hice lo necesario para regresar al otro día a Tánger. No tenía nada de agradable la estancia en Málaga en tales circunstancias. Por la noche, en el comedor del hotel, me encontré al general Paxot. Nos conocíamos de Tánger, cuando él era capitán y mandaba el Tábor nº 2, que se creó por el Acta de Algeciras para la vigilancia y el orden de la ciudad del Estrecho. Las mismas funciones cumplía en el exterior de Tánger el Tábor nº 1, mandado por oficiales franceses. Paxot había hecho toda su carrera sin abandonar aquel puesto. Llegó a coronel y aún seguía mandando los 150 hombres del Tábor. A lo que se decía, tenía buenas agarraderas, y cada vez que ascendía se las arreglaba de forma que el mando del Tábor fuese elevado a la categoría correspondiente. Es decir que Paxot resultaba inamovible «por necesidades del Servicio». Pero al ascender a general ya no pudo mantenerse en Tánger por más tiempo. Una vez en España se le nombró Gobernador Militar de Málaga. Estaba recién llegado y aún no se había instalado, por lo que comía en aquel hotel donde nos encontramos.

Hablamos sobre la situación de la ciudad, que yo estimaba caótica e inquietante. Él no opinaba así. Su optimismo, a lo que parece, se basaba en un fichero. No es de temer, decía, ninguna sorpresa. Se ufanaba de poseer un fichero muy completo con los nombres y demás datos relacionados con los principales cabecillas de la agitación. Es decir que fiaba más en el decantado fichero que en la eficacia de las tropas a sus órdenes. La realidad vino a demostrarle, en su día, que un simple fichero, por muy completo que fuera, resultaría bien poca cosa ante una situación como la que se le vino encima al estallar el movimiento iniciado por sus compañeros de armas.

Con las tropas en las calles de Málaga y casi a punto de apoderarse del edificio de la Aduana, donde el Gobernador Civil, en unión de los capitostes locales, pensaba ya en la necesidad de rendirse, Paxot sucumbió a los cantos de sirena que por teléfono entonó en sus oídos Martínez Barrios, desde el Ministerio de la Gobernación de Madrid. Habitudo a los pasteos de tipo diplomático que él había visto confeccionar tantas veces en Tánger, no pensó que las circunstancias no se prestaban a la sazón a la repostería, y sí a una acción rápida y enérgica. En suma, que Paxot ordenó que las tropas regresaran a sus cuarteles. No pudieron llegar a éstos. En el camino les salieron al encuentro las turbas armadas a quienes la retirada militar había envalentonado. Varios oficiales jóvenes, hijos de familias malagueñas, y un buen número de soldados, quedaron muertos en la calle. Después vino aquella terrible carnicería y la sangrienta y feroz oleada. Málaga quedó convertida en una hoguera espantosa, cuyos resplandores siniestros vieron desde alta mar los buques lejanos. El odio y el desenfreno se desataron por todas las calles, pero principalmente en la de Larios, donde el hermoso edificio del Círculo Mercantil —que no tenía nada de aristocrático— y otros muchos más de la céntrica vía quedaron reducidos a cenizas. El

propio Paxot resultó herido. Las turbas volvieron a buscarlo luego al hospital donde había sido trasladado.

Y allí mismo acabarían con su vida, que tan grata y placidamente se había deslizado en el muelle y diplomático ambiente de Tánger.

Capítulo Sexto

Tánger y la guerra española

El resplandor de la hoguera

Así íbamos viviendo en Tánger, hasta que un día...

Del otro lado del Estrecho llegaron los primeros chispazos de la hoguera en cuyo fuego había de arder y perecer tantas cosas buenas y malas, entreveradas. Que las llamas, cuando se alzan pujantes, devoradoras, no respetan calidades ni discriminan derechos.

Las primeras noticias del asesinato de Calvo Sotelo nos llegaron por los aires. El uso de la radio estaba ya generalizado. Aquel famoso «cable del Zoco Chico», por el que nos llegaron en un tiempo tantas noticias deformadas e hipertrofiadas, perdió ya toda la utilidad que tenía para la intriga y la creación de un clima propicio al manejo de los aventureros.

A las pocas horas de cometido el asesinato del afamado político español se conocieron en Tánger los primeros detalles. Fue como una bomba que hiciera explosión en pleno Zoco Chico. Principalmente, entre los españoles fue muy viva y honda la emoción provocada. Todos presentían —dada la destacada personalidad del inmolado— que las consecuencias habían de ser grandes y de mucha trascendencia. En efecto, días después sobrevino el alzamiento del ejército español de Marruecos. La hoguera empezó a crepitar con más fuerza. Era la triste y horrible hoguera de la guerra civil, con todas sus crueldades y todo su cruento dramatismo. Para todos los españoles, dentro y fuera de España, había empezado otra atroz pesadilla que habría de mantenerlos vigilantes y angustiados durante mucho tiempo.

La colonia española de Tánger, debilitada ya en su homogeneidad por los soterrados manejos de los oportunistas, quedó dividida definitivamente. Fue una escisión dolorosa, pero inevitable. De igual modo quedó la propia ciudad en su topo-

grafía. El puño cerrado se alzó en todo el ámbito del Zoco Chico. La mano abierta y el brazo en alto marcharon del Zoco Grande para arriba, en busca de mayores espacios donde extenderse. Tánger adquiriría de este modo un nuevo aspecto ciudadano. Se incorporaba al ritmo de una modernidad que se fue afirmando rápidamente, en sustitución ineluctable del Zoco Chico. Empezó la agonía de éste como centro bullente y de obligada repercusión para toda la vida loca. La ciudad quedó así y para lo sucesivo partida por gala en dos.

España: la primera siempre... y la última

Todos lo saben. El hecho quedó suficientemente probado. España, con las primeras aportaciones, ha sido quien en mayor grado contribuyó primero al desarrollo cultural y a la civilización de Tánger. De igual modo cabía afirmar hoy que Tánger debe también a España su rápida transformación en ciudad moderna, abierta a otros horizontes y más ancha, más limpia y más alegre que la que alentaba en el ámbito enrarecido del Zoco Chico. En éste quedó el pasado, la leyenda, con todas sus nostalgias, con el aroma de las tradiciones. El Tánger de la Plaza de Francia y el Bulevar, oreado por todas las brisas marineras que llegan cargadas de nuevas pautas y anhelos modernos, hubiera tardado algunos años más en llegar si la tragedia española, al dividir aquí a los españoles, no hubiera dividido también la ciudad.

Pocas semanas antes de que se iniciara la guerra en España, no es para nadie un secreto que el café Roma —instalado donde hoy se halla la Biblioteca Americana— se cerraba a las siete de la tarde por falta de clientela que allí llegase. Lo mismo acontecía, con mayor motivo, en el café de París. Nadie se aventuraba entonces a alejarse tanto del centro. El propio Marcel Porte —que fue uno de los primeros que diera el salto— no lo hizo sin la precaución de dejar abierta su confitería de la calle Correos, junto al consulado británico. La de

allá arriba no podía mantenerse abierta después de las seis de la tarde.

Pero a pesar de este caminar, siempre en vanguardia, de los españoles de Tánger, el mango de la sartén tangerina — para dar a las cosas una denominación acorde con su vulgaridad— estaba como de costumbre en manos que no eran españolas. Nosotros alimentábamos el fuego y el contenido de sartén, justificando así su necesidad. Pero sus fritos, los más sabrosos condimentos, fueron para los otros, pero sí disponían de barcos y cañones, carros de combate y aviones. Es decir: la razón de la fuerza, que es la importa y la que priva. Nosotros siempre hemos tenido la razón, pero su disfruto siempre estuvo reservado a los demás...

Tánger Internacional

A pesar de esta clara y neta, aunque hipotética, delimitación de campos a que he hecho referencia, el carácter internacional de Tánger se prestaba a una mutua libertad de movimientos, tanto para los unos como para los otros. Así pudo darse en las calles de la ciudad —Tánger siempre único— el peregrino espectáculo del brazo extendido en oposición ostensible al puño cerrado que desde la otra acera se alzaba, y no precisamente en guisa de convencional saludo, sino como un reto frenético y furibundo. Ello daba lugar con bastante frecuencia a incidentes que no llegaban a adquirir seria importancia por la intervención de la Policía Internacional, más tolerante, al comienzo, con los puños cerrados que con los brazos en alto. Porque para las autoridades locales no existía otro gobierno que el republicano, legalmente acreditado ante ellas. Esto, que en teoría pudo tener cierto valor al comienzo de la contienda, en la realidad, y a medida que las tropas de Franco iban avanzado sobre el terreno, resultaba un tanto sofisticado y, por ende, inoperante. Sobre todo cuando para celebrar ambos bandos una victoria cualquiera en los respec-

tivos frentes de combate se enfrentaban las dos banderas. La Policía intentaba prohibir la que oficialmente se consideraba *facciosa*. Lo intentaba, digo, porque las dos seguían retadoras flaneando desde sus respectivos balcones.

Y vino lo que tenía que venir, inevitablemente. Dos representantes del mismo país, dos correos y, en suma, duplicidad en todos los aspectos de la vida española, con la más absoluta libertad para su utilización. Públicamente no se vendía más que la prensa llamada republicana, pero por Tetuán llegaban a Tánger todos los periódicos que se publicaban en la España que ya se iba llamando nacionalista, con más frecuencia y amplitud que fascista. Las autoridades locales se fueron adaptando —aunque a regañadientes— a esta singular situación, imitando con ello lo que, del mismo modo, venían haciendo las potencias con la comedia de la «no intervención». Era, en suma, la creada en Tánger una situación que nos hubiera movido a risa, de no ser tan dolorosas las preocupaciones que nos embargaban.

Nuevos rumbos y horizontes

Ya he dicho más arriba que durante el Movimiento español Tánger adquirió un aspecto originalísimo y, en cierto modo, inquietante. Realmente, se pudo afirmar sin hipérbole que Tánger no logró verdadero aire de ciudad moderna mientras la vida local no abandonó la estrechez del Zoco Chico. La ciudad varió entonces de ambiente y ensanchó sus horizontes. Abajo, en el Zoco Chico, quedó la leyenda, dulce y poética si se quiere, pero leyenda al cabo. Los bulevares, con su urbanística moderna, cara a la luz y bajo el sol, que calienta la sangre y da esplendor al conjunto, crearon atractivo insoslayable. De este modo, Tánger fue adquiriendo nuevos encantos y formas nuevas. A veces, latía en ellos la inquietud emanada de los diversos conflictos que se planteaban que, en el fondo, se resolvían inesperadamente; y la vida continuaba sin

que los astros y los demás elementos del cosmos dejaran de seguir su curso normal, indiferentes a las pasiones de los hombres en la tierra.

Los nuevos impulsos creados por el trasplante de la mayor parte de la población no se fijaron persistentemente en el Bulevar, sino que también irradiaron hacia sus alrededores. La libertad que aquí existía para que cada cual se inclinase hacia la ideología que estuviera más de acuerdo con su temperamento sirvió para que nadie tuviera que hacer vano alarde de sus sentimientos. Y era tema, esta de las ideologías, que nadie suscitaba en ninguna plática, acaso por el innato respeto recíproco que tan desarrollado tienen los tangerinos. Con la guerra española vino, sobre todo entre los españoles, una honda transformación de todos los valores.

La Administración Internacional, como tal entidad, y prescindiendo de las personas que la constituían, se consideraba en el deber de no darse por enterada de la profunda escisión que se había producido entre los españoles, a pesar de los aldabonazos que la realidad daba a sus puertas. Y si de algún lado se inclinaba, lo hacía siempre en el de los que, para ella, eran súbditos del *Gobierno reconocido*. Sin embargo, algunas veces, y aunque otra cosa se dijera —porque así convenía en aquellos días—, lo cierto es que tanto los de un bando como los del otro se desenvolvían con bastante libertad, mientras obrasen paralelamente, es decir sin encontrarse. Aun así, como entre los mismos funcionarios había simpatizantes de una y otra ideología, no era difícil encontrar el medio de resolver de la mejor manera cualquier aspereza. La libertad individual, en determinados aspectos, seguía siendo absoluta. Muchos españoles jóvenes optaron por marchar a Xáuen, donde se había abierto una academia de alféreces provisionales. Otros se dirigieron a sumarse también a las filas contrarias. Y algunos, de una y otra parte, optaron, con diferentes pretextos, por quedar bien agazapaditos, a la espera

de que pasase el «nublado», para entonces poder observar de qué lado calentaba el sol con más fuerza.

Ser de los primeros en levantar el brazo y extender la mano, en Burgos o en Tetuán, fue cosa fácil, que muchos han querido presentar luego como heroica. Pero hacerlo en Tánger, en un ambiente libre, sin obedecer a presiones de ninguna clase y pudiendo optar por la comodidad de no decidirse ni en un sentido ni en el otro, *mientras no se viera claro*, no parece que haya de ser lo mismo. Para muchos sí lo ha sido, desgraciadamente, a pesar de la sangre vertida de ese millón de muertos a que unos elevan la cifra de los sacrificados, en tanto que otros recuerdan sólo la angustia, las lágrimas y los sinsabores, porque no creen que los muertos puedan ser contados, sino llorados.

Los héroes de la retaguardia

Desde que empezaron a desatarse las pasiones y algunos elementos venidos de Tetuán se creyeron en el caso de dirigir y aun de valorizar a los demás españoles —incluso a aquellos que no conocían ni siquiera de nombre—, caí yo bajo los cascos de uno que me era absolutamente desconocido, y, respecto de su persona, aseguro que sigo ignorando los rasgos de su rostro. Llegó el tal a Tánger, miró olímpicamente en su torno, se contoneó jactancioso con un buen pistolón a la cintura. Y con un aire insoportable de suficiencia dictaminó y catalogó como le vino en gana. Y a mí me colgó la siguiente etiqueta: rojo escarlata, masón con no sé cuántos grados, rotario... En suma: de la antipatria, como decían enfáticamente estos definidores y hasta administradores de las conciencias ajenas. Y al margen de este marbete —que nadie se atrevió a rectificar, naturalmente— agregó las consabidas cominerías que, aunque parezca increíble en tales momentos de pasión y turbulencia —reino feliz de los mangantes—, son verdaderas piedras de molino con las que comulgan los corifeos. Salie-

ron a relucir todas aquellas solemnes majaderías que, a pesar de su escasa consistencia, fueron aceptadas por los cabrones que imperaban sobre las ovejas en el redil.

En Tánger no había, por lo visto, persona de solvencia moral que pudiera informar sobre mi conducta durante los veintitantos años que yo llevaba aquí de residente. No había más que unos cuantos odres llenos hasta la boca de turbios y reconcentrados rencores, sin otro fundamento que el de la envidia o el chismorreio de cualquiera los innumerables alcahuetes que de algún modo tenían que justificar las tristes monedas que por ello cobraban.

Y las radios —tanto la de Tetuán como la de Ceuta— empezaron a vomitar inmundicias contra un español que no había hecho otra cosa en Tánger que laborar, continua y desinteresadamente, por su patria. Pero este español había cometido el imperdonable delito de no haberse amparado jamás en los faldones de nadie, ni tampoco babeado ninguna lisonja. Y esto no se perdona jamás.

Las radios... Y cómo graznaban los cuervos... Pero, en fin, todo esto, con ser tan amargo y tan triste para mí, lo consideré natural en los momentos en que, desbordadas las pasiones, no hallan dique lo suficientemente fuerte para contenerlas. El aluvión pasaría, pensaba yo. Me asombraba y me dolía al mismo tiempo ver que personas sensatas, desde sus puestos rectores y con medios de adquirir más serios informes, acogieran tan a la ligera todas aquellas paparruchas relacionadas con mi filiación masónica o política, que les llevaban los indocumentados a sueldo o los necesitados de justificar un turbio pasado. Al revés de lo que les sucedía a ellos, el pasado constituía para mí la mejor defensa. En él no había existido ni un pequeño desvío que pudiera sonrojarme, ni tampoco otra torpeza que la de no haber tenido más ambición que la marcada por mi propio esfuerzo, amén de no haber

solicitado ni aceptado mercedes que se me brindaron, ni puestos de relumbrón que se me ofrecieron.

¿Masón? Ni de cerca ni de lejos, durante mi vida libre a lo ancho del mundo, jamás visité una logia ni tuve contacto *fraterno* con ninguno de sus componentes. No puedo afirmar, sin embargo, que no hubiera tenido nunca trato diario o esporádico con masones. Dada mi profesión, y en el ambiente heterogéneo de Tánger, nadie podría afirmar otra cosa. Precisamente los españoles de Tánger habíamos tenido un Ministro de cuyas relaciones con la masonería inglesa se hablaba sin aire de misterio. Había residido muchos años en Australia. Tanto, que sus hijas apenas sabían saludar en español y no empleaban en su ambiente vernáculo otro idioma que el inglés.

¿Político? Ni de izquierdas ni de derechas, ni tampoco de los del centro. Ni aun de aquellos que buscan siempre el sol que más calienta. Alejado de España desde mi juventud, no he sido otra cosa que español y como tal me he conducido siempre.

En pleno aluvión

No se mostraron inactivos, tampoco, los del bando contrario. Su mayor afán se inclinaba a conseguir, por cualquier medio, quebrantar la fiel simpatía que los elementos marroquíes sentían por la causa de Franco. Un telegrafista había sido sorprendido en una cabila cercana a Tánger en el momento en que se disponía a repartir entre sus pobladores una buena cantidad de dinero que llevaba a este fin. El intento quedó deshecho. El telegrafista, con el dinero, fue enviado a Tetuán, donde juzgarían el hecho las autoridades militares de la Zona.

A pesar de este delito flagrante, y por lo que al interior de la ciudad de Tánger se refiere, fuerza es reconocer que los *rojos* apenas si hacían acto de presencia en las calles. La acti-

tud, francamente hostil, de los marroquíes, y el no disponer, como los contrarios, de un refugio tan cercano y seguro como la Zona Española, los situaba en condiciones de manifiesta inferioridad para sus actividades. En mi fuero interno yo no creía que tales perturbaciones en la vida ciudadana fueran absolutamente indispensables para acrecentar, y menos abri-llantar, los sucesivos triunfos que los soldados de Franco obtenían en los diversos frentes de España. Pero, naturalmente, no pensaban así los que necesitaban justificar su insistente permanencia en la retaguardia. Ellos tenían, como es lógico, verdadero interés en que Tánger tuviera calidades de frente. Porque lo cierto es que el número de los *héroes de la retaguardia* resultaba un tanto excesivo... y sorprendente. Jóvenes sanos y robustos, como eran en su mayor parte, habrían hecho mejor papel en las líneas avanzadas con un fusil en la mano, que no con una pluma ante la mesa de una oficina, o por las tardes y las noches en lucha con los naipes, alrededor de una mesa de café. Las vigili-
as de este «frente» se prolongaban hasta bien entrada la madrugada. Si es cierto que en España comenzaba a amanecer, los héroes de la retaguardia tangerina no se dormían a la espera, aunque de bien distinta manera.

Periodista y no más que periodista

Por ser sólo y nada más que periodista; porque amé honda y sinceramente esta profesión, no acepté en 1918 la plaza que como funcionario del Banco de Estado de Marruecos me ofreciera mi excelente amigo don Julio Carrillo de Albornoz, director entonces de la representación española en esta entidad bancaria. Este cargo me hubiera permitido gozar hoy de una holgada pensión que el periodismo no me ha proporcionado. Por no ser más que un periodista, tampoco quise formar parte, en su día, de la plantilla de funcionarios de la Administración Internacional de la Zona de Tánger. Ello habría sido

para mí cosa facilísima, como lo fuera para muchos, sin otro mérito que la condición de español y la propuesta de nuestro Cónsul. Hoy sería, por lo menos, Jefe de Administración en cualquier dependencia estatal de España, donde acabar mi vejez, tranquilamente y sin las preocupaciones que en la actualidad me inquietan. Por no querer ser otra cosa que periodista, me negué a la propuesta que me hizo el Ministro don Antonio Plà y Dafolgueira para representar a España en la Asamblea Legislativa. Éste era un cargo honorario, ciertamente, pero a su socaire me hubiera sido posible alguna relación que me permitiera dar a mi vida una orientación más práctica y positiva, sin necesidad de inconfesables desvíos. Acepté, en cambio, el cargo de Juez Adjunto en el Tribunal Mixto de Tánger, honorífico, por supuesto. Me ocupaba menos tiempo y me colocaba en contacto con diversos aspectos de la vida local que me agradaba analizar. En resumen, sólo alterné con mi profesión de periodista la condición de librero, que se me vino a las manos en la forma que ya queda explicada y que, además de compatible con las actividades del periodismo, se hallaba más acorde con ella.

Y ¿por qué no agregar también a esta limpia ejecutoria de periodismo honrado y sin contaminaciones propias de la época un hecho que probaba la sinrazón y el encono de los serviles canes que mordían mis calcañares? En aquellos ominosos días, recién implantada la república, en que todos se afanaban por acumular méritos que les hicieran aparecer como los más ardidos defensores de las nuevas ideas, fui el único periodista español de Marruecos que en las columnas de *El Debate* de Madrid se alzó no con arrogancia, pero sí con valiente y enérgico ímpetu espontáneo, contra las patrañas urdidas en desprestigio de la noble figura del Obispo de Gallípolis, Reverendo Padre Betanzos. Con tales patrañas, aireadas en toda la prensa, incensario de la joven república, se quiso presentar al virtuoso prelado tangerino como complicado en un contra-

bando de armas descubierto en Bab Taza. En una interviú celebrada con este prelado puse de relieve todo lo injusto y absurdo de la falsa imputación. Sin embargo, en aquellos momentos amargos nadie, ni la misma misión franciscana, que pudo hacerlo, recordó este hecho. Solo, sin otro sostén que el cariño de los míos ni otro valedor que mi propia conciencia y mi fe en una justicia inmanente, hube de soportar la amarga prueba, con el alma inmersa en honda pesadumbre.

Como ha hecho observar no recuerdo qué historiador español, la crueldad y el espíritu violento de los que luchan en los frentes no sorprenden tanto como la ferocidad de que en la retaguardia dan pruebas muchas personas que siempre tuvimos por pacíficas y honradas.

No es dudoso que estas mismas personas, si su destino les hubiera ahorrado el espectáculo de la violencia colectiva, habrían acabado sus días dentro de la más perfecta normalidad.

Lo cierto es que en lo más íntimo del *homo sapiens* se halla latente siempre, aunque en apariencia dormida, la congénita ferocidad del hombre primitivo. Aquel primer hombre que se halló completamente solo ante un mundo vacío, donde todo le era desconocido y, por consiguiente, hostil.

Pero había sido rotario...

Sí. Había sido rotario. Había desempeñado el temible cargo de secretario del Rotary Club de Tánger. «Masonería blanca», que decían algunos, sin saber concretamente lo que deseaban expresar con esta calificación. Menos mal que la nitidez del color atribuido atenuaba un tanto el concepto sombrío y tenebroso que se aplica a la otra masonería.

Yo, que conocía, como todo el mundo conoce, las aparatosas ceremonias, los mandiles y todas las restantes zarandajas con que son recibidos en las logias «negras» los neófitos, puedo asegurar que no encontré en la «blanca» nada de eso.

Hallé, sí, la compañía grata, correcta y amable de unos señores que, sin el menor misterio, se reunían una vez al mes en el comedor público de un buen hotel, para almorzar tranquilamente, honestamente, libres por unas horas de sus preocupaciones y afanes cotidianos. El carácter abierto de estas reuniones, las brillantes fiestas mundanas que el Club organizaba con la cooperación de todos los elementos más destacados de la localidad, confieso que eran para decepcionar a los que se empeñaban en considerarme reo de un delito nefando. Jamás supe dentro de este Club de una sola consigna de orden internacional y pecaminosa, encaminada a inmiscuirse en una política determinada. Mi independencia en este punto no las hubiera admitido.

Cuanto a mis actividades como Secretario, la una fue proponer que se le regalase un gramófono —la falta de fluido no permitía pensar en la radio— a un desventurado leproso, separado dramáticamente de su familia, muy conocida en la localidad, y que se hallaba recluido en el Lazareto de Malabata. La otra fue no menos pecaminosa. Recomendar al doctor Bastos para que operase gratuitamente a una joven tangerina perteneciente a modesta familia, que carecía de los recursos necesarios para esta operación. Sufría de un tumor blanco en una pierna que la obligaba a caminar con muletas. El doctor Bastos la operó completamente gratis, aunque anticipando que a la enferma, si bien libre del tumor, le quedaría seguramente la pierna rígida. Esto no le impediría andar ni moverse con toda normalidad. La joven regresó a Tánger y aún vive y es feliz en unión de su marido. Tengo para mí que ante ella nadie osaría hablar de las pecaminosas actividades del Rotary Club.

Yo no puedo olvidar —aunque sí lo haya perdonado— aquella reiterada fruición y ensañamiento con que el padre Patrocinio García escribía unos furibundos artículos contra el Rotary y los rotarios. Unos artículos que yo tenía que leer y

compaginar después, en el semanario *Presente*, donde aparecían. Tales artículos me estaban mentalmente dedicados. Pero ¿qué eran las mías, comparadas con todas las dolorosas humillaciones que Jesucristo sufriera un día en el Calvario? El padre Patrocinio era, indudablemente, un gran pedagogo, y a mí me faltaba por lo visto mucho que aprender todavía. Dios le premie sus buenos y franciscanos propósitos...

El Mogrebí, arma esgrimida

El Mogrebí era un bisemanario que yo dirigía, pero cuya propiedad no me pertenecía exclusivamente. Lo fundamos entre Joe Hasan, Jacobo Bentata y yo. Formamos una sociedad anónima cuyas acciones poseía en su totalidad el primero. Es decir, sin eufemismos, que Hasan ponía el capital necesario para la publicación del periódico. Bentata y yo nos encargáramos de su redacción. Se me nombró administrador único de la sociedad en concepto de Director Responsable.

El Mogrebí no publicó jamás un solo artículo de índole política, ni en él se expuso doctrina alguna que no fuera adepata a la causa de España. Era un periódico de carácter puramente informativo y en sus páginas se trataron, reiterada y desapasionadamente, todos los problemas locales de su época. No habrá para qué decir —tratándose de una publicación honrada, sin tendenciosas e interesadas campañas— que *El Mogrebí* no constituía un «negocio». Apenas lograba costear sus propios gastos. La rectitud de nuestro proceder, situándose en el plano del interés de Tánger —incluso frente a empresas y monopolios poderosos—, no resultaba propicia a la obtención de una publicidad remuneradora. Defendiendo al débil contra el fuerte, no podía esperarse otra cosa. Cuando en el ambiente de Tánger comenzaron aquellas agitaciones obreras de las que ya se hablaba más arriba, hubimos de sufrir también las consecuencias, pues los obreros de la imprenta donde tirábamos el periódico nos habían obligado con

sus huelgas a tener que imprimirlo en los talleres de *La Dépêche*. Con tal motivo, en la última reunión que en junio de 1936 habíamos celebrado los tres socios Hasan insinuó ya la conveniencia de estudiar la supresión de *El Mogrebí*.

Sobrevino la guerra de España. En el número de *El Mogrebí* de 26 de junio de aquel año se publicó un entrefilete en negritas que decía así: «Aunque no es costumbre de *El Mogrebí* recoger acontecimientos ajenos al marco de nuestra vida local, por entender que ello no compete a un periódico de la índole del nuestro, como españoles no podemos sustraernos a los que se están desarrollando en España. La emoción que ello provoca en Tánger —donde todo lo español tiene indudable arraigo y repercusión— ha sido enorme en nuestros días. En momentos de tanta gravedad para nuestra patria, sólo queremos hacer los votos más fervientes por que renazca la paz y la concordia entre todos nuestros connacionales... Los españoles que vivimos fuera del suelo patrio no hemos de dejarnos ganar por ningún pesimismo. Por encima de todas estas vicisitudes, los pueblos siguen su destino. Y ese destino no puede más que conducirles a su engrandecimiento final —cualquiera que sea el camino— cuando el pueblo atesora la supremacía espiritual que atesora el nuestro».

El 29 de agosto apareció el siguiente artículo, titulado «Defendamos el patrimonio común»:

«Sigue la cruenta lucha intestina en España. Con gran dolor de nuestro corazón asistimos a ese desgarramiento fratricida, oyendo con inmensa pena las noticias que lanzan unos y otros. En nuestra alma de españoles arraigadas lejos del solar patrio, hay misericordia para todos los que mueren en aras del ideal propio y aun para los obcecados y los engañados. Sufrimos como patriotas y sufrimos como hombres al ver correr la sangre del más generoso de los pueblos... Qué razón tienen los pensadores extranjeros que cifran tantas es-

peranzas en el factor hispano para la rehabilitación espiritual del mundo... Frente al materialismo de otros pueblos civilizados (¿?), nuestros connacionales siguen observando aquella generosa máxima: *un buen morir honra toda una vida*. Por esto se puede afirmar que el hombre de heroico temple español es un factor de civilización moral... ¿Cómo no estremecerse de indignación ante las excitaciones extranjeras? No quedan éstas reducidas a simples dialécticas. Bien situados estamos los tangerinos para sospechar, para presumir y para observar maniobras turbias de quienes desean ver extenderse por el mundo determinada ideología —por lo demás entre nosotros exótica— a costa de la sangre española... A nuestros compatriotas residentes aquí seguimos recomendándoles que si su conciencia les mueve a defender con las armas su ideario propio, expedito tienen el camino para éstas o aquellas filas. Los que permanecen aquí deben aunar el sentimiento para exigir de los extranjeros la más estricta imparcialidad. No les toleramos el crimen de jugar con vidas ajenas... En cuanto a los intereses nacionales, pensamos en nuestra responsabilidad como españoles. Con las discusiones sólo conseguiremos un desprestigio general, y poco tardarían en aprovecharlo los que están siempre prontos a pescar en aguas revueltas. Los que hoy contienden en nuestra península invocan nuestro patriotismo interpretándolo en formas diametralmente opuestas. A la izquierda los unos, a la derecha los otros. La legalidad del poder constituido, dice el Gobierno. La salvación de España, dicen los otros. Tengamos la serenidad de contener todo ímpetu. Nosotros somos los depositarios de esos derechos, mejor dicho los guardadores de esos derechos de España en Tánger. Derechos que deberán ser imprescriptibles, porque los ganamos a fuerza de sacrificios. Pero la intriga internacional desea siempre nuestra parte. Todos conocen los esfuerzos que se hacen para excitar a nuestra colonia. Quisieran que nuestra destemplanza justificase ciertas medi-

das de nuestras autoridades locales... Resistamos a toda tentación. Por encima de todas las ideas se alza la razón de nuestra patria. Conservemos lo que es patrimonio de todos los españoles, cualquiera que sea la ideología propia. Conservémoslo sólo para entregarlo de nuevo a los que velen por los intereses del país. Vencedores y vencidos sabrán agradecer esta custodia. Que nosotros podremos tener la satisfacción íntima de haber obrado en bien de nuestra amada patria. Más amada cuanto más sufra.»

Mientras tanto, la sangre corría ya abiertamente en España. Haría falta cerrar los ojos y no poseer conciencia de su propio sentir para no comprender que era de todo punto imposible a ningún español mantenerse al margen ante una situación semejante. No era posible, tampoco, asistir a la lucha entre los miembros de una familia como si se estuviera ante una disputa entre extraños. Pero como yo no podía pretender que mis amigos compartieran conmigo el criterio que yo me había trazado, decidí y propuse la suspensión de *El Mogrebí*.

Para Hasan, el periódico significaba, por otra parte, un gasto sin contrapartida posible en tales circunstancias. Y si Hasan, en sociedad, era persona encantadora y simpática, en el aspecto crematístico o financiero resultaba un verdadero hombre de presa. Él mismo solía decir que en ese aspecto no reconocía otra amistad que la propia conveniencia: el dinero.

Y de que éste era tuve yo, personalmente, una triste confirmación. Se me presentó un día en mi nueva librería. Entró en mi despacho, amable, jovial y sonriente, con el aire de protección jactanciosa que me brindara desde que, iniciada la guerra española, me supo en dificultades. Tras un corto intervalo, me dijo que, revolviendo papeles viejos, había encontrado unos recibos míos de los que «ni siquiera se acordaba». Esos recibos eran *contrapartida* de las cantidades que me había ido entregando para los gastos de *El Mogrebí*. En total serían unas 8.000 pta.. Él, claro está, no venía en calidad de

acreedor, sino en la de amigo mío. En atención a las circunstancias, me devolvería los recibos «incluso por la mitad» de su valor. Pero no en dinero, no: se llevaría la equivalencia en libros, «de esos en piel, ¿sabes?, que resultan bonitos para una biblioteca».

El momento psicológico estaba bien elegido. Quedé un tanto desconcertado. Pude haberle dicho que yo no le debía un céntimo personalmente. Sería, en todo caso, la Sociedad quien le debiera esa suma, como fácilmente se desprendía de la última liquidación hecha por uno de sus propios empleados, que nos llevaba las cuentas... Pude haberle dicho muchas cosas más que pugnaban por salir de mis labios, pero no le dije nada. Sentía un asco invencible, que me hizo enmudecer. Me levanté y con una seña le indiqué que me siguiera hasta la vitrina donde se hallaban los libros en cuestión. Escogió los que quiso y una de las empleadas le llevó el paquete hasta el Packard que le esperaba a la puerta. No tuve valor para salir a despedirlo. Ni siquiera sé si me entregó aquellos recibos. La repugnancia y la honda tristeza me anonadaban. Me dolía el alma, hundida ya por tanta lucha y tan amargas decepciones.

El graznido de los cuervos

Las primeras tarascadas que me lanzaron por los aires partieron de la emisora de Ceuta. Por primera vez en mi vida, oía mi nombre zarandeado por el aire lo mismo que un pelele. Me veía ascender y descender, como a través de las bardas del corral viera don Quijote a Sancho cuando lo manteaban. El locutor era un italiano llamado Carrara, al que apodaban El Legionario. Su condición de extranjero acrecentaba, dentro de mí, la humillación y el sonrojo. El Legionario había llegado a Ceuta no sé cómo ni de dónde. En sus palabras de aliento por la causa de Franco se intuía un aire de protección jactanciosa que me empalagaba. Podría haber demostrado sus simpatías

hacia España con un fusil, en el frente. Prefirió la trinchera de las ondas. Y con la decisión que presta a los cobardes la inmunidad de la distancia El Legionario acercó sus uñas al micrófono y las clavó con saña en mis carnes. Experimenté una sensación no de dolor, sino de pudibundez. Como si me hubieran desnudado en plena calle, a la vista de todos. Me pareció que los ojos de la humanidad entera curioseaban en las pobres miserias de mi cuerpo indefenso. Me sentía morir de humillación y de vergüenza.

No pude dormir en toda aquella noche. Cada vez que lo intentaba, cerrando los ojos, me imaginaba caer sobre las blandas viscosidades de un tremedal. Apretaba los labios con repugnancia invencible y me rechinaban los dientes de ira. Pensaba en mi mujer y en mis hijos, que junto a mí oyeron las infamias de El Legionario. Y me dolía también que aquel inteligente capitán de Estado Mayor, Ramón Armada, con cuya amistad me honré durante su estancia en Tánger, no quisiera, o tal vez no pudiera, evitarme el infame zarpazo.

Pero, en realidad, ¿qué importancia podía tener todo esto en una guerra durante la que los hermanos habrían de lanzarse contra otros hermanos y los hijos contra sus propios padres? ¡Hasta qué simas de insensibilidad y perfidia pueden caer los hombres durante una guerra!

Deogracias o Chucho

Días después me llegó otro zarpazo. Desde la radio de Tetuán, pero no me dolió tanto, acaso porque el locutor no era un extranjero, o bien porque ignorase que procedía de Chucho. Chucho, que en Madrid no habría pasado de golfo integral, pero que ahora, en Tetuán, gozaba de calidades de personaje con ribetes de intelectual y periodista. Él tenía con frecuencia en los labios varios nombres conocidos y de cuya pretendida amistad se jactaba. Ya se verá cómo nació esa amistad.

Le encontré una vez en Tetuán, meses antes de que estallase la guerra española. Se acercó a saludarme. Ya estaba *encajado* en el ambiente local. Se acercó precipitadamente en cuanto me vio. Con la precipitación de quien desea evitar el peligro a distancia. Adoptó el aire de un antiguo amigo, aunque, en el fondo, se le notaba el recelo ante el encuentro. Temía, sin duda, que yo pudiera referir a alguien su verdadera historia. Porque Deogracias Santos, o Chucho, tenía su historia. La historia de Chucho era una triste y vulgar historia que empezó una noche de crudo invierno madrileño. Julio Romero de Torres y yo —que nos hospedábamos en la misma pensión de la calle Mayor— encontramos a Deogracias —que aún no se apodaba Chucho— en una calle cercana al café Fornos. Lo encontramos como se encuentra uno a un perrillo sin dueño, extraviado y hambriento. Una simple mirada basta para que el perrillo mueva apresuradamente la cola. Julio Romero no era aún el gran pintor cuya fama fue cantada después en populares coplas. Pero tenía el mismo corazón, tierno y bondadoso, que tuvo hasta su muerte. El pintor iba tan embozado en su capa, que no vio a Chucho. Tropezó con él tan violentamente que lo hizo saltar de la acera al arroyo. Chucho lo miró tristemente. Tiritaba como un falderillo. El pintor se deshizo en excusas. Y no sé qué veía en los ojos de Chucho o qué haría Chucho para colarse de repente en el corazón, amplio y generoso, del cordobés; el caso fue que éste le dijo, efusivo y cordial: «Venga con nosotros. Le convido a café». Y Chucho entró con nosotros en Fornos, agitando su rabito, estremecido de emoción y de alegría. En aquella tertulia a la que Julio Romero acudía todas las noches concurrían también por aquella época personas que con el tiempo y sus trabajos fueron luego afamados.

Allí estaba el caricaturista Bagaria, que en *El Sol* había adquirido ya renombre con sus «Dibujos para almohadón». Iba también el periodista Manuel Merino, que aún evoca en

las columnas de *ABC* sus viejos recuerdos de entonces. Tomasito Borrás, que ya despuntaba como brillante cronista en *La Tribuna*, que dirigía Salvador Cánovas Cervantes, a quien apodaban «Don Salvador... ni lo uno ni lo otro». Hernández Catá y otros varios mayúsculos nombres cayeron en los brumosos entresijos de mi memoria.

Desde aquella noche en que Julio Romero, dirigiéndose al camarero, señalando a Deogracias —que aún no era Chucho—, le dijo: «Échale café», ya no hubo medio de desprenderse de él. Merino le admitió, pero a condición de que asistiera como oyente. Y fue también Merino quien le puso aquel nombre por el que atendía sumiso: «Chucho, llama al cerillero. Chucho, llama al camarero». Y Chucho se desvivía por atender los deseos de cada uno de los concurrentes. No tomaba parte en las conversaciones, fiel a la imposición de Merino, pero sí escuchaba lo mismo que un búho, con los ojos muy abiertos, fijos e inexpresivos.

Y éste era ahora el «severo fiscal» que juzgaba mi causa. Éste era Deogracias Santos, para unos, en Tetuán, don Deogracias para otros, Chucho para mí.

Y éste era Chucho, el mismo que vociferaba ante el micrófono, refiriéndose a mí: «Yo lo conozco bien. Es un masoncete empedernido». Claro es que el truhán callaba cuidadosamente que quien lo conocía bien a él era yo.

Mi amistad con Bentata

Entre los peregrinos cargos con que se pretendía justificar mi catalogación adversa figuraba el de mi amistad con Jacobo Bentata. Siempre he tenido de la amistad un concepto quizá algo exagerado a quijotesco, si se quiere. Para mí, no todas las personas que se cruzan en nuestro camino o permanecen más o menos tiempo en el marco de nuestra actividad social deben ser consideradas como amigos. Precisa antes una cuidadosa selección. Pero, hecha ésta, con los seleccionados

hasta donde sea preciso llegar, noble, leal y permanentemente. ¿Por qué no te defiendes tú y dejas a Bentata que se defienda solo?, me había dicho Hasan en su despacho del banco familiar, instalado en una transversal de la calle de Correos. Se me había ofrecido, sin solicitarlo yo, para abogar en mi favor cerca de las autoridades de Tetuán, con las que él decía tener gran valimiento. Hasan no se recataba para decir, donde pudieran oírle, que incluso había facilitado importantes fondos para las primeras atenciones del Movimiento. Aparte de que Hasan no era hombre que se anticipase en nada, en este aspecto, ni menos que hiciera las cosas sin su estudiado porqué o contrapartida, como él decía, yo sabía que el dinero llevado por él a Tetuán en aquellos días no era suyo, sino producto de otras aportaciones de la comunidad israelita que él se brindó a llevar. Del mismo modo supe, en su día, que al socaire de sus pretendidos servicios a favor de la causa de Franco, más adelante, cuando se instaló en Tánger el correo nacionalista, Hasan —con la mediación de los hermanos Farache— se las valió de manera que al hacerse la sobrecarga de los sellos se deslizara un error de impresión. Ello daría a esta emisión un valor extraordinario en su provecho. No perdía nunca su tiempo.

Bentata fue siempre para mí un amigo cordial, cortés y sincero. En momentos amargos tuvo esta amistad el fiel contraste de una solicitud y una cariñosa asiduidad, pruebas inequívocas que no pueden olvidarse jamás. Pero aunque no hubiera sido así, juzgando sólo superficialmente, y basándose en la conducta que con él siguieron siempre aquellas personas que, por sus cargos, pudieran servirme de ejemplo en mi conducta, en la Legación de España era siempre recibido con agrado, e incluso tuvo con frecuencia asiento en la mesa de casi todos los Ministros que pasaron por Tánger. Bentata fue delegado de España en la Asamblea Legislativa, donde su actuación españolista destacó inteligentemente y aun en per-

juicio de sus propios intereses, ante los elementos que no simpatizaban con España.

¿Masón? Ni nunca se lo pregunté, ni me interesó jamás este aspecto de mis relaciones con él. Un aspecto que no debía de tener ninguna importancia cuando nunca pesó en el ánimo de las autoridades españolas, que estimaban el valor de su inteligencia, cultura y patriotismo. Hasan —y como Hasan otros varios— sentía indudables celillos por aquella facilidad con que Bentata lograba, en cualquier circunstancia, destacar su personalidad. En un ambiente tan reducido como el de Tánger, en aquella época, no pueden sorprender envidiejas y cominerías.

Bentata era, acaso, un tanto vanidosillo. A su edad y con sus calidades, tal sentimiento —cuando no es exagerado, como no lo era en él— en realidad no constituye un grave defecto y puede más bien significar cierta ligera deformación en la estimación de su propia valía. Nuestra intimidad, sentimental e ideológica, quedó siempre al margen de cualquier discusión o simple charla banal. La amistad así entendida y con tales mutuos respetos tiene que ser honda y de perenne arraigo. En último caso, si los que se hallaban situados en un plano superior al mío no delinquieron por ser sus amigos, no comprendo yo por qué se consideraba un delito en mí lo que en ellos no lo había sido jamás. El tiempo y la realidad han venido a dar sobrada razón a quienes le estimamos y reconocimos siempre a Bentata un valor positivo, digno de nuestro aprecio.

Bentata pudo no haberse sumado de una manera activa al Movimiento español, pero tampoco realizó acción ninguna en contra que pudiera justificar el encono con que se le acusaba. Es del todo punto indudable que hay una justicia inmanente que está muy por cima de todos los apasionamientos y rencores que andan sueltos por el mundo.

Pero como no hay mal que por bien no venga, según reza el refrán, todo aquel daño que quiso hacérseme se ha trocado hoy en amplio y jugoso beneficio que, fuera del ambiente enrarecido y pequeñín de Tánger, le ha servido a Bentata para ensanchar los horizontes de su vida.

Caín y Abel

Las primeras y dramáticas fotografías que llenaron de espanto y de dolor mis ojos las vi publicadas en *Le Petit Marocain* que los autos de la CTM traían todas las tardes de Casablanca. Salía yo del Kursaal francés, donde me refugiaba por las tardes, para ver los noticiarios y sustraerme un tanto a la soledad y tristeza que me agobiaban en la librería. Se pasaban en ésta horas y horas sin que entrase un alma.

Venían, como digo, esas fotos en la primera página del citado diario casablanqués. No logré verlas bien de primera intención, dada la incierta luz del atardecer, y porque me temblaban las manos mientras sostenía abierto el periódico. Doblé éste y regresé presuroso a la librería. Para no cruzar el Zoco Chico, donde sabía que las miradas de ciertos ojos se clavarían en mí como puñales, subí las escaleras de la Tenería para, por el callejón de la Mezquita, ganar la librería. Entré precipitadamente en ella y me dirigí a mi despacho. A la luz del flexible que se curvaba sobre mi mesa examiné ansiosamente las espeluznantes escenas del asalto al Cuartel de la Montaña, en Madrid. Horrorizado, contemplé aquellas figuras humanas que en diversas y patéticas posturas yacían sobre el ancho patio del cuartel. Casi todos los muertos estaban en mangas de camisa y se adivinaban jóvenes. Unos boca abajo, con la cara sobre las losas del patio; otros doblados, como rotos por las ráfagas de las ametralladoras; aquellos otros, de costado, con el fusil aún entre las manos crispadas; y otros boca arriba, que cayeron luchando de frente. Tenían éstos los ojos todavía abiertos y los brazos en cruz, como ofreciéndose

al Cielo, donde brillaría, indiferente pero espléndido y cegador, el sol de la gloriosa mañana de julio.

Temblándome la gruesa lupa en las manos y ante el espantoso dramatismo de este cuadro, no sé si las lágrimas me cegaron la vista o es que el espanto me cegó los ojos. Una vez más la Historia se repetía. La tragedia bíblica aparecía de nuevo, multiplicándose ahora el número de caínes y de abeles, de verdugos y víctimas, dura ley, inexorable y cruenta, de la espesa y sombría selva del mundo. Una selva en la que no era el hambre ni la necesidad de saciarla el motivo que lanzara a las fieras humanas unas contra otras, sino el impetuoso vendaval de las pasiones, que tanto enloquece a los hombres.

Actividad en los campos

Ya he dicho que el Zoco Chico quedó en poder de los que alzaban el puño. Paulino —un telegrafista de la más extraña ideología— había establecido en el Telégrafo Español su cuartel general.

Empezaron a verse en las calles los primeros uniformes de la Falange, que venían de Tetuán. De cuando en cuando, el paso de un requeté quedaba retratado por el color detonante de la boina con que se tocaba. Por su parte, la Juventud Socialista hacía, asimismo, sus exhibiciones, lanzando al desfile unos niños con los puñitos en alto.

Desde que los barcos que llevaban a las tropas de Franco lograron cruzar el Estrecho y desembarcar en Algeciras, empezaron a asomar por estas aguas los buques de guerra que habían quedado en poder de la marinería sublevada. Sus jefes y oficiales perecieron en la lucha o fueron arrojados vivos al fondo de las aguas. Estos buques llegaban alguna que otra vez al puerto de Tánger, del cual se intentó hacer un refugio neutral, para acogerse a él, cuando los aviones de Franco los acosaban en el Estrecho. Tal principio de la neutralidad del puerto de Tánger fue denegado por las autoridades locales,

ante la amenaza hecha por Franco de que sus aviones no respetarían esa neutralidad que se pretendía. El dominio de las tropas nacionales en los distintos frentes de España iba ya dejando sentir su influencia en los vaivenes de la política internacional.

Tánger se fue poblando a mismo tiempo de tipos diversos, con cataduras siniestras, cuya presencia en nuestra ciudad no podía inspirar sino inquietudes, porque eran de prever choques de diversa índole. Sobre todo cuando llegaba algún buque italiano y sus tripulantes hacían aparición en el Zoco Chico. El choque entre elementos que tienen en común el temperamento exaltado era de temer siempre en tales ocasiones. En efecto, una tarde reventó la pelota. Los italianos desde el Café Central y los otros desde la terraza del Café Fuentes empezaron por mirarse y terminaron por tirarse las sillas y los vasos a cabeza. La Policía Internacional puso paz entre ambos bandos. Paz momentánea nada más, porque los marineros italianos anunciaron desde aquel momento que al día siguiente realizarían un «terrible y decidido» asalto contra el Café Fuentes. Como si los populares hermanos Fuentes hubieran sido culpables de estas insolaciones de ambos bandos. Menos mal que lo anunciaron tan reiteradamente, no ocultando pormenores ni tampoco la hora aproximada en que la embestida se realizaría, que la Policía Internacional adoptó sus precauciones y los intrépidos tripulantes del *Duca di Aosta* no pudieron llevar a cabo sus pretendidos propósitos.

De allí en adelante también se impuso netamente en Tánger la Falange, a pesar de que las autoridades locales seguían empeñadas en atenerse a una «legalidad» que se iba deshaciendo ante el empuje de las tropas de Franco en los diversos frentes de España. De todos modos, la proximidad de la Zona Española, de la que venían y hacia la que iban estos elementos falangistas, esterilizaba cuanto pudiera imponer la Administración Central.

Al compás de la tumultuosa oleada crecía, como brote nuevo y de pujante aliento, la Falange juvenil y activa, que había de dar al tronco nuevos y más vitales bríos. Para ingresar en ella, los aspirantes eran sometidos a determinadas pruebas que acreditasen en los neófitos su obediencia y disciplina. No he de discutir aquí la necesidad o eficacia de dichas pruebas. Sí quiero señalar que, así como otros jóvenes habían sido sometidos a simples pruebas formularias, para mi hijo se erigió una con todo refinamiento. El refinamiento que cabe esperar de un individuo zafio, rencoroso y de cortos alcances como aquel Bartolo que a la sazón hacía el papel de Jefe de Milicias. Es decir, eligió aquella prueba que estimó podría herir de modo más intenso la susceptibilidad mía de padre, contra el que tanto y tanto venían ya ensañándose, sin saber por qué... La prueba consistió en repintar de amarillo el morado que aparecía en la banderita que mi amigo Bentata llevaba en la parte posterior de su coche. Mi hijo aprovechó, según hube de enterarme después, el momento en que Bentata jugaba en el Tenis Británico y dejó su coche en el exterior, para realizar el cometido que le habían ordenado.

El rencor sin freno

Han pasado más de veinte años y aún sigo sin explicarme las razones del ensañamiento de aquellos sujetos contra un hombre que no había cometido otro delito para ellos que el de ser honrado y tener la conciencia limpia. Yo, por más que lo he intentado, no hallé nunca otro delito de que acusarme ante tales hombres.

El Zoco Chico, la Avenida de España y otros lugares de la ciudad vieron turbadas la paz armoniosa y la honesta convivencia que había sido nuestro orgullo de tangerinos durante varios años. Se sucedieron dramáticas escenas que incluso dejaron en el arroyo un reguero de sangre, noble y generosa, por ser también española. Ráfagas de ametralladora, lanzadas

desde un auto en marcha, perturbaban la tranquilidad y ponían en peligro las vidas de los que se hallaban en las terrazas de los cafés de la playa. Agresiones nocturnas, secuestros y un sinfín más de hecho que sembraron el pesar y la contrariedad en todos los ánimos.

En aquellos días se supo que Joaquín López había sido fusilado en el cercano puesto de la policía del Borch. Joaquín López podría haber sido un engreído figurón, que carecía de personalidad destacada y peligrosa. Al verse un poquitín aupado por la situación que había sabido aprovechar antes del Movimiento, se creyó, quizá, un personaje. Pero la verdad es que no había cometido delito que justificase la pérdida de su vida. Mas tampoco tuvo justificación, en el otro bando, el asesinato cometido con el desventurado Santos Fernández, tan solo por haber pertenecido a la redacción del periódico católico *El Debate*, de Madrid.

Días antes del doloroso final de Santos Fernández, recuerdo que estuve en el Café Fuentes para tratar de que Pepe Fuentes, por medio de su influencia con Paulino o algún otro capitoste en auge, intercediera a favor de aquel amigo. No se me ha olvidado todavía la cara de estupor y, en cierto modo, de espanto, con que Fuentes me vio aparecer por su café, donde todas las miradas se clavaron en mí. Realmente fue una ingenuidad imprudente por mi parte. Ni Pepe Fuentes podía hacer nada, ni estaban los ánimos para un paso como el que yo diera. Fue, por mi parte, un gesto inútil y de candidez extrema, que sólo sirvió para comprometerme más de lo que ya estaba. Porque los soplones que me vieron entrar o salir aquel día en el Café Fuentes no pararon a considerar los motivos y corrieron a dar cuenta de aquel infortunado paso mío. Pero en el fondo yo reconocía que lo mismo hubiera hecho por salvar la vida de Joaquín López, que también era un ser humano. En todos los momentos de mi vida, sobre la fría razón del cerebro se ha impuesto el corazón.

Mi hijo elige frente

Las noticias que llegaron de España no dejaron lugar a dudas. La guerra civil era irremediable, con todos sus trágicos horrores. En vista de ello, decidí cambiar impresiones con mi hijo.

—Ya sabes —le dije— que nos hallamos en plena guerra civil. Mi impresión es que la lucha será dura y larga, porque se enfrentan tenacidades del mismo temple. Entre las dos no cabe esperar acuerdo. Como no se trata de una lucha entre extraños, tú no puedes permanecer cruzado de brazos. Ello te humillaría mañana, lo mismo ante el vencedor que ante el vencido.

—Haré lo que me digas.

—No se trata de que me obedezcas a mí, sino a tu propia conciencia. Tómate una semana para pensarlo.

Pocos días después de esta entrevista, antes de que se terminara el plazo otorgado, vino mi hijo una tarde a la librería para decirme que se hallaba dispuesto a ingresar en la Academia de Alféreces Provisionales de Xáuen.

Es verdad que el camino elegido por mi hijo —sin haber cumplido aún los veinte años— pudieron seguirlo también muchos de los que en Tánger continuaron hasta el final de la guerra, pretendiendo hacer creer que defendían también otro frente y se exponían a los mismos riesgos.

Quedarse en la retaguardia hubiera sido más seguro y menos arriesgado. En ella se alistaron muchos, desde que se oyeron los primeros tiros, y de ella no salieron hasta que, terminada la guerra, se apresuraron a colocarse en las primeras filas, a la hora de reclamar el premio a los «servicios prestados». De alguno sabemos que disfruta hoy de dos carguitos bien retribuidos y hasta ha sido condecorado con una medallita.

Mientras tanto, y como ya he dicho, mi hijo escogió el camino que lo condujo a Xáuen, donde se había instalado una

Academia de Alféreces provisionales, sólo que al primer paso dado en este camino sufrió ya el primer tropiezo, del que se hubiera librado quedándose con otros varios en Tánger. No fue admitido en la primera convocatoria. Y no lo fue por la sencilla razón de ser hijo mío. El lobo acechaba feroz e implacable y no quería renunciar a su presa.

Ante tal monstruosidad, le escribí al Alto Comisario, que lo era a la sazón el general Orgaz. Yo conocía personalmente a Orgaz, desde mi juventud. Al salir de la academia de Toledo fue destinado al Batallón de Cazadores de Llerena, en Madrid, donde yo hacía el servicio militar como voluntario. Ingresé a los catorce años por consejo de un cuñado mío, que era capitán en dicho Batallón, y para evitar que pudiesen interrumpirse mis estudios cuando correspondiese a mi quinta. No le había vuelto a ver desde que me licenciaron en 1905. Le encontré una tarde en el Zoco Chico de Tánger. Era comandante y se hallaba destinado en Larache. Me acerqué a él, dándole a conocer. Me acogió amable y cariñosamente. Hasta con no disimulada alegría, acaso porque yo le recordaba una juventud lejana. En la terraza del Café Central charlamos largamente. Me refirió la triste historia de su hermano Pedro, al que también yo conocí como oficial del batallón aludido. Era una triste historia la de este hermano menor del general Orgaz. En un exceso de caballerosidad mal entendida —pues no tenía nada que reprocharse— se descerrajó un tiro en la sien, a consecuencia de la interpretación hecha por un diputado en el Congreso acerca de un asunto que no afectaba para nada la honorabilidad de aquel oficial.

Le escribí, pues, al general Orgaz. Le referí lo ocurrido a mi hijo en Xáuen y la situación en que me hallaba desde que se inició el Movimiento. Esto último —le advertía— era lo de menos. Ya se aclararía todo en su día. Pero le rogaba me dijera si, aun en el caso de que yo fuera más rojo que un capelo cardenalicio, era justo que mi hijo sufriera las consecuencias.

Ingresó a la siguiente convocatoria. A su tiempo obtuvo la estrella de alférez. A petición propia fue destinado a la Quinta Bandera de la Legión, que luchaba en el frente de Madrid. Desde Xáuen marchó directamente al frente, sin poder venir a despedirse de los suyos. No pude yo ir a verle porque a mí —masón empedernido, rotario, propagador de la prensa de izquierda—, a mí —perteneciente a la «antipatria»— me estaba vedado el acceso a la Zona Española. Opté por escribir a mi hijo la siguiente carta:

Querido hijo:

Ya has contraído un deber ineludible con la vida. Ya tienes, asimismo, una responsabilidad a la que, en ningún momento, podrás ni deberás sustraerte. Pero, sobre todo y ante todo, piensa bien que el compromiso mayor que tienes hasta ahora es el de la disciplina castrense: disciplina ciega, absoluta, perenne...

Quisiera, hijo mío, que estas advertencias, con las que deseo salvar el comienzo de este nuevo periodo de tu vida, se grabasen para siempre en tu espíritu y en tu memoria. Porque si de ellas haces norte de tu vida en lo futuro, no tendrás ningún motivo para arrepentirte. Mira que si el arrepentimiento indica que, cuando menos, hay en el individuo conciencia de sus actos, la rectitud permanente proporciona un legítimo orgullo y una satisfacción interior que a nada puede compararse...

En el orden castrense, aun en el caso de que tú creas injusto o inoperante lo que te ordenaran, obedece primero; discute, después, aunque contigo mismo. Que si quien te ha hecho objeto de una injusticia es persona ecuánime y recta, a la larga reconocerá el error y será mayor su arrepentimiento. Y aunque si, por razones de amor propio o por la falsa creencia de que con ello perdería su autoridad para contigo, sin dártelo a entender, procurará repararla, en actos sucesivos, para no sentir la humillación que le has producido con tu ciega obediencia. Y si así no fuera, en último caso, ante esta falta de conciencia por su parte, ¿qué puede importar la injusticia, si viene de quien con ello denota una irresponsabilidad despreciable? Que si en la vida social obedecer es cortesía, en la militar esa obediencia será siempre conciencia del deber y noción exacta de la propia estimación...

No olvides nunca que incluso cuando vistas de paisano sigues siendo un oficial del Ejército Español, doblemente obligado a ser co-

recto, por oficial y por español. Por muy digno que sea el uniforme que vistas, piensa siempre que han de ser tus actos quienes lo dignifiquen. Una cosa es que los demás te juzguen digno por la apariencia del uniforme y otra bien distinta que tú en todo momento prestes, con tu conducta, dignidad al uniforme que vistes. Por eso, de uniforme o de paisano, no debes nunca obrar de forma que no corresponda al prestigio que tú debes estimar inmarcesible. El compromiso que has contraído ahora lleva en sí estas obligaciones, que en ti deberán ser siempre insoslayables. Con respecto a tus inferiores en jerarquía militar, sé siempre enérgico, pero jamás destemplado, ni mucho menos agrio. La corrección y amabilidad en los que mandan en nada menoscaba su autoridad. Antes bien, le dará mayor firmeza. Advierte que es más difícil mandar que obedecer. Porque de este modo no obligarás nunca a nadie a realizar un acto que a ti habría de parecerle, en su caso, indigno o simplemente injusto. Reflexiona, pues, lo que has de ordenar, para no tener que sufrir la humillación de rectificar lo ordenado. Que no hay nada que relaje tanto el principio de autoridad como la rectificación a que obliga no un cambio impuesto por la lealtad a uno mismo, sino las consecuencias de una orden no meditada. Y sobre todo, hijo mío, no pongas nunca, ni por ningún motivo, la mano encima de un inferior. Mira que el temor engendrado por el abuso no fue nunca medio eficiente de persuasión, ni tampoco tiene como resultado mayor respeto. Y si en alguna ocasión —que evitarás a toda costa— la ira te llevare a un movimiento de violencia irreprimible, antes de dar cima al mismo finge que has olvidado algo; da media vuelta y, con el pensamiento, colócate, por un instante, en el lugar de aquel a quien intentabas castigar. Y sólo con esta indecisión ya habrás encontrado ocasión para alejar de ti aquel mal pensamiento...

Sé inflexible en el deber, pero nunca violento. La crueldad o la simple violencia ni te han de dar nunca mayor autoridad, ni añadirán contundencia a tus órdenes. Que todos digan de ti que eres recto, pero no irascible. Lo primero puede trocarse en galardón. Lo segundo será siempre un estigma. Baldón que te habría de avergonzar a la larga, no sólo ante los demás, sino ante ti mismo...

Nada te digo en cuanto a patriotismo, porque te creo bien penetrado de las esencias españolas, que han sido base de tu educación y espejo para mi conducta. Si algo bueno aprendí a lo largo de mis viajes por el mundo, ancho y duro, fue la evidencia de que no hay nación más digna que la nuestra, ni país donde la vida ciudadana se desenvuelva con más limpio margen de libertad honesta. El espíritu de nuestra raza es inmortal. Y la vitalidad y pujanza que nos son pecu-

liares las habremos de demostrar pródigamente en este periodo de reconstrucción que nos espera. Abrigo la convicción de que otro país cualquiera necesitaría doble tiempo de que nosotros habremos de emplear en restañar las heridas que nos dejará esta guerra. Se habla mucho de nuestros defectos. Los tenemos, es verdad. Pero son tantas nuestras buenas cualidades que, a no ser por aquéllos, nos adueñaríamos del mundo. En fin, no insisto en este tema, porque sé que, lo mismo que yo, sientes muy hondamente el orgullo de ser español. Sé siempre optimista en los resultados de lo que emprendas cuando sobre ellos hayas meditado lo conveniente. No hay nada imposible para la voluntad humana. Cada vez que venzas una dificultad, recuerda la situación en que te hallabas antes de conseguirlo. Verás cómo te sientes satisfecho del esfuerzo realizado. La vida no es un sainete, es cierto. Pero tampoco una tragedia que haya de mantenernos en sombría tensión. Ríe cuando debas reír y diviértete honestamente. Mira confiadamente hacia adelante. Y, ante un peligro cualquiera, piensa que, inexorablemente, debes salvarlo, aunque lo creas superior a tus fuerzas. Los milagros los realizan los santos. Lo demás está siempre al alcance de cualquier hombre. Las energías nacen y crecen a medida que aumenta la confianza en uno mismo.

Nada más. Medita sobre lo que te digo. No son principios de ñoña moral. He pretendido tan solo que mis palabras te sirvan de pauta en la vida a la que te asomas hoy libremente. Es la experiencia la que ha hablado por mí. Y ya conoces el refrán: «Más sabe el diablo por viejo que por diablo». Que la suerte y el valor te acompañen en todo asunto. Ten fe en ti mismo y tenla también en los que te mandan. No sé decirte otra cosa. Te abraza por todos los de esta casa tu padre, Alberto.

Hazañosos y algareros

Siguieron aún durante cierto tiempo, hazañosos y algareros, los *héroes* de la retaguardia en el *frente* de Tánger. Tanto los de uno como los de otro campo, pues no es de suponer que la *heroicidad* de la retaguardia fuera exclusiva de un solo bando, siguieron sus tarascadas, bien que ya he dicho las razones por las cuales carecían las de los rojos del ritmo y la eficacia de la del bando azul. Claro es que ni unas ni otras añadían lustre alguno a la enconada lucha seguida en España,

pero de algún modo habían de entretener su prolongado ocio estos elementos de choque, ejecutores activos de las primeras eclosiones. ¿Para qué citarlos? Entre ellos y por lo que a mí respecta, hay nombres que nunca se borrarán de mi memoria, ni tampoco de mi propia alma, siquiera sea por la inmensa amargura que sobre ella derramaron y, asimismo, por la injusticia con que procedieron.

En uno y otro campo, desde una y otra acera, ellos fueron causa —aquende y allende el Estrecho— de la mayor parte de la sangre vertida entonces. Y no precisamente en las trincheras, luchando cara a cara, sino en la cómoda retaguardia y al socaire de las lívidas horas del amanecer. Los que en opuestos frentes murieron, en aras de un ideal, equivocado o justo, según fuera el parapeto que los cobijara, cayeron tras brava lucha, que consideraron noble desde sus respectivos ideales. Pero los de la retaguardia actuaron siempre como alimañas, sin peligro y a traición.

Afortunadamente —por lo que a Tánger se refiere— los elementos de aluvión no eran más que una pequeña minoría de individuos que recíprocamente se creían indispensables en los primeros embates. Más adelante, y a medida que se superponen unos ideales a otros, proclamados como mejores, cuando va haciéndose más sólido y firme el tiempo, tales detritus se eliminan por sí mismos, huyendo como murciélagos tenebrosos ante la luz de la realidad o la justicia.

En rigor de verdad, hay que reconocer que en Tánger la mayoría de los que componían el *bando azul* distaba muchísimo de la condición moral de esos sujetos del mismo bando a los que he hecho referencia. Abundaban las personas sensatas y de evidente seriedad. Ignoro lo que ocurriera en el campo contrario, juzgado así, en masa y a distancia; pero es de justicia reconocer en los enemigos —hombres, al fin, de la misma raza— las propias cualidades. Tanto más cuanto que la circunstancial enemistad sostenía como fundamento una

divergencia ética, si no política. Es decir que los oportunistas andarían a codazo limpio para situarse en el lugar más cómodo y seguro, aunque no pudieran pensar como los nuestros — a juzgar por las noticias que se obtenían de los frentes— en adoptar posturas adecuadas a sus actuaciones en el día de mañana. Pobres de nosotros, los que no aspiramos a otra cosa que a encontrar libre el camino elegido, los que no sabemos reptar con el vientre ni avanzar con los codos. No os acordéis de nosotros, pero no entorpezcáis la libre senda elegida. Que no sé dónde ni cuándo aprendí que la obra maestra en la Tierra es la libertad. Y aquel que la desee puede leer en el Kempis estas inefables palabras: «Toda nuestra paz en este miserable valle más se conserva en el sufrimiento humilde que en no sentir contrariedades».

La bondad que flota

No he logrado nunca explicarme —como no fuera por ruines delaciones, alegremente y sin contraste alguno aceptadas— los fundamentos del recelo con que mi modesta persona fuera acogida al comienzo del Movimiento. Esto me hacía sentirme en constante humillación, incluso ante los amigos de siempre, que guardaron una actitud discreta. Rehuía aquellos lugares donde sabía que se reunían para cambiar impresiones y comentar las noticias que iban llegando del frente. Rehuía, porque entre ellos no faltaban algunos que con su intransigencia o su mal entendida *pureza* arrugaban el ceño o se hacían los indiferentes al verme. Tal vez temieran no tanto *contaminarse* como ver aumentar el número de los que pudieran ser *agraciados* el día de mañana.

Y la actitud de los de enfrente, que claramente me consideraban desafecto, no bastaba a los otros para convencerlos de la sinrazón de sus desvíos. Por fortuna, no todos de entre los que me importaba tener a mi lado abrigaban tales recelos. Yo frecuentaba su trato como lo había frecuentado antes, sin

observar en ellos el menor desvío. Entre éstos —que no enumero por temor a omitir alguno— sí quiero destacar aquí, porque tuve con él más constante e íntima relación, y contacto diario, el aliento reconfortante que recibí siempre, en aquellas desventuradas horas, de la parte de aquel hombre bueno, sencillo y leal que se llamó Luis Ruiz Orsay. Por entonces desempeñaba una de las secretarías del Tribunal Mixto. Con su cordialidad y su noble estímulo —que Dios le habrá premiado, sin duda, allá arriba— conseguía dulcificar y aun mitigar aquellas horas amargas, que yo no hubiera nunca deseado ni al peor de mis enemigos. Sólo en el profundo y abnegado amor de Emma y en el de mis hijos pude hallar comparación, por sus sedantes efectos, en mi espíritu. Es la bondad que flota en todas las aguas, por muy revueltas que sean.

Dos viejos amigos

Al llegar una mañana a la librería, me entregaron un telegrama. Lo firmaba mi entrañable amigo Salvador González Anaya, insigne novelista malagueño y académico de la Española, años más tarde. Telegrafiaba desde Perpiñán, donde lo había sorprendido el movimiento español. Regresaba de una excursión artística que había realizado por Italia. En Málaga tenía Salvador una personalidad bien destacada. En el terreno de la política, había sido alcalde de la bella ciudad mediterránea. Poseía un ingenio agudísimo, siempre despierto, que, unido a su innato gracejo y espíritu zumbón, le habían proporcionado una gran fama. Y bastantes disgustos. Sus versos humorísticos levantaban ampollas. Una quarteta, uno soneto o una simple décima de su pluma eran suficientes para desbaratar a cualquiera, sobre todo si se trataba de un contrincante político en época de elecciones.

Junto a estas actuaciones de carácter frívolo, realizaba con su pluma una brillante labor literaria. Deliberadamente, en sus novelas no salía nunca del marco de una ciudad anda-

luza. Además de Málaga, Córdoba, Granada, Jaén y otras varias hallaron en él un brillante narrador de su ambiente y un exaltado y admirable cantor de sus bellezas. Alternaba esa labor literaria con la desarrollada desde la presidencia de la Academia de San Telmo, durante varios años. Y, al mismo tiempo, poseía la mejor librería que existía en Málaga. No era un simple vendedor de libros, sino un inteligente librero, poseedor de una extensa y sólida cultura. Supo orientar con sus consejos los gustos y preferencias artísticas de una gran parte de la juventud malagueña.

Nos unía una vieja y bien contrastada amistad fraternal. Había sido mi padrino de boda en mis segundas nupcias. Nuestra correspondencia fue siempre activa y constante, salpimentada, por su parte, con ocurrencias y decires graciosísimos, que daban a sus epístolas un valor y una originalidad indiscutibles. A veces, por excitarlo, le hacía yo, al responderle, una observación punzante. Entonces se desbordaba y su respuesta no me explico cómo no habría incendiado el sobre de la carta en el camino.

Llegó, según digo, a la frontera de Irún en pleno crepitar de ametralladoras. No era posible entrar de nuevo en España. Y lo peor era que tampoco disponía de recursos económicos a su alcance para poder prolongar la estancia en el extranjero. En el telegrama me decía simplemente, con su peculiar gracejo: «Arriado en esta frontera. Échame un cabo. Señala rumbo». Le eché un cabo y le marqué el rumbo que solicitaba. A la semana siguiente llegaba a Tánger en un vapor de la compañía Paquet. Fui a esperarlo. Y en la misma habitación que mi hijo había dejado libre para marchar a la academia de Xáuen vivió con nosotros durante más de siete meses, hasta que Málaga pudo ser liberada. Esta convivencia nuestra, en un periodo amargo y penoso para los dos, acabó de estrechar aun más —si fuera posible— los lazos de fraternidad que nos unían. Nunca le agradeceré bastante lo que para mi espíritu

conturbado significaron su grata compañía y el optimismo de sus alientos, la limpia alegría de su carácter y toda la luz que dio a mi espíritu con los fulgores de su inteligencia.

No había empezado aún a saborear el regusto de la alegre y reconfortante compañía de González Anaya cuando experimenté una nueva satisfacción, días más tarde, al encontrarnos los dos en la terraza del Café de París con Perico Armasa. Era un nuevo trozo del cielo azul y claro de Málaga que venía a mí, propiciamente, a inundar de júbilo mi intimidad. Entre Perico Armasa y yo no había existido la misma íntima relación, ni menos los lazos que unían a Anaya conmigo. De todos modos, su presencia en Tánger, y en tales circunstancias, despertaba en mí, agigantándolas, las dulces e inolvidables nostalgias de mi juventud. El encuentro con una persona cualquiera —aunque no sea íntima— en otro lugar distinto al ámbito en que se vive parece siempre multiplicar los dormidos sentimientos mutuos.

Perico Armasa, hijo del jefe del Partido Republicano de Málaga, no hay para qué decir que era un ferviente republicano. Pero su republicanismo no se había contaminado con el exotismo extremista de las ideas modernas. Es decir, era, como lo fue su padre, un republicano de esos que en España mantenía el romanticismo de un ideal, sin pensar nunca que la República pudiera volver a tener realidad en la vida española. Padre e hijo quedaron desconcertados el 14 de abril. Fueron los primeros sorprendidos y, honradamente, creyeron que adquirirían, desde aquel momento, una responsabilidad y una preocupación embarazantes, sin la que habían vivido muchos años... con mayores ventajas y comodidad. Perico Armasa, más joven y animoso, olvidó pronto estas preocupaciones que asaltaron al viejo jefe local, achacoso y enfermo. Perico Armasa, culto, inteligente, bien preparado, licenciado en Derecho, había sido ya diputado a Cortes durante la monarquía. Con el nuevo régimen no tardó en abrirse camino, y

cuando Lerroux se encargó del Gobierno lo nombró subsecretario de Instrucción Pública.

Poseía Armasa un vivísimo ingenio que se manifestaba raudo y chispeante en cualquier momento. Conversador aménísimo, de palabra fácil y matizada de brillantes destellos, en cualquier reunión cautivaba y sobresalía al instante. Sus frases eran como floretes que tocaban a la primera finta. Las malas lenguas decía de él que reunía la inteligencia macho con la perversidad femenina, porque le atribuían ciertas inclinaciones equívocas en relación con su varonía. Sin embargo, resulta curioso que fueran las mujeres a quienes más encantara oírle, tal vez porque veían y admiraban en él su dominio en el arte femenino de la murmuración y el *liviano cotilleo*. En los salones de la condesa de Villapadierna, Perico Armasa era siempre estrella que brillaba con fulgente magnitud. La condesa lo quería como a un hijo y como a tal lo había acogido en su casa de Tánger, cuando se presentó allí huyendo del infierno malagueño, en cuyas primeras llamas quisieron hacerle arder.

Yo recordaba de su juventud una anécdota bastante pintoresca y que denota cómo ya desde entonces la maledicencia picoteaba sobre su piel de no confirmada varonía. Estaba reciente en la memoria pública el sensacional «affaire» del ministro Caillaux en Francia. El redactor jefe de *Le Figaro*, Calmette, hizo objeto al ministro de una feroz campaña. El ministro tuvo que explicar su conducta ante el Congreso. Su esposa, Madame Caillaux, fue una tarde a visitar a Calmette. Penetró en el despacho de *Le Figaro* y descerrajó al notable periodista varios tiros que le causaron la muerte.

Pocas semanas después se celebraron en Málaga unas elecciones a las que se presentaba como candidato republicano el padre de Perico Armas. Un periódico católico publicó algunos artículos contra el viejo republicano. Perico Armasa fue a la redacción del aludido diario... Y no mató a nadie,

pero con un junquillo que llevaba marcó el rostro de uno de los redactores con unos cuantos verdugones.

El ingenio popular malagueño, tan dado a los remoqueos y tan acertado y gráfico siempre, adjudicó a Perico Armas, por aquel hecho, uno que era una verdadera *trouvaille*: Madame Caillaux.

Por verdadero milagro logró salvarse en Málaga, refugiándose en el modesto domicilio del ama que lo había criado. Allí nadie fue a buscarlo. Su magnífica residencia de Pedregalejo quedó reducida a un montón de cenizas. Al fin, un día, el cónsul de Francia logró embarcarlo furtivamente en un buque de la compañía Paquet con destino al... puerto de Tánger. Armasa quedó horrorizado cuando, una vez a bordo, se enteró de que el buque haría escala en Barcelona. Desde que este puerto estuvo a la vista, Armasa se escondió dentro de un rollo de cabos que había en el castillete de proa. Y de allí no consiguieron hacerlo salir hasta que Barcelona estuvo muy distante. Días después, desembarcó en Tánger, con los nervios deshechos, pero libre de la horrorosa pesadilla. Se presentó, como un náufrago, en casa de la condesa de Villapadierna, que lo acogió con sincera alegría y generosidad.

Las tardes del París

Desde entonces nos reuníamos todas las tardes, después de comer, en el Café de París. Con alguna frecuencia, Salvador obligaba a Emma a que nos acompañase. Con ella venía también la hija de un matrimonio italiano que vivía en el piso de debajo de nuestra casa. Se componía esta familia del matrimonio y una hija, separada del marido y convaleciente de una grave enfermedad. Se llamaba Erilda. Era bella, pero la enfermedad la había dejado exangüe, demacrado el rostro y el cuerpo presa de una debilidad tan extrema que parecía fuera a desvanecerse al menor esfuerzo. Su aspecto era el de una flor mustia que se adivinaba a un tiempo fragante y ufana. De su

rostro llamaban sobremanera la atención unos ojos negros de un intenso y ávido mirar, que cuando se posaban en un hombre parecía que no podían ya separarse de allí. Su padre era un entomólogo eminente. Intercambiaba sus investigaciones, desde Italia, con el padre de Emma, que también cultivaba esta misma rama en el Museo de Ciencias Naturales de Madrid. Y al llegar ahora a Tánger, desde el Atlas, donde anduvo cazando insectos, vino a saludar a la hija de su colega, que era Emma, mi mujer, y como por entonces no podía regresar a Italia, decidió quedarse en Tánger. El piso que había debajo del nuestro se hallaba a la sazón desocupado. Lo alquiló en el acto y en él se instaló con su mujer y su hija. El más importante ajuar que poseía el sabio entomólogo lo constituía principalmente una gran cantidad de cajas con los insectos que había recogido en las estribaciones del Atlas. En esas cajas, que tenían la parte superior recubierta por una gruesa hoja transparente, aparecían, cuidadosamente clavados con un alfiler, muy numerosos insectos, algunos menudísimos, puestos en varias filas y con una etiqueta con los nombres en latín de la especie a que pertenecían. Una labor meticulosa y paciente, que despertaba verdadera admiración. Tres camas de campaña, una mesa y varias sillas componían el resto del mobiliario. Después de sus insectos, para aquel hombre, inteligente y sencillo, todo lo demás resultaba superfluo. Las horas del día le eran insuficientes para dar cima a su paciente y científica tarea.

Inútil parecerá decir que en estas reuniones del París, donde olvidábamos, durante unas horas del día, muchas tristezas y sinsabores, eran los dos ilustres malagueños —Anaya y Armasa— quienes llevaban la voz cantante. Lejos del infierno malagueño, que tantos terrores le había proporcionado, Perico Armasa recuperó toda su gracia y facundia, a través de una amenísima charla. Entre él y Anaya —a quien también gustaba hablar por los codos— se establecía un verdadero

pugilato de ingeniosidades, que nos deleitaban el ánimo, por muy decaído que estuviera algunos días. Y en otras ocasiones se entablaba entre ambos, bromas y veras, un duelo inenarrable. Las fintas se sucedían, rapidísimas, entre los dos asaltantes, y aunque no corriera la sangre, sí se hacían literalmente unos verdugones simbólicos de los cuales apenas parecía que sólo se reponían preparando un nuevo asalto... Tardes inolvidables de la terraza del París. En ellas se aliviaban los alfilerazos que las circunstancias clavaban en el corazón de cada uno de nosotros.

También aparecía —esporádicamente al principio y con mayor frecuencia después— por la terraza del París el farmacéutico Leonardo Rodrigo Mur. Acudía a nuestra reunión huyendo del ámbito zocochiquesco, donde tenía su farmacia. Catalogado como *fasciste enragé* desde el comienzo, en su farmacia de la calle de Correos no entraba un alma. Mucho menos todavía desde que los falangistas que venían de Tetuán acudían a la rebotica y en ella cambiaban impresiones respecto de las últimas noticias que recibían de los frentes, cuando empezaron los primeros choques. Y en verdad que los ojos de Erilda —único hálito vivo que la enfermedad parecía haber respetado— resultaban más atractivos que la tenebrosa y persistente soledad de su farmacia. Por su parte, la bella italiana, a medida que se iba recobrando, perdía en su rostro aquel tono macilento de los primeros días. Los miembros de su cuerpo adquirían también más vigor. Ya no le eran necesarias dos sillas —una para el busto, otra para las piernas— donde caía medio desvanecida, totalmente rendida por el esfuerzo de haber venido andando de su casa al café.

Desde que Rodrigo Mur llegó a nuestras tertulias, los ojos de Erilda se clavaron en su cetrino rostro y ya no se separaban de él en todo el tiempo que duraba la grata reunión. La bella napolitana sentía sin duda bullir en sus venas la sangre a

la que el Vesubio fraterno parecía haber comunicado todo el ardor y el tumulto de sus entrañas en combustión.

Qué final habrán tenido aquellos ardores.

Insaciable don Balbino

Desde el Café de París fuimos a verle una tarde en calidad de malagueños exiliados. Era lo menos que podíamos hacer —Anaya, Armasa y yo— en honor del prelado de nuestra tierra.

Don Balbino, si como teólogo pudiera ser eminente, y acaso como obispo decorativo e irreprochable, como hombre o en sus relaciones sociales con sus feligreses no gozaba de la menor simpatía. Parecía al verle que toda la majestad de la púrpura romana gravitaba exclusivamente sobre sus hombros. Lo mismo que el pavo real abre policromas alas y eriza las plumas de su gorguera, así don Balbino, creyéndose armado caballero de la Curia Papal, no olvidaba nunca añadir a su armadura el gorjal de sus latentes vanidades de hombre.

Se contaba en Málaga una anécdota que acaso no fuese real, pero que reflejaba fielmente sus maneras y su carácter. Al ausentarse un día su hermana —que con él vivía en el palacio episcopal— se encerró don Balbino en su despacho para que nadie lo estorbara. A su regreso, la hermana llamó en vano a la puerta del despacho. Su mayestático hermano ni abría ni contestaba a las llamadas. Fue preciso forzar la puerta. Al abrirse ésta se vio al señor obispo que, ante su mesa, continuaba imperturbable su trabajo.

—Pero, ¿no oías, Balbino? —inquirió asombrada su hermana.

—Sí, sí, oía perfectamente. Pero no supondrás que yo iba a levantarme para abrir la puerta.

Se había librado milagrosamente del furor de las turbas en Málaga, que les buscaron tenaces. El cónsul Bianchi, que

salvó a otros muchos, logró embarcarlo en un buque de guerra que al obispo y a su hermana trajo hasta Tánger.

Nos recibió en el Obispado tangerino, donde los franciscanos españoles lo alojaron con la dignidad debida a su alta jerarquía. De no ser así, ¿habría él aceptado acaso? Ni qué decir tiene que a don Balbino había que servirle el yantar en su propia habitación, porque él no podía descender a hacerlo en el refectorio de la comunidad, hasta donde bajaba el obispo local.

Don Balbino se dignó recibirnos, aunque sin prescindir, por supuesto, del aire solemne, ceremonioso, episcopal en fin, que él se imponía siempre en estas recepciones. Lo encontramos sentado solemnemente en un ancho y alto sillón, forrado de terciopelo rojo y con respaldo y brazos de contornos dorados. Era un sillón que los buenos franciscanos de Tánger conservaban como recuerdo de un antiguo sultán marroquí. El histórico sillón se alzaba sobre un estradillo de madera. A su lado, casi perdida y esfumada en un simple sofá, apenas si destacaba la silueta, humilde y franciscana en suma, de aquel bondadoso y amado padre Betanzos, al que todos los feligreses y extraños querían por su modestia. Los dos —don Balbino y el padre Betanzos— tenían las mismas calidades prelaticias. Pero el uno absorbía por entero al otro, aunque sólo fuera en apariencia. El franciscano nos acogió amable y sonriente, con aquel gesto de bondad que derramaba sin tasa.

Don Balbino, sin alterar su solemne compostura, nos hizo la merced de ofrecernos su amatista a la altura de nuestros labios.

Hablamos de Málaga. Ni aun en el terror del pavoroso recuerdo perdió don Balbino su solemnidad. El pueblo de Málaga había extraviado la razón. Fue horrible. No respetaron nada. Ni siquiera a su Prelado.

—Ya pronto acabará todo —intervino Anaya, para dar un nuevo tono a la conversación.

—Cuestión de horas —confirmó el padre Betanzos, bien informado en Tetuán.

—Y cuando entren las tropas —terció Armasa— lo menos caerán diez o quince cabezas.

—Más, muchas más —corroboró, enérgico y vindicativo don Balbino.

—Pongamos veinte —concedió Armasa, brillándole en los ojos un destello de la malicia que no había querido poner en los labios.

—Más, más —seguía repitiendo don Balbino maquinalmente, como si con la imaginación fuera colocando ceros a una cifra que Armasa no había aumentado.

Anaya y Armasa cambiaron una mirada llena de expresivo silencio.

El padre Betanzos, replegándose al fondo del sofá, como horrorizado ante lo que don Balbino auguraba para cuando las tropas de Franco entrasen en Málaga.

Y yo pensaba: tanto mártir de la Iglesia española... Pero ¿cómo has dejado escapar esta ocasión, Dios mío?

Hay que abandonar el Zoco Chico

—Tienes que salir de aquí —me había dicho González Anaya apenas se dio cuenta del ambiente que me rodeaba.

Todas las mañanas, antes de levantar los cierres metálicos de la librería, era preciso emplear varios cubos de agua y una escoba para hacer desaparecer las nauseabundas huellas que el odio y la incultura habían dejado allí durante la noche. Dentro, un hedor espeso, insoportable, parecía flotar, impregnándolo todo. Hasta que no mediaba la mañana y el aire se renovaba, no era posible permanecer allí mucho tiempo.

Había que huir del Zoco Chico y de sus mefíticos aires... revolucionarios. Encontré un nuevo local a la entrada de la calle de Fez, inmediato a la plaza de Francia. En pocos días todo quedó arreglado. Salvador me ayudó bastante con su

experiencia de viejo librero. Él se encargó de la colocación de los libros por materias. Y llegó al fin el día de la inauguración del nuevo local. Éste era espacioso, alegre y soleado. El conjunto adquirió cierto empaque acogedor y agradable.

Con el traslado de la librería a un local más limpio y más alegre tanto en su interior como en la periferia, mi espíritu quedó penetrado de una paz serena y reconfortante. Lejos del venenoso rencor, del estrepitoso alarde y la ostentosa algarrabía de los que no saben vivir en silencio, sin atropellar a los que cruzan. Hombres que no saben gozar del placer que el trabajo proporciona —por sí mismo— si no es de forma ostentosa, para que todos se enteren y lo alaben. Ellos no conciben a la abeja laborando en la oscuridad y apartamiento de su colmena. Serían, sí, abejas, pero en colmenas de esas modernas que llaman «mobilistas» y que dejan al descubierto el interior para que pueda verse desde fuera.

En el curso de toda mi labor periodística demostré siempre mi amor a España y no olvidé nunca reservar un lugar en mi corazón para Tánger, este pueblo que no me ha dado riquezas materiales —yo no he sabido encontrarlas—, pero sí me ha proporcionado muchas horas de paz y serenidad, en contraste con las inquietudes apremiantes del día. La paz que, como dijo alguien «no es un regalo de Dios, sino un deber arduo que hay que conquistar cada día a fuerza de sobrehumano amor».

Capítulo Séptimo

Los grilletes del carácter

Temperamento y carácter son como grilletes que nos ponen al nacer. Con ellos hemos de ir ya de por vida por los caminos del mundo. En inútil cuanto hagamos por desasirnos de tal sujeción. En cualquier circunstancia, ante no importa qué hecho ni ocasión, los grilletes no nos dejarán actuar libremente, sino con arreglo a nuestro temperamento. Grilletes inexorables que nos esclavizan sin remedio.

Con tales grilletes fui por el mundo. Genio y figura, que dice el pueblo, condensando en el refrán toda su propia experiencia.

He aquí algunas muestras de la mía en el largo y áspero camino.

La independencia de la sencillez

De mi padre heredé la rectitud, en cierto modo ingenua, que muchos interpretan torcidamente como simpleza. De mi madre —creo, o tal vez anhelé siempre— la actividad que no permite dejar la tarea que se emprende en tanto no esté rematada; y también la facultad de poder atender varias cosas al mismo tiempo, sin perder la ilación, concatenadas entre ellas. En mi niñez dejó una decisiva influencia el contacto que tuve con la naturaleza durante mi estancia en Filipinas; no tanto por lo dilatado, como por la edad propicia y blanda para las huellas profundas que dejó esta estancia. Algunas veces, los lugares donde viví eran tan apartados que, para los nativos, fueron mis hermanas las únicas mujeres blancas que, después de la virgen del templo local, habían visto en sus vidas. En aquellos lugares casi como calveros de la misma selva, no contaminados aún por esos impuros contactos que trae la civilización, se deslizó lo mejor de mi niñez: periodo suficiente para dar forma concreta a mi espíritu, dejando marcada en él

la impronta de mi independencia y rebeldía hacia los convencionalismos sociales.

Una aventura en París

En mi primera juventud fui un tanto incivil, si se quiere; de una independencia salvaje, pero con un fondo de jugosa y arraigada sinceridad. Hasta después de mi llegada a Tánger, cumplidos ya los veinticinco años, y a pesar de haber rodado por casi medio mundo, no supe jamás lo que era un pasaporte. En el ancho recorrido por el extranjero no tuve nunca contacto con un consulado de mi país. Pero esta afirmación no es del todo exacta, porque sí que visité el consulado español de París.

Tras una alocada correría por diferentes países de Europa, en la que invertí casi todo lo ganado en Sudamérica, me encontré en París un día sin un céntimo y hasta sin un mal catre donde reposar los quebrantados huesos. Ya había vendido por un luis de oro mi rizada melena bohemia a un barbero que se dedicaba a la confección de pelucas. Ciertamente que si yo hubiera sabido el tormento a que me iba a someter aquel fígaro, le habría arrojado a la cara el luis que tanta falta me hacía en tales momentos. Me impregnó, primero, los cabellos con un apestoso mejunje que me los dejó convertidos en una espesa pasta. Luego, lentamente —*ne bougez pas*—, con una maquinilla especial, me los fue recortando hasta conseguir el propósito de obtener la cabellera casi en bloque. A punto estuve de levantarme del sillón donde tan a menudo hube de evocar a Torquemada y salir a todo correr. Pero me contuvo el recuerdo de que sólo hacía unas horas que el gerente del hotel Chambón me había recordado —muy amablemente, eso sí— que era preciso pasar antes por la caja si yo quería conservar aquella pequeña *chambre* del último piso, desde cuyas ovaladas ventanas veía por las mañanas la vasta y bella perspectiva de la plaza de la Concordia. La necesidad de vivir y las áu-

reas influencias de un luis exigen, en verdad, sacrificios de los que nunca me hubiera creído capaz.

Con el luis de la melena pude costearme una cama y el sustento del día en aquellas providenciales *soupes populaires*, hasta que me llegaran los recursos que había pedido a Madrid. Desde que presentí la catástrofe, escribí a mi fraternal amigo Luis Linares Becerra, padre de esas dos hermanas escritoras que gozan hoy de popularidad por sus novelas. Antes de salir de Montevideo le había remitido a Linares unos miles de pesetas, «para lo que pudiera ocurrir a mi regreso». Por fin, un sábado por la mañana, me entregaron en «poste restante» la carta en que mi amigo me incluía un cheque de mil francos. Francos que, aun siendo de los *viejos*, tenían entonces más valor adquisitivo que los *nuevos* de ahora. Corrí desalado a la plaza de la Ópera, donde se hallaba la *Société Générale*. La caja había cerrado ya. Y, como era sábado, no abriría hasta el lunes. Con el ánimo decaído y los pies deshechos de tanto corretear, quedé unos momentos sin saber qué hacer. Concebí una idea que, aunque a mí me pareció luminosa, resultó completamente sombría: iría al consulado de España. Dejando allí como garantía suficiente el cheque recibido, me podrían proporcionar doscientos o trescientos francos con que resistir hasta el próximo lunes. El cónsul, como es natural, no me recibió. Lo hizo en su lugar un joven de una amabilidad escurridiza. *El señor cónsul está muy ocupado*. Podía decirle a él cuál era el objeto de mi vista. Le expliqué mis pretensiones. Entró de nuevo a explicárselas al señor cónsul. Regresó pronto. El señor cónsul lamentaba decirme que él no tenía fondos disponibles para tales atenciones. Le hice observar que yo no solicitaba un socorro, sino un simple anticipo particular —que no podía esperar de nadie en París—, pero dejando como garantía el cheque en cuestión.

Todo inútil. El señor cónsul se mostraba desolado por no poder atenderme. Antes de que me viera yo en el compromiso

de tener que entrar a consolarlo, abandoné el consulado y me marché a la calle. Estaba dispuesto a pasar aquella noche como fuera, hasta ver si el domingo se me ocurría algo de más provecho, menos oficial y también menos inhóspito que un consulado español.

Y pasé aquella noche con el estómago más limpio y reluciente que el revés de un violín, derrumbado sobre un banco del Luxemburgo. Tan triste me sentía, que hasta llegué a crearme poeta. Pasó un mendigo. Imploró limosna de otras personas. A mí ni se me acercó siquiera, intuyendo acaso la vacuidad de mi bolsillo. Cuando el mendigo se alejó, anonadándome con su indiferencia, quedé hundido en la humillación y en la tristeza. Lentamente, no sé si desde la dolorosa oquedad de mi estómago o del fondo de mi espíritu atormentado, fueron subiéndome a los labios unas vulgares estrofas que la memoria ha guardado, como sencillo y modesto relicario hecho con los retazos de mi melancolía:

*Durmiéndome en el banco de un paseo,
alcoba en que la luna me preside,
la magnitud de mi desgracia veo
cuando pasa un mendigo y no me pide.
Y sintiéndome solo y tan caído,
mientras sueño en quimeras fraternales,
¡con qué negra tristeza he comprendido
que la miseria y yo somos iguales!*

La verdad es que el señor Cubas —así creo que se llamaba el digno señor cónsul de España en París—, con un poquitín más de sensibilidad y comprensión, podría haberme evitado este desahogo que Castalia no me habrá perdonado.

Al día siguiente hallé en un hotelero del Barrio Latino la protección que no pude encontrar en el cónsul de mi país. Tuve, sin embargo, que esperar unas horas en el *hall* de su *meublé* —el negocio es el negocio—, hasta que unos furtivos

y tiernos tórtolos dejaron libre el fementido lecho donde habían de reposar más tarde mis huesos.

El duelo

«Los abajo firmantes, Don Mariano Jorro y Don Manuel Quero, en representación de Don Ricardo Ruiz, y Don Alberto Lorenzana y Don Emilio Sanz, en representación de Don Alberto España, reunidos para zanjar una cuestión de honor suscitada por un artículo publicado en el periódico de esta localidad *El Porvenir* el día 10 del actual [1914] con el título de «La fantasía de los corresponsales - El Raisuli y la peste», del cual se ha declarado autor el Sr. España, reivindicando para sí las responsabilidades que del mismo pudieran derivarse, los Sres. Jorro y Quero, en nombre de Don Ricardo Ruiz, han manifestado que su representado se considera ofendido por el contenido de dicho artículo, y piden una rectificación del mismo o una reparación por las armas. Los Sres. Lorenzana y Sanz contestan que su representado, el Sr. España, no acepta el hacer una rectificación, y queda acordada la reparación por las armas de las ofensas inferidas.

Designado Don Ricardo Ruiz como ofendido y Don Alberto España como ofensor, los representantes del primero eligen como arma de combate el sable, como lugar de encuentro el Teatro Cervantes de esta población, como hora las 10½ de la mañana del día 16 del actual. El lance tendrá lugar en tres asaltos de 4 minutos cada uno con intervalos de otros cuatro minutos y se dará por terminado el combate cuando uno de los contendientes se encuentre a consecuencia del mismo en condiciones de inferioridad respecto al otro.

De común acuerdo entre los cuatro representantes queda nombrado Juez de Campo D. [ilegible] García Martínez.

Los representantes de D. Alberto España notifican que D. [ilegible] irá como médico; los de Don Ricardo Ruiz nombran a Don Francisco Triviño.

Se da esta acta por duplicado en Tánger el quince de marzo de mil novecientos catorce.

El interlineado «El Porvenir» vale.

Emilio Sanz

Alberto L. Lorenzana

Manuel Quero

Mariano Jorro

Por imposibilidad material de realizar el lance en el Teatro Cervantes se acuerda que éste tenga lugar en la propiedad de Don Carlos Massa situada en el Camino del Monte.

Emilio Sanz

Alberto L. Lorenzana

Manuel Quero

Mariano Jorro

Los abajo firmantes certifican: que en la propiedad de Don Carlos Massa situada en el Camino del Monte se ha celebrado en la mañana de hoy el lance a sable concertado entre Don Alberto España [y] Don Ricardo Ruiz en las condiciones acordadas en el acta de encuentro firmada ayer por [estos] mismos señores.

En el primer asalto a los tres y medio minutos de empezado éste recibió Don Ricardo Ruiz una herida en el brazo que Don Francisco Triviño, como médico, consideró que colocaba a dicho señor en condiciones de inferioridad respecto al contrario y quedando, por tanto, cumplidas las condiciones del lance Don Juan García Martínez como juez de campo lo dio por terminado.

Ambos combatientes han dado pruebas de caballería durante el lance y al terminar el mismo se estrecharon las manos en señal de reconciliación.

Dada por duplicado hoy diez y seis de marzo de mil novecientos catorce.

Emilio Sanz

Alberto L. Lorenzana

Manuel Quero

Mariano Jorro

[NOTA MECANOGRÁFICA DE ALBERTO ESPAÑA]

La mañana era espléndida. El cielo alto y azul. Los campos verdes y luminosos. El buen Dios se mostraba propicio. Y he aquí que por el camino andaban ocho caballeros. ¿A dónde irían estos caballeros en esta mañana tan luminosa? Yorick, curioso, fue siguiendo a los ocho caballeros. Los cuales se detuvieron cerca de una plaza de toros que por allí había. Luego sacaron unas relucientes tizonas, las examinaron y después de todas las minuciosidades propias del caso se las entregaron a dos de aquellos caballeros, retirándose a un lado los restantes.

Uno de los combatientes —que de esto tenían traza— era mozo y de buen talante. Melena rizada y el bigote menudo y retorcido. El otro, grueso y joven aún. Los gruesos lentes le ponían cierto aire de gravedad en el rostro, donde se destacaba un grueso y negro bigote. Era grueso y un tanto cargado de espaldas.

Y, de pronto, aquellos caballeros se atacaron con saña. Relucían los aceros bajo el sol. Los dos batallaban llenos de saña y valentía. Se buscaban el cuerpo ahincadamente con el filo de las espadas. Recios eran los mandobles.

Mas al cabo de cuatro minutos de pelea, el mozo de melena rizada le dio un tajo en el brazo al contrario. Se acercaron otros caballeros y después cambiaron breves palabras.

Los ocho caballeros se retiraron marchando hacia Tánger por donde había ido.

16-3-914

Me enfrento a un *personaje* de la época

Dejándome deslizar por este plano sentimental y nostálgico, recuerdo también otro hecho que es nuevo y subrayado perfil de mi carácter, poco inclinado al halago bochornoso y sonrojante. Dadas las infinitas ocasiones que se me han presentado a lo largo de mi profesión periodística y el frecuente

trato con personas en trance fácil de otorgar recompensas, de haber tenido yo estas cualidades serviles otro gallo me cantara, como suele decirse vulgarmente. Por lo menos en el pecho o en una de mis solapas no habría sitio suficiente para colocar esas latitas o cintajos en los que cifran su vana aspiración muchos imbéciles.

Un allegado mío al que deseaba ayudar tenía necesidad de cierto apoyo del Ministerio de Estado para resolver en Tánger un asunto de vital importancia para él y que a nadie perjudicaba. Hablé de ello con Ruiz López, el director de *El Porvenir*, donde yo trabajaba a la sazón. Me dio una carta para nuestro corresponsal en Madrid, Javier Betegón, antiguo redactor político de *La Época* y a la sazón Subdirector de Agricultura.

—Es persona —me dijo Ruiz López— bien situada y de indudable influencia en el Ministerio de Estado.

Fui a Madrid. Yo conocía a Betegón a través de las crónicas que nos remitía para el periódico —una quincenal—, que le reportaban del Ministerio de Estado una «gratificación» de mil pesetas mensuales. Es decir el doble de lo que a mí se me pagaba por la confección diaria del periódico, desde la cabecera hasta el pie de imprenta. Pero es muy natural que, aun siendo la galera la misma, se valoren más los servicios del cómitre que los de un simple galeote.

Firmaba Betegón sus escritos con el espiritual seudónimo de... Jotabé. Su estilo era mate, sin un destello cultural ni ideológico; pero cobraba como si los tuviera. Su cargo de Redactor Político de *La Época* le había granjeado amistades y relaciones que facilitaban su carrera en el campo de la política. Gobernador, diputado, ahora subsecretario de Agricultura, bien que él no había sabido distinguir nunca un bancal de cebada de un melonar. Cuando Ruiz López, por mediación de su cuñado, Rodríguez Lázaro —cuyo cadáver apareció una mañana flotando sobre las turbias aguas del Jarama—, logró

el apoyo del Ministerio de Estado para el diario *El Porvenir*, llegó el asunto a la nariz de Betegón, y consiguió aquella cómoda y pingüe correspondencia. No sería un periodista brillante, pero poseía un buen trasteo de mano izquierda y una buena dosis de osadía como complemento. No hacía falta más para auparse.

Apenas llegado a Madrid me puse a la tarea. No fue cosa fácil. El señor Subsecretario estaba *ocupadísimo*. Al fin, tuve suerte otro día. Naturalmente, fue preciso rellenar un impreso. Cosa breve, por fortuna, pues no tuve que entrar en pormenores acerca de quiénes eran mis padres ni a qué edad murieron. Tampoco me fue preciso consignar si había cumplido mis deberes militares con la Patria o conservaba aún la muela del juicio. Nada. Todo muy sencillo, aunque un poco largo el impresito. Me pasaron, primero, al despacho del Secretario del Señor Subsecretario. Desde allí, todo fue ya más fácil. Me recibió amablemente. Esto es cierto. Yo me sentía ufanísimo y no sé si al salir luego a la calle me dignaría saludar a cualquier amigo que encontrase.

Lo primero que pude observar fue que don Javier Betegón era más Jotabé que otra cosa. Es decir: el mismo empaque, idéntico léxico ramplón, sembrado de tópicos de los más manidos, y con aquellas previsiones facilonas sobre la situación política de España. La misma visión miope ante los problemas esenciales en juego. Como si me encontrase leyendo una de aquellas crónicas de Jotabé, sin una alusión a lo que a Marruecos podía interesar y acerca de lo que a los lectores de *El Porvenir* resultaría destacado, en una época tan cargada de acontecimientos. Una época, en fin, de la que será preciso recordar que no existía la radio, el telégrafo no funcionaba con la rapidez necesaria y toda la información se concentraba en la prensa. Con todo, el señor Subsecretario —porque el periodista, el corresponsal, desapareció esfumado por completo ante el pomposo político— tuvo frases muy alentadoras

(¿no se dice así?) para el asunto que me llevaba a su presencia.

Tuve que volver dos o tres veces más, con sus consiguientes esperas y sus inevitables trámites. Al fin un día el Secretario me dijo que había buenas noticias del asunto que me interesaba, y así me lo confirmó luego el propio Subsecretario. Pero antes debía yo visitar a un Jefe de Sección del Ministerio de Estado —don Baldomero Lois— con una carta que se me facilitaría en seguida. Mientras él hacía la nota para el Secretario, yo tendría la amabilidad de esperar en el antedespacho. Quedé realmente maravillado de la diligencia y eficacia del señor subsecretario. Y me hundí en uno de los sillones del antedespacho, en espera de la carta que se me había de entregar, para el señor Lois, del Ministerio de Estado.

A las cuatro de la tarde, cuando ya me sentía desfallecido, pues el estómago reclamaba una atención que yo había descuidado con exceso, y al observar que todo se hallaba inmerso en un silencio y una falta de actividad desconcertantes, me levanté del sillón donde había estado dormitando, mientras esperaba, y salí al pasillo. La misma soledad e idéntico silencio. Al fondo divisé una mesa y, dormitando ante ella, un ordenanza.

—No, el señor Subsecretario se marchó ya hace más de una hora.

—No, no, el Secretario tampoco me ha entregado nada. Lo siento, señor.

En aquella misma mesa escribí una carta concebida en los siguientes términos:

Señor Betegón:

El cargo que usted desempeña se halla, sin duda, a un nivel bastante más elevado que el mío; pero estimo que ello no le da a usted derecho a hacerme objeto de una actitud que yo, con bastante eufemismo, considero descortés. No le niego en absoluto su libertad para atender

o no las pretensiones con que le he molestado, pero no la tiene, en modo alguno, para confundirme con un paraguas que uno se deja olvidado en un rincón.

Salgo esta misma noche para Tánger, de donde, por lo que veo, no debí salir.

En el Tánger... diplomático

Y a Tánger me vine, en efecto, convencido de que yo no poseía las condiciones necesarias para obtener de los encumbrados las mercedes que éstos se dignan repartir de vez en cuando y a costa de ciertas humillaciones. A Tánger me vine para continuar mi ingrata tarea de hacer que las crónicas de Jotabé se destacaran en las páginas de *El Porvenir*, si no por la envidia de su contenido, sí por el lugar preferente que el autor no olvidaba nunca reclamar en las propias cuartillas. Volví a Tánger para continuar aquella torturadora espera del telegrama que, por conducto de nuestra Legación, recibía para el diario. Recibía cuando el Ministro no había tenido una «visita importante» o no había salido a dar un higiénico paseo por los bellos alrededores de la ciudad. En tales ocasiones el telegrama quedaba retenido en la Legación hasta el día siguiente, cuando ya no podía aprovecharse. Y me dolía no ya la esterilidad de mi propio esfuerzo, sino la de todos aquellos que habían intervenido en la labor.

En Madrid, una agencia que cobraba del Ministerio de Estado por este menester encargaba del trabajo a un redactor. Éste, que no ignoraba el destino de aquel telegrama, tampoco se preocupaba gran cosa de seleccionar las noticias que hicieran más eficiente el cometido. Recortaba las noticias que buenamente aparecían en los diarios de la mañana. Pegaba luego esos recortes en una hoja de papel y los enviaba a Telégrafos, sin tomarse el trabajo de tachar de esos recortes los artículos, las preposiciones o conjunciones inútiles en un telegrama. Redactado éste en debida forma, podía haber conte-

nido tres o cuatro veces más noticias aprovechables. El telegrafista sufría las consecuencias de tal despreocupación, pero, algunas veces, como no ignoraba tampoco el destino de la «chuleta», retrasaba cuanto podía su transmisión, para que le tocara al compañero de turno siguiente. La víctima final y verdadera era yo. Mis nervios se consumían diariamente en una espera agotadora. Y así un día y otro día, un mes y otro mes, desde que me hice cargo del periódico.

Este mismo desbarajuste *oficial* fue aun más lamentable y, sobre todo, oneroso para el Estado, durante la guerra europea de 1914. Los ingleses, apenas declarada la guerra, cortaron todos los cables marinos que amarraban en Tánger. Sólo quedó utilizable el cable inglés. Por él llegaba, pues, nuestra «chuleta». Pero como ya no eran nuestros telegrafistas los que realizaban la transmisión, sino los extranjeros de la Via Eastern, España tenía que abonar a esta empresa el importe de cada palabra, incluidas las consabidas preposiciones, conjunciones, etc., que nadie se ocupaba de suprimir. Y como el telegrama venía dirigido a la legación de España y no al diario, no se aplicaba en la tasación de las palabras la tarifa de prensa, sino la ordinaria. Es decir que por un telegrama que podía haber quedado reducido a un centenar de palabras, el Estado español pagaba a la Eastern tres o cuatro veces más de lo debido. ¿Utilidad para el diario? La misma y deplorable de siempre, porque si el Ministro estaba ausente el telegrama quedaba en la Legación hasta el día siguiente o, en el mejor de los casos, hasta las ocho de la noche, cuando el diario estaba ya voceándose en el Zoco Chico, desde una o dos horas antes.

Y pensar que con el dinero que el Estado gastaba en este servicio desaprovechado podría haber tenido el periódico, dejándolo en libertad, una cuidada y eficiente información. Menos mal que la guerra sólo duró cuatro años.

La rutina sigue su curso

Terminó la guerra. El cable español quedó reparado, aunque, por las muestras, la Dirección General de Comunicaciones no se enteró de ello. Todo el servicio telegráfico que venía de España a Tánger —y me supongo que a todo el resto de Marruecos— seguía transmitiéndose por el cable inglés de la Eastern. Esto quiere decir que incluso los telegramas oficiales tenían que abonar su importe a la citada empresa extranjera. Desde Marruecos para España el servicio se cruzaba, naturalmente, por nuestro cable. Pero el de España para acá se hacía por el inglés.

Ante semejante irregularidad de la que no se preocuparon quienes tenían el deber de hacerlo, yo, sin ninguna obligación, y sólo llevado por mi inquietud y patriotismo, escribí una carta particular al Director General de Comunicaciones, que lo era el señor González Ruano. Lo ponía en antecedentes de lo que sucedía. Y le advertía en mi carta que no exponía el caso en un artículo porque me dolía poner en evidencia a los servicios españoles, que nosotros debíamos presentar aquí como inmejorables. El señor González Ruano respondió en un telegrama oficial agradeciendo mucho mi carta y diciendo que adoptaba las medidas inmediatas que evitasen la repetición de tan lamentables hechos. Apenas recibí este despacho corrí al telégrafo español, donde entregué este otro: «Muy agradecido su celo y diligencia, pero debo advertirle que su propio telegrama llegó por cable inglés».

No hará falta decir el revuelo que se produjo. El telegrafista que había recibido el despacho del Director General y lo pasó al cable de la Eastern —como por rutina se venía haciendo— fue suspendido de su empleo y sueldo durante unos días. En fin: un escándalo mayúsculo, pero sin el cual es posible que aún siguiera haciéndose el servicio de la misma forma.

No hay jactancia, ni menos vanidad, en estas evocaciones. Sólo me anima el afán de que los míos, a quienes dedico este escrito, se expliquen y comprendan las razones por las cuales, a pesar de una labor intensa y constante, y no obstante mi frecuente trato con personas de calidad y efectiva influencia —muchas de ellas hipersensibles al menor halago—, no he escalado lugar prominente, como hicieron otros muchos. Y ¿para qué? Para terminar un aciago día con una ominosa multa de cinco mil pesetas por TRAI­DOR A LA PATRIA.

Capítulo Octavo

Flores, espinas y rencores

El martillo y el yunque

Es una verdad bien contrastada por la realidad que los riesgos de que se halla siempre erizada una guerra crean en los combatientes —sobre todo en los jóvenes, que aún no tuvieron tiempo de vivir las sucesivas etapas de su Destino— una mentalidad especial que los lleva al afán de figurar como actores de hechos en los que ni siquiera habrían pensado, de haber vivido en plena normalidad. En unos, la posibilidad de morir acaso mañana les incita al disfrute de aquello que fue para ellos lejana e inaccesible ilusión o simple culminación inmediata de anhelos y aspiraciones que en el curso de su vida juvenil, pacífica y cotidiana, no hubieran creído tener tan a la mano.

Algo de esto debió de ocurrirle a mi hijo, cuando desde el frente de Madrid, donde luchaba, me escribió diciendo que estaba decidido a casarse a todo trance. Llevaría consigo a su mujer hasta el lugar más inmediato de las trincheras, donde actuaba como alférez de la Legión. No reflexionó que sólo tenía veinte años, ni tampoco paró su atención en los innecesarios riesgos a que expondría a su esposa. Tendrá que ir —le dije— de un lado para otro, errátil y angustiada, a la zaga del marido, como una de esas cantineras de Regimiento que van con los soldados. Todo inútil. No pensaba en otra cosa que en satisfacer lo más pronto posible su deseo, antes de que la muerte —que lo rondaba de continuo— pudiera sorprenderle en cualquier momento. Tampoco pensé yo en disuadirle, seguro como estaba de que la experiencia que yo, por más viejo, tenía sobre él no serviría de gran cosa para refrenar sus impulsos ni torcer sus propósitos. Por lo demás, siempre he creído que tanto la adversidad como la desventura sobrevienen a cualquier hora y en cualquier parte. De igual modo que

no lo disuadí cuando marchó a la academia de Xáuen ni lo hice cuando en la elección de destino optó por la Legión, ni en otras decisiones que tuvo después a lo largo de la guerra. Nunca me habría consolado de una adversidad de la que acaso se hubiera librado de haber seguido sus naturales impulsos y no el paternal consejo.

Realicé, pues, todos los preparativos consiguientes. La documentación quedó pronto arreglada. Como los dos contrayentes eran tangerinos, la misión franciscana y el consulado dieron todas las facilidades. Así las cosas, escribí a mi hijo para que cuando tuviera el oportuno permiso de sus jefes viniera hacia Tetuán y mientras gestionaría yo su autorización para venir a Tánger. Lo esencial era que su estancia en Tánger, dadas las circunstancias, fuera lo más corta posible. No quise aceptar el amable ofrecimiento que me hizo, espontánea y cariñosamente, el bonísimo padre Betanzos. «Yo mismo iré a buscarle en mi coche, y así no habrá que esperar el permiso oficial», me dijo con aquella inolvidable sencillez. Quise hacerlo todo por sus trámites legales, aunque ya es sabido que no siempre la línea recta es el camino más corto para llegar adonde uno quiere.

Fui a ver al doctor Amieva, que, como delegado de la España nacionalista en Tánger, era el indicado para gestionar la autorización necesaria a fin de poder cruzar la frontera entre Tetuán y Tánger. Casualmente encontré a Amieva a la entrada de la delegación. Subí con él las escaleras de esta dependencia. Lo natural hubiera sido que con él siguiera hasta su despacho. Sin embargo, me detuve en la sala de espera y lo dejé pasar a la habitación inmediata, donde tenía su despacho. Grande sería el quehacer en éste del doctor Amieva, porque hasta tres cuartos de hora después no vinieron a advertirme que podía entrar. Le expuse escuetamente mis pretensiones. La ceremonia de la boda se celebraría con la mayor

brevedad. En resumen, la estancia de mi hijo en Tánger sólo duraría unas horas escasas.

El doctor Amieva me oyó silenciosamente. Después me hizo una dilatada y hasta documentada exposición de las circunstancias por las que atravesábamos en la Zona Internacional. Las relaciones con las autoridades de ésta eran muy críticas. Precisamente...

Lo oí sin interrupción, aunque un vago presentimiento de la verdad empezó a penetrarme, lo mismo que una luz se filtra por los resquicios de una puerta que deliberadamente hemos querido tener cerrada. Amieva terminó su exposición sobre las «circunstancias» llevándose la mano al pecho y lamentando sincera, profunda y hasta conmovidamente no poder acceder a mis deseos.

Al advertirlo así, tan consternado, casi estuve a punto de acorrer en su ayuda para aliviarlo de aquella horrible pena. Pero opté por levantarme, despedirme cortés y respetuosamente, y dirigirme a la puerta. Ya en ella, el doctor Amieva, en un tono que no sabría decir se fue de curiosidad amistosa o de pérfido regodeo, me preguntó:

—¿Qué piensa usted hacer?

—No se preocupe. Alquilaré un taxi y en él llevaré a la novia y a su madre ante el padre Buenaventura, que es quien ha de casarlos.

Y, sin más, me incliné de nuevo, con todo respeto, y salí a la calle.

A la bendita calle para aspirar con ansia el aire puro de la mañana que aún no había tenido tiempo de contaminarse con las miasmas de las actividades humanas. No sentía nada, ni odio ni rencor. Sólo tristeza y un enorme vacío. Pensaba, sí, que cuando uno es yunque nada más natural que soportar los golpes del martillo.

El rencor, a pesar del tiempo transcurrido, no había logrado marchitar la roja flor espinosa del odio.

El primer número de *Presente*

En febrero de 1937 apareció el primer número de *Presente*. Su título indicaba ya los ideales que pretendía defender. Realmente hacía falta un periódico que mantuviese informados a los adictos de Franco de lo que acontecía en los frentes de sus tropas. *El Porvenir* y *Democracia* eran los informadores del bando contrario. Tanto uno como otro mentían con un descaro inaudito. En diferentes ocasiones habían anunciado como inminente, *para aquella misma madrugada*, la caída de Córdoba y la prisión de su defensor, el coronel Cascajo. Cuanto al *traidor* Aranda, no era posible ya que pudiera resistir el feroz empuje de los mineros del Naranco, que lo tenían «totalmente cercado».

Presente se confeccionaba en la imprenta de la misión franciscana. Tropezó al nacer con el inconveniente de que no podía figurar como director responsable ningún periodista español. Las autoridades internacionales habrían tenido que expulsarlo de Tánger, a petición del «representante legal» de España. Hubo que apelar a los buenos oficios de un amigo extranjero, que en esta ocasión fue el italiano Avellone. De hecho empezó a dirigirlo Pedro de Répide, que había logrado escapar de Madrid. La prosa ática y galana de Répide dejó en las columnas de *Presente* muestras inequívocas de su galante estilo. Pero pronto abandonó este cargo para marchar a Venezuela, cuyo presidente lo había invitado. Entonces me hice yo cargo del periódico, sin le menor retribución, por supuesto. Había que redimir por el trabajo un delito no cometido. «Sobre ti», me dijo Répide una tarde en la imprenta, «ha pasado una de las ruedas del carro. Dale gracias a Dios que no te alcanzaran las dos, como acaso fuera el propósito». Y yo se las daba todos los días, cuando por las mañanas veía que aún vivía.

En *Presente* colaboró también el magistrado Díaz Merry, que hacía unas glosas en torno a las nuevas leyes que se dic-

taban desde Burgos. Asimismo trabajaba con nosotros el fiscal del Tribunal Mixto, don Ángel de la Guardia y Pi, nieto del famoso presidente de la Primera República Española. La Guardia vino a Tánger designado por el gobierno de Madrid en sustitución del señor Franqueira, que se vio obligado a dimitir como consecuencia de los sucesos acaecidos en nuestra legación, según queda narrado en otro capítulo. Apenas llegado a Tánger, el señor La Guardia se dio perfecta cuenta de la situación. Pasó momentos muy críticos y amargos. Salió airoso de todo y hoy ocupa un brillante puesto en la Fiscalía del Tribunal Supremo de Madrid. Inteligente y cultísimo, con los seudónimos de «El Bachiller Carrasco» y «El ex Hermano Fausto», dejó el *Presente* pruebas de su pluma brillante y singular, plena de ironía.

Presente, sin otras pretensiones que la de servir un ideal, realizó su cometido con perseverante eficacia. Terminada la guerra, no tenía razón de ser su continuación, mucho menos después de aparecer el rotativo *España*. Al pasar yo a la redacción del *España*, Ceballos me sucedió en *Presente*. Laboró algún tiempo en él y hasta logró convertirlo en diario. Pero su pervivencia no estaba ya justificada.

Del *Presente* al *España*

Era de todo punto indudable que *Presente* había servido como guía y sostén de los que optaron por sumarse a los esfuerzos de Franco. Sin embargo, no era ya el periódico que se necesitaba ante los nuevos rumbos que se dibujaban en el horizonte. Hacía falta un diario que tuviera un matiz independiente y no fuera, en realidad, de Partido, como lo era *Presente*. Leopoldo Ceballos era a la sazón Jefe de Prensa y Propaganda. José Coello, que actuaba como administrador de *Presente*, le había hablado a Ceballos de una imprenta y una máquina que podrían adquirirse en buenas condiciones. Un proyecto modesto, naturalmente, porque las circunstancias en

que se hallaba la nación acaso no permitieran pensar en otro de mayores vuelos. El coronel Beigbeder —Alto Comisario entonces— fue informado de ello ampliamente. Escuchó los informes y pormenores del caso y quedó en estudiar el asunto con mayor detenimiento.

Por aquellos días, y alojado en la misma Alta Comisaría —dada su antigua amistad con Beigbeder—, se hallaba en Tetuán Gregorio Corrochano. El movimiento lo había sorprendido en la Guinea Española. Allí fue con un amigo suyo, hombre de negocios, que husmeaba alguno y habría ofrecido una participación al notable periodista.

Yo conocía a Corrochano desde hacía varios años. Lo conocí cuando se inauguró oficialmente el actual Palacio de la Prensa de Madrid. A esta inauguración fue invitada la Asociación Internacional de la Prensa de Tánger. Ésta me designó para que la representase en el acto... Lo conocí y lo admiré desde que crucé con él las primeras palabras. Corrochano era un hombre de una cautivadora e innegable simpatía. Su trato era realmente encantador. Muy gitano, como se dice vulgarmente. Con una oportuna y donosa anécdota en los labios o un símil taurino a punto, aplicado a la vida, como sazonado fruto de su experiencia adquirida por esos tendidos de Dios y de María Santísima. Un hombre, en suma, con mucha mano izquierda y que, en ocasiones, hasta parecía cordial. Comprendía uno, fácilmente, que Corrochano hubiera alcanzado tan brillante e inmediato éxito en la crítica taurina. Él supo rejuvenecerla con nuevos y más elegantes moldes. Y a través de este prisma de la tauromaquia trataba él a los hombres. Faena lucida, vistosa, de innegable y atrayente sale-ro. Corrochano jamás se confiaba. Él había estudiado a fondo las reacciones de los toros, y sabía —porque era inteligente— que aun los más nobles cornúpetas suelen tener arrancadas imprevistas. Y, claro, las cornadas pueden torcer el camino del más adelantado y malherirlo, apartándolo de la vida para

siempre. Corrochano trataba así a los hombres: los acogía, pasito a pasito, alegre y retrechero, empapándolos bien en la franela de sus donaires. Pero sin confiarse jamás, ni menos dejar que el trasteado se diera cuenta de la táctica empleada. Anteponía, en todo momento, el cerebro al corazón.

A mí los hombres ruidosos, explosivos, que lo arrastran a uno en la onda trepidante de sus afectos, como los que saben «administrar» sus sentimientos, sopesándolos en todo momento o sometiénolos a un cauteloso y escrupuloso cernido en el tamiz del cerebro, me han producido siempre reacciones opuestas: de terror, los primeros; de admiración, los segundos. Por esta razón admiraba yo a Corrochano: porque era cauteloso, o cerebralmente encantador. Se hacía con uno desde las primeras palabras. Pero no apartaba su vista ni de los ojos ni de los cuernos del toro: siempre atento a la imprevista arrancada que pudiera descomponer su figura. El corazón podía latirle a Corrochano con mayor o menor impulso dentro del pecho, mas el cerebro estaba siempre vigilante, libre de cualquier asechanza. ¿No es para admirar todo esto? A mí, por lo menos —acaso porque con tanta facilidad se me sube siempre el corazón a los labios, cuando no es que lo llevo, imprudentemente, en la mano— me producen admiración y hasta un enorme asombro esos hombres que saben cohonestar las relaciones frías y razonadas del cerebro con los alocados impulsos del corazón. Añádase a todo esto que Corrochano escribía bien y hasta con ciertas pinceladas de ternura y emoción. Pero en sus escritos ni una palabra de más ni una de menos, con innegable y exacta noción de la medida para *lle- gar* hasta unos sin olvidar a los otros, que pudieran sentirse injustamente preteridos. Todo sereno, fluido, sin una eclosión imprudente o un borbotón imprevisto. A nadie puede sorprender que la vida reservase a Corrochano, en esa gran corrida que consagra a los toreros una tarde, varias vueltas al ruedo, más las orejas y el rabo de la fiera lidiada.

Que este fue, en fin de cuentas, el resultado que Corrochano obtuvo, primero, en la tienta hecha en la propia dehesa, y, más adelante, durante la lidia, en la plaza abierta, plena de luz y color entre grandes aclamaciones, cuando se enfrentó a aquel hermoso y bien cebado toro que llevaba el nombre de España y pertenecía a la próspera ganadería de Beigbeder.

El proyectito modesto y pequeñín de Ceballos y Coello —que pasó a estudio de Beigbeder y que sería asesorado por Corrochano— se transformó en aquel otro rotativo a todo plan, culminado en el *España* bajo la dirección del insigne periodista don Gregorio Corrochano. Le dio honrosa y solemne alternativa la mano generosa y lubricante de Beigbeder, aquel Alto Comisario que lo mismo regalaba autos a los caídos, para afirmar su decidida colaboración en críticos momentos, que repartía abrazos y *medaúas* entre sus amigos.

El arco tenso de Beigbeder

Beigbeder, para algunos, era un vesánico, terrible por la violencia de sus reacciones. Para otros, que lo juzgaban más serena u objetivamente, o que hablaban en tono o concepto de estómago agradecido, se trataba de un hombre inteligente, sin duda, y hasta bien intencionado, que supo sostener, firme y persistentemente, la entusiasta adhesión que los marroquíes de nuestra Zona prestaron desde el comienzo a la causa de Franco. Beigbeder —dicen quienes lo defienden— supo comprender la importancia y sobre todo la trascendencia que habría de tener en la guerra española la colaboración marroquí. Y se dio gran arte para acrecentarla y mantenerla durante el tiempo necesario.

Conviene dejar aquí bien sentado que la decantada obra de Beigbeder en Marruecos tuvo por base la pródiga caja del Banco de España, clásico factor de decisión en sus «operaciones espectaculares». Mantuvo así latente no la lealtad, sino la ambición de algunos viejos caídos y de un grupo de perso-

najes, creados por él mismo o por el fácil y cómodo procedimiento de enriquecerlos con los dineros de España.

Es de advertir, como dato curioso, que las en Oficinas de las Intervenciones de Marruecos no se afilió ni un solo marroquí, sino que éstos se afiliaban directamente en los Grupos de Regulares y Mehal-las, para ir a combatir a España encuadrados en nuestro Ejército.

En efecto, no quedó un solo *caid* de cabila sin un Mercedes, hasta el extremo de que a Toledano, representante de dicha marca en Tetuán, la faltaba tiempo para reponer las existencias de vehículos. Tampoco quedó pecho de personaje o personajillo del momento sin la correspondiente y consabida Orden de la Medauía.

Beigbeder, que poseía admirables cualidades, tenía un gran defecto, que cierto amigo mío definía gráfica y acertadamente así: «Beigbeder es como una ballesta que tuviera siempre su arco en tensión».

La gestación del *España*

El diario *España* se hallaba ya en plena gestación. El alumbramiento no se haría esperar mucho. El *arco* había llegado ya a su máxima tensión. Al viejo caserón del Paseo Cenarro, que en otros tiempos fue Teatro Moderno, empezaron a llegar, procedentes de Alemania, unos voluminosos cajones. La amplia y hoy oscura sala del ex Teatro Moderno se iba poblando de grandes sombras que adquirirían después formas concretas: en el centro, una rotativa, alta y ancha como un navío; más allá, las linotipias; a un lado, el horno del que saldrían las grandes tejas de plomo; acullá, una buena fila de chibaletes, con sus cajetines colmados hasta los bordes; diversas y anchas platinas; corondeles de variados e infinitos tamaños. Y, repartidos donde buenamente cabían, enormes bobinas de papel continuo, bidones de tinta y cuantos elementos habían de ser necesarios para el fin propuesto. A la

entrada, hacia la derecha, un completo taller de fotograbado, al frente del cual se encontraría un verdadero *as* germano en la materia, capaz de dar alma y máxima expresión al original más desvaído. Todo, en fin, cuanto es indispensable para dar vida a un gran periódico, que ocuparía el lugar que habían dejado vacío, forzosamente, los que en España enmudecieron de momento.

El nuevo gran diario español de Tánger ya he dicho que sería dirigido por Corrochano. Como Redactor Jefe, Tomás Borrás. Confeccionador —con aquel arte y dominio insuperables suyos—, Francisco Lucientes. De los deportes quedó encargado Eduardo Teus, máxima autoridad en la materia. A estas primeras figuras del periodismo español, por entonces dispersas y desarraigadas de sus actividades, se uniría también Fernando Vela —de una gran cultura enciclopédica, maestro indiscutible en todos los órdenes—. Junto a tales estrellas nos alinearíamos los periodistas locales y Alfredo Marqueríe, de fina sensibilidad y pluma ágil, muy estimada. Entre los periodistas locales destacaba Samuel Cohen, cronista de fino coturno, y que ya prometía alzarse hasta un lugar prominente en el periodismo español. De la Sección Local se me había encargado a mí, por ser el más antiguo de los tangerinos. Conmigo trabajarían Antonio Bernal y Manolo Ventura. Éste duplicaría sus funciones de repórter callejero con las de fotógrafo, para lo cual dispondría de una magnífica Leica. De la Sección Económica y Financiera, en fin, quedó encargado Alonso, muy competente en la materia. Un gabinete de radio y teletipos, al frente del cual se hallaría Luis Montero —ex radiotelegrafista de la Legación— completaba este soberbio conjunto. Como auxiliar del gabinete, Miguel Rodríguez Núñez, excelente y nobilísima persona, de gran inteligencia y enorme corazón. Miguel, a quien vi morir hace unos años, era un amigo al que nadie olvida.

Una cena con buen postre

Por lo expuesto bien se ha visto que aquel modesto proyecto de un diario provincianito y vulgar quedó convertido, por la «ballesta» de Beigbeder, en otro magnífico, opulento, que daría un gran prestigio a España. Beigbeder no era hombre que hiciera las cosas a medias ni de forma que otro pudiera deshacerlas después. Entre la Alta Comisaría de España en Marruecos y Gregorio Corrochano quedaba convenido un contrato, por noventa y nueve años de duración, mediante el cual lo hecho quedaba inamovible, por un módico estipendio anual de arrendamiento.

Cuando ya todo estuvo montado y Franqueira hubo también terminado su *montaje* jurídico, la noche anterior a la salida del España se celebró en la Alta Comisaría una cena con la que Beigbeder quiso agrupar en su entorno a los que habían de tripular el nuevo y gran navío de la flota periodística española, que tan maltrecha se hallaba a la sazón en la ensangrentada metrópoli. Hacia el final de la cena se hizo un breve silencio y Corrochano se levantó a hablar.

Corrochano carecía de dotes oratorias. No iba la cualidad de orador con su carácter. La oratoria —aun la preparada, según dijo alguien, como los grandes delitos, con premeditación y alevosía— se presta a deslices en la expresión, un desliz que puede escaparse de una simple exaltación circunstancial. Corrochano habló lenta, pausada y hasta diría que penosamente. Lo mismo que si ascendiera, con unos zapatos nuevos y estrechos, por una cuesta empedrada de puntiagudos y mordientes guijos. Ya se comprenderá que no es posible, ni hace al caso, reproducir aquí con toda fidelidad sus palabras, prefabricadas con tanto esmero. Poco más o menos, recuerdo, entre otros pasajes, el preámbulo, que fue bastante espectacular:

Excelentísimo Señor Director del diario *España* de Tánger [aquí una bien estudiada pausa de «encaje», en torno al efecto que produjera el título de Director aplicado al Alto Comisario]... A ti, Excelencia [y cómo gozaba el periodista de este contraste entre el respetuoso y el familiar tratamiento]... Me dirijo a ti, porque para nosotros siempre serás tú el director de todos los que vamos a trabajar en este gran periódico español. Será en ti, en tu españolismo bien probado, en tu inteligente labor de Capitán, en quien hallaremos la inspiración y el rumbo a lo largo de la gran tarea que nos espera. Tú serás...

En este tono campanudo y solemne continuó Corrochano su circunstancial discurso, en el que destacó cuanto Beigbeder había hecho para la culminación del proyecto. Al llegar a este punto, Borrás, como colofón a los elogios del orador para la obra de Beigbeder, volviéndose al compañero que tenía a su lado, dijo mordazmente: «Sí, pero el *España* será tuyo».

Y lo fue, amplia, total y definitivamente, por obra y gracia del arco tenso, siempre a punto de saltar, de Beigbeder.

Sefardíes y asquenacíes

Bien se me alcanza que para dar cierta calidad a este apartado me bastaría con traer a colación algunas disquisiciones en torno al *Tárgum*, con sus glosas caldeas. Un toquecito entonado a la *Torah* y al Talmud, con algunas alusiones a la formidable labor de los masoretas³³, completaría el conjunto. Mas todo ello no pasaría de un vano y ostentoso alarde de erudición barata y facilona, que no encaja en la índole de este escrito. Mi propósito no es otro que el de recoger un periodo de la vida de Tánger, transcurrido dentro del marco de estas evocaciones.

Todavía crepitaban con ímpetu las ametralladoras de nuestra guerra civil cuando la vesánica persecución de Hitler desvió hacia Tánger un denso conglomerado de judíos asque-

³³ **Masora:** corpus de tradición judaica relativa a la correcta lectura textual de las Escrituras. *Nota del copista.*

nacíes. La elección del lugar para un alto en el éxodo estaba bien hecha, por supuesto. Tánger era por entonces el único sitio del mundo donde todas las víctimas del antisemitismo alemán podían encontrar seguro reposo. Tánger fue un dulce remanso para estos infelices que debieron abandonar sus hogares y sus propios bienes, con el fin de librarse de la furia desencadenada contra ellos. Ni mujeres, ni ancianos, ni niños hallaron clemencia. Los fugitivos sólo podían encontrar en Tánger alivio momentáneo a sus males, o cuando menos la serenidad de espíritu necesaria para rehacer una vida tan cruelmente atropellada.

Al principio, cada cual dedicóse a buscar la senda que lo condujera a la meta anhelada. Una meta que en realidad no era otra que la de vertebrar unas actividades tan brusca y violentamente interrumpidas. No faltaban entre esos fugitivos hombres de carrera, con títulos universitarios, que en el ambiente de Tánger y la amable tolerancia y flexibilidad de sus leyes, les fue posible revalidar fácilmente. Médicos, dentistas o abogados no tardaron en abrirse camino, con el tesonero ardimiento que es característico de la raza. De estos universitarios quedan algunos todavía en nuestra ciudad. Con su ambiente se encariñaron y lograron crearse una situación alentadora. Hombres de negocios, con medios o sin ellos, meros gregarios con alguna preparación para las pequeñas industrias, se movilizaron como Dios les dio a entender en el suave y propicio ambiente local.

Pudo creerse al principio —dadas las diferencias de carácter y sobre todo la superior preparación de los recién llegados— que entre los asquenacíes y los sefardíes aquí residentes pudiera surgir algún choque originado por sus respectivas actividades. No hubo tal, porque el sefardí, con la flexibilidad y finura de su inteligencia, suplió la indudable falta de preparación que los situaba en desventaja con respecto a sus congéneres. Era difícil, en verdad, la convivencia en un cam-

po que se había enrarecido al aumentar de población. Las costumbres, semejantes pero no iguales, la religión —la misma, pero con modalidades distintas y rabinos propios—... Las reacciones pudieron ser bastante opuestas. Sin embargo, nadie ignora la supremacía indiscutible que el tangerino tiene sobre los demás individuos en lo que se refiere a su contacto con otras colectividades de ideologías diferentes e incluso antípodas. Cuanto más tratándose de sujetos que, aunque de costumbres dispares, tenían de común el nexo religioso.

Con todo, como era consiguiente, la lucha por la existencia diaria, aun dentro de la normalidad, hubo de enardecerse un tanto al aumentar el número de contendientes y no ensancharse el campo de la liza. Los sefardíes sintieron el aguijón que venía a espolear el muelle ritmo de sus actividades, hasta entonces no disputadas. Pero supieron reaccionar a tiempo, logrando el equilibrio. Y con él, la paz, que es el más noble estímulo para el trabajo.

La nueva guerra mundial vino a complicar aun más la situación en Tánger. Llegaron nuevos contingentes de fugitivos de la misma índole, a quienes la terrible y abrasante hoguera quemaba los calcañares. No obstante, ahora no venían esos contingentes con un carácter de permanencia, sino simplemente como un alto en el que reponer los primeros quebrantos de tan penoso éxodo. Las organizaciones judeoamericanas, con sus potentes medios, atendieron solícitas, sin perder nunca el contacto con los que huían. Y los encauzaron hacia Israel, en gran parte, u otros lugares donde pudiera serles hacedero y fácil el arraigo.

De los que a Tánger vinieron antes marcharon también todos aquellos que no lograron arraigar firmemente. Otros, que habían creado algunos pequeños negocios con los que hacer frente al porvenir, hallaron oportunidad de liquidarlos con provecho y, al terminar la guerra mundial, marcharon a lugares distintos donde las costumbres y el ambiente les eran

más propicios. Tánger fue para todos un oasis grato y redentor, donde renació la paz de sus espíritus y cicatrizaron las primeras heridas del dolor y la desventura sufridos durante el éxodo.

Tengo la completa evidencia de que ninguno de los que pasaron por Tánger guarda de nuestra ciudad ni una sola pesadumbre con ella enraizada. Por el contrario, siempre recordarán con gratitud y sentimental nostalgia el nombre del pueblo que los acogió con todo amor y sin el menor recelo.

Esplendor, «negocio» y miseria de la moneda hasaní

Varios meses antes de que terminase la guerra española —en noviembre de 1938—, la Asamblea Legislativa aprobó una ley por la que prohibía la circulación de la moneda hasaní en la Zona de Tánger. Se había dado ya públicamente un último plazo para la entrega de esta moneda en las ventanillas del Banco de Estado, a cambio de su equivalente en papel.

Si nos atenemos a las referencias que en relación con la moneda marroquí publicara en su día Ricardo Ruiz, fueron bastante numerosas las acuñaciones legales que de esta moneda se hicieron fuera de Marruecos. La primera, en España, en tiempos de Floridablanca (1870), y por encargo del sultán Mulái Mohammed ben Abdal-lah. Por cierto que quien llevó las negociaciones oportunas de este encargo fue don Juan Manuel González Salmón, primer Cónsul General de España que tuvo Tánger. Hasta entonces había actuado como agente diplomático de España en Marruecos, pero con residencia en Cádiz, un genovés llamado Jorge Patissiati. El papel principal de éste era informar al conde de Floridablanca —su protector— sobre cuantas noticias le llegaban de Marruecos.

Antes de que empezara Marruecos a hacer sus acuñaciones en el extranjero, eran las cecas del país —en Rabat, Fez, Marrákech, Mequinez, etc.— las encargadas de proveerle de las monedas necesarias: el duro o «rial», el medio duro o

«nus rial», el cuarto de duro o «rebaâ rial»; o la peseta columnaria de cinco reales —sustituida más tarde por la «bisita del cara», aludiendo al busto real de la misma—, sustituida por contraposición a la «bisita del flus», con una equivalencia diez blanquillos, nuestro real y medio de vellón.

A partir de la española se hicieron acuñaciones en París, Berlín y Londres, pues cada uno de los embajadores de estos países que se ponía en contacto con los sultanes respectivos procuraba obtener de éstos el correspondiente encargo, no tanto por el provecho que ello pudiera rendir como por no quedar en inferioridad antes los países que ya habían obtenido alguna orden de acuñación. Los últimos sultanes que ordenaron acuñaciones en el exterior fueron Mulái Hasán y su hijo Abdelazís.

En 1985 apareció en Tánger una emisión clandestina de piezas de dos reales (dos dirham), llamadas «guiliano». Una clandestinidad muy relativa, pues que hasta muy recientemente —según tengo entendido— no ha existido ley alguna en Tánger que prohibiera la acuñación de moneda.

La Conferencia de Algeciras dio al Banco de Estado —creado para tal fin— el encargo de velar por el saneamiento de la moneda marroquí. Yo ignoro —y el dato tampoco aparece en los informes de Ricardo Ruiz ni en otros consultados— el grado de fidelidad y el celo con que dicha entidad bancaria cumplió el encargo que se le había confiado en Algeciras. Pero, si nos atenemos a los hechos, éstos no dicen mucho a favor de la forma en que realizó el Banco su misión. Apenas entrado en actividad, el Banco de Estado lanzó una emisión de billetes *majsenianos* de veinte duros. En 1918, la cantidad de billetes en circulación sobrepasaba los 9.000 millones de pesetas *majsenianas*.

La moneda hasaní, sin una base fija de cotización y sometida a especulaciones libres, cayó pronto en una enorme depreciación, que acaso fue más provocada que naturalmente

derivada de la situación. Sin embargo, en 1918 logró el hasaní no sólo nivelarse con el franco francés, sino sobrepasarlo, de modo que bastaban 50 pesetas hasaníes para obtener 100 francos franceses. El Banco de Estado no podía cruzarse de brazos ante una tal desprestigio para el país protector. Trató de estabilizar los cambios. Fracasó en sus intentos, porque la situación creada por la guerra no admitía componendas. Entonces, quitándose el antifaz, el Banco de Estado optó, sin más ambages, por la desmonetización del hasaní, basándose en un Dahir cherifiano de 19 de agosto de 1930. La desmonetización fue absoluta en la zona francesa, pero el hasaní continuó circulando en la española y en la de Tánger. Con la desmonetización de la Zona Francesa, el Banco de Estado reunió en sus arcas, en 1920³⁴, una reserva de más de sesenta y seis millones de pesetas en plata, recogidas en sus ventanillas de todo el Protectorado. Seis meses antes, un Decreto visiral de 16 de octubre de 1920 permitía la circulación de billetes franceses de uno o dos francos. Y, lo que es peor, la de unos papeluchos mugrientos que tenían un valor de 0,25 y 0,50 francos. Toda esta morralla sucia, en un papel de ínfima calidad que se deshacía entre los dedos, corrió de mano en mano creando confusión y repugnancia en quienes se veían obligados a su uso. Asimismo, también circularon como moneda los sellos de correos en cada una de sus respectivas equivalencias o valores faciales; y bien puede imaginarse el estado de estos sellos a los pocos días de rodar por el mercado. Nadie quería guardar en sus bolsillos aquella purriela infecta que destilaba mugre.

Por fin, con fecha de 21 de junio de 1920, se creaba el franco marroquí, que era lo que se trataba de demostrar. En París se acuñan monedas de 5, 10 y 20 francos, de plata feble, de 600 milésimas, con inscripción bilingüe en árabe y en

³⁴ Las fechas, obviamente, están mal. *Nota del copista.*

francés. Más tarde, en 1924, y merced a un convenio renovable por la tácita cada tres años, el franco marroquí, pese a su mayor y más sólida garantía, es equiparado al franco francés. Este convenio, hecho sin duda a espaldas de los censores extranjeros del Banco de Estado, no fue favorable en modo alguno a la economía marroquí. Mas en aquellos tiempos tal cuidado no tenía la menor importancia para los franceses, y menos para el Banco de Estado que se llamaba *de Marruecos*.

Así las cosas, vino la nueva ley de la Asamblea Legislativa sobre el hasaní a cercenar y estrechar mucho más los caminos por los que podía andar dicha moneda. En las cajas del Banco de Estado se amontonabas desde hacía varios años —según he dicho— todos los duros de buena plata que habían ingresado en sus ventanillas a cambio de unos papeles que los campesinos marroquíes se resistían a admitir en los zocos. El hasaní ya no era permitido sino en la Zona Española, bien que nada más que en ciertas transacciones del mercado semanal. Por lo que a Tánger se refiere, hacía bastante tiempo que escaseaban los duros hasaníes. Su buena plata era una golosina más para los que, sin necesidad de documentación adecuada, los embarcaban hacia otras costas, a pesar de hallarse seriamente prohibida su exportación. Y menos mal que no se raspaban estos duros, como dice la historia o la leyenda que se hacía con aquel «rial» antiguo en cuya aleación entraba el platino, que era entonces un metal poco apreciado.

Cuando se dictaron las leyes prohibitivas de exportación, sólo quedaba ya en Tánger el escuálido «belium» y algún que otro «nus rial» rezagado. La moneda hasaní, arrollada por la intriga, el agio y el Banco de Estado, sucumbió sin remedio.

En agosto de 1905 decía *El Porvenir*³⁵:

³⁵ La fecha debe de estar mal. *Nota del copista*.

Dos oficios son particularmente honorables en Tánger: el de monedero falso y el de proxeneta.

A quienes se reconozcan con aptitudes para desempeñar cualquiera de ambas profesiones o ambas a la vez, les indicamos que Marruecos le ofrece ancho campo de expansión y prosperidad.

La moneda falsa aquí tiene los honores de circulación oficial, y el proxenetismo entra en los medios de penetración pacífica europea. Tan mal como van los negocios en Marruecos, los fabricantes de piezas hasaníes y los proveedores de odaliscas son acaso los únicos que no se quejan.

Sus operaciones marchan admirablemente. Para ellos no existe crisis posible.

Capítulo Nono

Los muertos ya están enterrados, quedan los vivos

La paz está ante el umbral

La cruenta guerra española tocaba a su fin. Las tropas de Franco apenas hallaban resistencia. La caída de Madrid y Barcelona marcaron el definitivo triunfo. Por la frontera pirenaica huían los últimos restos del ejército enemigo. Con las huestes vencidas huían también muchos infelices que, aun sin delitos de que arrepentirse, corrían empujados por el pánico y las excitaciones de los que, al parecer, todavía no tenían bastante con todas las tragedias originadas en el país. Nada han de temer —había dicho Franco— aquellos que no tengan las manos ensangrentadas. Pero el terror —un terror mal entendido, aunque bien explotado— había prendido en las masas, y junto a los culpables huyeron también muchísimos inocentes que abandonaron sus hogares para poblar los campos de concentración de Francia. Las tragedias se multiplicaron. Al dolor y la pesadumbre de la emigración sin recursos tuvieron que agregar las tristezas y el sufrimiento engendrados por el desamparo en que se vieron sumidos. Como siempre, los infelices hubieron de seguir la suerte de los que tenían una responsabilidad insoslayable.

En Tánger empezó asimismo la desbandada hacia la Zona Francesa. Allí también les aguardarían, al principio, los fatídicos campos de concentración. Unos se proponían marchar a América; otros, los menos, proyectaban rehacer sus vidas en Casablanca. Todos, en general, tuvieron que hacer frente a muchas y dolorosas contrariedades. Las guerras civiles, además del odio implacable, originan siempre crudelísimos desgarramientos. Se truecan los rumbos más definidos; los hombres se inclinan como detritus deleznales e impertinentes;

perecen las ilusiones y se cierran los horizontes ante cuya sombría contemplación los ojos no saben dónde mirar, porque ya todo es negrura y turbación.

El edificio de la Legación Española en Tánger sería entregado a los vencedores. Ante el Administrador, Monsieur Lefur, y su Secretario, Hernández Abrines, se arriaría la bandera republicana, izándose oficialmente y con toda pompa la roja y gualda.

Un nuevo periodo iba a empezar para los españoles de Tánger. Un periodo en el que no lucía otra claridad que la del gozo circunstancial del triunfo obtenido por las armas. Más allá de este fulgor para el que, en la metrópoli, había sido preciso destruir tantas cosas y convertir en escombros tantos valores que se hubieran creído eternos, sólo se alzaba una dolorosa interrogación. El panorama internacional aparecía ensombrecido por la amenaza de nuevas y mayores tormentas, que entorpecerían, seguramente, la reconstrucción de España y el renacer de los esfuerzos nacionales...

Con todo, la sensación momentánea de triunfo ahogaba cualquier otra reflexión. Sus efectos eran trepidantes, arrolladores. Y los vencedores se entregaban ciegamente a la eclosión de estos sentimientos, sin pararse a meditar sobre lo que les esperaba mañana.

La realidad tiene, sin embargo, una fuerza incontrastable, a la que no es posible sustraerse. Era preciso ir preparándose para entrar en la normalidad, que ya daba fuertes aldabonazos en las puertas de nuestra existencia laborera. Para mí, y me imagino que para otros muchos compatriotas, la tarea no sería fácil. La jornada había sido dura y penosa, no ya en el orden espiritual cuyo fondo se iba serenando al cabo, después de tantas amarguras, sino también el material para seguir adelante. En la librería, algunos de los pasados días los ingresos no habían sido suficientes para cubrir las necesidades más perentorias. Mi hijo, desviado del rumbo que iniciara, se vio forza-

do ya a seguir el que los acontecimientos le habían obligado a escoger. Pero me quedaban dos hijas, que deberían reanudar sus estudios, también interrumpidos por la guerra. Tenía sobre mis hombros una casa y una familia que sacar adelante. Y para ello, de momento, sólo contaba con mis ingresos en el *España*, ya que los de la librería sólo me servían para las propias atenciones de ésta. Las antiguas corresponsalías telegráficas, las colaboraciones fijas... todo había sido arrastrado por la terrible galerna. Y en mí no cabía, como en otros, esperar que el consiguiente reparto de la posguerra me otorgase premio alguno, por reducido que fuera.

Como dijo el poeta, había que ser *castillo inexpugnable para la vida los vivos*, siempre dispuestos al ataque.

La economía dirigida

Con el final de nuestra guerra, España se vio obligada por las circunstancias a entrar en un periodo de economía dirigida. Para los españoles de Tánger, este periodo fue causa de innumerables molestias y trastornos, debido a los infinitos trámites a que nos veíamos sometidos, incluso para la más simple operación monetaria. La sola acción de pagar, que en otras épocas encontraba siempre las máximas facilidades, se hallaba sujeta, desde Tánger, a incontables inconvenientes y gastos. Porque era preciso realizar un sinnúmero de formulismos en impresos por cada uno de los cuales había que abonar una peseta como mínimo. Las solicitudes de pago tenían que hacerse en tales impresos por quintuplicado y unirse a la factura de la casa proveedora, por triplicado. Cuando la Oficina de Economía del Consulado autorizaba este pago, podíase ya depositar el importe en un Banco español de la localidad. Éste comunicaba el pago al Instituto de la Moneda de España, el cual se encargaba de avisar al interesado para que retirase del Banco la cantidad girada. Pero el aviso tardaba, a su vez, otros tantos días en llegar a poder del destinatario. Mientras

tanto, el administrador del periódico o la editorial —que era mi caso—, al observar que el corresponsal no había pagado todavía —aunque en la práctica ya lo hubiera hecho quince días antes en el Banco local— suspendía automáticamente los envíos, como primera providencia. Diez o doce días para las aclaraciones y reanudación pertinente de los envíos.

No obstante, a costa de mi atención continuada, que yo alternaba con mis tareas periodísticas en el diario *España*, hasta el filo de la madrugada, pude sostener esta situación un año más. Emma, terminadas sus labores en el hogar, acudía a la librería y llevaba los ficheros, a la vez que ejercía sobre el conjunto la natural vigilancia. Vivíamos, si no con lujos, que nunca tuvimos, holgadamente dentro del marco de nuestra natural modestia. Mi hijo continuaba en el ejército y mis dos hijas se casaron. Pero mis sesenta y dos años, después de una vida agitada y de constante lucha —sin contar el periodo de la guerra, que tanto me había deprimido— empezaron a pesarme. Caí enfermo de bastante gravedad. Pero morirse no es cosa fácil, por lo visto. En la frontera de donde nadie vuelve no me dejaron pasar en aquella ocasión. Los médicos hablaban de coronarias y no sé que otras piezas de la vieja maquinaria, que era preciso cuidar. Me despedí del *España*. No era posible seguir en el mismo plan de lucha continuada.

España en Tánger

En el reloj de la vida local, minuto a minuto, hora por hora, las parsimoniosas agujas dieron diversas vueltas en torno a la esfera, como animales en rededor de una noria.

El ambiente de Tánger, sobre el que tanta influencia tuvieron siempre las menores vibraciones del alma española, fue encalmándose, a medida que la guerra iba perdiendo virulencia para caminar ya hacia un final presentido y real. Cuando todo acabó terminaron también las inquietudes y las vallas

espinosas que habían separado, durante unos años, a hombres de la misma raza y aun de idéntica familia.

Mas como cada día trae un nuevo afán y con él una nueva gama de sentimientos, nació en todos los ánimos tangerinos otra preocupación, ahora más honda, por ser mayor su trascendencia. El paraguas de Chamberlain, que viajó con él plegado —incluso al regreso de Múnich—, tuvo que abrirse. Los nubarrones que ensombrecían el cielo internacional descargaron durante el otoño de 1939 toda la electricidad acumulada en sus entrañas. El pasillo de Danzig, primero; los Sudetes, en seguida, y la decantada defensa de la integridad de Polonia, fueron los chispazos anunciadores de la tormenta que estalló, al cabo, con gran aparato de retumbantes truenos. Ante el fiero y menguado bigotillo hitleriano todo cuanto se enfrentaba era ambicionado. El engreído vesánico solicitaba el máximo en aras de una buena parte de lo apetecido. La paz del mundo quedó de nuevo perturbada, con el grave peligro de unos medios de combate mucho más perfeccionados y, por tanto, temibles, que los de la guerra anterior.

Con los primeros disparos iban a desmoronarse, como febles castilletes de arena, muchos de los principios sobre los que el mundo había construido la base fundamental de la existencia humana: la espiritualidad, de una parte, y, de la otra, los nobles derechos del hombre. Entre éste y la nueva humanidad que nacería con el fragor de la guerra habría de levantarse un ominoso muro, más grande y también más sonrojante que el que hoy divide en dos la capital de Alemania y es claro símbolo de las infinitas divergencias que separan el mundo.

Mientras en pleno fragor de la guerra entablada iban socavándose los cimientos de tantas construcciones que se habían creído eternas y para las cuales fueron precisos muchos esfuerzos inauditos, en Tánger —rincón envidiable próximo a un mundo trepidante y duro— se vio una mañana de nuestro

incomparable clima avanzar por el Bulevar y acercase a la Plaza de Francia varias y marciales filas de soldados armados que procedían de Tetuán. Estos soldados hicieron en Tánger una entrada triunfal, entre aplausos y demostraciones de júbilo. Eran soldados de la Mehal-la Jalifiana, mandados por oficiales de España. Tánger vio con ello amparada la tranquilidad que ya empezaba a debilitarse. Los aplausos revolotearon sobre el ámbito callejero como blancas palomas de paz³⁶.

Mas con las palomas ingenuas llegaron también ciertos pajarracos que, como es consiguiente, no trajeron mensajes de paz en el pico, sino despojos de una reputación injusta. Alguien, de cuyo nombre no hay para qué acordarse, había recomendado a los enviados que tuvieran cuidado con los españoles de Tánger, porque eran de «muy tibio patriotismo».

Yo hubiera podido oponer a esta irreflexiva estimación — que, más que ofendernos a los españoles de Tánger, ponía al descubierto la ignorancia o la ligereza de quien la había hecho—, hubiera podido oponer, digo, el hecho preciso, incontrovertible, de mis treinta años anteriores pidiendo, en todos los tonos y en cuantos periódicos se hallaron al alcance de mi pluma, que Tánger debía ser parte del Protectorado Español. Y no ciertamente para que se nos insultara de cerca. Conmigo, todos los demás patriotas dieron, en ese espacio de tiempo, constantes pruebas de su hondo, sincero y ferviente amor a la patria ausente. Y eran ellos, los recién llegados —que vivieron sin tener que luchar con el contraste y si la oposición de elementos extraños—, eran ellos los que venían a darnos patente de patriotismo. Un patriotismo que nosotros habíamos puesto en práctica en múltiples ocasiones, incluso con

³⁶ El gobierno de Franco ocupó Tánger en junio de 1940, con permiso de las Potencias, para « garantizar su neutralidad » durante el periodo bélico. Al terminar la guerra quedó restituida la situación anterior. *Nota del copista*.

riesgo personal y evidente quebranto de los propios intereses. Un patriotismo forjado a prueba de desencantos.

Aún conservo en el archivo la carta que desde Montevideo —donde ejercía las funciones de Embajador— me escribiera, con motivo de la publicación de mi *Pequeña historia de Tánger*, don Carlos Cañal, excelente amigo mío, que ejerció aquí las funciones de cónsul. «Yo puedo dar fe», me dice, entre otras cosas, «de que el patriotismo de los españoles de Tánger fue la mejor ayuda que tuve siempre, desde 1930 a 1934. Todos, sin excepción, supieron sentir hondamente lo español y defenderlo con tanto tesón como entusiasmo... Han transcurrido ya muchos años y aún recuerdo, como si lo estuviera viviendo, el fervor que se ponía cuando se hallaban en juego problemas que afectaban a España. No cabe duda de que el conde de Romanones tenía harta razón cuando, en su visita a Tánger, proclamó que el patriotismo de los españoles de Tánger podría muy bien, sin hipérbole alguna, estimarse más latente que el de quienes residen en España... porque desde lejos han aprendido a amar acuciados por la nostalgia de la patria ausente»...

A la vista de estos testimonios de quien conoce a fondo, porque lo ha vivido, el patriotismo de los españoles de Tánger, ¿qué fuerza ni qué valor pueden tener los juicios poco meditados de quien intenta distribuir, con harta ligereza, patentes de patriota?

En realidad, más que el hecho en sí duele que haya podido producirse.

No quisiera juzgar con pasión, ni menos con ligereza, este periodo de la actuación de España en Tánger. Tal vez carezca yo de la autoridad y de los elementos de juicio necesarios para esta tarea. Pero, en su defecto, sí puedo afirmar que mi pluma no se movió jamás sino para proclamar la excelsitud de España y sus virtudes. Con serenidad y desde un plano que deseo situar en el más alto nivel, quiero decir:

España, sus políticos más eminentes, su prensa y cuantos elementos, en fin, alcanzaban en ella alguna pujante vitalidad, soñaron y laboraron despiertos por un Tánger del Protectorado Español. Este deseo, ayer muy plausible y natural en el marco de la política europea, acaso se gestara al socaire de los remordimientos de aquellos que no supieron en su día *ver* ni *comprender* el alcance de la oportunidad que a España brindara el viejo tratado que no se quiso o no se supo aprovechar a su hora. Y cuando esta ocasión se presentó —aunque no fuera de modo tan categórico, pero sí propicio para demostrar nuestro acierto—, he aquí que lo único que pudo comprobarse fue la dolorosa y lamentable ausencia de un plan bien meditado y largamente concebido. La improvisación y el consabido «a ver qué pasa» se manifestaron dolorosamente desde el comienzo. ¡Triste sino éste de nuestra España, sin cuyos efectos hubiera podido seguir siendo rectora del mundo!

La *presencia* de España en Tánger —siquiera fuese una presencia circunstancial y supeditada a las intensas remociones de una guerra mundial como la que había entablada— pudo y debió ser, a mi modesto juicio, la gran oportunidad brindada a nuestro país para demostrar su capacidad de gobierno y la sólida ponderación de sus virtudes legendarias. Le faltó a España, en aquella ocasión —o por lo menos a quienes actuaron en su nombre— el hombre que supiera desempeñar el papel de protagonista, con todo el relieve que la ocasión requería. España debió salir de Tánger —si éste era el rumbo que impusieran los acontecimientos— con los mismos honores con que fue recibida, como premio a una actuación elevada, justa y generosa, en armonía con sus tradiciones. Sin descender a pueriles cominerías de Poncio provinciano y engreído, cuidando el detalle desde arriba y no desde lo ínfimo y vulgar, desde la intransigencia. Con la hidalguía del noble señor que viene a prestar un favor, que le cuesta dinero y es-

fuerzo, y no a recibirlo. Y, en último caso, si se le quisiera ofrecer, responder con el gesto elegante de no aceptarlo, porque estimase que los deberes ni pueden valorarse ni mucho menos venderse³⁷.

Pero no. Yo proclamo y sostengo —bien que resulte la mía voz que clama en el desierto— que España no fue quien vino a Tánger en aquella inolvidable y gloriosa mañana. Fue Tetuán. Tetuán, que vino a Tánger, pero dejando al otro lado del Borch el espíritu señero de quien supo trocar en vergeles terrenos ingratos; levantar escuelas hasta en la cima de las montañas más hoscas, de esas cadenas rocosas que le correspondieron en un reparto presidido por la inexorable ley del *quia nominor leo*³⁸; instituir granjas agrícolas en tierras carentes de toda savia productiva, a fuerza de tesón y perseverancia. Repartir, en fin, por todo el pobre territorio a su cargo los ingentes beneficios de la civilización y la cultura, aun sin ignorar que no labraba en su propio provecho, sino para incorporar a un pueblo con anhelos de progreso, pero que se había dormido en el camino. *Tetuán* dejó al otro lado de la frontera política todo lo bueno que España llevó a su Zona. Se trajo a Tánger una reducida maleta en la que se apretujaban las cominerías pueblerinas de un mundillo local demasiado estrecho para los ímpetus. En la maleta venían, asimismo, los rencores de una capitalidad que se juzgaba preterida por el prestigio y la solera diplomática de una ciudad que,

³⁷ Las ansias de reconquista de Tánger para España hallaron expresiones variadas y entusiastas, pero el caso fue que el gobierno franquista no se atrevió a anexionar la ciudad al Protectorado Español de Marruecos, como Alberto España —y tantos otros— habrían querido. El empeño, por otra parte, habría resultado inútil a fines *imperiales*, porque Tánger habría pasado a Marruecos tras la independencia de 1956. Son disparates históricos que hoy en día no se entienden bien, quizá porque nos nublan el juicio los nuevos y enormes disparates de la época actual. *Nota del copista*.

³⁸ «Porque me llamo León». Fedro, 1, 5, 7. *Nota del copista*.

como Tánger, fue siempre estrella rumbera de la historia de Marruecos y que, por ende, gozó siempre de una posición geográfica que es puerta abierta a los mares y a los más anchos horizontes. Incluso los españoles de Tánger —que ostentaban en su haber la más limpia ejecutoria de luchadores por la hegemonía de España— fuimos afrentados, injusta y dolorosamente, con el inri vitando de patriotas *tibios*, como diz que nos calificara cierta personalidad de cuyo nombre yo no quiero ni acordarme...

No quiero, tampoco, descender aquí a pormenores que empequeñecerían el espíritu objetivo y templado de estas evocaciones. Sólo citaré un hecho que acaso conozcan contados españoles. *Tetuán* se incautó en Tánger del edificio ocupado por el Correo, que si *de hecho* era francés, *de derecho* resultaba incontrastablemente jerifiano. A este edificio fueron trasladadas alegremente —a ver qué pasaba— las oficinas del Correo Español, que poseía un local propio y suficiente, por lo que no existía ninguna necesidad urgente para este traslado. Por este hecho de *Tetuán*, España tuvo que pagar luego una indemnización de medio millón de francos por cada día que duró la inmotivada incautación.

Y como penoso colofón he de citar la enorme y humillante tristeza con que los españoles de Tánger supimos una mañana que las tropas españolas habían furtivamente la noche anterior, como si fueran intrusos a quienes habían sorprendido los dueños de la casa al regresar inesperadamente.

Y no. No debieron salir de ese modo. Porque, a pesar de los errores de enfoque señalados, en Tánger hubo paz y no faltó el pan. España respetó su libertad comercial y monetaria, aunque iba en contra de sus propios intereses. Respetó el Tribunal Mixto. Abonó tres anualidades y media a los funcionarios extranjeros que cesaron en la Administración Internacional, pues preciso es reconocer que el Comité de Control

no podía funcionar a base de dos bandos beligerantes y sólo España y Portugal como neutrales.

Para España, la circunstancial administración de Tánger era un gasto inútil y caro. Pero para Tánger fue un bien indiscutible. Durante la administración española de Tánger se instalaron en la ciudad numerosas familias hebreas fugitivas de países europeos, a quienes España ayudó a huir de la persecución nazi. Estas familias establecieron entidades de socorro, organizaron envíos de víveres a la población civil sometida a Alemania... Se enriquecieron, en fin, con negocios en los que entraba la especulación comercial y monetaria sobre la empobrecida economía española, contribuyendo, por fin, al *boom* tangerino de los años de la posguerra.

Los corceles desbocados

Llegó el final de la guerra mundial, porque todo llega, al cabo, menos el pan y la justicia a que todos los hombres tienen indiscutible derecho.

Con ese final, el mundo no recobró la paz, como tanto anhelaba. Por el contrario: se vio ante nuevas inquietudes y zozobras, que aún perduran como un azote vindicativo. La Humanidad se enfrenta hoy con los infinitos y complejos problemas derivados de la misma contienda. En esta se derrumbaron con todo estrépito muchos o casi todos los principios básicos en que aquella humanidad se asentaba. Casi todos los valores espirituales que la habían sostenido hasta entonces quedaron entre los escombros de las ciudades destruidas por la metralla, que bajaba del cielo como un castigo bíblico. Se perdieron obras y monumentos de un valor artístico por siempre irrecuperable.

En las infrahumanas cámaras de gas —dantesco infierno moderno— y en los aterradores campos de concentración —entre vallas de alambre con espinos o refinadamente electrificadas— se hacinaron durante semanas, meses y años hom-

bres, mujeres, niños y ancianos que acaso fueron dichosos un día en el humilde ámbito de su anterior existencia. Lo mismo que en esos fortuitos incendios forestales arden miles de pinos o cedros, que necesitaron muchos años para crecer y fortificarse, en esos modernos centros de tortura creados durante la pasada guerra no sólo perecieron los seres humanos —que pueden ser sustituidos por nuevas generaciones—, sino valores espirituales, principios y derechos inviolables, que tardaron muchos siglos en arraigar y muy grandes esfuerzos para ser conquistados. Sobre la Humanidad, así atormentada con el choque, flotan, tenaces y agoreras, nuevas y extrañas ideas que pretenden ser redentoras y a la vez sucesoras de las resquebrajadas por el bélico estruendo. Son tan etéreas, tienen tal fuerza expansiva, que logran filtrarse por cualquier resquicio de las puertas miserables y las mentes torturadas por la injusticia. Un aire de fronda, una esperanza renovadora, que quiere ser vindicativa y justiciera, impulsa a los nuevos corceles, impacientes y desbocados. Vienen de muy lejos, pero en el mundo de hoy las distancias son ya un mito. Por el largo camino recorrido dejaron un rastro que jalonó con hitos aislados, pero de fácil arraigo. Lo que ayer era inaccesible lejanía es ya proximidad operante. La sorpresa o la blandenguería hicieron más despejado el camino. Los cascos impacientes resuenan ya casi a las puertas del mundo invadido. Se cierran en éste, quizá, las puertas recias, de fuertes y firmes goznes. Pero hay otras muchas que no tienen cerrojo y que están debilitadas por el hambre o debilitadas por el hambre o resquebrajadas por una evidente o pretendida injusticia. Junto al satisfecho vive el desheredado. He aquí la fisura por la que habrá de filtrarse, como un gas implacable, la idea que avanza, jinete sobre un corcel desbocado.

—Oh —argumentan los unos—, ¿pan y justicia para todos? Puras lucubraciones idealistas.

—Sí —responden los otros—. También el cristianismo fue un día sueño de iluminados, que se ocultaban como un mal vitando.

—Amad al prójimo como a vosotros mismos —repetían con desprecio los paganos.

—¿Yo? —decía Petronio, recién bañado y perfumado—. ¿Yo igual que esa chusma harapienta y maloliente que veo por las calles de Roma desde mi litera?

Sin embargo, el cristianismo, con todos sus principios, es hoy dueño de casi todo el mundo.

Los sutiles vilanos vuelan en todas direcciones. Avanzan ingrátidos con la más ligera brisa. No hay campo sobre el que no puedan posarse y dejar su semilla. Dios hizo la tierra ancha y abierta, bajo un cielo alto e infinito, para acoger las simientes que el viento lleva y trae en vaivenes múltiples, incontrolables. Habría que encerrar todos estos campos dentro de un fanal fabuloso para evitar el contacto con lo que el viento va trayendo. Habría que cerrar con mucho pan y mucha justicia las bocas y el pecho de los que tienen hambre de ambas cosas. Habría que tapar las infinitas ventanas de las casas donde viven, inseparables, la miseria y el dolor. Sólo así podría conseguirse que los oídos no escuchen, los ojos no atisben y el espíritu no anhele un mundo mejor.

—¿Dónde está la razón? —se preguntan los desheredados durante la triste vigilia de las noches sin pan.

Si es cierto que la confianza mata al hombre, también lo es que la incertidumbre lo envenena. Y nada hace vacilar tanto como creerse o saberse preterido sin esperanza.

En este formidable pleito entablado en el mundo entre dos ideologías antípodas, no cabe término medio. Hay que triunfar o perecer en la demanda.

Aquellos noticiarios...

Con el final de la espantosa guerra nos llegó a Tánger una muestra evidente de los primeros efectos de esos valores perdidos. La población de Tánger, aún habituada a la libertad en su más limpia y ancha acepción, no confundió nunca esas libertades de que gozó siempre con el desenfreno corrosivo. Y aquellos noticiarios cinematográficos que las casas productoras enviaban a nuestros salones de cine, con las primeras escenas del final de la guerra y la rendición consiguiente eran un verdadero corrosivo para la conciencia y el espíritu no contaminado todavía de los tangerinos.

En esos primeros noticiarios venía reflejado todo el horror, la impiedad y el envilecimiento de todos los sentimientos que hasta entonces habían ennoblecido el mundo. Eran unos noticiarios en los que se ofrecía al público, con toda crudeza y hasta con cierta delectación morbosa en el detalle, el desenfreno y la insensibilidad de las masas que en todas partes sabemos crueles. Generales vencidos que eran sacados a culatazos de su Cuartel General en el frente alemán. Otros, en Checoslovaquia o en Hungría, sufriendo el vil garrote o la horca infamante a presencia de una gran masa de curiosos. El público, dispuesto como para asistir a un regocijado e instructivo espectáculo, vociferaba excitado y se mofaba con estrepitosas carcajadas, ante los últimos estremecimientos de los míseros ajusticiados. Ni siquiera se les había ahorrado a éstos el refinado suplicio de hacerles presenciar cómo era ahorcado el precedente. Algunas veces el número de condenados rebasaba la docena. El último es posible que ya subiera muerto las escaleras trágicas, hacia la plataforma desde la cual había de dar el salto final.

Madres cubiertas de harapos, exangüe el rostro y un esqueleto de niño entre los brazos. Niños abandonados entre los escombros, llorando sin consuelo, de hambre o de frío. Toda la miserable cohorte, en fin, del dolor, de la amargura, de la

desesperación, en patética piara, fustigada por el látigo de uno y otro bando, sin tregua ni piedad. Todo esto y algo más que la memoria, olvidada de propia higiene, traían aquellos noticiarios en los que sus operadores cuidaban con mimo el detalle infrahumano o truculento.

Entre el público de la sala, muchos jóvenes de ambos sexos, con la vista clavada en la pantalla, para no perder pormenores de las ásperas secuencias. Algunos niños también, que miraban atónitos y que no lloraban por los horrores que sus ojitos veían sin comprenderlos, sino por la angustia que sobrecogía a sus madres cuando los ajusticiados, con las cabezas inclinadas sobre el pecho inerte, dejaban colgando las piernas después del supremo salto. Allí quedaban pendientes como trágicos espantapájaros de un campo abandonado y estéril.

Afortunadamente intervino a tiempo la autoridad internacional y tales noticiarios quedaron prohibidos. Pero ya habían hecho su daño. Ya dejaron la tristeza y la amargura de sus secuencias malditas flotando en el ambiente como una blasfemia o una imprecación.

Siempre que evoco el recuerdo de aquellos primeros noticiarios que nos llegaron entonces siento el mismo incontenido deseo de escupir, para librar los labios de su amargo sabor.

A los toros, a los toros

El apogeo de la fiesta de los toros en Tánger vino con el *boom* que los tangerinos creyeron nos llevaría hasta la luna. Pero el *boom* no era un cohete espacial, y se trocó en búmeran. Un búmeran singular, porque no todo volvió al mismo sitio, sino que quedó mucho peor de lo que estaba antes.

José Luis Masa, cuya temprana muerte deploramos hoy tantos tangerinos, nos trajo lo que muy bien pudiéramos denominar «ensayo» de la feria sevillana. Porque los españoles, que hemos traído a Tánger casi todo lo que Tánger tiene,

también trasplantamos el festejo sevillano, con sus casetas y todo. Todo no, porque ni Masa con toda su inteligencia creadora, ni nadie, podía suplir en tal ensayo lo que faltaba. Nada menos que el alma, la alegría, la presencia, en fin, de Sevilla, con otras cuantas cosas más que no pueden improvisarse.

Pero Masa hizo el milagro *una vez*. Su claro instinto le dijo que la obra llevada a cabo no podía ser reiterada, por lo menos sin largo intervalo de tiempo. Y es que José Luis Masa no ignoraba que para mantener esa fiesta en Tánger haría falta trasplantar aquí la esencia medular del costumbrismo andaluz y, por añadidura, sevillano. Ni con un *boom* veinte veces mayor y más firme que el nuestro habría sido posible la reiteración en un marco de tan recortados vuelos como el de Tánger. La realidad se sobrepuso a cualquier hipertrofia circunstancial o adventicia.

Una cosa que nosotros, los tangerinos, creyéramos, en nuestro entusiasmo por Tánger, que éste llegaría a completar sus apariencias con la real presencia de gran ciudad, y otra bien distinta que lo fuera ya, como muchos llegaron a imaginar un día. Vender un terreno o traspasar un negocio a un precio cien o mil veces superior a su verdadero valor no quiere decir tampoco que las circunstancias que favorecieron el hecho hubieran de ser permanentes. El aluvión puede ser un atajo en un camino, pero nunca una meta, y Tánger llegó a creerse —o se lo hicieron creer— que todo aquello no sólo perduraría, sino que aun se acrecentaría. No basta el espacio que dedico a este asunto para poder explicar lo sucedido en aquellas circunstancias. El desbordamiento fue general y para una población de sesenta mil almas cualquiera se habría asombrado de encontrar cincuenta establecimientos dedicados a la venta de frigoríficos y lavadoras...

Algo parecido ocurrió con los toros. Desde aquella placita de madera, construida por Carlos Masa —y cuyos alegres episodios relato en mi *La pequeña historia de Tánger*—, a la

que ahora, como un trasto viejo e inútil, se ha subastado públicamente, hay toda una etapa accidentada y diversa. Con el *boom* quedaron trastocados muchos valores. El simple fontanero a quien se llamaba para cambiar la zapatilla del grifo no acudía a la llamada si la chapuza no le rendía en diez minutos lo normal en un día entero de trabajo. Y quien dice el fontanero podría decir el carpintero o el más desmañado peón. Se soplaba sin medida en el globo una cantidad de aire muy superior a su capacidad. En tales circunstancias, el globo tenía que hacer explosión, porque era obvio pensar que nadie renunciaría a seguir soplando. El espectáculo taurino fue como un juguete macrocéfalo que no podía mantenerse en pie con unas piernecitas tan endebles. Y se vino abajo, naturalmente, a las primeras ráfagas.

Vendo la librería

El boom que hinchaba la vida en Tánger facilitó la venta de mi librería. Hallé una ocasión propicia que nunca más se hubiera presentado. Una librería no es tan fácil de vender como otro establecimiento cualquiera. Mucho menos en Tánger, donde lo limitado del sector de elementos de cierto nivel cultural dificulta la venta de libros. Claro es que en relación con el pasado, en el que me había tocado desenvolverse, la evolución era indudablemente favorable. Aún recuerdo, no sin dolor, aquellos tiempos en que había funcionarios con sueldos magníficos que no sentían curiosidad ni siquiera por enterarse de las noticias que aparecían en el diario local. Y si esto era así con elementos de cierta cultura, imagínese el lector lo que sería con otros sectores de la colonia española de más bajo nivel intelectual, que componían la mayoría.

De todos modos, pude salir a flote en aquel mar de oleaje tan poco favorable para una librería española.

Hallé, como digo, la ocasión propicia y vendí la librería. No con la facilidad y el beneficio que habría obtenido de la

venta de un bar o de un almacén de ultramarinos, pero sí lo suficiente para poder sostener la lucha, sin las sujeciones personales de antes.

Realizada la venta, en marzo de 1948, repartí entre mis tres hijos —aunque nada me obligaba a ello— lo que legalmente les correspondía de su herencia materna.

La recopilación de las leyes de Tánger

Con lo que me había correspondido en el reparto por la venta de la librería no me quedaba lo suficiente para vivir sin trabajar el resto de mis días. Había, pues, que ingeniarse para hacer fructificar de algún modo esas pesetas.

Durante mis varias actuaciones en calidad de juez adjunto en el Tribunal tuve ocasión de comprobar lo mucho que preocupaba a los abogados y, en general, a cuantos tenía que manejar las leyes de Tánger, la falta de una recopilación de esas leyes que andaban dispersas en boletines de diversas épocas. Una obra en que se recogieran todas esas leyes, ya refundidas, con sus rectificaciones o ampliaciones, y que aliviara a los usuarios de la enorme tarea de revolver boletines, creí que sería de gran utilidad. Estudié a fondo el asunto. Lo vi de dos maneras: una simple recopilación de los códigos y disposiciones vigentes, en los dos idiomas, sin más pretensiones que la de ser útil escuetamente. O un tomo de gran envergadura, en papel biblia, con tapas en piel, títulos estampados en oro... Técnicamente bien cuidado y hasta con un capítulo final de jurisprudencia de este Tribunal. Claro es que en este segundo caso el coste de la obra sería muchísimo mayor, pero también el precio de venta podía ser más elevado. Consulté precios con distintas editoriales de Madrid. Al fin, concerté con una y estudié nuevamente el asunto. Emma, mujer al fin, buscó todos los inconvenientes que pudieran salirnos al paso. Cuando ya estuviéramos entregados de lleno a esta labor, ¿no se le ocurriría a la propia Administración

llevar a cabo este proyecto? ¿No podía, asimismo, sobrevenir una intensa y profunda modificación estatutaria que diera al traste con mis planes, ocasionándonos un grave perjuicio económico? Porque el coste total de la obra importaría casi lo que me había correspondido por la venta de la librería. Antes de empezar, con la entrega de los primeros originales, tendría yo que adelantar a la editorial 175.000 pta., en garantía del papel y otros materiales que el impresor tenía que adquirir con anterioridad para la obra comprometida. Hay que recordar que en aquella época todo escaseaba en España y las dificultades no eran siempre fáciles de resolver. Sin embargo, algún riesgo era preciso correr.

Fui a ver a don Manuel Díaz Merry, magistrado español en el Tribunal Mixto y a la sazón Presidente del Tribunal de Apelación. Su prestigio era indiscutible y su nombre, como asesor técnico de la obra, me pareció de absoluta garantía.

Con mi iniciativa y mi aportación económica la brindaba no sólo la oportunidad de adquirir nombre y honores, por la indudable eficacia de una labor recopilatoria de tanta utilidad, sino también el provecho que suponía la participación en los beneficios de la venta. De esos beneficios, una parte para él y las otras dos para mí. Tal distribución le pareció al magistrado equitativa y justa, ya que el desembolso total lo haría yo solo, y también el riesgo y la iniciativa serían míos. Yo le cedía, pues, todos los honores. Con sus relaciones amistosas no se le sería difícil obtener, además, alguna condecoración de esas que tanto envanecen a muchos hombres.

Aceptó sin vacilar; y, como no era cosa de confirmar nuestro acuerdo en un contrato —que, en caso de incumplirlo él, no me sería de ninguna utilidad, dado el cargo que desempeñaba—, le rogué solamente que en una simple carta mostrase su conformidad con el reparto convenido de los beneficios. Así lo hizo. Puse manos a la obra con mi mayor actividad y entusiasmo.

Don Manuel Díaz Merry era un juez inteligente y de excelente formación. Como hombre, algo receloso y bastante pagado de sí mismo. Quiero decir que era bastante vanidoso. La idea de que su nombre hallara eco fuera del ambiente local y la probabilidad de un cintajo para la solapa le pareció de perlas. Y en el orden económico, él, que era hombre muy mirado en los gastos —pese a la holgura de sus ingresos— brillantó y agrandó sus ojos ante la perspectiva de unos miles de pesetas que le vendrían del cielo.

Puse, pues, manos a la obra desde el día siguiente. Le entregué casi todo el material que yo tenía compilado. Él debía hacer la catalogación técnica consiguiente y devolvérmelo para enviarlo a la imprenta. Con los medios a su alcance y el personal competente de que podía disponer en el tribunal —y al que gratifiqué cada vez que realizó un trabajo extraordinario— contaba yo que en dos o tres meses a lo sumo se podría dar un importante avance.

Pero Díaz Merry, que no tenía la menor idea de lo que era una imprenta, me iba dando el original sin orden ni concierto, lo mismo del comienzo que del final. Por mi parte, cometí también el error de no reservar aquel original hasta que pudiera entregarlo con el debido orden. El caso fue que a la vuelta de los meses no había en los talleres de la editorial madrileña, con ser tan espaciosos, lugar suficiente para colocar los centenares de galeradas en plomo. Sin que se pudiera hacer de todo aquel batiburrillo unos pliegos seguidos para alguna tirada. Tuve que ir a Madrid en dos ocasiones, con los consiguientes gastos, que a Díaz Merry le resbalaban, por supuesto. Entre el regente de la imprenta y yo pusimos un poquito de orden en aquel berenjenal. Aun así, nada podía hacerse en concreto, mientras Díaz Merry no lograra, por su parte, hallar el camino en que, por lo visto, se había perdido. Fuimos los dos a Madrid. Lo llevé a la imprenta para hallar la pauta necesaria. Pero se cansaba pronto de la pesada tarea y,

con cualquier pretexto, nos dejaba empantanados y huía de aquellas galeradas de plomo, que rebrillaban como enormes cetáceos que amenazaran tragárselo.

Pasaron dos años sin que Díaz Merry lograra deshacerse de aquel *imbroglio*. Con un nuevo y más prolongado viaje a Madrid, conseguí que saliéramos de aquel laberinto. Se formaron una buena cantidad de capillas corregidas, y Dios quiso que empezara la tirada de pliegos sucesivos. Cuando, al cabo, vimos que el avance era efectivo, Díaz Merry me llamó una tarde a su despacho del tribunal. La llamada era, simplemente, para decirme que su *dignidad* no podía permitir que de los beneficios del libro él sólo tuviera una parte, y yo dos.

—No se trata —le dije yo— de ninguna cuestión de dignidad, sino de un convenio comercial cuyas bases encontró usted lógicas y equitativas, en razón a las respectivas aportaciones hechas. Yo he anticipado el capital, tuve la iniciativa y he corrido todos los gastos consiguientes. El fracaso me habría arruinado por completo, en tanto que usted no habría perdido nada.

Además de vanidoso era terco. Y como él no podía concebir que hubiera quien le discutiese un simple deseo, me vi en la necesidad de ceder. No era posible otra cosa, cuando ya la obra se hallaba en marcha y el desembolso inicial estaba hecho. El señor Díaz Merry tendría la misma participación que yo en los beneficios que pudieran obtenerse. Esta era la justicia que mandaba hacer el señor preboste, y había que resignarse.

Pero el señor Díaz Merry, juez ecuánime e integérrimo, no había acabado de enseñar por completo la oreja, como se dice vulgarmente. Tras el dinero, quería también los restantes provechos: se negaba terminantemente a que mi nombre figurase en la portada del libro. Por lo visto yo estaba obligado, en virtud de no sé qué deberes de vasallo, a brindarle al Señor de aquel feudo mi iniciativa, mi esfuerzo y mi dinero. Me

obligaba también a poner en sus manos, limpias de máculas villanas, todos los miles de pesetas que hicieran falta para este menester. El señor Díaz Merry debía aparecer como el iniciador, el autor y el propietario absoluto del libro que yo había imaginado y que, además, había costeadado.

La pretensión era tan absurda, tan brutalmente egoísta y desprovista de fundamento, que no había posibilidad de aceptarla digna y honestamente ante nadie. Yo me retiré de su despacho sin una palabra de exigencia ni de queja. Una noche de fría reflexión o alguna insinuación ajena esperaba hicieran lo que yo no estaba dispuesto a intentar. Por teléfono me encareció otro día que hiciera lo posible por arreglar el asunto, pues estaba dispuesto —muchas gracias, señor elefante— a aceptar la solución que yo le ofreciese. La solución mía no fue otra que la humana, lógica y honesta de que mi nombre figurase, al menos, como planeador y dueño de la obra: al pie del suyo, como director técnico, aparecería el mío en esta forma bastante modesta: «Plan editorial de Alberto España».

Por fortuna, y como yo bien sospechaba, dada su utilidad, el libro fue un éxito indiscutible. Logré recuperar el dinero expuesto, con el consiguiente provecho material. Él, por su parte, además del 50% de los beneficios, obtuvo también el provecho moral que se derivara de su visita al Generalísimo para entregarle un ejemplar de su obra en una edición de lujo. Con más otros hechos de este jaez que culminaron en no sé qué condecoración al uso.

La tarea más importante y de mayor trascendencia, por su utilidad práctica —en realidad la única de factura original y que exigía una mayor atención y esfuerzo personal— era la de los índices. De ella se encargó, naturalmente, el señor Díaz Merry. Para juzgar de su eficacia me atengo a la opinión que sobre ella emitieron en su día cuantos por su profesión o por su cargo se vieron en la necesidad de valerse de esos índices

para su trabajo. La unanimidad fue absoluta en calificarlos de incomprensibles e inoperantes.

Sin embargo, su confeccionador, el señor Díaz Merry, se mostraba muy satisfecho y hasta se pavoneaba de artista incomprensido por la masa ignara. Claro es que esta masa se hallaba constituida precisamente por los que tenían que utilizar tales índices a diario.

El segundo tomo de esta obra, publicado en las mismas condiciones y en idéntica y ya inevitable compañía, logró también la misma acogida, aunque estuvo a punto de proporcionarme una grave contrariedad. El advenimiento de la independencia de Marruecos, que ya era un hecho definitivo, coincidente con la aparición de este segundo tomo, podía entorpecer su venta y difusión. No fue así, porque las leyes de Tánger seguirían aplicándose por lo menos mientras durasen los privilegios otorgados a nuestra ciudad por el sultán Mohammed V en su Carta, y algún tiempo más todavía, hasta que se hiciera la adaptación consiguiente de las leyes vigentes en Rabat.

Con la nueva situación política y general de Marruecos, y la unificación natural, el libro, aunque siga teniendo un indudable valor consultivo y de biblioteca, carece ya de aplicación práctica oficial.

Díaz Merry se murió a poco de proclamarse la independencia de Marruecos. El juez cesó y el hombre descansó.

Historia de *La pequeña historia de Tánger*

Nunca pude permanecer ocioso. En día en que, por desgracia, despierte sin otro anhelo que el de estarme quedo, dormitando entre los brazos de un sillón, creeré mi vida definitivamente acabada. Entiendo que la vida es una acción ininterrumpida, constante. Acción, aunque no física siempre, cuando menos espiritual... Llegar a la vejez sin una lucecita interior que ilumine nuestras últimas horas es considerarse

abocado a la absoluta inacción, que es el morir. Mientras esa luz me alumbre y pueda introvertirme en sus resplandores, creeré que vivo.

Poco tiempo después de las leyes de Tánger publiqué *La pequeña historia de Tánger*. Una nueva «recopilación» que no tendría la utilidad práctica de la anterior. En el orden material, es posible; pero no por su contenido. ¿Otra recopilación? Bueno, mas esta vez sin posibles sorpresas. Esta vez sin que el lobo, vestido de hombre serio y respetable, pueda salirme al camino para disputarme la presa. Sin que el pavo jactancioso y engreído pueda ocultar con sus alas mi presencia. A ser posible, ahogarla con su ambición de fama, aunque fuera prestada. Esta vez no sería ya factible el inaudito atraco disfrazado de protección petulante.

Yo podría poner al alcance de cualquier osado la iniciativa e incluso los materiales constructivos. Porque no eran letras sin alma ni personalidad como los artículos de un código o los imperativos de una ley. Esos materiales necesitaban un alma cálida y vibrante, un espíritu que les diese vida y los hiciera vibrar.

La pequeña historia de Tánger. Otra vez Tánger. Sí, otra vez, siempre Tánger. ¿Por qué no? Si Tánger ha sido, durante toda una vida, el único y más dulce *ritornello* en el pentagrama de esa sinfonía. Tánger fue clarín vibrante que enardeció mis jóvenes anhelos. Unos anhelos que no tenían otro norte ni otro fin que el infinito amor a España. Así fundía en uno solo mis dos grandes amores. Luego, lejos ya de aquellas ansias de hegemonía, aquietadas las ambiciones de las diplomacias en pugna, desapareció el egoísmo. Quedó, libre de impurezas, el amor hondo, limpio y sereno hacia el lugar eje principal de mi existencia. El Tánger de las intensas luchas, que más se iba estimando cuanto más tiempo transcurría.

Y hoy, en fin, el Tánger que es para mí el último sol de un dulce atardecer en el campo. Sobre todo lo que la vista y la

memoria abarcan se va tendiendo una incierta y suave sombra. La sombra que es como alfombra uniforme, que todo lo iguala. La sombra que trueca en senda llana el hondo vacío entre dos vertientes.

*Las grietas se esfuman,
los bordes se cierran.
Los lirios que en el valle repicaron,
jubilosos, cuando el sol lucía,
trepan, lentamente, la falda de un otero
—que tiene una ancha calva en los cimeros—
y entonan, a la incierta luz del día,
su blanca, alegre y clara sinfonía...*

La pequeña historia de Tánger nació de unas evocaciones que, por no dejar la pluma queda, publiqué en el diario *España*. Y fue mi excelente y dilecto amigo, don Fernando Sebastián de Erice, quien primero intuyó la obra. Hubo entre nosotros un diálogo que fue puerta abierta al propósito:

—¿Por qué no escribe usted la historia de Tánger?

—No soy historiador. Me faltan empaque y seriedad. Además, no conozco historiador que se precie en algo que olvide a los fenicios o no quiera explicarnos lo que hicieron los cartagineses. O, cuando menos, los romanos. Y no siento curiosidad ninguna por ello. No soy un erudito. Sólo un humilde y simple cronista que, a ratos, pone su poquitín de poesía a las cosas.

—Pues como cronista. Hay en Tánger muchas cosas enterradas o todavía vivas, que nadie mejor que usted puede irnos resucitando.

Y de esa pequeñez de las cosas evocadas; de lo que, enterrado ya, o latente todavía, tuviera un día algún encanto; de los afanes y esperanzas de unos hombres que convivieron conmigo o dejaron destellos de su paso: sollozos, risas, pesadumbres, lágrimas y esperanzas —que de eso se compone la

vida, al cabo—; de todo ese mundo, absurdo unas veces, pueril otras, amasado con un poco de amor y nostalgia, nació esa *Pequeña historia*. Un modesto libro, que tal vez agrade a los unos, porque se sientan revivir un poco en ella. A los otros, que no vivieron la época evocada, no han de faltarles testigos o parientes que se la recuerden. Los eruditos, los serios y sesudos investigadores... Estos tienen que sentirse totalmente defraudados. Porque en *La pequeña historia de Tánger* nada hay profundo ni trascendental. Todo flota, aletea, pasa. Y, cuando queda, no profundiza. Se mantiene a flor de piel.

Marruecos vive así, o el fanal de las tradiciones

Después de *La pequeña historia de Tánger* distraje unas vacaciones junto a las altas cresterías que preside el viejo Gredos con sus bigotes de nieve, adentrándome en las costumbres y tradiciones del pueblo marroquí. El niño, el joven, el hombre. La casa, el vestido, la comida. La niña, la joven, la esposa, la madre y la viuda. La vida y la muerte, en fin. Es como una especie de fanal en el que he ido guardando todo lo que el pueblo marroquí amó y practicó un día con la veneración de un rito vernáculo.

En esta labor, dilatada y compleja, justo es decir que he tenido un colaborador inteligente y valioso: mi yerno Ramón, arabista de una acuciante y noble ambición y un fervor sin límites. De este Marruecos al que tanto amó y con el que convivió largos años salió con una herida en el pecho. Fue víctima de una felonía que no le hizo Marruecos, sino un engreído. Por esta herida, mi yerno cree o pretende que se le ha escapado para siempre todo el afecto, el hondo amor que él sentía por este pueblo. Como si un amor de tan profundo arraigo pudiera arrancarse del pecho y trocarse en eterno desvío, lo mismo que se cambia uno de corbata. Odio habría de sentir, ciertamente, y aun así no existiría desvío en sus senti-

mientos de hoy. Que el odio, en el fondo, no es sino una modalidad distinta, o suave matiz, del amor.

Cuando se ha vivido, como él lo ha hecho, junto al mismo pueblo, practicando con agrado sus costumbres, cuando se ha estudiado con noble afán su idioma, para acercarse y comprender mejor a ese pueblo, no se puede hablar de desvíos definitivos, ni mucho menos de indiferencias.

Lo que él siente es dolor. Le duele Marruecos por la forma injusta en que lo obligaron a abandonarlo. Y lo que duele ni nos es indiferente ni podemos olvidarlo. Todo esto lo sabe Ramón, pero pretende engañarse con la falacia de ese desvío. Un fingido desvío, que lo ayuda a soportar el dolor y la pena que aún le produce la herida.

Su colaboración en esta obra ha sido muy ampliamente eficaz, por los grandes conocimientos que atesora en la materia. Aunque el libro haya de quedar inédito, quiero que su nombre figure junto al mío en la portada. Es un tributo de justicia que deseo rendirle, con mi reconocimiento y mi afecto.

Ahí queda ese libro, por si alguno de nuestros descendientes tiene la curiosidad de leerlo. También me gustaría que esa curiosidad lo llevase a hojear las varias fotografías — artísticas y bellas, las unas; interesantes, las más— que he ido recopilando para ilustrar lo escrito³⁹.

La vida enseña, pero duele

Es el título provisional de otro folleto que también quedará inédito. Es una a modo de novela viajera en varias etapas.

³⁹ El copista, nieto e hijo de los coautores, vio muchas veces el original de esa *Sociología marroquí* en casa de su padre : más de doscientos folios con decenas de fotografías. No sé qué valor científico tendría hoy la obra, pero desde luego el valor iconográfico era extraordinario. Ha desaparecido. *Nota del copista.*

En ella he recogido impresiones lejanas de mi infancia en Filipinas, mi adolescencia en Puerto Rico y mi juventud, un poco alocada y absurda, a lo largo de múltiples correrías por toda la América Hispana.

No atribuyo otro mérito a toda esta labor que cito que el de su espontaneidad y frescura. También tiene el de haber sido reflejo de episodios vividos y no creados por la fantasía. Sus personajes son, asimismo, auténticos, con calor de humanidad y sin otro aditamento ficticio que la paciencia y habilidad del escritor para darles la consiguiente ilación y concatenación naturales.

Todo ello me ha permitido, en este lento declinar de mi vida, no sentir la terrible desazón que sufren los viejos cuando no saben emplear las horas que les sobran. Yo no me he aburrido jamás en parte alguna, por muy solo que haya estado. Me caben la satisfacción y el orgullo de poder proclamar que algunos días me han resultado cortos para realizar la tarea que entre manos tenía.

Una vida en Tánger

Antes de que la senectud pueda nublar los restos de mi inteligencia —y bien quisiera yo que Dios me ahorrara el penoso trance—, he decidido pergeñar, acaso con más precipitación que acierto, este a modo de cuadro sinóptico de mi vida y de mis actividades en Tánger, para que los míos no ignoren nada de lo que con mi pasado se relaciona. Una vida en Tánger. Toda una vida, sin que en ella exista nada inconfesable de torpes intenciones. Honrada y recta, sin que por ello me crea inmerso en olor de santidad. Una vida en la que, como es consiguiente, estuvieron latentes naturales ambiciones, acaso excesivas para mis escasos méritos. Hubo también muchos anhelos de justicia que no habré sabido erogar. Ingratitudes que no habría querido cometer. Pero, presidiendo to-

das mis acciones, una lealtad y una justicia y una limpieza moral que fueron siempre mi mejor ejecutoria.

¿Errores, tropiezos? ¿Quién, siendo hombre falible, puede ufanarse de no haberlos cometido? La perfección es un don divino; y en los altares hay santos que también erraron y hasta pecaron, cuando eran sólo hombres. Yo no he tenido nunca madera de santo, sino carne de hombre, con todas sus flaquezas.

Capítulo Décimo

Vida en retorno

Por los caminos de vuelta

Antes de que la vida vaya por los mismos caminos de vuelta, siento otra vez que es necesario guardar intactas ante uno mismo la frescura y la alegría. Que es preciso amar el día que escapa a la injusticia y volver a la lucha, tras haber conquistado la luz.

Pero la realidad se impone, no obstante. El retorno es ya inevitable. Un retorno parecido al de Ulises : no he tenido que desplegar toda mi audacia para descubrir algún Aquiles en la corte de Licomedes, pero sí tuve que trasponer algún antro donde, a falta de algún Polifemo al que cegar su único ojo, habérmelas con más de un pícaro de cuyas malas artes escapé como Dios me dio a entender. No encontré, como Ulises, hospitalaria acogida en ninguna corte, pero sí tuve la suerte de hallar la misma ferviente fidelidad que para el inmortal viajero tuviera la inmortal Eumea.

También como Ulises, me di arte para escapar al encanto de las sirenas y hube mi Ítaca huyendo constantemente ante mí. De igual modo, me fue preciso todo el valor para tender el arco ante la diana de la vida. Arco que otros pretendientes no lograron doblar antes que yo. Y ahora, en mi retorno, hallo no el perro que me reconozca, de la tierna manera en que a Ulises reconociera el suyo, aunque sí un corazón abnegado y unos brazos amorosos que se me tienden con ternura.

La historia de los hombres, como la de los pueblos —decía Marañón—, no está formada sólo con hechos trascendentales que irradiaron de algún modo hasta otros grandes y permanentes, sino también con esa otra multitud de instantes pasajeros y mínimos que, por ser parte de su vida, dejaron huella en su ánimo y hasta pudieron estelar la vida de los

demás. Que todo —afirmaba Marañón— tiene su valor, con tal que sea sincero.

Heme aquí, pues, ante ese momento en que el hombre se repliega para enfrentarse a su pasado. Cuando ya las aguas, tras de saltar el alud, se aquietan para trocarse en lago. Cuando ya nada se espera ni nada se ambiciona que no sea la paz en el espíritu y el olvido en el corazón. Cuando ni la vanidad ni el necio engreimiento pueden alterar los sentimientos que la evolución episódica despierta en nosotros.

Todo es pasado y ya no volverá. Nada podré revivir para rectificar lo que estuviera mal hecho. En la paz callada y dormida de este remanso ni son ya posibles las tormentas, ni el rugir de las pasiones puede quebrantar el ánimo. Porque en las aguas del lago, ya dormidas, los vientos son brisa en superficie y tenues ondas en las orillas.

El espíritu no duerme

Sin embargo, el espíritu no duerme ni reposa. Una nueva idea bulle en el cansado cerebro: a Tánger llegaron, por Tánger pasaron personalidades del mundo entero. Políticas, artísticas, literarias, científicas, deportivas. Incluso —¿por qué no decirlo?— magníficos representantes ejemplares de la picaresca mundial. ¿No resultaría interesante y, en cierto modo, curioso, recordar uno a uno, época por época, a todos esos visitantes, personajes de tan distintas ramas y calidades, que un día cruzaron por el meridiano de Tánger?

En realidad, ya no hay tiempo para esta nueva ofrenda que yo, con cierto placer, dedicaría también a la ciudad amada. Pero ya no hay tiempo. Ni tiempo ni medios auxiliares para dar cima cumplida al propósito. En un lugar donde no existe un archivo ni el menor asomo de hemeroteca. Alguien con más años por delante y con mejores luces podría aprovechar la idea.

ALBERTO ESPAÑA
UNA VIDA EN TÁNGER

Terminado de copiar y revisar al ordenador
por Ramón Buenaventura
en 2012-10-30,
pasados cuarenta y cuatro años de la muerte de mi abuelo
en Villaviciosa de Odón, provincia de Madrid,
a muy pocos kilómetros de donde yo ahora vivo.

Copyright de la edición Ramón Buenaventura.
Copyright del texto: herederos de Alberto Paños Jiménez.
Prohibida la reproducción total o parcial en cualquier soporte.